

FRANCISCO ESPINOLA

TOMO

1

DON JUAN, EL ZORRO



ej.2

ARCA

DON JUAN, EL ZORRO

FRANCISCO ESPINOLA

Tomo I.

I. Don Juan conoce y traba amistad con la Mulita, lo que no es visto con buenos ojos por el Peludo, dueño de la pulpería "La Blanqueada" y Tío de ella. Al enterarse el Zorro que la Mulita ha sido castigada por el pulpero a causa de su relación con él, decide vengarla y le ofrece al Peludo enseñarle a enlazar. Esa misma noche se dirigen a campo abierto donde el Peludo es arrastrado violentamente por un toro. Su cuerpo, malherido, queda tendido bajo la luna y es encontrado por la Lechuzza y otras gentes que pasaban por el lugar.

II. A oídos del Comisario Tigre llega la noticia de lo ocurrido y ordena que se persiga a Don Juan y se le arreste. Mientras tanto, traza un siniestro plan a fin de quedarse con la pulpería desplazando a la real heredera, la Mulita, a quien piensa acusar de instigadora de la virtualmente segura muerte del Peludo.

III. A pesar de los cuidados de su sobrina, la situación del Peludo se toma crítica: ya agoniza. Cuando la Mulita sale en búsqueda de la Curandera, se encuentra con el Sargento Cimarrón y su partida. El viejo Sargento se da cuenta que la acusación contra esa criatura frágil y bondadosa que tiene enfrente no puede ser más que una maniobra de su Superior.

IV. La Mulita, afligida, se dirige hacia donde vive el Zorro, quien la tranquiliza y la consuela. Cuando ella parte, Don Juan cambia ideas con su primo, el Zorrino, y éste lo convence de que se mude a su casa. En el trayecto se topan con la partida del Sargento Cimarrón. Pero lo que parecía que iba a convertirse en un enfrentamiento finalmente no se concreta.

V. El Peludo ha muerto. El velorio da comienzo: los concurrentes tratan de sacar provecho de la desamparada Mulita y se alzan con

Para mostrar
a querido hijo Justino
a bordo de un #47 de
Air France entre Sao Paulo y
Rio, rumbo a reunirse con
de sus abuelos de no verlo!
Ma y Pa. después

DON JUAN, EL ZORRO

TOMO I

Uro
863.6
ESP
don
v.1
ej.2

FRANCISCO ESPINOLA



DON JUAN, EL ZORRO

TOMO I

Historia de una novela excepcional
por Arturo Sergio Visca

Edición a cargo de Arturo S. Visca y Wilfredo Penco

URU 863 6 ESP don v.1 ej.2
FHCE/179694



arca

22772

179694

Carátula: Ignacio González

© Copyright by Arca Editorial.

Andes 1118, Tel. 90 03 18, Montevideo

Impreso en Uruguay — Printed in Uruguay

Queda hecho el depósito que marca la ley

Historia de una novela excepcional

1. EN LA DÉCADA DEL CINCUENTA

Cuando corría la década del cincuenta y durante el invierno de un año que con exactitud no puedo precisar, concurrimos, Guido Castillo y yo, dos o tres veces por semana, a la casa que por ese entonces habitaba Francisco Espínola —para nosotros: Paco— en la calle Isla de Flores. En el curso de esas reuniones, que solían prolongarse varias horas, se conversaba sobre temas de muy diversa índole, pero casi inevitablemente terminaban (en realidad: culminaban) con la lectura, por parte de Paco, de fragmentos de su novela, —que solía llamar poema— *Don Juan, el Zorro*. La composición de esta obra constituía, en ese tiempo, el motivo sustancial de los afanes creadores de su autor. Esas lecturas, es conveniente señalarlo, eran interrumpidas frecuentemente por los comentarios que el autor hacía sobre la índole de su novela, sobre las características de los personajes que transitan por sus páginas, sobre los propósitos que lo indujeron a escribirla, sobre los problemas de composición que la obra le planteaba y sobre los mecanismos técnicos empleados para resolverlos. Nada tiene de extraña la complacencia que el escritor experimentaba al hacer esos comentarios y que era bien ostensible en esas ocasiones. Porque, en efecto, sus afanes creadores no estaban motivados por la ambición, como ocurre generalmente, de obtener fama o nombradía literaria, sino, y muy en consonancia con su personal temperamento, por el íntimo placer intelectual y emotivo que obtenía de la actividad creadora, placer que se potenciaba con el que le producía el compartirlo con sus amigos, mediante largos diálogos que, con frecuencia, se convertían en no menos largos monólogos del autor. Previamente a estas lecturas acompañadas de comentarios explicativos, había leído yo, desde luego, los fragmentos que de su nove-

la había hecho conocer el autor a través de algunas publicaciones periódicas. Pero a través de las lecturas realizadas por su autor en aquel invierno, conocí íntegramente todo lo que de la novela estaba escrito, que es, por lo demás, casi todo lo que de la misma se ha conservado, porque, desdichadamente, la novela quedó inconclusa, a pesar de que el autor tenía ya diseñado, en sus líneas esenciales, el plan al que se ajustaría la misma. Sobre este punto, haré más adelante las necesarias precisiones. Aquí debo señalar que ya en aquel invierno, el autor manejaba, cada vez que iniciaba una lectura, una verdadera montaña de páginas mecanografiadas y manuscritas, muchas de las cuales lo estaban con esa letra endiabladamente difícil de interpretar con que solía escribir en algunas ocasiones. De esa montaña de papeles, extraía Paco, tras algunas búsquedas, las páginas que quería leer y debo acotar que la búsqueda me pareció siempre milagrosamente breve al considerar que lo hacía en una montaña de papeles que parecían constituir un verdadero caos en el que no eran ni medianamente visibles huellas que denotaran siquiera un comienzo de ordenación. Muchos años después, esa montaña de papeles, devotamente conservados por la viuda e hijos del escritor, llegó a mis manos con el fin de que los estudiara y recompusiera, en la medida de lo posible, el inconcluso *Don Juan, el Zorro*. Proceder al estudio de esa montaña de papeles, distribuidos anárquicamente en varias carpetas, fue una tarea difícil pero apasionante. Resultado de ese trabajo es la presente edición de la novela.

2. ORDENACION DEL CAOS

La tarea de ordenación de todos los materiales relacionados con *Don Juan, el Zorro*, reitero, no fue fácil, porque si bien en algunas carpetas se hallaron copias mecanografiadas de relativamente fácil ordenación, en otras, multitud de páginas manuscritas, generalmente de muy difícil lectura, se amontonaban en un total desorden. Tras una ardua tarea, cuyo proceso es innecesario detallar, fue posible ordenar todo el material relacionado con la novela en los siguientes grupos:

a) *Apuntes varios*. Está constituido por un conjunto de páginas de carácter heterogéneo: anotaciones relacionadas con las características (por ejemplo: tamaño, pelaje, hábitos, etc.) de los animales que viven en la campaña uruguaya; anotaciones de dos o tres líneas a integrar en alguna escena; cálculos muy cuidadosos —tomando en cuenta el número de espacios de cada línea y el número de líneas de cada página— sobre la cantidad de páginas que tendría la novela una vez terminada e

impresa; cálculos de la misma índole sobre lo ya escrito y lo que debería escribirse para concluirlo; nóminas de vocablos del habla popular campesina rioplatense; anotaciones relativas a problemas de composición y estilo; nómina de los personajes que intervienen en la novela; anotaciones relacionadas con el plan de la misma. La enumeración que antecede, destinada meramente a proporcionar una idea de lo que son estos *apuntes varios* es, desde luego, incompleta, pero no es necesario ampliarla. Es necesario, sí, señalar que algunos de estos apuntes, tras cuidadoso estudio, sirvieron para la tarea de recomposición de la novela, especialmente en lo que se relaciona con el orden en que debían sucederse los capítulos. Muchos otros — en verdad, la mayoría — no fueron de utilidad para la tarea indicada, pero son del mayor interés para el estudio de los métodos de trabajo del autor y del proceso de creación de *Don Juan, el Zorro*.

b) *Originales manuscritos*. El análisis de estos originales manuscritos permitió dividirlos en tres grupos que corresponden a tres etapas bien diferenciadas del proceso de elaboración de la novela. Esos tres grupos son los siguientes: *borradores manuscritos* (se denominan así a las páginas — nunca más de dos — en las que queda esbozada una escena o situación, generalmente incompleta y que en ocasiones ha pasado, y en otras, no, a estados más avanzados de la elaboración de la novela); *versión manuscrita primaria* (esta denominación se utiliza para aquellos conjuntos de páginas manuscritas que componen un capítulo íntegro cuyo estado de elaboración es evidentemente el primario); *versión manuscrita secundaria* (esta denominación se reserva para aquellos conjuntos de páginas manuscritas que componen un capítulo íntegro cuyo estado de elaboración es ostensiblemente más avanzado del que presenta la *versión manuscrita primaria* con la cual se corresponde). En relación con la totalidad de los manuscritos que integran este grupo b), es conveniente efectuar algunas precisiones. Los *borradores manuscritos* y las *versiones manuscritas primarias* conforman un conjunto muy numeroso de páginas, escritas, en su casi totalidad, con letra difícilmente legible. No así las *versiones manuscritas secundarias* que el autor escribía cuidadosamente, al copiar y corregir las *versiones manuscritas primarias*. La mayor parte de los *originales manuscritos* no fueron de mayor utilidad para la tarea de recomposición de la novela, porque, como se verá enseguida, existen versiones más avanzadas que, obviamente, fueron las utilizadas. Pero los *borradores manuscritos* sirvieron, como se verá más adelante, para reconstruir algunos episodios importantes que se transcriben en este prólo-

go; fue posible, asimismo, rescatar de entre la caótica masa de originales manuscritos dos capítulos (el IV, *La partida del Sargento Cimarrón*, y el VI, *En la casa del Zorrino*) de los cuales no han quedado versiones más avanzadas. Entre estos *originales manuscritos*, hay un conjunto de 36 folios, muchos de ellos escritos en ambas caras, que no sirvieron de nada para la recomposición del *Don Juan, el Zorro* que ahora se publica, pero que tienen real importancia, como será ostensible más adelante, para el estudio de las distintas etapas en que puede dividirse el proceso de creación de la novela.

c) *Originales mecanografiados*. También este grupo de materiales admite —en rigor, exige— una subdivisión en dos: *versión mecanografiada primaria* (copia las versiones manuscritas secundarias y les agrega muy numerosas correcciones); *versión mecanografiada secundaria* (copia las anteriores y les agrega, asimismo, numerosas correcciones). Debe destacarse aquí que no de todos los capítulos se conservan versiones de las cuatro categorías referenciadas.

d) *Versiones impresas*. Son las siguientes:

1. *Don Juan el Zorro*. Fragmento publicado en *Escritura* (Montevideo, No. 1, octubre de 1947) con esta nota al pie de página: “Este fragmento comprende varios capítulos de “Don Juan el Zorro”, novela que Francisco Espínola (h) publicará el año próximo”. Constituye los capítulos I, *La mala acción del Peludo* y V, *Muerte y velorio del Peludo*.

2. *La Comisaría*. Capítulo publicado en *Ficción* (Buenos Aires, No. 5, enero-febrero 1957).

3. *Don Juan, el Zorro*. (*Fragmento de una novela en preparación*). Publicado, con la aclaración que figura entre paréntesis, en *Asir* (Mercedes-Uruguay, No.11, setiembre 1949). Es un fragmento del capítulo VIII, *El sitio de la Mulita*.

4. *Un cuento de Paco Espínola*. Publicado en *Acción* (Montevideo, 23/10/63 - Suplemento Especial). Corresponde al capítulo III, *Agonía del Peludo*. Corrigiendo el título, que dice *un cuento*, una anotación entre paréntesis dice: “*Fragmentos de una novela inédita*”.

5. *Don Juan, El Zorro*. *Fragmentos de una novela inédita*. Publicado en *Puente* (Montevideo, No.1, Otoño de 1963). Constituye el capítulo IX, *Los tres viejos*.

6. *Don Juan, el Zorro* (Tres fragmentos). **La Comisaría*. * *La pulpería*. **Muerte de los Sargentos y de la Mulita*. Montevideo —Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

Estos impresos reproducen, cuando las hay, las *versiones mecanografiadas secundarias*. Debe destacarse que en la versión impresa el autor efectúa a su vez correcciones. En los fragmentos publicados en *Acción*, en el capítulo publicado en *Ficción* y en los tres que componen el libro editado por CEDAL, esas correcciones no son muy numerosas; más abundantes son las que figuran en lo publicado en *Escritura y Puente*. Obviamente: para la presente edición se han utilizado para cada capítulo la versión más avanzada que se conserva del mismo. En el correr de estas páginas se harán algunas precisiones al respecto. Mientras tanto, creo oportuno consignar un recuerdo personal relacionado con la tenaz tarea correctiva efectuada por el autor en los originales de su novela y en busca de una quizás inalcanzable perfección. En 1970, Paco me regaló un ejemplar de la segunda edición (Buenos Aires, Editorial Claridad, 1939) de *Sombras sobre la tierra*. Ese ejemplar, que sirvió para realizar la tercera edición (Montevideo, Centro de Estudiantes de Derecho, 1966), está abrumado de correcciones. Y Paco me lo dio dentro de un sobre en el que había copiado estas palabras de Paul Valéry: “*Un libro no se termina nunca si no es por impotencia o por cansancio*”.

e) *Comentarios del autor sobre Don Juan, el Zorro*. Estos comentarios fueron escritos por el novelista para que sirvieran de introducción a las grabaciones —efectuadas por el SODRE— de varios capítulos de la novela leídos por su propio autor. Estos comentarios —que constituyen el *Apéndice III* de esta edición de *Don Juan, el Zorro*— son de capital importancia para la cabal comprensión tanto de las finalidades que se propuso cumplir el autor al escribir su novela como de los procedimientos narrativos empleados para su composición y el por qué de la utilización de esos procedimientos. La lectura de esas páginas hará evidente la lúcida conciencia estética que guiaba la mano del escritor al elaborar las páginas de su novela.

3. DIEZ CAPITULOS Y TRES APENDICES

El estudio de los materiales detallados en el párrafo que antecede, permitió ordenar la novela en diez capítulos: (I. *La mala acción del Peludo*; II. *La Comisaría*; III. *Agonía del Peludo*; IV. *La partida*

del Sargento Cimarrón; V. Muerte y velorio del Peludo; VI. En la casa del Zorrino; VII. La pulpería; VIII. El sitio de la Mulita; IX. Los tres viejos; X. La muerte de los Sargentos y de la Mulita) y tres apéndices (I. La tormenta; II. Noche en el bosque; III. Comentarios del autor sobre su novela). Casi todos estos títulos provienen de las publicaciones efectuadas o de indicaciones manuscritas del autor. En relación con cada uno de los capítulos y apéndices mencionados es necesario efectuar algunas precisiones.

I. *La mala acción del Peludo*. Este capítulo está integrado por los capitulillos iniciales (*La amistad, La mudada, La mala acción del Peludo, La pulpería del Peludo, La venganza*) del fragmento publicado en *Escritura*. El impreso respectivo presenta numerosas correcciones manuscritas realizadas por el autor, las cuales, desde luego, han pasado a esta edición. El capitulillo titulado *La venganza* fue reconstruido utilizando, además del texto publicado en *Escritura*, algunas páginas manuscritas, elaboradas con posterioridad a la citada publicación y en las cuales el autor la corrige y amplía sustancialmente. El título de este capítulo proviene de una anotación manuscrita del autor, que figura en una página donde el mismo establece el orden en que debían efectuarse las grabaciones del SODRE. Se conservan tres originales manuscritos —con escasas variantes entre sí— y que coinciden parcialmente con lo publicado en *Escritura* (sin las correcciones manuscritas que figuran en el impreso respectivo, evidenciando que son de un período anterior al de la publicación en la revista citada). En esos manuscritos,¹ figuran, asimismo las páginas que constituyen el capítulo V, *Muerte y velorio del Peludo*, de esta edición. No se conservan borradores ni originales mecanografiados. Una anotación manuscrita del autor, que figura en la página 47 de *Escritura*, da un dato preciso para la ubicación del capítulo II, *La Comisaría*. Allí se lee, en efecto, lo siguiente: “Ojo! De aquí pasa a la Comisaría.” Este capítulo, como ya se ha indicado, fue publicado en *Ficción* y hay allí otra anotación manuscrita del autor que corrobora la anterior: “Ojo! Viene de 47”, número que se refiere a esa página de *Escritura*.

II. *La Comisaría*. De este capítulo, cuya ubicación, de acuerdo con los datos proporcionados no ofrece dudas, se conservan borradores, originales y manuscritos (versión primaria y secundaria) y una copia mecanografiada con correcciones que sirvió como original de la publicación en CEDAL. Esta es la versión definitiva y presenta variantes en relación con la anterior publicación en *Ficción*. Este impreso registra

una anotación manuscrita importante para la ubicación del capítulo siguiente. Esa anotación es ésta: “Después de esto sigue la muerte del Peludo”. El fragmento así mencionado es el publicado en *Acción*. En el impreso, el autor textó el título que allí figura, *Un cuento de Paco Espínola*, y le adjudicó al fragmento este otro: *Muerte de Peludo*. Hay, además, en tinta roja, esta anotación: “Ojo! Sigue esto a las escenas de la Comisaría”. Esta anotación confirma la que figura en el impreso de *Ficción* y permite la ubicación sin vacilaciones del capítulo III, al cual se le ha modificado el título, *Agonía del Peludo* en vez de *Muerte del Peludo*, por el motivo que indicará en seguida.

III. *Agonía del Peludo*. El cambio de “agonía” por “muerte” se motiva en que “muerte” se ha reservado para el capítulo V, *Muerte y velorio del Peludo*. Es allí donde realmente ocurre la muerte del personaje. En el capítulo III, se narra su agonía. De este capítulo se conservan borradores manuscritos, originales manuscritos (versiones primaria y secundaria) y una copia mecanografiada que sirvió para la publicación en *Acción*, texto que se reproduce en esta edición, pero agregando las líneas finales de la página 6 de la copia mecanografiada y sus páginas 7 y 8, que no fueron incluidas en lo publicado en *Acción*. La copia mecanografiada termina con una oración que quedó inconclusa. Al fin de esta página, hay una anotación manuscrita del autor que dice: “De aquí, después de algo que falta, va a la página 48”. Se refiere a la página 48 de *Escritura*. De acuerdo con esa anotación, correspondería que el capítulo IV fuera el capitulillo titulado *Muerte y velorio del Peludo* de lo publicado en *Escritura*, ya que ese capitulillo es el que comienza en la página indicada. La reconstrucción del capítulo titulado *La partida del Sargento Cimarrón* impuso, por razones que se consignarán más adelante, que el mismo fuera el capítulo IV y *Muerte y velorio del Peludo* pasara a ser el V.

IV. *La partida del Sargento Cimarrón*. Tal como indicó más arriba, este capítulo se pudo recomponer utilizando borradores y originales manuscritos que registran una versión muy primaria. Esos borradores y originales manuscritos fueron hallados tras una difícil búsqueda entre la maraña de papeles que aún no habían podido ser ordenados. *La Partida del Sargento Cimarrón* fue compuesto mediante la conjunción de dos series de manuscritos: una titulada por el autor *La Mulita ante don Juan* y otra no titulada por el autor pero cuyo contenido admite que se le dé el título utilizado para todo el capítulo. El primero de estos dos fragmentos, notoriamente el de escritura más antigua, exigió

que se dejaran de lado algunos pasajes de escritura Indescifrable, y, para dar coherencia a los fragmentos rescatados, fue forzoso proceder a algunas mínimas interpolaciones. La continuidad de las dos series queda establecida por una nota manuscrita del autor, que figura en la segunda y que dice: "*Viene de la Mulita ante don Juan*". No hubo pues, dificultad para la ordenación de estas dos series entre sí. Hay, por el contrario, motivos para vacilar en cuanto a la ubicación del capítulo reconstruido en el total de la novela. El autor mismo parece haber tenido vacilaciones. En efecto: en una de las páginas de la primera serie, anota: "*Viene después de la Comisaría*", e inmediatamente, con lápiz azul pero sin textar la anterior anotación, escribe: "*Esta ida a lo de don Juan continúa el encuentro de ella con el Cimarrón*". Esta anotación, que parece haber sido posterior a la citada antes, autoriza la colocación de *La Partida del Sargento Cimarrón* inmediatamente después del capítulo III. *La agonía del Peludo*, que es donde se produce el encuentro de la Mulita y el Sargento Cimarrón. Esta colocación puede justificarse, asimismo, por razones de coherencia narrativa. Se debe agregar que las páginas con las cuales se ha compuesto este capítulo estaban destinadas, sin lugar a la menor duda, a ser reelaboradas y completadas por el autor.

V. *Muerte y velorio del Peludo*. De este capítulo se conservan los originales manuscritos a que se ha hecho referencia en las líneas dedicadas al capítulo I, *La mala acción del Peludo*. Pero la versión más avanzada, aunque con toda seguridad no final, es la que figura en *Escritura*, constituyendo el sexto y último capitulillo del fragmento allí publicado. El impreso conservado presenta numerosas correcciones manuscritas que, desde luego, han pasado a esta edición. No se conservan copias mecanografiadas ni ningún otro manuscrito fuera de los citados. La ubicación de este capítulo en el total de la novela reconoce las mismas razones de coherencia narrativa que validan la ubicación del anterior.

VI. *En la casa del Zorrino*. Este capítulo, tal como queda indicado en el inciso b) del párrafo 2, y al igual del titulado *La partida del Sargento Cimarrón*, fue rescatado al ubicarse y ordenar las páginas que lo componen y que se hallaban dispersas entre una maraña de papeles de muy diversa índole. No quedó copia mecanografiada. Los originales manuscritos hallados corresponden, unos, a la versión manuscrita primaria, y otros, a la secundaria. Pero tanto los unos como los otros son de muy difícil lectura. Por momentos, totalmen-

te ilegibles. El capítulo pudo ser recompuesto mediante el estudio comparativo de ambas versiones, porque pasajes ilegibles en una pudieron ser descifrados en la otra. Es indudable que este capítulo, lo mismo que el titulado *La partida del Sargento Cimarrón*, estaba destinado a ser reelaborado a fondo. Su ubicación en el total de la novela suscitó algunas dudas. Es evidente que debe ocupar un lugar posterior al capítulo IV, *La partida del Sargento Cimarrón*, porque hacia el final de ese capítulo, el Zorrino le dice a don Juan: “— Bueno, ahora vamos derecho a casa. Y allí resolveremos que va a ser de tu vida (...)”; tampoco cabe duda que antecede inmediatamente al capítulo VII, *La pulpería*, porque al final de los folios de la versión manuscrita secundaria, figura, con letra del autor, la siguiente anotación: “*Sigue en la pulpería de La flor de un día*”. Hasta aquí no hay dudas acerca de su ubicación. Las mismas se plantean en relación con el capítulo V, *la muerte y velorio del Peludo*. ¿*En la casa del Zorrino* debía anteceder o seguir a *Muerte y velorio del Peludo*? Ambas ubicaciones eran admisibles. Se prefirió la segunda, entre otros motivos, para no separar demasiado la *muerte* de la *agonía* del Peludo.

VII. *La pulpería*. La ubicación de este capítulo no admite dudas. De acuerdo con anotación manuscrita recién citada; “*sigue en la pulpería de La flor de un día*”, este capítulo debe ir inmediatamente después de *En la casa del Zorrino*. De la *pulpería* se conservan originales manuscritos (borradores, versión primaria y secundaria, ambas con abundantes correcciones manuscritas). La versión definitiva es la de CEDAL. Esta edición la reproduce con las correcciones manuscritas del autor que figuran en el impreso.

VIII. *El sitio de la Mulita*. Este extenso capítulo se mantuvo hasta ahora casi totalmente inédito: sólo fue dado a conocer el breve fragmento del mismo publicado en *Asir*. De los originales manuscritos sólo han quedado unos pocos folios. Se conservan, afortunadamente, los originales mecanografiados, en sus dos versiones, aunque incompleta la primaria. Ambas tienen numerosas correcciones manuscritas. Obviamente, para esta edición se utilizó la versión manuscrita secundaria. La ubicación de este capítulo y la de los dos siguientes no plantea dudas, porque los originales mecanografiados de los tres, en una y otra versión, constituyen dos series de folios con numeración correlativa (del 1 al 134 la versión mecanografiada secundaria).

IX. *Los tres viejos*. Sólo se conservan tres folios de los originales manuscritos. También un original mecanografiado con numerosas correcciones manuscritas. La versión definitiva de este capítulo es la constituida por su publicación en *Puente*, ya que el impreso respectivo tiene numerosísimas correcciones. La versión de *Puente* es la que sirvió para esta edición, pero después de efectuado un cuidadoso cotejo entre las correcciones manuscritas que figuran en el original mecanografiado y las que presenta el impreso.

X. *Muerte de los Sargentos y de la Mulita*. Se conservan originales manuscritos (una sola versión) y mecanografiados (versiones primaria y secundaria) con abundantes correcciones. La versión definitiva es la de CEDAL, que sólo presenta unas pocas correcciones manuscritas. Tras su cotejo con los originales mecanografiados secundarios, se utilizó CEDAL para esta edición.

Apéndice I: La tormenta y Apéndice II: Noche en el monte. Estos capítulos han permanecido hasta ahora inéditos. Se publican como apéndices porque no es posible darles una ubicación válida dentro del conjunto de los diez capítulos que los anteceden. Sólo es seguro que pertenecen a la parte final de la novela. De ambos se conservan originales manuscritos (borradores y versiones primarias y secundarias) y originales mecanografiados (versiones primarias y secundarias). Todas las copias mecanografiadas tienen numerosísimas correcciones manuscritas. Esta edición recoge la versión mecanografiada secundaria pero después de efectuado un cuidadoso cotejo de sus correcciones con las que figuran en la versión mecanografiada primaria.

Apéndice III. Comentarios del autor sobre Don Juan, el Zorro. Recoge el material mencionado en el inciso e) del párrafo 2.

La atenta lectura de los diez capítulos en que han quedado ordenados los materiales válidos para la recomposición de *Don Juan, el Zorro*, hará evidente al lector que los capítulos I y V, *La mala acción del Peludo* y *Muerte y velorio del Peludo*, respectivamente, y asimismo, la primera parte del capítulo VI, *En la casa del Zorrino*, difieren de los otros siete tanto por su concepción narrativa como por su realización estética. También podrá comprobar el lector atento que la novela, tal como ha quedado compuesta, presenta algunas contradicciones en sus aspectos anecdóticos. Así, por ejemplo, en los recién mencionados capítulos I y IV, Don Juan tiene trato personal con la Mulita, contradiciendo lo que dice el mismo Don Juan en la exclamación siguiente, que figura hacia el final del capítulo VII, *La pulpería*: "—Pobre

Mulita! ¡Qué va a ser de ella, tan sola!... ¡Y yo sin haberla podido conocer personalmente todavía!". Esas diferencias en la concepción narrativa y de la realización de unos capítulos con respecto a otros, así como las incongruencias anecdóticas perceptibles en la novela, se explican fácilmente cuando se conoce el proceso —largo proceso— de gestación de la novela.

4. EL PROCESO DE GESTACION

En reportaje titulado *Confesiones de Francisco Espínola*, realizado por Juan Carlos Alles y publicado en *Mundo Uruguayo* (Montevideo, 14/XII/1933, Año XV, No. 773), el reportaje formuló la siguiente afirmación: "(...) Don Juan, el Zorro, está todavía por la mitad, a pesar de que en el año 28, *Crítica de Buenos Aires*, que publicó tres capítulos, me telegrafió urgiéndome la terminación y adquiriendo los derechos que yo mismo fijara". Los tres capítulos mencionados en las líneas que anteceden son los primeros fragmentos que el autor hizo conocer de su novela. En 1968, fueron publicados los tres capítulos de la misma que integran la edición de CEDAL. Estos capítulos son los últimos que el autor dio a conocer públicamente. Cuatro décadas transcurren, pues, desde la publicación inicial hasta la última. Durante esas cuatro décadas, a las que es preciso agregar el lustro que transcurre de 1968 a 1973, año en que fallece el escritor, éste se refirió, en reiteradas ocasiones, a su novela "en preparación" y hasta fijó, en más de una oportunidad, la fecha aproximada en que la misma sería publicada. Se ha visto ya, líneas más arriba, la mención que de su novela hace el narrador en el reportaje de Juan Carlos Alles. Transcribiré a continuación algunas otras menciones.

En carta a Emilio Oribe, datada en San José el 1o. de julio de 1927, comunica que "hay, además, una novela que está hace tiempo por la mitad y que no he tocado preocupado en otras cosas". Otra mención a *Don Juan, el Zorro* aparece en carta dirigida conjuntamente a Santiago Dossetti y a Juan José Morosoli y datada en Montevideo, Diciembre de 1936 (esto es: aproximadamente tres años después del reportaje de Alles y ocho después de la carta a Emilio Oribe). Escribe Espínola en esa carta: "El *Don Juan, el Zorro*, que debió terminarse en noviembre, pero que fue abandonado para atender a otras cosas, irá a Chile, para "Ercilla", cuyo director me escribió y quiere editar toda mi obra". Un año más tarde, cuando el autor publica su drama-pantomima *La fuga en el espejo* (Montevideo, Editorial "Al-

ba", 1937), en la nómina de obras en preparación y próximas a aparecer, figura el todavía inédito *Don Juan, el Zorro*. Diez años más tarde, tal como se documenta en el inciso c) del párrafo 2, el autor vuelve a anunciar la inminente publicación de su novela. Finalmente, y aparte de otros testimonios que sería posible registrar, en la contraportada de lo publicado por CEDAL, se dice: "*Obra largamente esperada, Don Juan, el Zorro, es un gran empeño de Francisco Espínola y presumiblemente su culminación como escritor. Los tres fragmentos que ahora publicamos forman parte de una novela más extensa y de aparición inminente. Su calidad literaria confirma el sitio que su labor ya ocupa en la historia de la literatura uruguaya*". A pesar del nuevo anuncio de "*inminente aparición*" que se registra en las líneas transcritas, en 1973, cuando muere el escritor, la novela continuaba aún sin publicar. Y, además, inconclusa. Pero, y los testimonios que quedan registrados así lo evidencian, el autor no abandonó nunca el proyecto de concluir y publicar su *Don Juan, el Zorro*. Cabe preguntarse, entonces, cómo en el curso de tantos años, no culminó ese proyecto tan largamente sostenido.

Una respuesta taxativa a esa pregunta, es, sin duda, imposible, porque ella supondría entrar en el misterio de una vida humana. Y esto, notoriamente, no está al alcance de nadie. Pero sí es posible una respuesta aproximativa. Y es ésta: el autor puso siempre más empeño en *pensar y contar oralmente* su *Don Juan, el Zorro* que en *escribirlo*. El tiempo empleado, *efectivamente* empleado, por el autor en *escribir* su novela fue desproporcionadamente breve en relación con el empleado en *pensarla y contarla oralmente*. El tiempo empleado en *escribirla* sólo abarcó unos pocos meses a lo largo de los cuarenta y cinco años que van de 1928 a 1973. Esos pocos meses podrían ser categorizados como breves *islas de escritura* en un *mar de oralidad*. No es difícil fundamentar esta afirmación. En efecto: esas *islas de escritura* son sólo cuatro y cada una de ellas abarca un período no muy extenso de tiempo. La primera se ubica en el año 1928, cuando escribe las 36 páginas a que se ha hecho referencia hacia el final del inciso b) del párrafo 2. Esas 36 páginas, que son la *mitad de la novela* aludida en la carta a Emilio Oribe, fueron escritas en unas pocas semanas. Hasta 1933, el *Don Juan, el Zorro* permaneció tal como estaba en 1928. Así lo testimonia el reportaje de Alles antes citado. Una segunda *isla de escritura* se ubica en 1935. A partir de enero del año citado, comenzó Espínola a colaborar en "*la revista para los hogares argentinos*", suplemento semanal del diario *Crítica*, de Buenos Aires. Durante varios meses, Es-

píñola publica en ese suplemento una colaboración semanal. Son narraciones que, aún sin llegar a constituir una novela, están articuladas entre sí porque algunos personajes figuran en todas y porque algunas de ellas se relacionan anecdóticamente. Los personajes permanentes —todos del medio rural— son don Basualdo, la Toribia, el negro Tizón, el Mellizo Juan y el gurí Serapito. Pues bien: tres de estas colaboraciones constituyen la segunda *isla de escritura*. En ellas, en efecto, el viejo don Basualdo narra, a pedido de Serapito, algunas aventuras de don Juan, el Zorro. El carácter semanal de las colaboraciones, que el autor mantuvo ininterrumpidamente evidencian que esta segunda *isla de escritura* abarca —igual que en la anterior ocasión— sólo una semana. La *tercer isla de escritura* está constituida por el tiempo empleado en redactar los manuscritos a que se hace referencia en el apartado 3 al comentar el capítulo I, *La mala acción del Peludo*. Esta *tercera isla de escritura* tiene que haber sido necesariamente muy breve, porque en esos manuscritos el autor se limita a recoger, desglosado de su contexto narrativo y con la mínima variante que se indicará más adelante, lo narrado por don Basualdo en las colaboraciones de *Crítica*. No es posible establecer con certeza la ubicación temporal de la tercera etapa. Puede ubicarse, aunque sin certeza, en el año 1936, constituyendo la mitad de la novela que, según lo expresado en la carta a Dossetti y Morosoli, planeaba enviar a la editorial "Ercilla", de Chile. La cuarta *isla de escritura* se ubica en el verano de 1947 y parte del invierno de 1948. Es cuando el autor escribe casi todo de lo que es el cuerpo novelesco fundamental que se recoge en esta edición. La ubicación temporal de esta cuarta y última *isla de escritura* y su extensión son absolutamente seguras, ya que están fundamentadas en las reiteradas manifestaciones orales del autor. Después de lo escrito en 1947-1948, nada más de su *Don Juan, el Zorro* escribió el autor, aunque, eso sí, se dedicó pertinazmente a corregir lo escrito, en busca de una perfección sin duda imposible, y a hacer anotaciones y redactar esbozos de escenas destinadas a concluir su novela.

Las afirmaciones que anteceden relacionadas con la gestación de *Don Juan, el Zorro* ejemplifican algunos de los rasgos de la modalidad creadora de su autor. Esto les confiere, quizás, de por sí, interés. Pero importan también por otro motivo: de cada una de estas cuatro *islas de escritura* surgió una *forma* del *Don Juan, el Zorro*. Y el estudio comparativo de esas cuatro formas revela que las mismas constituyen una sucesión correlacionada en la cual cada *forma* supone un mayor grado de profundización en la concepción narrativa y estética de la

novela y, desde luego, grados de realización cada vez más logrados. La *primera forma* que presenta el *Don Juan, el Zorro* de Espínola es la que adquiere en los 36 folios manuscritos a los que se ha hecho referencia más arriba. Este conjunto de páginas, que el autor estimaba como la mitad de su novela, configuran lo que podría denominarse el *Don Juan, el Zorro primitivo*². Esta *primera forma* se caracteriza sustancialmente por estos tres rasgos: el contenido anecdótico está íntimamente ligado con las narraciones populares campesinas rioplatenses protagonizadas por el zorro, por lo cual en esta su primitiva forma la novela tiene un acentuado sabor folklórico; los personajes, aunque humanizados, especialmente porque tienen el don de la palabra, no pierden, sin embargo, en lo fundamental su condición animal; el empleo del habla popular campesina rioplatense es muy acentuado, llegando hasta la exageración en la copia de sus deformaciones fonéticas, no sólo cuando hablan los personajes sino también, en muchos capítulos, cuando es el propio narrador el que interviene, llegándose, incluso, hasta escribir el título de un capítulo de esta manera: "Sueños y rialdades". En este *Don Juan primitivo*, el autor intentaba realizar una obra eminentemente popular, para lo cual procuraba colocarse en la postura del narrador de fogón, renunciando, con lúcida deliberación, a la utilización de recursos estéticos que pudieran parecer artificiosamente cultos. La *segunda forma* es la que se da en la narración de don Basualdo que aparece en las colaboraciones del suplemento semanal de *Crítica*, en 1935. Esta *segunda forma* no difiere sustancialmente de la primera y los tres rasgos señalados como caracterizantes de ésta son válidos para aquélla, pero se debe anotar que, a pesar de que aquí es un gaucha el que narra, la utilización del habla popular campesina no llega a los modos extremos visibles en la *primera forma*, que es, además, notoriamente inferior a esta segunda en cuanto realización estética. En efecto: en la *segunda forma* es perceptible una muy lograda acentuación del relieve de los episodios y del perfil de los personajes, obtenida gracias a una sabia selección de los elementos, estéticamente válidos y representativos, utilizados para componer la narración. La *tercera forma* está constituida por los manuscritos que he mencionado al referirme a la *tercera isla de escritura*. Quedó allí señalado que esos manuscritos reproducen, con una mínima variante, la narración de don Basualdo que constituye la *segunda forma*. Esa mínima variante es la siguiente: don Basualdo emplea siempre en su narración, y coherentemente con su condición de gaucha viejo, el habla popular campesina rioplatense,

tanto cuando narra él como cuando hace dialogar a los personajes, mientras que en los manuscritos esa habla sólo se utiliza en los diálogos de los personajes. Es necesario subrayar, eso sí, que el lenguaje utilizado por el narrador mantiene, por deliberado propósito del autor, un tono marcadamente oral. Esa mínima variación acentúa, sin embargo, los valores estéticos y narrativos que se dan en esta *tercera forma*. Se debe señalar ahora que el fragmento publicado en *Escritura* no presenta variantes en relación con estos manuscritos, reproduciendo fielmente el más elaborado de ellos. No está de más indicar, que, en el más antiguo de esos manuscritos, el que, evidentemente, es la versión *manuscrita primaria*, figura un capítulo, *El asunto se complica*, no incluido en lo publicado en *Escritura*, pero, en cambio, falta el capitulillo final de lo allí publicado. Conviene destacar que *El asunto se complica* es antecedente del capítulo IV, *La Partida del Sargento Cimarrón*. La *cuarta forma* asumida por el *Don Juan, el Zorro* está constituida por todo lo escrito durante el verano de 1947 y el invierno de 1948, que, como ya se ha dicho, forma la *cuarta isla de escritura* y comprende la casi totalidad de la novela tal como ahora se publica. La primera, la segunda y la tercera *formas* asumidas por *Don Juan, el Zorro* evidencian que hay entre ellas una notoria continuidad en la concepción estética y narrativa, no obstante las diferencias que entre sí presentan, porque la concepción estética y narrativa que rige la elaboración de esas tres *formas* se va afinando progresivamente pero sin que se produzca un cambio realmente sustancial. Este cambio sí se produce en la *cuarta forma* de la novela en relación con las tres anteriores. Los nexos que vinculan a éstas con aquélla existen, sí, pero son muy tenues. Tan tenues, que el *Don Juan, el Zorro* visible en la *cuarta forma* es totalmente otro del que se hace ostensible en las tres primeras. Y esto es así porque el autor ha variado sustancialmente la perspectiva estético-narrativa desde la cual enfrenta a su creación. Para hacer evidentes las diferencias sustanciales que se dan entre esta *cuarta forma* asumida por *Don Juan, el Zorro* y las tres anteriores, sólo es necesario destacar, entre muchos, tres rasgos caracterizantes de la misma. *Primer rasgo*. En su *cuarta forma*, la novela sólo guarda una muy lejana relación, tanto en lo anecdótico como en lo que a los personajes se refiere, con las narraciones populares que tienen como protagonista al zorro. En efecto: tanto la *línea argumental* (acción centralizadora) como el *entramado anecdótico* (conjunto de situaciones o episodios) son, salvo algún detalle secundario, invención exclusiva del autor; los personajes, al contrario de lo que ocurre en los cuentos populares con

el zorro como protagonista, se *desanimalizan* y, con todo rigor, del animal sólo conservan el nombre —la Mulita, el Avestruz, el Peludo, etc.— y algún rasgo que sirve para la caracterización —ya como seres humanos— de los agonistas (la picardía del zorro, la timidez de la mulita, la ferocidad del tigre, el hábito latrocinante de la comadreja...). Esta *desanimalización* de los animales, o *humanización* de los mismos, supone, notoriamente, un cambio total en la perspectiva narrativa de la *cuarta forma* con relación a las tres anteriores, en las cuales los personajes conservan bien acentuadamente algunos de sus rasgos animales (la cigüeña y el teru-teru vuelan, el zorro mata y devora a un corderito mamón, la mulita conserva su “*caparazón humilde y parda*”, etc.) mezclados con otros que los humanizan también muy acentuadamente. Esta incongruencia —aunque puede ser, como en las fábulas populares, estéticamente válida— desaparece en la *cuarta forma*. En ella, solamente el caballo mantiene íntegramente su animalidad. Era necesario que así fuera para acentuar la *humanización* de los otros animales que, sin el caballo como medio locomotriz, hubieran perdido en gran parte su condición “*gaucha*”. Además, y según le oí decir más de una vez al autor, la natural condición del caballo debía ser respetada porque “*había sido uno de los héroes de nuestra independencia*”. Segundo rasgo. En la *cuarta forma*, el lenguaje no copia las deformaciones fonéticas del habla popular campesina rioplatense, ni cuando narra directamente el autor ni cuando dialogan los personajes. Deliberadamente, sin embargo, el autor procura, y logra, que la escritura de su novela mantenga, en todo momento, acentuada *entonación oral*. Tercer rasgo. Cuando en octubre de 1947, publicó el autor un fragmento de su novela en *Escritura*, se anunció, como ya se ha señalado, que la novela total se publicaría al año siguiente. En ese momento, lo escrito se reducía a lo publicado en la revista citada más algunas páginas no incluidas en esa publicación. La confianza del autor en que publicaría la novela en 1948 no era, sin embargo, infundada, porque el *Don Juan, el Zorro* que el autor proyectaba publicar en el citado año, estaba concebido como una novela no muy extensa y compuesta por capitulillos breves como los del fragmento publicado en *Escritura*. Era, pues, posible completar en pocos meses lo que ya el autor tenía escrito. Pero es justamente tras la publicación de ese fragmento que el autor cambia la concepción estético-narrativa a emplear para la composición de su novela. Y ese cambio apareja este otro: la novela ahora concebida sería una novela muy extensa. Así lo documenta una anotación manuscrita del autor, en la que, tras realizar cuidadosos cálculos, contando los es-

pacios de cada línea y las líneas de cada página, estima que la novela tendría unas 700 páginas impresas de acuerdo a las características gráficas de la tercera edición (Montevideo, Arca, 1969) de *Sombras sobre la tierra*. A este propósito, anota lo siguiente: "Habría que publicarlo (el *Don Juan, el Zorro*) en 2 partes. Como en las viejas novelas populares del siglo pasado. Lo que sería muy lindo. Hasta por lo que de popular mantiene la novela en sus primeros planos, desde el principio al fin; hasta por lo accesible al lector más inocente, igual, por esto, a los lectores de aquellas obras".

5. ORQUESTACION FINAL

Al final del párrafo 2, se afirmó que era necesario conocer el proceso de gestación de *Don Juan, el Zorro* si se quería tener cabal comprensión del por qué de las diferencias de concepción narrativa y realización estética de algunas partes de la novela en relación con otras y, asimismo, de las incongruencias perceptibles en algún aspecto de lo anecdótico. Las afirmaciones realizadas en el párrafo anterior relacionadas con el proceso de gestación de la novela, permiten una fácil y clara explicación de esas diferencias e incongruencias; obviamente, la explicación es ésta: algunas partes de la novela (el capítulo I, *La mala acción del Peludo*, el V, *Muerte y velorio del Peludo*, y el comienzo del VI, *En la casa del Zorrino*) provienen de la *tercera forma* asumida por *Don Juan, el Zorro* mientras que los otros siete capítulos corresponden a la *cuarta forma*. Las incongruencias anecdóticas y las diferencias de realización estético-narrativa anotadas, y que se hacen ostensibles en la novela tal como ahora se publica, habrían desaparecido si el autor hubiera escrito "las 150 o 200 (páginas) que resultarán de la orquestación de la forma primitiva de la novela (lo que apareció en la revista [*Escritura*] de Bayce y Maggi, por ejemplo). Lo antedicho evidencia que *Don Juan, el Zorro* quedó doblemente inconcluso: primero, porque no fueron escritas esas 150 o 200 páginas destinadas a sustituir, ampliándolos, los capítulos I, *La mala acción del Peludo*, y el V, *Muerte y velorio del Peludo*, provenientes de *Escritura*, y los capítulos IV, *La partida del Sargento Cimarrón* y VI, *En la casa del Zorrino*³, que, como ya se ha indicado, provienen de imperfectas versiones manuscritas primarias, destinadas a ser cuidadosamente reelaboradas; segundo, porque tampoco fueron escritos los dos extensos episodios que, según precisas anotaciones manuscritas del autor, constituirían los dos capítulos finales de la novela.

No hay datos que permitan inferir en qué consistiría la "orquestación de la forma primitiva de la novela". Sólo es afirmable, documentalmente, que ella tendría un comienzo distinto del que ha quedado y que la "orquestación de la forma primitiva de la novela" supondría no sólo la ampliación de los episodios que incluye el fragmento publicado en *Escritura*, sino, también, la intercalación de otras situaciones no menos importantes que las que allí figuran. La modificación del comienzo está documentada por unas anotaciones manuscritas que el autor titula "Para iniciar a Don Juan, el Zorro. Las primeras páginas," la introducción de nuevas situaciones es testimoniada por los borradores manuscritos de varias escenas, cuya ubicación precisa en el texto no puede ser determinada, pero que, sin lugar a dudas, integrarían los capítulos iniciales exigidos por la "orquestación de la forma primitiva de la novela". Los borradores manuscritos mencionados serán reproducidos a continuación, porque ellos permitirán que el lector se forme una idea de cómo serían los capítulos iniciales de *Don Juan, el Zorro* si la proyectada "orquestación" hubiera sido realizada.

El borrador manuscrito titulado "Para iniciar a Don Juan, el Zorro. Las primeras páginas" dice así:

"Empezar por la mención del caballo. Describir su apero. Se mencionan los estribos, como detalle último de su mención mostrando la bota. Luego, seguir con los flecos del poncho que la rozan. Decir después que, al entreabrirse, éste deja ver bombacha, tirador y, como un halka del poncho está plegada sobre el hombro del jinete, también la chaquetilla. El rebenque se apoya en la cabezada del recado. Luego, golilla y sombrero. Después, sugerir con nitidez el movimiento de la conjunción de jinete y caballo, para lo cual es preciso situarse en el punto de vista de ambos y evidenciar el desplazamiento del horizonte haciendo que el jinete lo contemple. El horizonte debe abarcar un gran espacio para hacer buenas perspectivas y achicar la imagen de jinete y caballo. Pero este espacio tiene que crecer gradualmente porque las primeras menciones de la figura ecuestre deben hacerse en el momento de cruzar un vado muy encajonado, que estreche el horizonte. Allí, entonces, la figura es, por relación, mayor de lo que será más adelante, cuando vaya saliendo del bajo y, al ascender, logre mayor horizonte hasta que, en la cima de la colina, el paisaje se amplíe considerablemente y el grupo de caballo y jinete se haga más pequeño.

El jinete, don Juan, va mirando todo. Y en sus emociones es preciso dejar advertir que hacía tiempo que no estaba en el pago y las circunstancias que lo alejaron: persecución de la justicia (don Juan

hace apenas un mes que se halla de nuevo en el pago). Hay que hacer alguna mención muy expresiva —porque debe ser muy buena— a su primo el Zorrino. También al Comisario y al Peludo. Finalmente a la Mulita, para ya dejarla presente en el espíritu del lector, pues es a ella a quien va a visitar don Juan”.

La lectura de las anotaciones que anteceden, además de dar una idea de cómo sería el comienzo de la novela, hace evidente, y es importante subrayarlo, la lúcida conciencia estética del autor y valen por una lección magistral de composición narrativa. Transcribiré ahora el primero de los borradores manuscritos destinados a servir de estribación para componer nuevos episodios de la novela. Dice así:

“Don Juan deja el caballo oculto bajo unos sauces y piedras. Y se dirige a pie a lo de la Mulita.

Al regreso, cruza el arroyo y siente un llanto. Es una liebre lavandera. El Peludo le ha mandado decir que si no le paga la deuda le va a hacer sacar hasta los tizones.

Don Juan echa mano para sacar dinero pero desiste:

— Total, no va a haber necesidad. Con un buen escarmiento yo lo voy hacer andar derecho en este mundo.

Piensa que esto no conformará a la lavandera. Entonces, dice:

— Bueno, siga, no más, tranquila con su lavado. Yo voy a hablar con el Peludo...

— Es inútil, don, es inútil. ¡Se va a poner más cosario conmigo!

— ... y si no afloja yo le entregaré a usted la plata para que le pague ¿me comprende?

La lavandera se ha atrasado por la muerte de la hija, que también lavaba. Y porque para acomodar el mojinete del rancho le cobraron tres pesos. Le dio a cuenta 8 reales y el Peludo no se los quiso agarrar, diciéndole que a esa marcha la cosa sólo se terminaría de arreglar en el otro mundo. Y que él había oído las mentas de un reloj de oro que tenía y por qué no se lo entregaba por la mitad de la deuda. Si el reloj está parado y es un recuerdo. Un recuerdo del finado mi marido que se murió estando ido de la cabeza y baldado y se creía que era el sol. Que por eso no quiere desprenderse de él, porque era el crédito del finado que se pasaba con él como única alegría. Y decía contento palmeando el bolsillo donde lo ocultaba celosamente: “Con esto, si quiero, los tengo locos a todos. Resuelvo una noche que anden a los porrazos meses y meses. Y en un repente los ilumino y en un año van a ver la luna y las estrellas si

son brujos". Así que, usted ve, no es por el reloj, que total nunca marchó y está clavao como cuando lo encontró en unas carreras. Yo se lo dije al Peludo y él me contestó que a los muertos hay que dejarlos quietos y me dio la espalda y ya no me quiso oír y se puso a tararear una décima como si estuviera solo. Y cuando yo quise hablar rio fuerte y miraba para el techo.

— Y fui después a sacar algo fiado a "La flor de un día" y el pulpero me dijo: "Ah, no, m'hijita, que te fien a donde vos sos su cliente, que es muy feo para mí andar haciendo competencia a nadie y menos a todo un caballero como don Peludo! Ahora no tengo ni pa yerba.

Don Juan le dio unos pesos.

— Vaya con plata y verá si el Peludo empieza a perder caballerosidad según el pensar del Vizcacha.

Compre lo que quiera y después le voy a echar otra manito. Tenga cuidado, no la pierda. Pongaselá en el bolsillito. Y si quiere, la llevo en ancas a su casa.

Sale la vieja.

— ¡Mire que es lindo el campo! Lo bien que podríamos estar todos si no se hubiera enfermado el finado y se hubiera muerto y si no se hubiera muerto m'hija y tuviéramos algún pasar. Cuando yo era chica creía que todo era lindo y que sólo el campo era feo. Ahora es que veo que el lindo es él, solito".

Este episodio, cuando el autor procediera a la "orquestación de la forma primitiva de la novela", iba a encontrar su ubicación dentro de los capítulos iniciales. De acuerdo con la acotación con que este borrador comienza debía ir a continuación de la primera visita a la Mulita, ya que no puede relacionarse con la segunda, que figura en el capítulo IV, *La partida del Sargento Cimarrón*, porque esta segunda visita ocurre cuando el Peludo ya ha muerto, y el episodio con la lavandera, cuando el Peludo aún vive. Notoriamente, la situación resumida en el borrador manuscrito que se ha transcrita estaba destinada a hacer sentir, desde el comienzo, la avaricia y maldad del Peludo en contraposición con los buenos sentimientos y generosidad de Don Juan.

El segundo de los borradores mencionados es el siguiente:

"Iniciar con una escena entre el Comisario Tigre y el Peludo. Es de nochecita. La luz de un candil. Sombras y claridades violentas.

— Nosotros tenemos que marchar como buenos amigos. Yo, con la mitad de la coima, estoy conforme. Es lo justo, porque usted

también tiene sus calentaderos de cabeza y debe recibir su buena retribución.

— ¡Pero compañero! —saltó escandalizado el Peludo— ¿No le parece que la mitad entera para usted es mucho? Yo tengo que aguantarle la vela a los piernas, tengo que vigilar al coimero para que no abuse; pago luz, pago casa, pago...

Tanto echó atrás el Tigre la cabeza para interrumpirle con tal actitud que la atrasada sonrisa que le obstentó era rozada por su mirada cada vez más inquisidora.

— ¡Pero claro que tiene razón! ¿Cómo yo iba a abusar de mi autoridad? ¿Cómo, porque yo, si se me antoja, le puedo hacerle la vida imposible, y hasta meterlo a usted en las guascas, voy a desagerar? Usted cree que yo voy a salir de prepotente y a obligarlo a echar los bofes en mi beneficio valiéndome de que lo puedo mandar al cepo por qué se le ha quedado con todo a su sobrina.

— ¡Pasesé! —intentó decir el pulpero.

Pero el otro lo acalló con un brusco ademán. Y siguió, persuasivo:

— ¡No, compañero! —yo me refiero a la mitad de la ganancia líquida. Se saca para el coimero, se saca para los gastos y, después sí, entonces sí, se hacen las dos partes. —Y para afirmar bien el clavo, agregó: — Sepa usted, mi amigo, que yo nunca para mis cosas hago prevalecer mis galones. Yo en estos asuntos siempre soy como cualquier particular. Nosotros aquí estamos de igual a igual. Y es justo, entonces, que seamos iguales en el reparto. ¿Qué yo en un mes le puedo hacer cerrar la pulpería? ¿Qué le puedo hacer un sumario por apropiación indebida y doy con sus huesos en la cárcel? Demasiado lo sé, pero es como si no lo supiera, se lo aseguro. Aquí no hay autoridad ni hay nada. Aquí solito hay dos amigos que se llevan como hermanos. Y el primero que se halle en un apuro de plata —aquí tembló el Peludo, lo advirtió el Tigre, atenuó con— o cualquier cosa —y siguió: —que recurra al otro y eso servirá de ejemplo. [Tachado: "y se verá lo que es la amistad"]⁴

El episodio esbozado en el borrador que se ha transcripto estaba destinado, sin duda, a alcanzar un amplio desarrollo. Así lo denota al comienzo: "Iniciar con una escena entre el Comisario Tigre y el Peludo". Dentro del plan que el autor se proponía para "orquestar" los primeros capítulos de la novela, esta escena, seguramente, correspondía a las situaciones iniciales, preparatorias del núcleo argumental y

necesarias para ir definiendo a los personajes. Parece innecesario subrayar cómo en esta escena el autor logra, con insuperable maestría mostrar la interioridad de los personajes a través del diálogo y sin necesidad de acotación alguna. Es igualmente innecesario hacer notar la gracia y el humor que irradia de sí la situación planteada.

Un testimonio más de que el autor proyectaba crear diversas situaciones destinadas a ampliar lo publicado en *Escritura*, a fin de "oquestar la forma primitiva de la novela", se encuentra en un conjunto de borradores manuscritos agrupados con el título *La pulpería del Peludo*. El conjunto está formado por 14 folios dispersos entre una maña de materiales de muy variada índole. La mayor parte del contenido de esos 14 folios resulta realmente indescifrable, porque están escritos con esa letra, que no vacilo en denominar críptica, con que Espínola escribía cuando, urgido por la inspiración de un momento, se esforzaba por volcar nerviosamente sobre el papel todo lo que esa inspiración le dictaba. Sin embargo, el paciente estudio de esas páginas permitió comprobar que contenían esbozos de escenas destinadas a completar el pasaje titulado *La pulpería del Peludo* que integra el fragmento publicado en *Escritura*. De estos borradores, los de mayor interés —y que afortunadamente pudieron ser descifrados— son los que bosquejan escenas en las que participa, y hasta cierto punto protagoniza, el tenedor de libros (también llamado "el dependiente") de la pulpería del Peludo⁵. Dos fragmentos relacionados con esas escenas han sido rescatados. El primero comienza con esta acotación: "El Peludo está pasmado con la sabiduría que, a juzgar por su letra, piensa en el tenedor de libros". Y luego, describiendo una lección de escritura que el Peludo recibe del tenedor de libros, sigue así:

— Bueno, ahora agarre despacito para abajo. ¡Pare! ¡Pare!... Ahora, despacito, empiece a dar vuelta a la izquierda... y ahora, despacito, vaya agarrando otra vez para arriba pero ladeándose cada vez más a su derecha... Cruce, no más, ahora y siga todavía un poquitito... poquitito para arriba... ¡Bueno, pare! Bueno, ahora, pegándose bien, haga una vueltita bien redonda igual a la otra que hizo hoy... ¡A ver?... ¡Ya está! ¡Lo felicito!

— ¡Le parece?

— ¡Pero si es una perfección! Le ha quedado una palabra ojo que en la capital llamaría la atención, le garanto. [Como variante: "tendrían que ver"]

— ¡Ojo, me dijo?

— Claro... Cada redonda usted ya sabe que es una o... Practique

usté unos días... y juegue plata al que le escriba mejor en el interior de la República.

— ¿Le parece?

— ¡Pero usted me lo va a decir a mí! Yo, a sus manos pongo plata de afuera y me juego hasta la camisa.

— ¿Le parece?

— Si se lo digo yo, por algo será, me parece...”

El segundo fragmento se inicia con una variante que amplía la escena de la lección de lectura. Quizás ambas versiones serían posteriormente refundidas en una. Este segundo fragmento dice así:

“— ¿Ojo, me dijo?

— ¡Claro! Usted sabe que cada redondel es una o y que esa larguita es jota. Diga primero o; después diga jota, otra vez diga o... y ya estamos.

— Ojota.

— ¡No me salga con esto! Conversando a la jota se le da el nombre propio; se le dice jijj... Viéndola usted le dice jota derecho, pero diciéndola, cambia. Y no se me ponga usted a pensar por qué. Esto es como una ley: cumpla y marche derecho. Bueno, ahora afirme bien el lápiz y despacito me lo va acercando al papel...

— ¿Y qué le parece si hacemos otro descansito?

— Usted manda. En estas cosas el que la cincha no es el maestro. El maestro en esto, va a hupa. A mí lo que me cansa es cuando me topo con gente de poca cabeza. Pero con usted da gusto, le garanto...

¿Usted se piensa, por un casual, que yo, que le pedí para quedarme aquí solito por una noche, y me fui quedando y quedando fue nada más que por quedarme? A diez leguas ya del pueblo y caminando a pie, y despacio, para ir conociendo bien el mundo y luego a la “Blanqueada” y le pido a usted para hacer noche... y al otro día me quedo, y al otro día que vino después me quedo... y los otros días nuevos, yo siempre quedado... y ¡Adiós! a aquellas ganas de seguir conociendo mundo...

— Sí, un día usted me lo dijo.

— ¿Ve cómo sí me acuerdo? Yo le dije: usted está precisando un tenedor de libros. Y a ese tenedor, usted, si quiere, lo toma. Porque le está presente.

— Y yo le dije: ¿Pero y con qué plata lo pago?

— Y yo le dije: ¡Plata! ¡Plata! ¿Y quién habla aquí de plata?

— Sí. Y yo le dije: hablé yo.

— Y yo le dije: Entonces, a usted le digo: Por ahora, usted cumple con casa, comida y los vicios... Después, cada cual verá por su lado y los dos nos juntamos buscando un acuerdo.

— Sí, y yo le dije: conforme.

— ¿Y usted, por un casual, se cree que yo, que había salido de San José para recorrer el mundo, me quedo aquí por el lindo... de "La Blanqueada"? ¿Usted no ve que yo me quedé porque yo había simpatizado con usted? ¿Y usted cree que la simpatía es por plata? ¡Ah! Resulta entonces que no es simpatía a otro por simpatía, no más. Y que viene un lío y se juega la vida por el otro y eso es solito por simpatía. Usted no ve que abajo de la simpatía hay otra cosa".⁶

Las dos escenas transcritas tienen interés, entre otros motivos, porque ponen en escena a un personaje, el dependiente o tenedor de libros de la pulpería del Peludo, que casi no aparece en la novela tal como ella ha quedado, pero que, sin duda, habría cobrado relieve, adquiriendo real estatura novelesca, si el autor hubiera realizado su proyecto de "orquestración" de su obra.

Las cinco transcripciones efectuadas, y los comentarios que las acompañan procuran dar una idea de cómo pensaba el autor "orquestrar la forma primitiva de novela" para adecuarla a lo escrito cuando, en 1947, concibió la cuarta y definitiva forma de *Don Juan, el Zorro*. Pero esa idea sólo puede ser muy vaga porque sobre esa siempre propuesta y nunca realizada labor de "orquestración" no hay testimonios documentales —ni tengo yo recuerdos— que permitan reconstruir, por lo menos, la línea argumental de acuerdo con la cual esa "orquestración" se hubiera cumplido. No ocurre lo mismo con el final de la novela. Existen testimonios documentales (coincidentes, por lo demás, con mis recuerdos, muy precisos al respecto) que permiten reconstruir, aunque en forma muy esquemática, la línea argumental de la parte final y no escrita de la novela. Dos grandes episodios compondrían ese final: uno, dentro del cual entrarían los Apéndices I y II, *La tormenta y Noche en el monte*, mostraría, a través de una multiplicidad de situaciones, a las huestes de don Juan, con él a la cabeza, acampados en el monte; otro, conclusivo, describiría, con entonación homérica, una gran batalla. En esta parte final, además, aparecería un personaje, el Coronel Puma, ausente en las anteriores, el cual, en un borrador manuscrito, es descrito de este modo: "Jaquet negro, chaleco (gruesa cadena) y pantalón grises. Media galera. Zapatos de charol. Bastón con empuñadura de oro". Para guiarse en la composición de los dos grandes episodios mencionados, el autor escribió un conjun-

to de apuntes titulados, unos, *“En el monte. Los matreros”*, y otros, *“Para la batalla”*. A ellos me referiré a continuación.

Las anotaciones relativas a las escenas del monte son, en gran parte, ilegibles. No es posible, pues, reproducirlas aquí literalmente. Pero mediante lo que he podido descifrar, cabe tener una idea de cómo se hubiera desarrollado el primero de los dos episodios finales. El mismo comprendería —ya se ha dicho— una multiplicidad de escenas. Reconstuiré, valiéndome de los apuntes del autor y hasta donde ello es posible, cuatro de esas situaciones.

Primera situación. Los compañeros de don Juan se hallan reunidos, en la noche, alrededor del fogón, escuchando tocar la guitarra. La tocan el Venado y el Montés. Este, según uno de los apuntes, *“con una guitarra que ha llevado al monte un dormilón que la robó en un rancho (contar lo sucedido) porque le gusta mucho la música, aunque no sabe tocar. Siempre anda con ella en la espalda. En las reuniones pregunta quién sabe tocar y se la ofrece. Luego la guarda cuidadosamente en su funda de terciopelo”*. La música, una milonga, produce distintas reacciones en los auditores: el chimango sueña despierto que pelea con varios enemigos a la vez; el Lechuzón también sueña despierto pero es el suyo un *“sueño dulce”* relacionado con su infancia; el Zorrino piensa rabiosamente que el mundo es una porquería y que debe ser puesto en orden; el Recluta *“no siente nada. Mira las brasas del fogón. Observa la caldera y la panza de ésta le asocia la suya. Le falta un botón en la bragueta. Pedirá aguja e hilo al Carancho”*; el Dormilón se queda dormido y se cae de cabeza cuando la pieza musical termina, porque lo despierta una fuerte exclamación aprobativa del Carancho, a quien *“la dulce emoción infundida en su corazón por la guitarra y el canto había, como siempre, sacado de quicio al reavivarle la diferencia de un honrado mundo ideal con la mezquindad de la hora”*. Los apuntes relacionados con esta escena se completan con otro donde narra *“el sucedido”* que le permitió al Dormilón hacerse con una guitarra: *“Llegó allí al atardecer. Con el caballo aplastado. Pidió para hacer noche. Tendió el recado en la cocina. Y quedó al lado del banco con la guitarra en su funda de terciopelo. No pudo pegar los ojos en parte de la noche. En la otra parte no hizo por dormir. Al contrario ya no estaba en la cocina. Lo más despabilado iba a campo traviesa en su mala-carita, con la guitarra sobre la cabezada. Porque se escurrió furtivamente y para las barras del día se había hecho perdiz del pago del instrumento. Iba loco de contento. Tanto, que en su conciencia no podía*

aparecer con sus cargos la familia despojada. Ni siquiera la cocina. Allí no había más que él y la guitarra. Y el mundo enterito delante de los dos. Ahora más grato, digno de quererlo, porque él lo asistirá ofreciéndole la guitarra al que supiera tocar”.

Segunda situación. Don Juan, junto al fogón y rodeado por sus compañeros, conversa con ellos. A cada uno le dice, “con la mayor exactitud, lo que le gusta que le digan”. Al Zorrino: “— Y, usté, mi primo... sin usté puede que a estas horas yo estaría en el cepo de la comisaría o tirao, abierto de par en par, entre los pastos”, y al Recluta: “— Y, usté, compañero, usté es de los que más voy a precisar de aquí en adelante”. De este modo, va retemplando la fibra combativa de sus huestes y las prepara para la batalla que tendrá lugar muy pronto.

Tercera situación. Está esbozada en unos borradores descifrables. Conviene transcribirlos textualmente. Dicen así:

— Bueno, amigo, ésta es su hora. Tire unos tajos y releve a don Avestruz. Si ve algún movimiento en la picada es en fija que vienen a toparnos. Pero no creo que tengan tanto apuro ni tiempo para acomodarse ni ánimo para venírse nos encima así nomás. Tendrán que ir rejuntando gente, armándolos y dándoles instrucción... Un ataque así va a precisar hasta que intervenga el Coronel Puma. Y para ese tiempo nosotros vamos a estar como fierro.

El Montés, con el cuchillo en la mano, escogió una parte en el asado y cortó.

— No hay cuidao.

— Yo le digo; es imposible que se hayan rehecho. Claro que el comisario es valiente y ha quedado tan caliente que es capaz de hacer una locura. Pero no creo. El sabe que no tiene gente para un caso de estos. El no tiene dos de la clase del señor...

Y señalando al Recluta, continuó:

— No es porque esté presente.

El Recluta iba a pedir la bolada para acompañar al Montés. Pero la creciente admiración hacia don Juan hizo que se olvidara de eso a fin de permanecer en su presencia.

— ¡Este es un jefe! — se decía — ¡Este tiene que ser algo como un general de los de veras!

El Zorrino era, asimismo, todo oídos.

— ¿Y usté cree, mi primo, que esa gente...?

— Sí, nos van a dar tiempo para todo, se lo aseguro.

— ¡Pucha, usté cree que nos darán tiempo...? Mire, primo, que...

Como quien abrazado a su guitarra encrespa el encordado en los acordes y arquee un poquito más que los otros uno de los dedos a fin de que uno de los sonos se distinga sobre el resto, así el Zorrino, acentuaba "primo", para que lo escucharan los demás. Y don Juan, que lo advirtió, se los prodigaba tiernamente. Además, aunque comprendía que su primo no tenía la menor idea de a qué se refería, persuadió:

— *Usté va a ver, mi primo, usté va a ver. Nos van a dar tiempo, nos van a dar.*

— *Y bien, si usté lo dice. Pero, para mí...*

— *Esté tranquilo, se lo aseguro.*

Entonces el Zorrino miró a todos lados y terminó con suficiencia:

— *Bueno, si él lo dice..."*

Cuarta situación. Es posible reconstruirla reuniendo algunos apuntes dispersos. Primero se anota que los tres viejos hacen "rancho aparte", que el Zorrino "agarra de hijo" al Carpincho y que el Montés se sube constantemente a un árbol para observar el campo. Y después, en otro apunte, se agrega que don Juan, tras hablar gravemente con el Venado, desaparece un día del monte y regresa al siguiente acompañado de dos Coatís, una Comadreja, un Mao Pelada, un Chajá y un Tatú. Son matreros viejos que acampaban a corta distancia. Están casi en harapos pero muy bien montados y armados hasta los dientes. Ya cerca del monte, don Juan y sus compañeros encuentran al Montés vareando su caballo con las patas atadas. Don Juan le pide que no lo repita para no descubrir el sitio en que se guarecen y luego le presenta a sus acompañantes: "— *Este es un compañero. Estos son otros compañeros nuevos*". Rápido y grave, el Montés exclama: "— *Tanto gusto en conocerlos*". Los otros lo miran "sombrios y como sordos". Don Juan se pone a la cabeza de sus nuevos compañeros y se despidió del Montés: "— *Vamos a seguir, compañeros. Hasta de aquí un rato, Montés*". "— *Hasta de aquí un rato, señores*", responde el Montés y los seis matreros se pierden tras don Juan por entre la fronda. El Montés queda solo frente al campo inmenso y para sí mismo dice: "— *Con estos seis más ya estamos en condiciones de llevarnos por delante la comisaría. Se amaga un avance por un lado. Se los engolosina retrocediendo unas cuadras, y después, en campo abierto, atacando a media tarde, cuando quieran aparecer las barras del día ya nos hemos hecho humo del pago*". La situación, inconclusa en los apuntes hallados, se cierra textual-

mente así: *"El caballo (del Montés) clavó las orejitas. El jinete avivó su mirada y la paseó por el contorno. Allá, en la altura, apareció un bulto. El Montés, de un tirón de las riendas hizo tornar el caballo y se metió entre los primeros árboles hasta quedar oculto. El otro jinete también se había detenido. — "Policía no es" — se decía el Montés. — "Pero desconfía. Ese anda en algo..."* Y se interrumpió como si alguien pudiera oírlo porque el observado se había puesto otra vez en movimiento".

Las cuatro situaciones que se ha intentado visualizar, utilizando, en lo posible, anotaciones manuscritas del autor, dan una idea —según creo— de la amplitud cuidadosamente detallada con que el autor proyectaba elaborar las escenas de la vida de los matreros en el monte. La lectura de los dos fragmentos recogidos en los Apéndices I y II, *La tormenta* y *Noche en el monte* respectivamente, completará esa idea, porque uno y otro ofrecen con cabal realización dos situaciones que integran la serie de las indicadas escenas. Ellas, sin duda, habrían sido realizadas, si hubieran sido escritas, con la misma sabia morosidad con que fueron elaborados los dos fragmentos mencionados. La batalla que constituiría el episodio final estaba, asimismo, concebido como un amplio mural en el que quedarían grabadas una muy extensa serie de situaciones. También son muy precisos mis recuerdos al respecto. Pero, desgraciadamente, los apuntes rescatados en relación con la batalla son muy escasos. Ellos, sin embargo, permiten imaginar cómo sería realizado este episodio final. Esos apuntes son los siguientes:

— *"Las fuerzas policiales traen bandera. (Entonces, ninguna mención, en absoluto, al Chanco loco [personaje que usaba un poncho con los colores de la bandera nacional]). Pero sugerirlo, repitiendo textualmente, y con variaciones, que se hizo cuando él salió de la pulpería"*.

— *"Al Aperiá (hermano del muerto, el coimero de La flor de un día) se le pone al lado el Venado. — Si me permite... Quisiera pelear al lado suyo. — ¡Cómo no! Me gusta eso, mi amigo. (Ha desertado cuando se enfrentaron las fuerzas)"*.

— *"El Avestruz oye una voz de mando y la obedece creyéndola partir de sus superiores. Pero viene del campo opuesto. Se ha calentado y han desaparecido ya sus vacilaciones"*.

— *"Primera mención del Teru-tero. El teru-tero se ha quedado retirado del combate. El Zorrino lo ve y tiene ganas de llevarle la carga. Pero después lo pierde al atender a su gente"*.

— “2a mención al Teru-tero. Durante el combate singular entre don Juan y el Comisario: El Teru-tero se va acercando. El Zorrino no lo advierte (jugar con eso). Cuando lo ve, saca las boleadoras. Esto determina que se reinicie el combate general”.

— “El soldado Avestruz se quiere hacer matar. (Ajustar uno de los cuentos del Cimarrón a la acción del Avestruz sin decir nada al respecto. DEBE SER ESTA ULTIMA suscitación de los muertos.)”

— “El Zorrino hace una hazaña inaudita. ¡Pero nadie, ni don Juan, la ve!!

— “La Mulita tiene un anillo con piedras. Cuando la encuentra moribunda don Juan, tiene el dedo cortado. Cuando don Juan mata al Tigre, le va a sacar el anillo y vacila. Y saca el cuchillo y le corta el dedo (El anillo está en el meñique porque es pequeño.)”

— “El Avestruz es el abanderado”.

— “El Jefe Político ha ordenado una leva general”.

— “El Recluta le larga un mandoble al Tamandú y, al errar, se le va encima y tiene que afirmarse en él, descabalgando y arrastrando al suelo al otro consigo. La pelea es a las patadas, puñetazos, mordiscos. El otro lo agarra de una oreja: — ¡Largame la oreja, hijo de mil putas!”

— “Le rompen un zurcido al Gato Montés.”

— “Los lanceros, el Carancho y el Chimango, atraviesan la línea. Un sablazo le parte en dos el poncho al Carancho. Ciegos de furor épico, llegan recién a detenerse como a 300 metros, en una colina. El Carancho lleva ensartado un quepis. (Comparación con el juego de sortijas.) Se rehacen y emprenden otra carga, ahora por detrás. El Montés está apreciándolo todo. Y hace alguna maniobra teniendo en cuenta la situación que la nueva carga va a crear al enemigo.”

— “El Recluta: — Haciéndome pasar vergüenza delante de la gente. La primera separación.”

— “Final de don Juan:

... Y entonces no tuvieron a quien preguntar.”

— “El Carancho en el suelo, herido: — ¡Pucha, don Juan! Si a la derecha tuvieras unos cuantos lanceros.”

Este conjunto de anotaciones, que servirían de apoyo para componer el episodio de la batalla final, hacen ostensible, elocuentemente, y como ya queda dicho, que el mismo tendría un desarrollo muy extenso y lleno de movilidad. La escena sería dada desde distintas perspectivas y poniendo en movimiento a la mayoría de los personajes de la

novela. A quien la haya ya leído y tenga, en consecuencia, una nítida vivencia de los procedimientos de composición utilizados en la misma, le será fácil intuir el vasto friso que el autor hubiera compuesto aglutinando las variadas situaciones que las quince anotaciones transcritas insinúan. En relación con ellas, sólo interesa subrayar que hay una —la que se refiere al anillo de la Mulita— que hace evidente otro episodio proyectado y no realizado: el del encuentro de la Mulita y don Juan cuando la primera está moribunda. Quizás éste fuera el primer y único encuentro personal de don Juan con la Mulita en el plan definitivo de la novela. Recuérdese lo indicado con respecto a la exclamación de don Juan (— “Pobre Mulita! ¡Qué va a ser de ella, tan sola!... ¡Y yo sin haberla podido conocer personalmente, todavía!”) que figura al final del capítulo VII, *La pulpería*.

6. GUIA DE LECTURA

La lectura de los párrafos que anteceden (en especial, la de los números 3, 4 y 5) permite inferir sin esfuerzo, como sin duda lo habrá hecho ya el lector, que el *Don Juan, el Zorro*, tal como ha sido posible reconstruirlo para su publicación, no puede tener sólida unidad estructural. Y así es, en efecto. Esa carencia proviene, fundamentalmente, de que el autor no procedió —ya ha sido señalado— a la tarea de “*orquestación*” de los capítulos iniciales de la novela. Esa “*orquestación*” tal como el autor la proyectaba, le hubiera conferido la unidad estructural que le falta y que se manifiesta en los tres aspectos siguientes:

a) *No hay unidad en la concepción estético-narrativa*. En efecto: no todos los capítulos de la novela están escritos desde idéntica postura creadora. Los capítulos I, *La mala acción del Peludo*, V, *Muerte y velorio del Peludo* y el comienzo del VI, *En la casa del Zorrino* corresponden a la concepción de la *tercera forma*, mientras que los demás corresponden a la de la *cuarta*.

b) *No hay unidad de ejecución*. Los capítulos IV, *La partida del Sargento Cimarrón*, y el VI, *En la casa del Zorrino* no fueron reelaborados y presentan, por ende, un grado de ejecución primario, mientras que todos los otros, tenazmente corregidos, presentan una deslumbrante plenitud de ejecución. Es necesario destacar aquí una situación curiosa que, quizás, contribuya a acentuar la sensación de falta de unidad estructural de la novela. Es la siguiente: los capítulos I y IV, escri-

tos según la concepción estético-narrativa no definitiva (*tercera forma*), están cuidadosamente corregidos y muestran una ejecución impecable, mientras que los IV y VI, salvo el comienzo de este último, están escritos de acuerdo con la concepción estético-narrativa definitiva (*cuarta forma*), pero muestran, como ya se ha dicho, una ejecución primaria que desarmoniza con la muy cuidada de todos los demás.

c) *No hay unidad en la dinámica del desarrollo o de la línea argumental.* En los seis primeros capítulos el ritmo narrativo sufre notorias variantes: es rápido en el capítulo I; moroso en los capítulos II, III y IV (aunque en este último menos que en los otros como consecuencia de su falta de reelaboración); otra vez rápido en el V y vuelve a tomar, en el VI, el ritmo del IV. En estos seis capítulos, se perciben, además, evidentes soluciones de continuidad en el desarrollo de la línea argumental, agravadas por la brusca interrupción del capítulo III. Los capítulos siguientes (VII, VIII, IX y X) presentan, por lo contrario, un desarrollo de la línea argumental sin soluciones de continuidad y con un ritmo moroso parejamente sostenido. El *Don Juan, el Zorro*, en consecuencia presenta una doble falta de unidad en la dinámica del desarrollo de su línea argumental: no la hay en los seis capítulos iniciales considerados aisladamente, ni, tampoco, entre ellos y los otros cuatro (de ritmo discontinuo los primeros y moroso los segundos). Es necesario agregar que estas variaciones en el ritmo no son intencionales, en cuyo caso podrían ser narrativamente justificadas, sino que provienen, como antes se ha señalado, de no haber realizado el autor la "orquestación" que tenía proyectada.

Estas someras indicaciones sobre la carencia de unidad estructural ostensible en el *Don Juan, el Zorro* tienen un propósito bien preciso: proporcionar al lector una especie de "guía de lectura" válida para ubicarse ante un texto que le exigirá una singular gimnasia mental, impuesta por el tránsito entre distintas concepciones estético-narrativas y diferentes ritmos narrativos. Esta situación puede dificultar (inicialmente, al menos) la segura aprehensión, en toda su magnitud, de los más auténticos y hondos valores de la novela. Las anotaciones que anteceden no serán, pues, del todo inútiles si cumplen, en alguna medida, con la indicada finalidad de preparar al lector para el ejercicio de la antedicha gimnasia mental, facilitándole, por ende, el acceso a la inconclusa novela de Francisco Espínola.

7. EPILOGO: APROXIMACION CRITICA

En *Don Juan, el Zorro*, Francisco Espínola realiza espléndidamente el doble propósito visible en toda su creación narrativa: apresar y expresar las esencias del alma nacional; trascender lo regional por la calidad estética de la realización y por la personalísima intuición vital que a través de ella se trasmite. El *Don Juan, el Zorro*, en efecto, arraiga en el estupendo mundo imaginario creado por el pueblo en torno a la figura del zorro, pero el autor transfigura genialmente las esencias originales de ese orbe imaginario y dialécticamente las trasciende sin destruirlas ni desvirtuarlas. Así, por ejemplo, el zorro de la saga popular rioplatense, cuya picardía es tan grande como su astucia, se convierte, en la novela de Espínola, en paladín de los desamparados y perseguidos sociales y en representante paradigmático de los hombres libres. Su picardía se transforma en heroicidad y la novela adquiere así un soterrado contenido ético y una dimensión épica ausentes (o, todo lo más, apenas insinuados) en la creación popular. Análogas afirmaciones pueden hacerse en relación con la línea argumental, con el entramado anecdótico, con el modo de creación de personajes, con los rasgos caracterizantes de los mismos, con los recursos de composición narrativa y con el tejido verbal. En todos estos componentes, se advierte cómo el autor se ha mantenido fiel a las esencias de la saga popular pero sin dejarse apresar por los aceros del mero pintoresquismo localista. Como corroboración de estas afirmaciones, valgan estos dos ejemplos: los personajes de la creación popular muestran incisivamente su condición animal, mientras que en la novela de Espínola son *desanimalizados* pero conservando algunas trazas que los vinculan con su origen; la entonación deliberadamente oral que impone el autor a la novela la vincula con algunos de los modos de composición narrativa popular —recuérdese, por ejemplo, a los narradores de fogón— pero la sabia estructuración de los capítulos que el autor estimó como definitivos y los recursos narrativos de ascendencia indudablemente homérica empleados en los mismos, revelan cómo el autor supo mantenerse fiel a las esencias populares en las que estriba su creación pero sin inhibirse para una elaboración estética de superior jerarquía. Algo más conviene agregar en relación con las afirmaciones que anteceden, porque hay otro aspecto importante que vincula la creación popular rioplatense con su transposición en clave culta realizada por Francisco Espínola. Y es las relaciones que ambos orbes imaginarios guardan con el realismo narra-

tivo. Es posible afirmar que uno y otro ni lo eluden del todo ni encuadran decididamente dentro de él. El repertorio de "sucedidos" que componen la saga popular se vincula con el realismo narrativo en cuanto reflejan un ambiente y unos modos de vida bien concretos, los de la campaña uruguaya, pero se desvinculan del realismo narrativo por las características de los personajes que eluden el realismo cabal por su condición de *seres estéticos* que combinan, antirealísticamente, rasgos animales bien acentuados y otros de carácter humano, tan acentuados como los anteriores. Una situación similar se da en el *Don Juan, el Zorro* de Francisco Espínola, aunque en un nivel de más honda creación estética. También en él hay un realismo narrativo básico en lo que se refiere al ambiente, a los modos de vida y a las características síquicas de sus personajes, pero todo ello queda *estéticamente desrealizado* por lo que los personajes conservan —a través de sus nombres y de algunos rasgos sutil y tenuemente dibujados— de la *animalidad* en la que narrativamente se originan y de la que, no obstante trascenderla, no se desligan enteramente nunca. Aunque, desde luego, en el orbe imaginario creado por Espínola, los personajes alcanzan una profundidad de dimensión interior ajena a los de la creación popular. Es válido afirmar que todos los personajes —y suman varias decenas— están dotados de una fisonomía síquica inolvidable. No está de más señalar aquí otro elemento que *estéticamente desrealiza* la creación espinoliana y es, notoriamente, su *arcaísmo*. La acción, en efecto, se ubica en los últimos años del siglo pasado o comienzos del presente. (En un apunte manuscrito el autor señala que la acción se sitúa en 189...) Este *arcaísmo*, lo mismo que el homérico, tiene una función idealizante que lima de asperezas realistas a la narración. No debe, por otra parte, olvidarse que el autor llamó siempre *poema* y no *novela* a su *Don Juan, el Zorro*,⁸ el cual debe considerarse, en rigor, como un poema épico en prosa (aunque en él no se eluden las situaciones de sesgo humorístico, las cuales, a su vez, no impiden que en muchas de sus páginas corra una veta de poderoso aliento trágico).

No creo inútil ampliar las afirmaciones que anteceden con una respuesta a esta interrogante: ¿cuál debe ser la actitud valorativa del lector o del crítico ante este inconcluso *Don Juan, el Zorro*? Pienso que varias actitudes valorativas son posibles. Las detallo a continuación:

a) Juzgar el *Don Juan, el Zorro* como si fuera un "todo". Sería és-

ta, a mi juicio, una actitud crítica viciosa, ya que su condición de inconclusa impide —tal como ya ha sido señalado en el párrafo anterior— que la obra tenga unidad, no pudiendo, por lo mismo, constituir un “todo” o estructura de componentes perfectamente correlacionados. Juzgarla como tal sería, pues, juzgarla por lo que no es. El lector o el crítico, por consiguiente, deben enfrentarla con lúcida conciencia de esta situación y eludir un juicio valorativo que no la tenga en cuenta.

b) *Juzgar el Don Juan, el Zorro teniendo bien presente que no se constituye como un “todo”*. Desde esta perspectiva, caben diversas valoraciones: los capítulos I y V, *La mala acción del Peludo y Muerte y velorio del Peludo*, leídos separadamente del resto de la novela, ya que de por sí conforman una unidad, constituyen una pequeña obra maestra narrativa, aunque en un nivel creador menos ambicioso que el de los otros capítulos; los capítulos II, *La Comisaría*, III, *Agonía del Peludo*, VII, *La pulpería*, VIII, *El sitio de la Mulita*, IX, *Los tres viejos* y X, *La muerte de los Sargentos y de la Mulita*, considerados por el autor como definitivamente realizados, son expresiones cimarras de la narrativa rioplatense; los capítulos IV y VI, *La partida del Sargento Cimarrón* y *En la casa del Zorrino*, aunque indudablemente valiosos, no alcanzan, por no haber sido reelaborados, el nivel de calidad de los anteriores; los dos capítulos, *La tormenta* y *Noche en el monte*, incluidos como *Apéndices*, son notables ejercicios narrativos aunque de carácter muy estático (porque, sin duda, al quedar aislados, no permiten intuir claramente cuál sería su función en la dinámica argumental de la novela).

c) *Juzgar un Don Juan, el Zorro imaginario: el que habría sido si el autor lo hubiera terminado según lo proyectaba*. No es una presunción quimérica suponer que la “orquestación” de los capítulos iniciales y la redacción de los finales que el autor proyectaba hubieran dado como resultado un *Don Juan, el Zorro* que desde el principio al fin hubiera mantenido el nivel de los capítulos estimados como definitivos. De haber sido así, no vacilo en afirmar que el *Don Juan, el Zorro* de Francisco Espínola se situaría en lugar de primera fila, y muy destacado, dentro del territorio de la narrativa hispanoamericana del siglo XX. Esta afirmación se fundamenta en las calidades narrativas que el texto visualiza en forma deslumbrante; entre muchas, éstas: excepcional inventiva para la creación de personajes y situaciones; insuperable sabiduría en el manejo de los recursos de composición narrativa; lúcida

da utilización de la materia verbal mediante la cual obtiene inesperados y originalísimos efectos.⁹

Las líneas que componen el presente párrafo constituyen tan sólo un esquemático bosquejo de un posible trabajo crítico sobre el *Don Juan, el Zorro* de Francisco Espínola y solamente esbozan, por lo tanto, algunas de las ideas que en tal trabajo sería necesario profundizar mediante detenidos análisis. Quizás algún día cumpla con mi propósito de realizarlo. Mientras tanto, y ya que con un recuerdo personal inicié este prólogo, voy a cerrarlo con otro. Mi conocimiento de la creación narrativa de Francisco Espínola se remonta a los años de mi adolescencia, cuando cursaba, en el liceo José Enrique Rodó, estudios secundarios. Conocí los cuentos de *Raza ciega* a través del portero del Liceo, Pereira, que me prestó el libro. La impresión que me produjo la lectura fue imborrable. Fue como tocar con la mano el latido de una vida ajena. Descubrí en los cuentos de *Raza ciega* algunas fibras, para mí desconocidas, del corazón nacional. Y lo mismo me ocurrió con la inmediata lectura de *Sombras sobre la tierra*, realizada en el viejo local de la Biblioteca Nacional, ubicada en aquel entonces en la Facultad de Derecho. No puedo tampoco olvidar mi ingenua admiración juvenil cuando, después, veía, aquí o allá, la inconfundible figura del Paco Espínola de aquellos años: traje siempre negro, cuello palomita y corbata de moña, el negro cabello como tirando hacia atrás la amplia frente, bajo la cual los redondos anteojos de carey encerraban unos ojos que al mismo tiempo parecían ocultarse y escrutar. Años más tarde, me ligó al escritor una inolvidable amistad personal. Conservo el recuerdo de muchas conversaciones aleccionadoras. Entre otras, una, sostenida en un silencioso, casi solitario cafecito de la ciudad de Tacuarembó. De esa conversación recoge ahora mi memoria una metáfora. Decía Espínola que vivir en una tradición, o insertarse en ella, era como tener ante sí para contemplar, o tras de sí, para apoyarse, una pared de corazones. Es posible afirmar, sin vacilaciones, que la obra de Francisco Espínola forma parte de la pared de corazones de nuestra aún joven tradición nacional.

Arturo Sergio Visca.

Notas

- 1 Quizás convenga una descripción más precisa de estos manuscritos. Son, como se ha indicado, tres series: la primera contiene tres capítulos (VI. *El asunto se complica*, VII. *La partida* y VIII. *Un teru-teru a la vista*) que no están en las otras dos ni en *Escritura* (que se integra con estos seis capitulillos: *La amistad*, *La mudada*, *La mala acción del Peludo*, *La pulpería del Peludo*, *La venganza* y *Muerte y velorio del Peludo*); la segunda contiene únicamente los cinco primeros capítulos de la primera (que coinciden con los cinco primeros capitulillos de *Escritura*); la tercera reproduce esos cinco capitulillos, agrega uno más, *Muerte y velorio del Peludo*, que no se halla en ninguna de las dos series anteriores y excluye los tres capítulos que figuran solamente en la primera. Los originales que forman la tercera serie coinciden textualmente con lo publicado en *Escritura*.
- 2 Estos manuscritos pueden dividirse en dos series: a) el narrador y los personajes emplean el habla gauchesca; b) sólo la emplean los personajes. La novela, presumiblemente, fue comenzada de acuerdo con la fórmula a) y continuada según la b). El autor abandonó la novela durante muchos años sin llegar a unificar la escritura de los distintos capítulos. Cuando la retomó, tampoco lo hizo. Y no tenía porqué hacerlo, ya que, habiendo modificado su concepción estético-narrativa, de esos viejos originales nada podía extraer, salvo algunos aspectos anecdóticos.
- 3 Las páginas iniciales de este capítulo, además, están tomadas de la primera de las tres series de manuscritos indicados en la nota 1. Son el comienzo del capítulo VIII, *Un teru-teru a la vista*, que forma parte de esa primera serie. Esto explica que la concepción estético-narrativa según la cual están escritas esas páginas iniciales difiera de la que condiciona la escritura de las siguientes. Estas últimas corresponden a la *cuarta forma*; las otras, a la *tercera*.
- 4 Cuando en el Capítulo II, *La Comisaría*, el Comisario recibe la carta del tenedor de libros, en ella lee: "*Coima y todo correrá igual que en vida del finado Peludo, si muere, mientras yo esté al frente de la casa (...)*". Indudablemente, la situación transcrita tiene relación con lo expresado en esa carta del tenedor de libros.
- 5 Este tenedor de libros o dependiente de la pulpería del Peludo es el que, en el capítulo II, *La Comisaría*, le escribe al Comisario avisándole que el Peludo está en agonía, y proponiéndole un plan para quedarse ambos con el establecimiento y hacer, entre los dos, una "*igualada*".
- 6 A esta lección de escritura seguiría, según los apuntes del autor, un extenso episodio en la pulpería "*La Blanqueada*", con la intervención del matrimonio Gallareta y otros parroquianos. Entre esos apuntes, se ha hallado uno que contiene un breve diálogo, previo, sin duda, al episodio proyectado. Ese diálogo, que concluiría la lección de escritura, es el siguiente: "*— Bueno, vamos*

a dejar aquí — interrumpió el Peludo al oír voces en la enramada — que si esos brutos pescan en lo que estoy con usted... capaces hasta de soltarme la risa en la cara". — "Usted, lo que tiene que hacer, es llevárselos por delante. En cuanto llegue a aprender, cosa que se va a producir en cualquier momento, al usted ver que aparece alguno ya, ya agarra su papel y su pluma, frente a su tintero agacha la cabeza y desde que el llegado le da su ¡Buen día! usted le dice, siempre mirando para abajo: — ¿No podés esperar un poco? ¿No ves que capaz que se me olvida lo que tengo que apuntar?" — "¡Eso, jamás! Eso no se lo puedo decir a nadie. Lo que hacen cuando van arreglar cuentas es embarrullarme para que me olvide".

7 La consideración crítica del *Don Juan, el Zorro* de Francisco Espínola quedó, desde el comienzo, excluida del plan de este prólogo. Para realizar con mediana eficacia esa tarea, hubiera sido necesario escribir otro prólogo tan extenso, por lo menos, como éste. Sin embargo, concluidos los párrafos anteriores, no pareció inoportuno proceder al sumarísimo acceso crítico que constituye la materia de este párrafo sexto.

8 El carácter poemático que al *Don Juan, el Zorro* le atribuyó su autor, queda documentado en un apunte manuscrito que comienza así: "En la novela, mejor, tal vez, poema, aun sin terminar, *Don Juan, el Zorro* (...)". (Es el comienzo del borrador del segundo de los textos que figuran en el Apéndice III. En el original definitivo, esas líneas iniciales fueron modificadas).

9 Entre los apuntes manuscritos del autor relacionados con el *Don Juan, el Zorro*, hay uno que se refiere especialmente al manejo de la materia verbal y que estimo conveniente transcribir. Es el siguiente: "... la lengua está manejada para que dé una fulguración nueva en la narrativa hispanoamericana. Esto consigue ser a la vez fiel al arte y fiel a nuestra sicología en lo que la evidencian nuestras formas de lenguaje. He cuidado que las acepciones típicas de los vocablos y de los giros sean los que, conocidos en mi niñez, continúan vigentes hoy, lo que asegura que no son circunstanciales, que obedecen a índoles profundas. Cuando la sintaxis se violenta es para mantener indemnes, así, matices también representativos."



Capítulo I La mala acción del Peludo

LA AMISTAD

Antes, Don Juan había advertido que, siempre que entre el jolgorio él le clavaba los ojos, la Mulita bajaba la cabeza, planchaba con las manitas los percales de su pollera. Le gustó, entonces, prosear con ella para sentir, entre aquel confundirse y equivocarse, algo inocente y puro que Don Juan no había hallado nunca y que su vivir, se estaba viendo, necesitaba. Al Peludo le brillaban los ojos cuando los veía juntos. Y la furia del viejo y la nerviosidad de ella causaron que Don Juan no la dejara en ningún baile.

De tal modo, como sin querer, más bien como por broma, fue naciendo un cariño —no podría ser amor por la diferencia de razas —un cariño que, a él, lo iba haciendo cada vez más tierno y triste y, a ella, más ladina y fuerte y envalentonada.

Una noche, en una gran fiesta, la Mulita se acercó a Don Juan en cuanto lo vio y le dijo:

— Tengo que hablarle una cosa, Don Juan, pero si no se ofende.

— ¡Hable, no más, m'hija!

La llamaba así porque hermana le parecía poco, de tanto que la quería.

— Usted está mal donde vive, rodeado de quienes no lo quieren y que cualquier día le van a hacer algún daño. Estos tiempos que no tenía nada que hacer le hice una vivienda al lado de la de nosotros y así no tenemos que esperar a los

bailes para estar juntos. Vengasé, se lo pido. Y no se enoje. Que no va a estar en lo ajeno sino en lo muy suyo.

Don Juan se estremeció y se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

— ¿Se enojó, Don Juan? —interrogó la pobre, temblando.

— ¡Cómo me voy a enojar...! Usté... usté es más buena que el agua, m'hijita. Esta tardecita, no más, hago la mudada. Y esta noche ya la paso allí.

Ninguno de ellos oía ni el acordeón ni las guitarras ni el rasco de las espuelas.

— ¡Vamos a estar lindísimo! —suspiró la Mulita.

— ¡Cómo no!

— Usté, de mañana, endereza para casa a prosear y a matear. Tío no viene hasta la noche de la pulpería. Yo le cebo mate, conversamos... ¡más lindo!

Don Juan sentía como si una caricia infinita, bajada de lo alto, cruzara su corazón.

— ¡Qué m'hijita! —decía— ¡Tan buena que es; tan buena!

La Mulita lo miraba dichosa desde su caparazón humilde y parda. El mejor que todo lo del mundo, le decía m'hijita y la protegería de los bichos malos.

LA MUDADA

Seguían al sol los últimos colores rumbo a quién sabe qué mundos y qué cosas, cuando Don Juan llegó a su casa con su comadre Cigueña; le cargó las cacharpas en el lomo y, una vez que ésta, un poco trabajosamente, levantó el vuelo, salió, también, rumbo a su nueva morada.

Al llegar, la Mulita estaba arreglando todo. La Cigueña, en cuanto lo vio, se despidió muy apurada, tanto que la mitad de las gracias las recibió ya a campo raso. En seguida, Don Juan advirtió que el lazo mejor le faltaba. Salió hecho una furia, pero ya ni se podía saber si allá, muy allá arriba, lo que iba navegando por el cielo era una nube o no era.

— ¡Puro vicio! —masculló el Zorro.

— Y en eso vio cruzar al Peludo que venía de su pulpería. Avisó a la Mulita, que salió como chuza, sin decir ni “Hasta mañana”, y él, ganoso de comer algo, marchó al trote en dirección contraria, con el fin de atravesar un chilcal y llegar al otro lado, donde vería lo que haría.

En el llano topó al Zorrino, que marchaba al trote chasquero, la cabeza muy gacha por el “genio”.

— ¿No sabés que en la mudada mi comadre me robó el lazo de trenza?

— ¿Y no sabés que el mundo está perdido? —saltó el Zorrino con voz ronca, sujetándose y poniéndose al lado para aprovechar la oportunidad y desahogarse un rato. —¿Pa qué te confiás en naides? ¡Zonzo, más que zonzo! ¡Ay, Juan, nunca sabrás lo que es la vida...! ¿Tenés tabaco? ¡Estoy pobre, hermano, que doy hasta asco!

— ¡Cómo no, primo! ¡Sírvese! Ahí va la chala.

Mientras liaba el cigarro,

— ¿Pa donde ibas? —preguntó el Zorrino, al mismo tiempo que buscaba un motivo de rezongo.

— Me acordé de que me quedé sin carne. Voy a alzar de por aquí no más un cordero.

— Vamos marchando, entonces. Dame juego... Pues, sí, mi primo, el mundo es una inmundicia. Yo no sé como vos, que sos inteligente, no lo has visto, ya. ¡Hasta cuándo, vida mía! Dejate de ser bueno, que podés ir lejos, si querés. Desengañate, Juan: todo está mal, y solito siendo malo es que uno no se da cuenta...

— ¿Y de ahí qué colije, mi primo? —interrumpió el Zorro con rabia.

— Colijo que hay que desconfiar hasta de uno mismo; que hay que cortarse solo y amolar al que se pueda.

— Yo... si vamos a lo que vos decís... muy bueno, muy bueno no basta; hay que ser malo. ¡Ah, si pudiera hacer bastante mal, canejo! —suspiró.

Y mostró sus dientes: unos dientes agudos ¡pero chicos!

— Vos tenés la inteligencia —continuó sonriente— ¿Pa

qué andas tontiendo? Hacé mal, hacé mal; ¡es lo único bueno de esta vida!

— Entre vos y la Mulita...

— ¿Ah, sí? ¿Conque te aconseja lo mesmo?

— ¡Al revés; tira p'al otro lado! Y yo, en el medio de ustedes dos, habiendo sido tan alegre siempre, estoy ahora como estaqueado, con una tristeza que...

— Aventá lejos la tristeza, que es cosa de buenos y no hace más que amolar, y seguí mis consejos, que son consejos de pariente... ¡y de amigo!

— Nos estamos acercando demasiado a la mar. ¿Vamos a rumbiar p'al sarandisal?

— Vamos... Pues sí, mi primo, la vida...

— Yo voy a carniar por aquí, no más —interrumpió el Zorro por no escucharlo. Descabalgó, anudó las riendas a la cabezada del recado para entreverarse con cautela en una punta de ovejas. Hubo un desparramo, y él quedó sólo, con un mamón que se debatía. Su madre, la única madre cobarde en todo el mundo, sintió a su hijo balar y siguió disparando.

La vaga sombra que ella empujara en el pasto, y bajo la cual, ¡hacía tan poco!, el corderito había ensayado un incipiente y húmedo triscar, se le arrastró detrás, a ella, ahora, y fue con ella a perderse en lo más espeso de la chilcas, acusándola en vano, exhortándola sin suerte a volver sobre sus pasos. Ya cándidamente meciéndose en su luz desde un rincón del cielo, la primera estrella estuvo a punto de sorprender el cuadro y, lo peor, aquella fuga inversosímil. Pero una vieja nube que tornaba del Sur bogó ligero e interpuso su tamaño.

El silencio se había hecho tan vasto y tan denso que pareció haberse levantado de pronto en el mundo un gran muro.

— ¡Hasta más ver, compañero! —dijo el Zorrino que, quieras que no, había sentido hasta el fondo la suspensión del instante.

— Salú —contestó, sombrío, Don Juan dejándose anegar por aquello.

Estuvo un rato así. Después, sin ganas, más bien como con rabia, tendió el cordero en las ancas del tostado y montó.

Ya encima de la tierra estaba toda la noche.

LA MALA ACCION DEL PELUDO

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, Don Juan fue a lo de la Mulita y la encontró muy agachadita sobre su costura. En seguida ella aprontó un buen amargo y, como Don Juan dijera que él lo cebaría, dióselo una vez preparado y volvió a sentarse y a seguir cosiendo.

— ¡Pero m'hija, si viera! ¡Casi no he pegado los ojos!

— ¿Y por qué, Don Juan? —nacía la voz dulcísima de ella, sin alzar la vista de su empeño.

— ¡Dejemé! ¡Si me parecía mentira...! ¡Estaba tan bien! Lejos de casi todo el bandidaje que me odia sin causa; cerquita de aquí, al lado de mi buena amiga... Daba vueltas y vueltas, pero no buscando el sueño, entiendámé, sino espantándolo, porque es cosa boba dormirse en las poquitas horas felices que uno tiene...

Don Juan, con la caldera al lado, llenaba el mate, sorbía lentamente y seguía conversando con un acento extraño; como si la Mulita estuviera tan en su alma que sus pensamientos no precisasen salir de sí para llegar a ella.

— ¡Pobre m'hijita! ¡Mire que tanto trabajo! ¡Cómo le podré pagar lo que ella hace?

— ¡Ave María, Don Juan! ¡Eso no se dice! —protestaba la Mulita, temblorosa y con la cabeza cada vez más agachada.

Don Juan se puso a observarla. Y al cabo de un momento:

— ¡Usté ha llorado, m'hija! —exclamó.

— ¡Yo no, señor! —dijo ella.

Y largó el trapo.

La Mulita se sacudía, a los sollozos. Don Juan apoyó el

mate en la pava y la empezó a acariciar.

— ¡Pobre m'hijita! —decía casi seguro de lo que había pasado. ¡Quién la habrá hecho sufrir! Digaseló a su amigo, que pa eso está en el mundo, pa defenderla. No sea mala... Cuentelé.

— ¡Fue tío que me pegó con un manliador porque estuvimos juntos en el baile!

— ¿El Peludo?

— ¡El mesmito! ¿No ve?

Y le enseñó las manitas lastimadas por atajarse los golpes.

— ¡Ah, bandido! —rugió Don Juan. Bueno, no llore más. ¡Ya le haremos pagar cara su felonía!

— ¡No se vaya a meter con él, que es malísimo! —implo-
ró, horrorizada, la Mulita. Y además él lo hace porque él me
quiere y malicea que usted no es bueno y que se junta conmi-
go p'hacerlo rabiarse a él y hacerme algún mal a mí. Yo le he
dicho que usted es bueno y es peor; se pone más furioso. ¡Le
da una furia...! ¡No se vaya a meter con él! ¡Se lo pido de
rodillas!

— Le haré caso, quedese quietita. Y no llore más que el llanto me hace daño.

Era verdad. Don Juan no podía ver llorar sin que le viniera como una fiebre.

Pensativo, ceñudo, siguió mateando un rato más, mientras ella, estremecida de suspiros, continuaba su costura, ahora con puntadas más chiquitas y —si cabe— más prolijas, como que ponía una atención intensa. Llegado a punto muerto en una maquinación despiadada, Don Juan resolvió despedirse. Y enderezó a lo de su primo, el Zorrino.

— ¿Qué anda haciendo tan temprano? —gritó éste en cuanto lo vio venir.

— A consultarte —contestó Don Juan cuando hubo llegado.

Y le contó lo ocurrido y sus ansias de venganza.

— ¡El asunto es serio! —dijo enfáticamente el Zorrino después de haberlo atendido con la cabeza tan ladeada que

parecía estar escuchando la voz de la misma tierra. Se puso así de la ufanía de ser objeto de consulta, ¡y por Don Juan, nada menos! — ¡El asunto es serio, pero muy serio! — repitió. No se puede agarrar al Peludo en la pulpería porque flor de batuque se va a armar entonces...

— Y por eso mismo digo — interrumpió el otro. Y yo no quisiera golpiarlo mucho, por ella, la pobre. Darle un sosegate, pa que aprenda... pero con cuidado de que no se me vaya la mano porque...

— Bueno, está bien... — seguía, completamente para sí, el Zorrino, golpeando el suelo con la bota, muy pensativo. — La cosa es brava, derecho. Esta cuestión tiene que...

Y como a pesar de no callarse sólo hablaba en términos inconducentes, Don Juan, de pronto, se incorporó y dijo:

— Mirá, lo mejor es ir a la pulpería y allí, observando la cosa, se verá lo que se hace.

Muy bien parecióle al primo tal determinación. Casualmente él, en ese momento — dijo — iba a proponerle lo mismo.

Salieron, pues, y se encaminaron a la pulpería.

LA PULPERIA DEL PELUDO

El sol empezaba a subir por el cielo. Un calorcito lindo flotaba en el aire. El campo estaba liso y verde. De cuando en cuando lo hacían temblar de rojo y de blanco las margaritas, y de amarillo la flor del macachín. En cuanto pasaron un espinillal, el Zorro y el Zorrino enfrentaron la pulpería.

En ese momento, a patacón por cuadra y maletas al hombro, a pasos reposados pero adrede largos como si caminara en zancos, se retiraba el Pato, que había ido a surtir. Como a la media cuadra, no más, lo atajó el griterío del Peludo. Se dio vuelta muy inocente y el pulpero le rugió, echando espuma:

— ¡Entregue lo que se lleva de arriba, pedazo de perdulario!

— ¡Epa! ¡A mí no me ofenda, sabe que más! —protestó el Pato, indignadísimo.

Y en un ademán se le cayeron cuatro o cinco cartuchos de tabaco que llevaba bajo el poncho, porque, con el apurón, no los pudo meter en las maletas.

— ¡Ha sido distraído! —se disculpó contemplando el desparramo entre los pastos — ¡Como uno tiene tantos asuntos en la cabeza!

Sin decir ya palabra porque, a pesar de los pesares, nunca conviene perder clientes, el Peludo recogió los paquetes, lanzó una mirada al sesgo para ver quienes eran los dos que desmontaban en la enramada y volvió a entrar. Pero era tarde. Aprovechando su ausencia y la del Chajá, el dependiente, salido al alboroto tras su patrón, el Hurón le había hecho hacer gorgoritos a una botella de caña con guaco, y el Biguá, como no tenía otra cosa a mano, se había empinado un licorcito de rosas, de ése que en las fiestas constituye las delicias del hembraje. Sólo dos parroquianos permanecieron circunspectos: el Carancho, muy en tranca ya, y un Avestruz tuerto y gorra de vasco, con cara de pocos amigos. Algo maliceó el pulpero y registró con los ojos a la concurrencia, pero le devolvió la tranquilidad el oír que el Hurón, hecho un libro abierto, decía:

— El que roba a un pulpero no puede tener perdón.

El Dormilón, que duro y todo había arrebatado un puñado de bizcochitos secos, agregó, entre hipos:

— ¡Mucha razón tiene el que habla!

Y oliendo a flores, el Biguá afirmó, rotundo:

— ¡El Pato ha perdido la dinidá!

— Como tiene tanta gurisada... —se abrió dulcemente una voz.

Era la de un joven Aperiá que, en mangas de camisa, con golilla y chiripacito de luto, y descalzo, estaba junto al mostrador, muy humilde y sin copa al frente.

Los ojos del pulpero se hicieron brasas, al oírlo. Pero apagó el fuego el Zorro, que se había dado cuenta de todo, ha-

ciendo echar, con aire reposado, una vuelta general.

— A pagar lo que gusten, paisanos.

El, el Zorrino, el viejo Carancho, el Ñandú tuerto, el Hurón, el Biguá y el Dormilón pidieron caña. Quien con guaco, quien con pitanga, quien lo pura que era dado esperar en aquella pulpería. Después de mil instancias, el Aperiá aceptó un anisito.

Y mientras el Zorrino y el Carancho se separaban un poco para conversar, como siempre, de un irrealizable negocio que hacía tiempo tenían entre manos, pronto la conversación giró en torno a Don Juan, el cual aseguraba que se venía una suba del ganado como para seguir a las nubes; que con un poco de capital, era cosa de volverse rico en una estación, no más...

Al escuchar que se hablaba de plata, el Peludo terció también. Y charlando, charlando, desembocó, cuando menos el mismo lo esperaba, en la confesión de que hacía tiempo que andaba con ganas de aprender a enlazar. No dijo para qué cosa; pero la secreta idea que él, ya de mucho, tenía, era la de empezar de una vez a hacerse hombre de campo. Porque un negocio no se puede emprender sin conocimientos.

Don Juan lo agarró en el aire.

— Conmigo puede contar pa lo que guste. Lo poco que yo sé, puedo enseñarselo cuando quiera. Después usted, que es tan de buena cabeza, hará lo demás.

— ¡Agradezco en lo que vale! —respondió el Peludo ya viéndose dueño de una “suerte” de campo, con buenas poblaciones, y todo—. Y voy a ser curioso, y disculpe, ¿pa cuando podríamos emprencipiar?

— Pa esta tardecita mesmo, si quiere —contestó Don Juan, comiéndoselo con los ojos—. A la salida de la pulpería, si le parece.

— ¡Pero en seguida va a estar muy oscuro, compañero!

— No le hace. Así hay más dificultades. Así es como se aprende. A ver, ¿cuánto se debe? Nosotros nos retiramos y luego caeremos a...

— ¡Eso sí que no, amigazo! —interrumpió el Peludo—.
¡Usted se me queda en ésta que es su casa!

Y dando la vuelta al mostrador para estar más cerca del Zorro, ordenó al Chajá, su dependiente:

— A ver, andate adentro y traete de mi damajuana y servinos en vasos grandes.

Pensó que, por el parentesco con Don Juan, debía también cumplimentar al Zorrino y, aunque haciéndosele un poco cuesta arriba —ambos nunca se pasaron— de lejos, no más, le habló con cariñoso acento al que se hallaba muy tieso en un taburete.

— ¿Y qué tal, amigo Zorrino? ¿Qué es de esa preciosa vida?, ¿qué anda haciendo?

— El Zorrino respondió, como tiro.

— ¡Aquí andamos caminando! —y volvió a atender trabajosamente al cada vez más trabajoso discurrir de su amigo, el viejo Carancho, a punto ambos, ya, de perder todos los hilos del tema y quedar callados en su hosquedad y como cada uno en una isla desierta.

El Peludo, ahora al lado de Don Juan, no cabía en sí de gozo. Don Juan era mentado en muchas leguas a la redonda por su destreza en el lazo.

— Si yo, después, es claro, le propusiera el negocio —pensaba el tío de la Mulita—. Si lo pudiera traer conmigo... con lo inteligente que es y con lo que conoce el lazo... Pucha, ¡sería cosa de volverse uno rico a la vuelta de pocos años! ¡Tome! ¡Metalé, no más, Don Juan! ¡Valiente! ¡Por favor, Don Juan, no me haga cumplidos! ¡No me le mezquine a ese vaso, no me le mezquine!

Y miraba el mostrador, lo que sin tornarse podía apreciar a derecha e izquierda de la poblada estantería, el billar remendado y con el verde del campo cuando se empecina la sequía.

— ¡Me hago una reforma a todo esto! ¡Ensancho! Lleno a "La Blanqueada" hasta el techo de mercadería.

Ya tenía el Zorro medio embarullada la cabeza —cada tra-

go de ellos ¡claro! valía por dos o tres de los de los otros, porque la caña era de la damajuana de abajo de la cama— cuando consiguió despedirse.

— A ver, mozo —dijo encarándose con el Chajá, que hasta de lejos chocaba por su aire de falsedad— a ver, ¿cuánto se debe de la primera vuelta?

— ¡Por favor, Don Juan! —saltó el patrón— ¡si aquí no se debe nada!

De gusto el Zorro hizo fuerza por pagar, pero el pulpero habló hasta de que se ofendía.

Salieron los parientes, el Zorrino como con un empaque a lo toro y los ojos como botones. No habían andado diez varas en dirección a sus caballos cuando el Peludo, adrede para que lo oyeran aunque hubieran salido al galope, dijo con la vista fija en las espaldas de los que se iban, y con voz poderosa:

— ¡Pucha, mozo bueno, Don Juan, sin despreciar al primo y a los presentes! ¡Eso vale lo que pesa!

Y dirigiéndose a los contertulios, y dejándolos fríos, agregó, bastante por lo bajo:

— Miren, muchachos, que lo que no le dejé pagar a Don Juan fue lo que tomó él y su primo. Lo otro, ustedes ven que tiene que correr por cuenta de ustedes.

— ¡Pero si yo no tomo más que cuando invitan! —exclamó, muerto de disgusto, el Aperiá que, como siempre, se hallaba sin un cobre.

— A mí no me cuente nada. Aquí se paga y no hay nada que hacerle.

— Pero, ¿y con qué? —volvió a decir el Aperiá que no sabía donde meterse, y tragando una saliva en la que volvía a sentir gusto a anís.

— ¡Con qué! ¡Con qué, has dicho, pedazo de... !

Sonó como un trueno, producido por una patada del tuerto Ñandú gorra de vasco. Temblaron las cosas de arriba del mostrador.

— ¡Bueno, bueno! —vociferó. ¡Qué tanto escándalo por

unos cobres desgraciados! El señor tiene razón, ¿sabe? Y usted, pulpero, ¿es de lo último! ¡Aquí hay plata! ¿Cuánto le debe el señor, y le debe el Carancho y le debe el Hurón y le deben todos y le debo yo, también? ¿A ver? Y menos griterío, que aquí ninguno es sordo, ¿comprende?

— ¡A ver, a ver! ¡A ver, a ver! —musitaba sin fuerzas, como rezando, el Carancho viejo—. ¡A ver, a ver!

— ¡Pero amigo... ! —se disculpó el Peludo—. Si yo dije solito que...

— ¡A ver, a ver! ¡Cuánto es el consumo! —insistía el Ñandú, enfurecido.

— ¡Dos reales y medio, don; dos reales y medio! ¡Poca plata!

— ¡A ver, a ver... ! ¡A ver, a ver... ! —seguía el Carancho sin darse cuenta por los humos de la caña de que todo se estaba arreglando.

Pagó el Ñandú, guardó el vuelto y salió hacia la enramada a tranco lento, con el Aperiá a la zaga, casi corriendo para no distanciarse.

— ¡Si yo nunca tomo, don... ! Yo no soy afeto a bebida de ninguna clase. Además, no me gusta acetar envites sabiendo que yo nunca puedo hacer echar una vuelta por mi cuenta. Usted ve... es feo. Yo voy a la pulpería solito por pasar el rato...

Montaron y salieron al trote, todavía abrumado el uno; el otro, encapotado su ojo único.

Al llegar a la cruz de los caminos despidiéronse, con dulce ceremonia el Aperiá y, el Ñandú, con gravedad austera.

LA VENGANZA

Ya el sol había dejado la tierra a sus espaldas. La luna, blanca y buena, asomó de atrás de una cuchilla. Y todo lo que antes se hallaba negro de golpe dejó caer su sombra sobre el pasto y se dejó vestir en luz plateada. Bajo aquel amoroso manto el mundo quedó como un niño dormido. Dise-

minadas hasta lejísimos, las estrellas escudriñaban por ver en qué parte no había luz. Y hacían señas. Subía entonces la luna un poco más, y hasta allí llegaba también algo de su candor.

En eso se estaba cuando, de entre los espinillos que ocultaban el recodo de un trillo del campo abierto, vióse a dos jinetes aparecer hacia la callada pulpería por cuya puerta salía luz.

Eran Don Juan y el Zorrino. Al llegar a la enramada:

— ¡Ya creía que no venían! —exclamó alguien desde la puerta. Y se adelantó a saludar entre reverencias.

— ¿Cómo vamos a faltar a la palabra?

Así respondió Don Juan deteniendo su tostado y sin intentar apearse.

— Bueno, señores, y como no gustan abajarse a tomar un trago —dijo el de a pie olvidando que no había dicho nada— con permiso.

Retrocedió, cerró la puerta de su establecimiento, le puso por dentro la tranca de fierro. Momentos más tarde se apareció por retaguardia de la casa y ya montado en un sabino media sangre, bastante pesadote, como caballo de andar de todo pulpero.

— ¡Señores, estoy a la disposición!

Giraron los recién llegados y, a trote corto, el Peludo en el centro, avanzaron por la llanura. Un fresco muy agradable empezaba a descender. El suelo brillaba por el rocío y por el creciente acribillar de los bichos de luz ya llegados jamás se sabe de dónde, porque su vivir es de los misterios más cerrados que hay. (De día ¿quién, no me dice, es el que ha visto alguno? De noche se enseñan solito cuando ellos quieren. Está a ciegas usted y, de repente ve y en seguida no ve que le ha pasado casi rante, uno de ellos en su vuelo). Resplandecía por donde avanzaban los jinetes. Húmeda hojita que se hallara en buena posición hacía fulgurar tanto el rayo de luna reflejado en ella, que hasta ella misma podía creerse que estaba siendo objeto de un trato preferencial.

— ¡Pucha, Don Juan, qué incomodidá para usted!

— ¡Valiente!

— Sí, ¿y para el aparcerero Zorrino?

— ¡Valiente, digo yo también!

Parecía que de la cincha los tres llevaban a sus sombras, ahora, porque habían abandonado la senda y desviaban cada vez más, a campo traviesa, a su derecha. De cuando en cuando, un espinillo, una isla de ceibos. En el declive, como en custodia del arroyo, sauzales contrastando su forma más compacta con las sombras de toro que iban dejando entre las piedras, cada vez más, más a la izquierda.

Y por sobre todo, aquella quietud dulce, aquel silencio tan acogedor, aquellos perfumes recónditos, como venidos de la hondura de la tierra...

— Usted, en cuanto elija lo que le guste, rebolea el lazo y se lo tira a la cabeza. En seguida usted se afirma, y va a ver que las cosas le salen que es una seda.

Sin dejar de prestar fino oído, radiante y como si lo hubiesen sacado a pasear de la mano, el Peludo, aspirando a pleno pulmón y tendiendo la mirada en abanico, era embargado por la sensación plena de que se internaba en un misterio muy misterioso de los que hay pocos, porque este misterio no hacía ostentación de su superioridad, porque hasta inspiraba confianza, porque acogía, derecho.

Sobre la voluntad de Don Juan mariposeaba cada vez más de cerca algo de ese hechizo, asimismo. ¡Las ocasiones que él había cruzado la noche! Y, ahora, ahora ella parecía como que lo llamaba desde el seno mismo de su vaguísima inmensidad.

Medio como a querer caracolear empezó el cebruno del Zorrino, porque a su jinete le crecía el fastidio.

— ¿Y este caray de Juan, cuándo se va decidir y me ordena que empiece?

Era que mientras al Peludo lo estaba ahora iluminando una sonrisa que hacía años no se le aparecía, Don Juan iba irresistiblemente hundiéndose en sus profundidades, bien

hacia esa zona que quien más quien menos tiene adentro, allí donde el bien y el mal no existen sino otra cosa, allí, otra cosa que es más buena, todavía, que el mismísimo bien, sin duda alguna.

Brusco sofrenazo causado por el clavar de espuelas y por el simultáneo tirón de la rienda hizo que el caballo del Zorrino se patentizara en la noche más que un cerro.

Desensimimose Don Juan. Entonces, detuvo también su cabalgadura, con lo que hizo plantar en sus cascos al tordillo del Peludo.

— Bueno, aparecero Peludo, voy a mostrarle cómo se hace. A ver, mi primo, si rejunta algún algo y lo endereza a donde estamos. Haga que nos pase bien ajustado a nosotros.

Jubiloso, el Zorrino alzó el rebenque por sobre su cabeza y clavó espuelas. Por suerte arrancó así, de galope. Porque creyendo que pensaba, tan sólo, enunció, en voz alta, no más, su pensamiento:

— Ahora vas a ver, Peludo viejo, lo que es bueno. Ya no te van a quedar ganas de pegarle más nunca a la Mulita.

Algo le llegó, aunque confusamente al Peludo.

— ¿Qué fue, Don Juan, lo que dijo?

Le lanzó una mirada, Don Juan. Y comprobando que el tío de la Mulita permanecía completamente inocente, dijo:

— Que ahora va a ver usted cómo se enlaza. Abajesé.

Se acercó el Zorro a un ñandubay y descabalgó. El Peludo también echó pie a tierra y, de tiro el caballo, se le juntó contento cada vez más.

— De esta hecha las vas a pagar todas —iba, ahora casi a los gritos, el Zorrino, siempre creyendo que meditaba en silencio. — Cuando te toque enlazar a vos, te voy a juntar unos toros como para que la arrastrada recién te la pare el Río Negro...

Don Juan, ahora, pensaba en la Mulita.

— Pucha, si éste se descogota, le vamos a hacer un mal a ella por quererle hacer un bien...

— Habilito al dependiente, pa que agarre afición a la casa

—soñaba el Peludo—. Y yo de lleno me meto en negocios de estancia.

Así, preocupados cada cual en sus particulares asuntos, el ahora lejano galopante y los dos del ñandubay que habían marcado, nada tuvieron ya que ver con la mansedumbre circundante. La noche quedó sola. Abandonada. Lo que hacía tan oscuros como sus sombras a los tres intrusos dentro del vastísimo horizonte en paz callada.

Una vez, hace años, uno dijo:

—“Yo no sé por qué somos así.

—“¿Así cómo? —apareció el otro.

—“Así.

—“¡Sí, de veras! ¡Usted tiene toda la razón del mundo!”

Ahora, la noche parecía estar en el mundo en lo mismo de los de aquella ocasión. Todo acaba de parecerse; nadie se parecía a nada. [...]

Era todo ojos el Peludo hacia la cuchilla tras la que desapareció el Zorrino.

Aprovechó esto Don Juan. Y rodeando varias veces el tronco del ñandubay con una punta del lazo, empezó a ensanchar los últimos rollos.

— ¡Ahí se nos vienen, Don Juan!

En efecto: con el Zorrino en pos, coronó y descendía la colina un tropel despavorido. Al acercarse, la masa sombría cuajábase cada vez más de puntos fosforescentes: los de la luz verdosa, de berilo, encendida en tantas pupilas dilatadas.

La imagen de la Mulita se borró en la memoria de Don Juan. Ahora él era una fiera en acecho. Pero en un doble acecho; en el del mar de cornamentas que se les venían y, asimismo, en el del que, tan crecientemente jubiloso, de aprendiz de enlazador tenía al lado.

Don Juan echó el ojo a un yaguané que venía por la orilla de la tromba. Le cruzaron al lado los primeros quemando los pastos bajo el sordo redoble. Ya a diez pasos el torazo elegido, reboleó el lazo por sobre su cabeza, esperó a que aquel pasara y se lo arrojó. La bestia cabeceó pero siguió un

instante. Luego, al tiempo que el ñandubay enfrena el violento sacudón, el yaguané se desplomó patas arribas sintiendo por primera vez cuanto hueso encerraba su cuero.

Al pie del árbol, Don Juan hacía como que era él y no el tronco el que sostenía con tamaña firmeza el lazo.

— ¡Qué bonito! —exclamó el Peludo— ¡Eso sí es habilidá!

Intentó levantarse el toro. Pero las patas traseras no le respondieron.

— ¡Quebrastes, Juan!

Era el Zorrino que sofrenó su caballo y se arrojó al suelo antes de que se le detuviera. El y Don Juan se acercaron al derribado. Tal como quien se ve obligado a probar con los dedos un fierro caliente, así de precavidos, así de recelosos, atentos a las corneadas que, a medias incorporado en dos patas, les lanzaba el toro, recuperaron el lazo.

— Bueno, compañero, ahora le toca a usted —previno Don Juan—. Ya vio como se hace. Pero, por las dudas, como usted no es baquiano, atesé bien la punta del lazo a la cintura y saquesé las botas pa afirmarse mejor en el suelo. Va a ver que no hay animal que no domine.

Comidióse el Zorrino y le ayudó a sacarse las botas y unos esarpines de muy esmerados remiendos... ¡Ah, Mulita laboriosa...! ¡Ah, Peludo mal agradecido...! Luego, lo empearon a envolver bien en el lazo.

— Aunque te duela un poquito, no es nada —advirtió el Zorrino.

Al Peludo le desagradó la prevención y, mucho más, el tuteo; pero no dijo palabra.

Y salieron los tres, dos al tranco, vuelto a montar el Zorrino, para buscar buena colocación.

— Lo primero que hay que aprender es la sujetada. Ahí está casi todita la ciencia. Con la fuerza que usted tiene, pronto será el mejor enlazador y pialador del pago.

— ¿A usted le parece? —exclamaba contentísimo el Peludo que, en lo de la fuerza, se tenía fe.

— No es que me parezca; estoy segurito.

El Zorrino agregó, entre dientes:

— Me palpita que hoy aprendés todo.

El Peludo se hizo el chiquito.

— ¡No sea bárbaro, compañero! Hoy aprenderé, si acaso, si acaso la sujetada.

Y se tocó la cintura, no fuera que el lazo estuviera flojo. Pero, por ese lado, podía estar tranquilo. El Zorrino y Don Juan habían dado infinidad de vueltas.

— Vamos a hacer alto por aquí —aconsejó el Zorro al llegar a unos espinillos. Y a ver, compadre, si se rejunta algo especial.

Al galope se alejó el Zorrino. Y los otros quedaron conversando.

— Cuando esté oscuro —explicaba Don Juan— usté atropella, no más, y, lo que disparan, tira el lazo a los que van en la punta. Esos son siempre los mejores, los que tienen más fuerza y, por eso, nunca se quedan atrás...

— ¡Qué Lien! —exclamaba, embobado, el Peludo—. Pero, Don Juan, ¡mire usté que hay cosas! ¿eh? ¡Pero mire que hay cosas! ¡Es claro! Los más fuertes van adelante. Los más flaqueros en fija, en fija que van en el medio. Y, atrás... ¡refugo, no más, refugo!

— Yo, despacito, le voy a ir enseñando cosas que usté ni las ha soñado...

— Lo que quiero ahora es la sujetada.

— De esta hecha la aprende, ¿no siente?

Era exacto: como chuza se venía una tropilla arreada al griterío por el primo de Don Juan.

— Ya sabe, afirmesé fuerte —recomendó, apurado, el Zorro, perfilándose—. Yo tiro el lazo y usté asujeta.

— ¡Macanudo! —exclamó el otro—. ¡Metalé, cuando guste, no más!

Los potros pasaban con los ojos como brasas, casi rasándolos. De pronto, Don Juan vio venir medio aparte un overito que apenas si tocaba el suelo. Reboleó el lazo, entonces, y gritó al Peludo:

— ¡Ahora... y nos fuimos! ¡Afirmesé bien!

Obedeció ciegamente el Peludo. Clavó las uñas en la tierra, se arrolló todo... Y se fue. Porque, cuando terminó el lazo de desenrollarse, el overo siguió de largo y el Peludo saltó por el aire ya con los dedos mochos.

— ¡Ay, Jesús! ¡Asujetemén! —gritó al pasar ante el Zorro, helado de miedo. Y cayó como a diez varas, volvió a saltar y a caer, se quiso prender de un cardo y marchó con él, mientras el potro, sintiendo atrás los golpazos, aumentaba la velocidad, enloquecido de susto.

Suerte que, en una vuelta cerrada, el lazo dio por el medio en un ñandubay. La punta donde tan mal iba el Peludo, con el peso, rodeó varias veces el tronco, de manera que, cuando el potro tironeó, el árbol hizo, por fin, la sujeta. Pero el lazo se partió, el potro siguió corriendo, y bajo el ñandubay quedó el Peludo echando sangre por la boca y las narices, desmayado, como muerto.

Lejos, a las muchas cuadras, el Zorrino no podía hablar, de risa.

— Te aseguro que no tengo ganas de bromas —dijo, sombrío, Don Juan. ¡Qué barbaridad! ¿No se habrá roto la crisma? ¡Vamos! ¡Vamos!

— ¿A donde?

— A ver si damos con él. ¡Qué sé yo! A ver si... lo podemos atajar.

— ¿Pialandoló, compañero?

— ¡Dejate de bromas! ¡No amolés! ¡Pobre Mulita!

Salieron campeando. Y vieron con extrañeza que la tropilla había rumbeado para su querencia. Recobrado el equilibrio entre lo de abajo y lo de lo alto, la luna, ahora en el centro mismo de un cielo sin empañó, dominaba la vasta extensión y le infundía a todo su blanca dulzura ensimismada.

— ¿Se habrá cortado el lazo?

— Así parece —contestó, el Zorrino, parándose en seco—. Y si no me equivoco, ahí está la novedá.

En efecto: a poca distancia de ellos, a la sombra de un

ñandubay, había un grupo. Era la Lechuza, que tenía su vivienda allí cerquita; un Chimango viejo de patas medio envaradas; el tío de la Lechuza, el Ñacurutú; una Nutria que no acercaba más que los ojos al herido, para no ensuciarse, y un Carpincho enorme, recién salido del agua, al alboroto.

— Vamos a bombarlos de aquí —dijo el Zorrino— porque estos nunca me han gustado mucho y a lo mejor después nos tienen a las vueltas.

Y espiando vieron que entre la Nutria y el Ñacurutú subían al Peludo sobre el Carpincho, saliendo luego, escoltándolo, ellos y, a la vanguarda, la Lechuza para indicar el camino al conductor que, como es tan retraído, ni sabía la casa del que llevaba a cuestas.

Al pasar frente al escondite de los primos, éstos oyeron que la Nutria decía al Chimango:

— Entonces a usted le parece...

— ¡Estoy seguro! —respondió el otro— Tiene que ser ese Don Juan. Supe esta tarde en la pulpería que habían quedado de enseñarle a enlazar. ¿Y no ve el lazo? Aquí está la prueba.

¡Cómo habrían atado el lazo los parientes que, por más que hicieron, los serviciales no habían conseguido aflojarlo!

De repente el herido se quejaba, daba un suspiro quejumbroso y volvía a respirar cortito y seguido. El cuchicheo, detenido cuando eso, tornaba otra vez.

— ¡Pobre Peludo! ¡Me parece que de esta hecha...!

— Sí, ¡pobre...! Y siempre fue medio tirano ¿eh...? Cualquier cosa en la pulpería costaba un ojo de la cara.

— Mal alma era, derecho. Yo...

— Enderece por aquí, don Carpincho. En cuantito vandemos aquellas chilcas, ya llegamos.

Un ¡Ay, Jesús! del herido imponía silencio y hacía amirorar el paso al Carpincho y al cortejo. Luego, reanimada la marcha, volvía a oírse.

— Y si uno le quedaba debiendo algún restito, ¡Dios lo libre! Tenía todos los días arriba al dependiente. Y ese Chajá,

amigo, era capaz de cargar hasta con los tizones si veía que no se podía cobrar de otra...

— ¡Por aquí, don Carpincho...! ¡Tenga paciencia! ¡Es una cosa que casi se puede decir que llegamos!

Y por fin llegaron. La Nutria golpeó las manos y se metió presurosa para dar primera que nadie la noticia a la Mulita. Viendo a su tío lleno de sangre, a la pobre le dio el mal.

— ¡M'hija! ¡M'hija! ¡Qué te pasa! —repetía, como una gotera, la Lechuza, atendiéndola—. ¡Qué te pasa! ¡M'hija! ¡Qué te pasa!

Y hacía señas para una cama grande, que antes debió de haber tenido dosel porque ostentaba, muy arrogantes, los sostenes.

Entre los machos cortaron a chuchillo el lazo, acostaron al Peludo, lo cubrieron bien y volvieron alrededor de la sobrina, ahora sentada en su sillita de cuero. Mientras la reanimaban dándole aire con los sombreros, la Nutria, curiosamente, un poco retirada, miraba el cuadro procurando guardar todos los detalles en su memoria poco tenaz por desgracia.

Cuando se sintieron sin objeto, empezaron a mirarse y a mirar para el suelo y para el techo. Entonces, la Lechuza dijo que con ella no se precisaba más, y que se quedaría hasta el día. Y los demás se fueron y a pie, unos, otros, a caballo, entraron a la noche ahora sólo con estrellas. Era que, una vez que todo estuvo atemperado en este país, la luna se había dejado resbalar silente por sobre inmensos mares de olas, hacia otras cosas y otros seres aun sin su asistencia. Se fueron, así, indiferente, el Ñacurutú; apurado por tirarse al agua, el Carpincho; el Chimango embarullado con todo aquello; y bastante incomodada la Nutria porque se ofreció para quedarse y la Lechuza le dijo que se retirara, no más, en tal forma que fue como un empujón.

— ¡Arrastrada de los diablos! Así está de mal mirada, por lo antipática —monologaba la ofendida.

Y alcanzó el Carpincho, que siguió apurado, casi sin oírla.

— ¿No la vio que parecía la dueña de casa, don Carpincho? ¡Parece mentira, tan audaz! ¡Y quién la ve pa tantos tonos! Eso que dicen de que vive con el tío, con el Ñacurutú, es una fija, mire. La Víbora me contó que es una cosa de verlos todos los santos días...

— ¡Bah! —exclamó el Carpincho, llegando al arroyo. Y se zambulló en el agua.

Capítulo II

La Comisaría

Con pereza los brazos del Tigre surgieron de abajo de las sábanas y sobresalieron de la cama, cada cual por su lado, apretando los puños, estirándose y encogiéndose hasta quedar en escuadra. Al mismo tiempo el Comisario abrió la boca, así dejándola hasta que todo el sonoro bostezo hubo salido. Entonces la cerró y entonces se le abrieron bien de par en par los ojos. Para poco los hubiera precisado el Tigre si no fuera que, abandonando en calzoncillos el lecho y pisando con los talones, él recorrió la aldabita del postigo que daba al campo. A lo gato la luz y también un aire fresco abalanzáronse a la cara. Pero debieron contentarse sólo con sus hombros, pues conteniendo sin mayor esfuerzo un parpadeo, él se allegó a la silla que le presentaba, irreprochablemente estirado, un uniforme de gala —de Capitán, lo menos—. Ya sobre la alfombrita, parado, no más, empiernó las rojas bombachas, sostúvolas de la pretina con la mano, se sentó al borde de la cama y, en un santiamén, quedó de escarpines. Al momento empezó con las botas. Introdujo la primera hasta media canilla, la cogía de las orejas... y tiro-neaba hacia sí al tiempo que movía el pie, en ayuda... Luego se incorporó, se meció un poco sobre los pies y enderezó a una puertita chica que venía a quedar frente a la puerta grande. La abrió, pasó, volvió a cerrarla, pudoroso. Se quedó quietito un momento adentro... y volvió a aparecer para avanzar hacia el lavatorio. Era éste un trípode de hierro con una palangana encima y, abajo, una jarra grande. Vertió agua, depositó la jarra en su sitio... retrocedió un corto paso.

Entonces se inclinó, situó la cabeza sobre la palangana, y empezó a echarse agua con las manos. Apretaba la boca, el Tigre, juntaba aire con las narices y, después, resollando lo hacía salir por entre los dientes. El agua bullía furiosa como si abajo tuviera fuego prendido. De repente acallábanse los ruidos y se quedaba serena. Era que, la cabeza en alto y mirando abstraído hacia el techo, el Tigre andaba con el jabón. Pero cuando tenía bastante espuma en las manos se venía a plomo con la cara, ya a resoplidos en el aire. Le daba fuerte al pescuezo. Después pasaba bien por atrás de las orejas. En seguida hurgaba en ellas y metía el dedo en el conducto, vibrándolo. Tal el mangangá cuando revuela, revuela ante el agujerito de su tronco y, al fin, se decide y se manda para adentro, y sale y vuelve a entrar en caprichos y, de repente, agarra hacia el campo y se pierde de vista. El Tigre, más tarde, empozaba agua en las manos, se la llevaba a la altura de la boca y la hacía saltar por el cuarto en chorros y goterones, mientras, más livianos los ruidos salían al patio, lo atravesaban de extremo a extremo, apresuraban, al llegar a la cuadra, un nervioso vestir de milicos. A los primeros rebufes del Jefe, ya una partida, que llegara poco antes con un preso, los hizo abandonar sus catres o pararse ante sus aperos en el suelo, chacoteando. Pero cuando se produjo aquel profundo silencio del Comisario, hubo afiebrada premura en el largo recinto de cebato.

Enojalándose los gruesos botones plateados de su chaquetilla, el anciano Sargento Primero Cimarrón previno, en ascuas:

— ¡Ya se está secando y peinando! ¡Ya se va a venir!
 ¡Afuera todos, y dejenmé sus bártulos en orden, que si él hoy está con luna es capaz de antojársele hacer inpección...!
 ¡No pise esa guitarra, amigo!

— ¡A mí me falta una bota! ¿Quién me ha agarrado mi bota?

Efectivamente: en la distante alcoba, con diligente rapidez, la afelpada toalla enjugaba medio cuerpo del Comisario. Ahora, del asiento él retiró su camiseta y su camisa y se las

puso, metiéndose los extremos bajo la bombacha y sujetando todo con el primer cinto. Luego, la chaquetilla militar, que le dejó, el tronco, entrecruzado de entorchados y alambres, y, los hombros, con sendas charreteras también de oro. Andaba todo el día de gala desde hacía como un mes; justo desde que a la otra chaquetilla, la de diario, la traspasó con la plancha el Asistente Mirasol, quien al sentir el olor montó en pelo, nomás y emigró al Brasil. Después se anudó la gollilla colorada, después ajustó el correaje del sable mediante el otro cinturón, el charolado. Al salir iba lográndole su adecuada inclinación al quepis de ondeante plumacho punzó.

Cuando apareció en la puerta despidiendo luz debido a que el sol dio de lleno en sus charreteras y entorchados, ni siquiera un instante, un instante se dignó mirar las bruscas rigideces de los milicos que momentos antes se diseminaban por el patio para ganar asiento ya en bancos ya en las emergentes raíces del ombú y, así, dejarse agarrar por el Superior en actitudes semejantes a las de quienes están aburridos de hallarse las horas perdidas en el ambiente. De cejas fruncidas, con porte tal, y en brusco apagón de sus fulgores, entró el Tigre a la Mayoría, el único recinto de piso de baldosa y, además, nada menos que con el cuadro del Escudo Patrio colgado en la pared, con unas cuantas sillas y con el veterano escritorio negro donde se exponían un tintero seco, una lapicera ferrugienta, un librazo —al parecer código— de buenas tapas coloradas.

El escritorio estaba poblado de cajones que, desde que había llegado el mueble, nunca se pudo aclarar bien para qué eran. El grande, el del centro, soportaba papeles ya amarillentos; de cuando se estableció la Comisaría y se respetó la costumbre de extender a los milicos recibos de la paga, y se escribía cuanta declaración se tomaba. Pero después que lo mataron al primer Comisario y vino el nuevo, y se descubrió que el que revistaba como Escribiente —hermano de leche del General— ni sabía escribir ni siquiera se aportaba por la Comisaría, y que quien cumplía sus funciones había

sido el propio finado, entonces, entonces la flamante Autoridad resolvió que todo fuera de palabra puesto que él tampoco sabía. Y que allí nadie tenía corona, y que el Escribiente se presentara en el día a hacer servicio como cualquiera. Luego, los otros jerarcas siguieron cumpliendo tal resolución. Unos, debido a que tampoco sabían ni hacer bien redonda la o. Y dos de ellos porque, total, así lo mismo las cosas marchaban bien. Cuando lo nombraron, don Tigre estuvo en dudas. El leía, puede decirse, casi de corrido. Y si hiciese práctica un rato todos los días, no era cosa del otro mundo escribir lo que saliese. Pero esto coincidió con lo de las Nutrias, que habían perdido al padre y estaban solas la infausta noche. Hubo robo y, para peor, hasta violación de toditas ellas. De todas no, porque la vieja se había escondido en el horno, que fue donde los facinerosos no revisaron; pero sí de las muchachas y de la peona, a la que hicieron bajar de arriba del rancho cuando salió la luna y la iluminó. El peligro surgió entonces muy serio para el pago. No podía ser cuestión de que los gauchos tuvieran que estar noche y día atados a estaca en las casas, igual que si, de golpe, a las pulperías se las hubiera tragado la tierra; y menos pretender que se durmiera con un ojo abierto y las armas abajo de la almohada o, si uno duerme en el suelo, metidas en el hueco del basto, como a campo raso. Y que ése no iba a ser el último desmán, bien se presumía. En menos de tres meses, ahí estaban, todavía de luto y gruesas, las Chanchas de un poco más acá de la Boca del Sauce; y como quien va para las puntas del arroyo Figuritas, así quedaron las Garzas Rosadas, que eran más que lindas ¡y ocho! Esta vez en pleno día, a la siesta. Ya es bastante intranquilidad el morir en la ignorancia de qué es lo que está rodeando a la vida. Y eso, todavía, de que uno se tenga que morir con intranquilidad por la suerte, ya antes de casarse, de las hijas, no tiene nombre. Peligro de robo con o sin incendio hay siempre. Pero es que aquello ya pasaba de castaño a oscuro. ¡Como para pensar, pues en hacer práctica de escritura,

el Tigre! Distribuyó con estrategia sus soldados y ya no se ocupó más que de planear y dirigir en persona las batidas. Con la experiencia que había adquirido en sus tiempos de contrabandista en la frontera, hizo prodigios...

Esto en lo referente al cajón grande del centro, decíamos. En otro, de los chicos, tenía tabaco en cuerda, el Comisario, y mazos de fina chala. Los demás, a no ser el de abajo de todos, se hallaban vacíos. El de más abajo, que era muy hondo, sí, estaba lleno. Pero de chucherías, de refugio, no más, de cosas incautadas a los rateros, y que seleccionaba el Tigre y guardaba para que aparecieran como descargo de su conducta si, el día menos pensado, fuera a la capital alguna denuncia y el Coronel Puma ordenaba levantarle sumario y él no le caía en gracia al sumariante. De perfume había un frasco vacío, que en una ocasión él puso allí bien tapado, previo el echarse toda el agua en la ropa y en la cabeza; en fin: anillos que ellos solos no más se habían puesto negros, varias bombillas de alpaca, chuspas... En una cajita aparte, un cartón con seis botones pegados, unas peinetas, y tres medias largas, de hilo; dos negras y una rosada. Esto último era el único resto de cuando la autoridad peleó y consiguió agarrar a los que mataron en El Sauce al Vizcachón mercachifle. La media que faltaba, la compañera de la rosadita, fue con la que le ligaron el brazo al milico herido para detenerle la hemorragia; pero se les fue en sangre, lo mismo, aunque se la pararon allí, porque, distraídos, no cayeron en la cuenta de que el trabucazo que sonó en el entrevero le había dado de lleno en la mitad del espinazo. Si hubiera tenido más sangre, flota mientras lo mantenían boca arriba en el suelo, doctoreándole el brazo. Al lado de la cajita, modestos cuchillos, boquillas de mate, un atado de escarbadientes de pluma, un retrato a lápiz, con su dorado marco, que nunca se supo quién era. Y abajo de todo, cuatro blancas flores de trapo y una de papel, también blanca, que era malvón: de cuando el desacato y muerte en la fiesta del Velorio del Angelito, a la entrada del verano.

Todo esto encerraba en sus cajones el severo mueble ne-

gro donde, con todo su peso, se apoyó el Comisario Tigre, malhumorado. Como quiera que sea, el Comisario había contrabandeado muchos años. Por eso, por eso mismo en la Comisaría siempre andaba de luna. El, sin querer, sin advertir bien la causa, al sentir milicos se enfurecía. Así que, después de cruzar el patio, al sentarse en su despacho se sacó de un manotazo el correaje con el sable y lo había largado violento contra el tintero. Claro que más parsimonioso ahora, el Tigre puso también allí el lindo quepis de enhiesto plumacho y se pasó la blancura del pañuelo de bolsillo por la frente. Al alzar los ojos, que había cerrado evitando el roce al enjugar, se le apareció, cuadrado en la puerta como para retratarse, el Sargento Primero Cimarrón. Su Superior lo miró con súbitas ganas de atropellarlo. Pero, acostumbrado ya a contener sus arranques ante presencias uniformadas, se dominó, se puso el quepis, se echó un poco atrás en el asiento, miró al escritorio.

— ¡Pasá ! —dijo— Y prestó oídos.

— Este amanecer se ha prendido a una Comadreja lavandera que ha dejado tan sin ropas a su patrona, que a estas horas la pobre señora debe de andar con chiripá del marido... y de poncho.

Antes de empezar a hablar el Tigre agachó más la cabeza, como confiándose con su escritorio.

— Para mí, que se peleen y se maten, no es tanto. Total, de algo hay que morir, y nadie va a tener la pretensión de quedar para semilla. Yo, a eso no le hallo mayor delito. ¡Pero lo de que me anden con rapiñas...! ¡Es que desde hoy en adelante no les voy a aplicar más que las últimas hojas del Código que, ésas sí, son bravas! ¡Ya no hay pacencia que aguante!

Hizo un esfuerzo y consiguió aplacarse. Esperó un poco, por las dudas, pues en el fondo, él quería ser justo. Seguro de sí, ya, ordenó tratando de mostrarse hecho el fiel de una balanza.

— Bueno, a ver, Sargento, que saquen a la detenida y ha-

ganlá pasar a prestar su declaración.

De nuevo todo fue luz del día en la puerta. Se escucharon ludimientos de sable. Hubo una pausa. Se aparecieron otra vez los ruidos. En seguida:

— ¡Epa! ¡Epa! ¡Atajen! —se derramó el griterío.

Al mismo tiempo un chisporrotear de latas fue debilitándose a la distancia como si se estuviera volviendo eco; y en los primeros momentos el estrépito seguía tan a los garrones a una Comadreja en fuga, que parecía ser su ruido.

Helado se quedó el Comisario, con el quepis a la nuca. Después, de una viaraza, apareció su figura en la puerta, sable en mano, más que vivos los resplandores en su uniforme.

— ¡Pocos van a resultar los cepos y los grillos si no me la atajan! ¡¿Pero no me han dejado escapar a la detenida?!

Del sacudón de contrariedad, el quepis saltó atrás, volvió a entrar en el despacho con el plumacho ya arriba ya abajo, y se fue a detener tapando el tintero.

— ¡Pero...! ¡Pero...! —seguía el Comisario, sin advertir esta otra fuga. Y como no encontraba palabras bastante fuertes para ensartar en la frase, pisoteaba el suelo peligrando abollarle las puntas a las espuelas, en el cimbronazo.

— ¡Pero... pero es cosa grande!

En la accidentada llanura, la Comadreja iba sacando cada vez más distancia a los perseguidores. Desapareció un soldado. En el sitio se levantó por él una dorada nubecilla de polvo.

— ¡Así te hayas matado! —deseó y le gritó el Comisario. Y continuó haciendo fuerza con la vista sobre las espaldas de los que seguían corriendo.

De pronto sufrió el asalto de una idea. Guardó entonces el sable y aminoró la potencia de su mirar, sosteniéndolo un poco más abajo y al costado, adrede viendo ya casi de reojo, no más, a sus subordinados. Es que pensó:

— ¿Y si, por miedo al castigo, a estos infames les da por no parar y me ganan el monte?

La desesperación que le llegó en seguida hízolo saltar en la forma del que, distraído, se ha parado, justo, sobre un desparramo de brasas.

Entonces, decidió detenerlos. Con el propósito de acer-carles más la voz, corriendo pasó el Comisario la portera del patio, pasó ante el palenque y su enramadita, dejó a mano derecha el corral de palo a pique, siguió a los gritos tras los ya lejanos perseguidores despidiendo fuego por su pechera y sus hombreras.

— ¡P'atrás! ¡Asujetensén! ¡Asujetensén, ordeno!

Cuando a los milicos les cruzaron rodando las voces (que seguían adelante e inatendidas iban a meterse en los oídos de la Comadreja) ellos intentaron pararse. Y hasta se echaron para atrás, hasta casi quedar en falsa escuadra. Pero, como sucede, botas y alpargatas continuaron corriendo un trecho por su cuenta. No había boca que al dueño no le pareciera chica, de tanto aire que estaban reclamando los pulmones. Y a la Comadreja, a la Comadreja se la había tragado la tierra.

Mientras los veía retornar y recibir la incorporación del que había caído:

— ¡El Recluta! ¡No te dije! ¡El Recluta! —el Tigre, así bramante, estaba calculando que, como toditos sus milicos eran culpables, no iba a tener con quién mandarlos a las guascas.

— ¡Si solito quedo yo en libertad, esto no tiene fundamento!

Y se dio vuelta sin esperar a los suyos para cruzar el patio, apagar y encender su fulguración al pasar bajo el ombú, y atenuar definitivamente aquellos brillos cuando se metió en la Mayoría a ganar su silla. Mas fue todo uno sentarse y quedar parado y hecho arco.

— ¡A que alguno se me alzó anoche con el tintero!

De un manotazo levantó el lindo quepis. Y se sintió duramente defraudado, porque apareció el tintero. Por tal razón fue que exclamó:

— ¡Chamuchina como ésta, jamás se ha visto!

En seguida el Sargento Primero Cimarrón asomó, muy,

muy cauteloso la cabeza, trepidante por el jadeo. Y la volvió a retirar como si le hubieran salpicado la cara con agua caliente.

— ¡Sargento Primero!

Ahora éste se recortó de cuerpo entero en la puerta, haciendo la venia y tartamudeando:

— ¡A la orden, mi Comisario!

Parecía que, de los nervios, había quedado más chico. Pero lo que en realidad acontecía era que en la corrida se le había bajado el cinto, y las rojas bombachas daban casi en el suelo, como polleras.

— ¡Mande formar, que voy a pasar revista a la tropa!

Se hizo humo el Cimarrón. Se oyeron voces de mando, ruido de sables, otra vez. El Tigre se miró a los pies y, regulando bien el paso, salió bajo esa vigilancia al patio, envuelto en luz. Al aparecer, ya llevaba erguida la frente, pero tan crispada por la ira que distinguía por entre los pelos. Con todo, se contuvo él en el marco de la puerta. Así, dio humanamente tiempo a que los rezagados Soldados Mao Pelada, Tamanduá, Avestruz, el Asistente Macá y el todavía lleno de tierra Recluta Carpincho se incorporaran a la fila.

Atrás, a los metros, uno de los tremendos ombúes hacía vasto dosel al marcial cuadro.

Delante de la tiesa milicada el Sargento Primero Cimarrón ponía la vista tan, tan fija en el filo de su machete, que la mirada le salía de allí partida en dos.

El Jefe, marcando el paso como si se lo regulara la banda lisa, empezó a recorrer la formación cortándole el respiro al que le llegaba al lado. Pasó casi refregando —o los otros creían que casi— a los Soldados Macá, Aguila, Cuzco Overo, Cuzco Barcino, Gato Pajero, Gavilán, Flamenco, Mao Pelada, Tamanduá, Avestruz, Recluta Carpincho, (faltaban, en “comisión”, los Soldados Carancho, Cigüeña, Carao) pasó frente al Cabo Pato (faltaba, en “comisión”, el valeroso Cabo Lobo).

Estaban, como de palo, por orden de estatura. Siendo de una misma medida los uniformes que nos mandan de Monte-

video, algunos servidores, los más petisos, parecían metidos hasta el cinto dentro de un atado de ropa roja, de tan bajas que tenían las abollonadas bombachas. Otros, el viejo Avestruz, y el Recluta y el Flamenco en la extrema derecha —donde la línea de quepis daba un brusco salto hacia arriba— dejaban asomar media canilla porque, para peor, estos tres servidores estaban con las alpargatas de cuando abandonaron el lecho. Los sables de reglamento, iguales, claro, todos, por relación allí cambiaban de tamaño hasta lo que no se ha visto nunca. Los del Avestruz, del Mao Pelada, del rechoncho Recluta, les pendían como espadines. Y el Pato, los Cuzcos, el Gavilán, el Yacú, el Asistente Macá, etc., de tan grandes que les quedaban parecía que andaban con armas de monumento. Para la variante en los quepis no era la estatura lo que obraba sino el grandor de las cabezas. Así, el Carpincho tenía que llevar el suyo a la nuca porque no le entraba ni haciendo fuerza o si no le sucedía la desgracia de un planchazo. Y el Avestruz, el Cabo Pato, el Aguila y otros tantos, sudaban a ciegas pues, así como estaban, en posición de “firme”, no podían acomodárselos y se les iban hundiendo hasta el pescuezo, en el jadeo.

Faltaba una chaquetilla, que fue la que se quemó con el finado Cabo adentro cuando el personal de la Comisaría acudió a apagar lo poco que quedaba en el incendio del rancho de las Nutrias, en Puntas del Estero. Por eso el Recluta Carpincho estaba de particular hasta la mitad.

Después de ir de punta a punta, el Comisario había vuelto a situarse al centro y de frente. Como el sol le daba de lleno, medio cuerpo lo tenía en rutilaciones.

— ¡Esto de que se pasen todo el día de mucha guitarra y chupando caña, trae estos resultados!

El Tigre hizo un esfuerzo por interrumpirse al sentirse impulsado a hollar el terreno de las confidencias. Pero no pudo resistir.

— ¡Sí, chupando caña, he dicho! ¿O se creen que no me doy cuenta que toditos ustedes esperan a que yo empiece a

pegar unos tragos por mi languidez de estómago y, cuando se aseguran de que ya no les puedo sentir el olor, se prenden como mamones a la bebida? Ahora que se me ha acabado la pacencia, sepan de una vez que ustedes a mí no me engañan jamás; que lo que hay es que he sido un padre para toditos. ¿Cómo fue que se cayó al agua, vamos a ver, el finado hermano de éste, el finado Flamenco? ¡En tranca! (Cual si el que se ahogó fuera él, se estremeció el Soldado Flamenco). ¿Cómo fue que se incendió también él, en el incendio, el finado Cabo? ¡En tranca! ¿Cómo fue que te vinistes abajo del mangrullo vos, Mao Pelada, y no quedastes como bosta de aplastao porque recién llevabas subidos la mitá de los travesaños? ¡En tranca, caray! ¿Cómo, sin estar en esas condiciones, se puede dejar, no más, una plancha caliente que era un fuego arriba de la ropa?... Y, oiganlón bien: ¿Para qué, Cuzco Overo (casi se vino al suelo ese Soldado de tanto que inclinó la cabeza, ya arrepintiéndose de todo lo que fuese a revelar el acusador), para qué te ponés a chacotear como que me das serenatas por la ventana, y me hacés así quedar adentro del cuarto, aprovechándote...?

Iba a continuar: “de que soy loco por la música”, pero se contuvo y se sonrojó a pesar de su furia. Y quedó con el pensamiento saltando sobre la última palabra pronunciada hasta que desde ella obtuvo una transacción con las que debían seguir:

— ¡...aprovechándote... aprovechándote vos, sí, de que, en ocasiones... a mí un poco me gusta la música! Pues sí, m'hijito, me entretenés para refrescar a alguno en el barril del agua o para acostarlo, porque se le ha ido de más el codo. ¡Sepan, sepan al fin la gran verdá! ¡Yo me daba cuenta de todo! ¡Yo te voy a dar música, de aquí en adelante! ¡Cuando te vea otra vez con la guitarra en mi ventana, les voy a registrar hasta abajo de los catres! ¡Y al que pesque durmiendo la mona lo voy a hacer pasar por las armas, como no lo he hecho nunca aquí: en público y con todas las formalidades, para ejemplo!

Los soldados respiraban a escondidas, de “firmes” que se mantenían.

— Y ahora, de aquí voy a destacar dos partidas, que han de salir para darme con la ladrona. Cuando vuelva el Sargento Segundo Cuervo, él se va a poner al frente de un piquete. Y usted, Sargento Primero, usted me va a tomar tres hombres: vos y vos y vos —y señaló al Soldado Cuzco Barcino, al Soldado Avestruz y al Soldado Mao Pelada— y me empieza desde ya la persecución.

Giró sin más sobre los talones para volver a la Mayoría; pero, antes de adelantar un paso, ya con vuelta contraria quedó otra vez de frente y mirando al rígido conjunto, con ganas aún de patear en particular a cada uno. Y gritó, subiéndosele la sangre a la cabeza, de la fuerza:

— ¡Rompan filas!

Casi sobre las espuelas de tanto que se había echado atrás, volvió a girar y, entonces, se topó con un Charabón que, embobado, estaba hacía ratos contemplando el marcial espectáculo.

— ¡Y usted qué pucha me está haciendo aquí!

Se hizo un arco el interpelado porque no pudo mover los tamangos para, aunque más no fuera, dar algún paso atrás. Y cerrando los ojos quiso entregar algo, más muerto que vivo. Pero no podía. Porque buscaba el bolsillo y lo único que hacía era refregarse la ropa, temblando. Al fin consiguió llegar a la carta.

— Aquí le mandan... de la pulpería... “La Blanqueada”.

— ¡Ah, usted es un propio! —exclamó, serenándose, el Tigre. —Entonces, bueno, sigamé para el despacho.

Y se introdujo en la Mayoría apagándosele luces en su ropa.

Ya sentado ante el escritorio observó para dónde era el derecho del papel y empezó a leer con minuciosidad aquellas letras redondas y claras, como de tenedor de libros, no más, que en el pueblo había sido el de la misiva hasta que, quién sabe por qué chismografías, se produjo la compulsiva y

ganó tierra adentro cambiando de nombre.

Como cuando hace horas que está la mañana y todo sigue envuelto en un sucio gris cuajado de nubes negras y, de pronto, entra a tallar el pampero y van surgiendo los cerros y las cuchillas y los montes, y, entonces, las cosas todas pierden su soledad, recobran su color y sienten, al fin recíprocas, que siempre siguen formando parte de la inmensidad del mundo, así, poco a poco, un aire de complacencia le iba creciendo al Comisario Tigre a medida que se internaba en la lectura. Fuéronse abriendo de par en par los párpados; aparecieron enternecidamente sus colmillos inferiores; y el pequeño Charabón, repuesto ya de la impresión de ver manifestarse en semejante forma aquel asombro, dejó, no más, a sus pulmones que respiraran a gusto.

De pronto la Autoridad alzó la vista y miró sonriente al mensajero, quien se achicó y cerró los ojos como si le hubieran cruzado fuego por la cara. Pero tan abstraído se estaba poniendo el Tigre, que ni siquiera se dio cuenta de las sensaciones que provocaba.

— ¿Ahá?... ¿Entonces... anoche... Don Juan... ha hecho una fechoría con don Peludo y lo ha dejado por muerto?... ¿Ahá?... ¿Así que...?

Al bajar los ojos, un instante contempló como a plato con miel el conjunto de la carta y retomó, apenas musitando, el paciente delecto:

“... Coima y todo correrá igual que en vida del finado Peludo, si muere, mientras yo esté al frente de la casa. Y más que cuando el finado. Es muy justo que la policía tenga más parte que hasta la fecha, por la razón de que bastantes calentaderos de cabeza les dan las pulperías, que es un abuso. Ahora paso a decirle que en caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera, entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted. Le garantanto que con un poco de buena cabeza, la casa se puede ir a las nubes...”

El codo en el escritorio, el mentón en la palma, sin abrir

la boca, el Tigre se quedó golpeando con la uña uno de los sobresalientes colmillos inferiores, caviloso. Después, volvió a achicar al mensajero al sonreírle con gentileza y le dijo:

— Bueno, m'hijo, podés retirarte. Y le decís a tu patrón que me he hecho cargo de la denuncia. Y que de lo que él puso más abajo yo voy a ir esta tarde a hablar en persona.

Echándose a la nuca el quepis, volvió a acodarse y a apoyar la cara en la mano. Y siguió golpeándose el colmillo, la vista fija en el ángulo en que la pared del frente se junta con el techo. De súbito, viva y encapotada, la mirada se apartó de allí. Y el Comisario se irguió en su silla. Le habían llegado rumores de sables. Pero al mezclarse, atenuándose aquéllos, con un trotar de caballos que al tiempo que se apagaban se convertían en galope, la vista volvió a ocupar su sitio, a dulcificarse, embebecida otra vez.

— ¡Hum! ¡Hum! ¡Iguala!... ¿Pero qué voy a hacer yo de socio de una casa de comercio, no me dice? No digo antes, cuando muchacho; ¡pero a esta altura!... ¡Si uno ya no está para nada! ¡Uno ya no sirve más que para mandar! A mí, que me dé en plata... si el Peludo se muere. ¡Que tiene que morir, no faltaba más; que ahora no nos va a salir levantándose de la cama! Y si no se muere él solo, ¡se le obliga!... ¿Ahá? ¡Ahora sí, ahorita voy agarrando el hilo...! Lo de enseñarlo a enlazar de noche, fue una emboscada urdida de lejos, con tino, por la heredera. Don Juan, en eso, no viene a ser más que un contratado; el cómplice. Y eso es lo que bien rumbea el dependiente cuando me explica...

Volvió a tomar la carta y la hizo girar entre las manos hasta que la firma quedó hacia abajo.

— Sí, ¿a ver?

Recorrió desde el principio, por encimita, hasta hallar el párrafo revelador; aunque se detuvo varias veces ante ciertas íntimas sugerencias que le paraban en seco los ojos.

— "... Coima y todo"... "más que cuando el patrón"... "es muy justo"... "Mulita"... Sí, aquí es: "En caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera..."

Aunque lo que buscaba era sólo esa parte de la carta, los ojos se le fueron como por un cuesta abajo. Y él siguió atrás, deletreando:

— “... Entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted...”

Se interrumpió diciéndose con dulce sonrisa interior:

— ¡No, haceme el favor; qué iguala! ¡A mí vos me vas a agarrar de socio si sos brujo, botija! Tendría que poner la comisaría en el mostrador para vigilar que no me hagás mal tercio...

Como él no podía leer en silencio, y como decir dos cosas a la vez es imposible, sólo se vio ir con energía de un lado a otro al plumacho del quepis, trazándole negaciones a cada palabra de las que siguieron:

— “... Le garanto que con un poco de buena cabeza la casa se puede ir a las nubes”.

Y al llegar al punto final, soltó un ¡No! más firme que un cerro.

Enderezó el quepis ya sobre el hombro, se lo acomodó otra vez y volvió a rozarse la dentadura con el dedo para, en seguida, entrar a meditar, la cara casi horizontal sobre la mano:

— Ahora, lo que hay que hacer es desenredar bien la madeja. Muerto el Peludo por cuenta propia o con alguna toma o por desacato a la Autoridá, si llega a hacer pie en su salud, que es fácil, a Don Juan se le da una estaqueada y confiesa la gran verdá de que la Mulita le pagó para que organizara la muerte de su tío. Y si no quiere confesar, se le enchaleca y, después, que vaya, si quiere, de muerto, a desmentir a la Justicia. ¡Pero mire la Mulita, de asesina! ¡Quién lo iba a pensar! Es que yo siempre digo: uno ve caras pero a los corazones no los ve.

Y se incorporó exclamando en alta voz tranquila:

— ¡Por suerte, ya tenemos todita la madeja desenredada!

Al salir al patio y empezar a brillar, de todas partes, aunque más numerosos de sobre el asiento de las raíces del om-

bú, brotaron soldados como con resorte, en posición de firme y haciendo la venia. En seguida, un Cuzco ensilló y se alejó a todo lo que daba, de chasque. Llevaba la misión de alcanzar la partida del Sargento Cimarrón, destacada en persecución de la ladrona Comadreja, y ordenarle que de inmediato fuera a prender a Don Juan, con carta blanca para hacer lo que requirieran las circunstancias si se resistía.

— ¿Dónde tienen las estacas de cuando el finado Lagarto? —preguntó el Comisario cuando ya tornaba a la Mayoría. Sáquenlas y delen una mano de grasa a las guascas. Que estén bien suavecitas.

Como ahora estaba contento, al ir a entrar a su despacho se hizo cargo de la posible situación de sus subordinados ante la ambigüedad de la frase, y le vino como una lástima al Tigre. Por eso, alzando una mano y agarrándose al marco de la puerta, aclaró, hecho un padre, al milicaje que, en efecto, se había quedado con el alma en un hilo al oír la mención a los útiles de estaquear:

— Pero miren, m'hijitos, que eso no es para ninguno de ustedes, les doy palabra. Lo que pasó con la presa, eso queda borrado y empezamos de nuevo. Al que vamos a meter en las estacas es a un malhechor muy jarifo, cuando me lo traiga la partida. Ya saben: por esta ocasión, estén tranquilos: ¡No se preocupen!

Capítulo III

Agonía del Peludo

La Mulita estaba hecha una lástima. Sentía como que por su culpa había pasado lo que pasó; impotente se consideraba para atajar el mal creciente de quien, a pesar de los malos tratos, era su tío, al fin y al cabo, y, en el fondo, amaba; encima, medía consternada que ella era muy poca cosa para remediar siquiera en algo la situación de Don Juan ahora a monte, desgraciado con la policía. Como el tábano airado, había momentos en que le revoloteaban imágenes de chispear de facones contra sables, de puñales que abrían sangre a bocanadas, de relámpagos con estampido en pos, causantes de un simultáneo trastabillar o de una caída al suelo, sin remedio. Y esas visiones sólo se alejaban de la mente ante la aparición otra vez de aquella tan ancha cama que, al achicar por contraste al herido, daba a la Mulita sobre una angustia cada vez mayor. En ocasiones, sin hacerse sentir, entraba a la casa del Peludo quién sabe qué apiadada, oportunísima presencia. Y por ella la Mulita era conducida así, despierta tal cual estaba, a un olvido embebecedor, como de sueño. Pero en la joven tenía tan grande poder de arrastre la suerte de su tío que, al ratito, no más, se le desvanecían, alejándose hasta lo más distante, el recuerdo feliz, la estampa grata, lo que fuese, con sus bondadosos mundos atraídos. Y ella en seguida andaba otra vez aplicando compresas o alisando las sábanas del herido, o (porque miraba con ojos empañados) viendo presa de resbalantes deformaciones al bulto que bajo las cobijas él hacía.

La Lechuza tenía dispuesto que al Peludo se le diera a tomar agua de dos clases de yuyos, de los por ella misma recogidos en viernes, a la luz de la luna llena, habiendo concurrido a hervirlos en persona la primera vez. De uno, dábansele tres tomas al día. Del otro, a discreción, y frío. Además, desde que comenzó a sospechar que en el paciente había algo que no le gustaba nada, la Lechuza a revisarlo se aparecía en su petiso todas las nohécitas, con lo que, por otra parte, como se dejaba estar adrede hasta que era invitada a cenar, ella ahorra una comida diaria, se empinaba unas cañas y fumaba gratis algún oloroso charuto de Bahía, de los que en la pulpería del Peludo se presentaba a los estancieros y a algún afortunado en la carpeta.

Pero el enfermo seguía de mal en peor. Así lo iba aceptando la Mulita. ¿Qué, sino plena comprobación de lo que decimos, significaría en ella, para un atento observador, aquel ir a clavar la aguja en el cribado talón de un escarpín de su tío, cierta tarde, y el echarse a llorar sin iniciar el zurcido, y el emprenderlo después, hasta el fin, tan moroso, tan prolijo; pero dejándole caer, de cuando en cuando, una lágrima furtiva? Porque el paciente, ahora, no le dirigía palabra, no le pedía cosa alguna, como si ya no estuviera necesitando nada, como si hubiesen empezado ya, de firme, a cortarle todos los lazos con este mundo, aprontándolo así para que en cualquier momento, a la menor señal, saliera docilmente, sin regreso. Asimismo, el propietario de la pulpería "La Blanqueada" casi no se quejaba desde hacía días. Y el silencio hasta en eso, acorralaba con su congoja todavía mucho más a la sobrina. En su asiento de vaqueta, al lado de la triste cama, ella ni repasar la ropa ahora podía. Cruzados los brazos, la aguja en una mano blandamente plegada, la otra con la palma hacia arriba sobre las prendas en reparo, la Mulita pasaba las horas perdidas mirando el quieto bulto bajo las frazadas y aquella cabeza envuelta en vendas sobre la almohada.

La detención del Peludo era como la de los dormidos. Pero sabedora ella de que él estaba tan atrasado...

Por las mañanas (ya todo como jaspe y ordenado en la casa, ya la olla bullendo sobre el fuego) muy modesta franja del día aparecía con cautela, conseguía adelantarse y se tendía a los pies de la Mulita que, en su silla, cosía o remendaba o zurcía. La joven sobrina contemplaba el paulatino alargarse del rayo del sol, que insistía hasta dorarle los pies, y aquel su más que obligado retroceder, al rato, tan poco a poco como había llegado y, más tarde, su perderse en el campo con la demás luz, mientras las sombras iban haciendo su aparición de todas partes. Pronto, ¡oh!, como cortinas tristes se colgaban de los rincones, las intrusas. Luego, a medida que se estiraban, iban poniéndose lúgubres, para aproximarse, mecidas (desde los cuatro costados, ya) unas a otras, muy en sigilio inexplicable (buscando contactos quién sabe con qué fin), a todo lo de la morada indiferentes, como si estuviesen más que solas allí; como si ellas fuesen hechas tan de distancias, de abandono, de olvido que, aunque lo intentasen, jamás podrían advertir nada, nada de lo que las pasaban de través y sin roce, en sus desplazamientos; nada: ni arcón, sillas o cama con dosel, ni yacente, ni abrumada sobrina, inminencias del gran trance, ni aquella angustia, asimismo, que sus tan tétricos bamboleos andaban haciendo crecer, más helantes que la escarcha. Sobre las cobijas siempre con los mismos pliegues de horas antes, de cuando fueron tendidas; por el frío de una frente sudorosa (la del tío ahora sin aquel su habitual fruncimiento) adelantaban unas hacia las otras las tales sombras; en su seno también encerraban ahora demudadas faldas azules y una bata blanca; buscando otro rincón cruzaban por delante de dos pupilas dilatadas... como a la espera de algo volvíanse todo, todo, ¡ay! quietud, semejando así un agazapamiento general. Entonces, la Mulita encendía el candil. Y quedaba ahora como refugiada en una cuevita de oro. Pero, eso sí, sintiéndose a su vez también otra más entre las cosas ajenas a todo en el mundo; algo tan, tan solo como puede serlo un charco, el rumor de la noche, o, más bien, un recién nacido. Desde su bajo asiento, replegada sobre sí, el mentón en el pecho, a

veces la mano en apoyo de la cara o aún de la frente misma, la Mulita miraba hacia la oscuridad de su tío. Y lo pensaba como muy distante. Era que toda la casa se le iba lejísimo. O, si no, que ella se iba lejísimo de todo, hasta del chilcal y de la llanura y de la gris barrera del Arazatí, donde presumía que debería de estar Don Juan con sus parciales, y hasta lejísimo de la mar, con ser tan sin medida. ¿A dónde quedaba nuestra sin fortuna, pues? Un estremecimiento del enfermo, un quejido apenas asomándose, entre el blanco vendaje de la cabeza, eran aleve mano que irrumpía hacia ella, que se estiraba como de elástico, que la cogía —estuviera donde estuviera— que la traía y le situaba la mente otra vez al lado de la cama.

— ¡Qué cosa! ¡Pobre mi tío, tan trabajador! —musitaba temblorosa—. ¡Qué le pasará, pobre de él!

Y un ovillo inútilmente solícito se hacía ella sobre el bulto del que se estaba muriendo.

Este, éste no se alejaba hacia ninguna parte, digámoslo. Tenía como una oscuridad adentro. Y dicha oscuridad era de gran peso; de una pesadumbre tal que no lo dejaría moverse, de él haberlo pretendido. En ocasiones —a veces ni eso— el Peludo se sentía como si estuviera advirtiéndose dormir; dormir un sueño cerrado por donde, entreabriéndoselo de golpe, se le venían cosas. En cierta oportunidad se le fue arriba un toro dueño de guampas tamañas. Por suerte la cornamenta le cruzó casi rozándole el cinto, pero no lo tocó. Después... Durante esos días al Peludo le pasaron cosas que no tienen nombre. Ahora, ahora en el momento que pasamos a narrar, un árbol se puso a mirarlo fijo. Era un tala seco, que lo miraba y lo miraba como si tuviese algo con él. El Peludo atendía con ahínco a lo que le sucedía. Estaba como a veinte pasos el tala; quieto, mirándolo por todas sus espinas. Y, de repente, el pinchado empezó a hacer como si fuera un péndulo al revés, y a resollar que parecía estar realizando la maniobra con grandes esfuerzos. Tuvo un sobresalto el Peludo, al principio. Pero enseguida, con resolución,

dispuesto a no aflojar saliera lo que saliera, él también se puso a mirarlo sosteniéndole la vista... Y una luz cuadrada y otra redonda se interpusieron, por suerte; por suerte, porque aquello ya no estaba pareciendo nada para bien. Eran lindas las luces. Una, amarillenta; la compañera, azul claro. Las dos daban idea de estar posadas sobre terciopelo o vidrio grueso. O de ser vistas a través de un agua, mejor. Ellas sacaban sendas como espaditas del color de cada cual y abarajaban, jugando. Tajo va, tajo viene... ¡Fea fue la ocasión en que hicieron su llegada los ojos! Fea porque no venían en pares aquellos ojos y, por eso, siendo bien redondos, cada ojo parecía deforme, lo mismo. Salía un ojo de abajo de la tierra, lo miraba al Peludo, parpadeaba un ratito, e iba a esconderse atrás del horizonte. Mas en seguida se aparecía un ojo nuevo. Algunos ojos eran chicos. Pero otros ojos, más o menos del grandor de una rueda de carreta. Esos ojos como un humo echaban al perderse... Y después casi en seguida, fue que se empezó a los ponchazos. No se veía quiénes agarraban las prendas. Por tres de sus puntas ellos mismitos se daban a plomo contra el suelo, levantando la polvareda. Y ¡paff! ¡paff!, los ponchos. Lo cierto es que esto vino para bien. La oscuridad se disipó y él, entonces, dejó de sentir la opresión y, ¡claro!, pudo levantarse con agilidad que daba gusto y abandonó el dormitorio sin recordar nada, nada ingrato; nada, ni lo más reciente. Entonces enderezó de mucho "vicuña" al mostrador de su casa de comercio, abrió el cajón que mantenía bajo llave siempre, cargó de plata el cinto hasta dejarlo buchón que no daba más. Entonces pasó otra vez para adentro, se arregló bien el nudo de la gollilla frente al espejo, satisfecho. Entonces, siempre contemplándose, se puso a dos manos el flamante sombrero.

— Me voy, que ya he trabajado bastante y ahora hay que pasear —se decía—. Que trabajen otros ahora, que es lo que corresponde.

El del tan rico poncho, el de las espuelas y alzaprimas doradas volvió a entrar en el salón de su pulpería, se perfiló,

cogió por la copa el sombrero con la izquierda y, manteniéndolo siempre junto al hombro en gentil ceremoniosidad fue dando la diestra a todos, sin exclusiones, olvidando ofensas chicas y grandes, muy contento.

— ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiosito! —decía—. Me voy y que trabajen otros... que ya les llegará también a ellos el turno...

¡Qué feliz en la cama, con los ojos bien cerrados, el Peludo! Los ufanos sostenes del antiguo dosel parecía que estaban haciéndole guardia, protegiendo tanta dicha.

— ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiosito!

¡Pero mire que había de quienes despedirse en el trayecto de la pulpería a la enramada cuando, al fin, apareció la puerta, aunque él no reconociera bien a ninguno! Es que hasta se detuvo la taba por acudir a contemplar aquel chiripá floreado, aquella criba del calzoncillo y los primores de aquel apero ceñido al piafante tordillo. Es que, sin duda, se propaló la noticia, pues los coches, las jardineras, los charrets y una carreta evidenciaban que habían acudido hasta familias.

— ¡Qué barbaridad! —exclamaba— ¡Cuánta gente para la despedida!

En el fondo, estaba orgulloso. Y, siempre el sombrero junto al hombro izquierdo, se inclinaba, cumplido...

Uno de los ¡Adiosito! le llegó a la Mulita y la enderezó en vilo. Miró aturullada a todos lados, sin atreverse a acercar la vista a la cama, y enderezó como resorte a la salida. De golpe, al final ya del estrecho pasadizo, el campo se le hizo más inmenso que nunca; el cielo, de altura todavía mayor. Se encandiló. Y una soledad de empacado silencio la puso rígida.

Así, como cuajada en piedra, permanecía, cuando le acudió para librarla cierta idea consoladora. Haciéndole caso fue que la Mulita volvió a entrar y a regresar con cojinillo y freno; fue que corrió hacia el petiso overo atado a soga, y que enfrenó... fue que, para poder montar en pelo, trepó una piedra, salió a galope hacia el bajo, cruzó, salpicándose, el vado, enderezó dando talón por una sendita entre los cardos...

¡Qué luz tan pura había! Ante tamaña diafanidad... Pero ya no atendía como otras veces al trebolar ni a la flor de los yuyos. No los veía. Es que cierta cosa acongojante se interponía entre ella y el mundo. Más allá de la cabeza agachada del empeñoso overito, como si él la llevase de tiro, la cama aquella con el bulto, el armatoste con todo arriba se empecinaba en ostentarse y obligaba a la Mulita a posar los ojos sobre su muda desolación.

Intensamente acogedora era la luz. Todo, todito color, hasta el más tenue se ponía en acción y acudía... Y la joven no veía, a su derecha (y, luego, cada vez girando más a sus espaldas) los distintos ombúes de la pulpería; tampoco veía el cardal coronado con tan lindo lila, por el que entró siguiendo un sinuoso trillo que la desviaba así hacia la izquierda; ni veía entre la asistente luz tanto tala aquí y allá, ni coronilla. Mejor dicho: parecía que le surgían un momento a la luz, apenas si a hacerle señas de la dirección que debía llevar, para al momento desaparecer de su conciencia como si nunca, nunca hubiesen existido en tales pagos. Lejos y cerca era lo mismo: todo se recortaba en su íntegra forma. Toda cosa estaba cabal gracias a aquella luz. Y, como a la Mulita siempre le pareció feo montar a horcajadas, era del lado del corazón que el sudoroso petiso sentía ya incesante el azuzar de los dos talones, uno más arriba que el otro, talones que detuvieron de golpe el repicar y se dejaron caer en tierra cuando la Mulita, borrada la cama con el del mal encima, vio esplendiendo a la luz, a pocas varas del mismo rancho en ruinas de la curandera, a un exigente Sargento, ¡el Sargento Primero Cimarrón!, los frenéticos brazos en alto, cerrándole el paso.

Entonces, junto al ahora jadeante overito de riendas por el suelo, las cosas recobraron para ella su poder de presentarse. Vio el palenque, vio el horno, vio un macizo de achiras, vio el barril de rastra, vio el palo a pique del viejo corral en abandono, y vio — ¡ah!, ¡mejor no haberlas visto! — vio, sí, las ferrugientas carabinas que sostenían entre las piernas dos milicianos más (el Soldado Cuzco Barcino y el Soldado Ma-

cá) sentados en las raíces del ombú, entre tres caballos maneados, los quepis patibulariamente hasta los ojos.

— ¡Pero usted es ciega! ¿Pero usted quiere pasar por arriba de la autoridad?

El Sargento Cimarrón siguió con unas cuantas airadas frases; mas no para acentuar los reproches sino, precisamente, por ver si de ese modo podía recobrar la violencia inicial que, con la siguiente estupefacción, se le atenuaba a ojos vistas al observar el susto de la Mulita. Así:

— ¡Aquí hay que respetar! —agregó.

Repuso:

— ¡Usted no es quién para...!

Pero al final, todo le salía tan como susurro, que el policiano calló y permaneció en contemplación de la cabeza abatida que tenía delante.

— ¿Pero y ésta, me va a decir usted, es la gran criminal, la instigadora del desmán, la que codicia la herencia de su tío? —hacía surgir en el marote del Sargento aquella presencia de pañuelo en pico, de bata blanca y de pollera azul—. ¿Pero no me le estarán armando una trampa entre el Comisario y el dependiente, aprovechando la fechoría de Don Juan? —abríale, por su cuenta y riesgo, en la mente la certera intuición.

Con un esfuerzo trató de reponerse, no tanto por volver a hacerse cargo de la situación como para parar en seco el tropel de interrogantes que le hacía trastabillar el majín que ya no le daba abasto.

— Bueno, ¿y en qué quedamos? ¿Usted, me va a decir, es muda? —halló que era lo mejor decir. Y lo dijo, en efecto, pero casi implorante.

La Mulita alzó la vista.

— Pero ¿y qué pasa, señor? Digamé, ¿y la curandera?

— Esperándola estamos. Hay que interrogarla. Yo probé el mate que había dejado en la mesa de la cocina y ví que, frío y todo, todavía estaba nuevo. De eso colijo que la han venido a buscar de apuro para ver a alguno que le ha dado

algún mal de golpe... o que se les ha agravado a los dolientes... o que... vaya a saber lo que le ha pasado. Ya ahí, no es incumbencia de nosotros. No se le va a exigir a la policía que, además de ser policía, que ya bastante tiene con eso, también sea bruja.

— ¿Y ahora qué hago, sin ella? Mi tío se ha atrasado mucho... Y digamé: ¿Y Don Juan?

— ¿Pero usted tiene valor de preguntar por Don Juan a la misma autoridad? ¿Pero usted no ve que así se hunde sin remedio? ¿Pero usted no ve?

El tono crecientemente acongojado del Sargento hizo cambiar a la Mulita por otro miedo más sobrecogedor, el miedo que hasta allí la poseyera.

El Sargento lo advirtió. Por su parte cada vez más en ascuas, trató de tranquilizarla.

— Usted ha tenido un mal momento. Eso le pasa a cualquiera. Pero hay que zafarse del embrollo. Ahora usted debe tratar de no echarse tierra encima. Yo no le voy a decir lo que usted tiene que hacer, porque no soy un particular. Yo no me pertenezco. Tengo mis jefes y tengo mi disciplina. Además, usted comprenderá que si yo fuese otro, con los gritos que le pegué ya estaba cumplido. Y si fuese, no ese otro que le dije sino otro más, muy distinto, me la llevaba presa o, a lo mejor, la dejaba mansita, para no descubrirle el peligro, y le pasaba el dato al Comisario de que usted andaba atrás de Don Juan. Y la echaba a usted más al medio de lo que está.

La Mulita, otra vez de cabeza gacha, se iba helando. Rección cuando pudo levantar la vista fue que interrogó con angustia:

— ¿Pero qué le pasa a Don Juan? ¡Digameló, por favor! ¡Y digamé dónde podré procurar a la curandera!

— ¡M'hija! —cuchicheó el Sargento con tono a duras penas persuasivo porque la conmisericordia desesperada hacía presa en él. — ¡Escuchemé! Si usted no me escucha, es inútil que yo le esté hablando hasta la noche. Usted debe darse

cuenta de que tiene a un Sargento delante; que ese superior ha venido aquí al frente de dos subordinados. Y que esos tropas, por poco curiosos que sean, deben estar queriendo oír hasta con la ropa. ¿No me está viendo a ese Soldado Macá con el quepis como arriba de un palito, de tan estirado que la intriga le ha puesto el cogote? Piense que en cuanto pesquen cómo yo la estoy tratando a usted, peligra que ahí no más le vayan con el cuento al Comisario Tigre, y yo me ligo una estaqueada y, arriba de todo, me dan de baja. Usted no se da cuenta de lo que es ser Sargento. La gente lo respeta a uno, se emboba mirándolo pasar a caballo, y, más, si va con escolta... Pero nadie se hace cargo de lo que esto cuesta. Es como andar entre espinas, mire... ¡O peor! Como en el circo caminar arriba del alambre, así es. Entre la cabeza y el corazón él tiene que levantar una manguera de piedra. Yo me acabo de poner de este lado de acá, del lado de usted. Y del lado de allá, están esos dos milicos y una infinidá más de ellos y el Comisario y la Comisaría y, si seguimos, está el Coronel Puma, que es el Jefe Político, y, más atrás, está el Gobierno de la patria, con su Estado Mayor, en el medio justo de una red de más Comisarías y más Comisarios y más policías y tropas de línea, también: caballería, infantería, artillería. ¡Dése cuenta usted qué juego! Yo voy a boliar la pierna otra vez, porque es mi deber hacerlo, y a ocupar mi posición del lado de allá de usted, separandomelé, como corresponde [...]

Capítulo IV

La partida del Sargento Cimarrón

Muy agachadita iba la Mulita por una senda entre los cardos. Le rozaba ya los hombros un sol que, con trabajo, iba asomando el borde y defendiendo su naciente fuego de un nuberío abandonado en su retirada por la noche (pero con sus mismas mañas y que se lo estaba queriendo sofocar). La luz empujaba con ahinco; conseguía escurrirse en vetas y bajar rayos suyos al mundo, a mecerse muy campantes en las cosas. A la que de éstas le caía en suerte ser tocada por alguno de ellos se ponía como nueva. Hasta brillo adquiría la lija de los cardos porque les había descendido una bandada. Las flores, entre sus hojas frías, se venían a su color. En las islillas de ceibos y de talas, sobre las chilcas y el cardal, la claridad se apoyaba para resistir y permanecer. Y, alegrándose al fin, justo al cruzar de la Mulita, todo iba asomándose a su superficie e identificándose consigo... Porque por la noche, cuando les absorben su color y sus límites, los que no pueden moverse, aquellos para quienes su nacer y su morir son en el mismo sitio, se confunden, perdidos; y uno, si se olvida del punto (y en ocasiones aunque se recuerde bien) no consigue saber, al volver a enfrentarlo entre las sombras si aquel es aquel mismo o es otro que nada le tiene que ver. El que tiene voz, habla, por lo menos, y se hace reconocer aunque esté en los ojos la ceguera. ¡Pero siendo mudo! Un sauce, por ejemplo; ¿qué hace él, con tamañas raíces y sin grito, si, de pronto, entre lo oscuro le parece que anda ron-

ceando la misma reina de las anancondas o la ve que se va rampante por el mundo a hacer sus estragos? ¿Qué hace, eh? ¿Cómo se libra? ¿O a quién avisa del peligro?... Unas cuantas horas más, y ya no. Hasta se ve él, el sauce, sí, meciéndose echado a todo lo largo sobre el agua, entonces, no, no hecho poste en el suelo. Así, así se ve, mientras adentro de la corriente, mira a las mojarras, vueltas otras tantas mariposas locas, cruzándole muy campantes a través de las ramas como si éstas fueran de aire, o cosa así. Pero es quedarse bordeado por la noche y ya, entonces, el tal sauce siente hasta que rumorea algún misterio el río. Y que trae un áspero frío en su torno y que se lo va acercando al sauce en su arrastre. Para peor, en la lomada, el ombú se ha hecho cerro a esa hora; un cerro que se mece con el viento pero que, al parecer, no hay nada que hacerle que es cerro. Y el bulto que estaba, ahora se desconoce y no se conforma con eso y se embarulla más entonces, como empujado a flotar en medio de aquello que, valga la comparación, resulta mudéz de las de algodón metido hasta la garganta. Los que se mueven, ¡ah!, no, los que se mueven no. A esos la noche no los confunde. Ganan su morada y se defienden cerrando los ojos y fugándose en el sueño. Porque dormido no hay peligro. El sueño no consiente embrollos de aquella clase. Y salvo cuando culebrea la pesadilla perversa y consigue deslizarse por los adentros, uno, soñando, ve como al rayo del sol aunque la claridad ande todavía por el medio de la noche.

Muy agachada iba la de celeste y blanco, la Mulita, sí, entre aquella paz de gasa tenue —o igual al de esa telita que uno presiente que, como  piel, debe de tener toda agua—; entre esa quietud que era la primerísima en turbarse, la Mulita iba con marcha apurada. Se deslizaba con una pollera azul marino y una bata blanca, toda floreada con bordados a mano en el pecho. Las alpargatas eran blancas, húmedas estaban por el rocío, alrededor de la suela de esparto y, por la gramilla, un poco verde encima de los dedos. El pañuelo a la cabeza, anudado por delante en el

cuello, y que le hacía un pico atrás, gracioso, en blanco, también como en blanco el pañuelo de batista, conque continuamente se secaba los ojos y se sonaba: porque ella iba de duelo por el sinuoso sendero.

Cuando salió del chilcal, y aquel se hacía recto en el llano, divisó el rancho de Don Juan y advirtió que debajo del ombú había alguien. Se secó una lágrima que corría desfigurante. Clarito vio que quien estaba tomando mate era Don Juan. Corrió entonces, agitada aún más por los sollozos, y después se detuvo, porque ya no podía seguir y porque advirtió que Don Juan había salido hacia ella, apresurado.

— ¡Pero Don Juan! —empezó la Mulita de lejos— ¡Qué ha hecho con tío! ¿Será usted tan malo como dicen? ¡Yo no lo creía, Don Juan! A mí me parecía que era bueno; pero ahora; ¡qué quiere que le diga...! ¡Es una maldá de las más grandes!

Don Juan ya estaba al lado, sombrío y tierno a la vez.

— ¿Usted cree que yo soy malo?, ¿eh?, ¡diga!

— ¡Yo no, señor!

Y después de esta rápida exclamación, para la que no había vacilado, rogó, lastimera:

— ¡Pero hable, por favor, Don Juan!

— ¡Bueno, tranquilícese! ¡Mire cómo se ha puesto por andar con este rocío!

Bien paradita a pies firmes, ella permaneció rígida y con la cabeza tan sobre el pecho que el ángulo del pañuelo, como un pico se había levantado de la espalda y miraba al sol ya casi enteramente afuera.

— Fue una broma, no más. Yo no creía que iba a llegar a tanto. Yo siento... que ¿y está grave?

— La Curandera dice que hay que esperar a que el mal se decida. ¡Y acuerdesé que usted me dijo ayer que le iba a hacer pagar cara la que me hizo! Pero no ve, Don Juan ¡que yo lloro por nadita! Usted lo ha castigado por vengarse. Confíeselo, Don Juan, confíeselo.

A Don Juan se le iba un color y le venía otro. Frente a la Mulita y al día ya presentado, a él se le aparecían otros días,

muchos, que todavía no habían nacido y que estaban esperando turno para entrar en el mundo y cruzar. Desde esta contemplación, el Peludo quedaba afuera del tiempo. Y Don Juan veía en los tales días a la Mulita sola, en el abandono más acongojante. Por eso, él le estaba hablando ahora con una parte mínima de sí. Y el resto, todo él casi, se había vuelto ojos inmensos contempladores de un tétrico desfile de horas próximas que cada vez eran más pegajosamente lúgubres.

— ¡No, m'hija! No tengo remordimiento ninguno. Fue en broma, no más, y todo esto no va a ser más que el susto...

Pero todo lo de delante, lo que no había llegado aún, seguía apareciéndosele y pasaba a su lado, hacia sus espaldas. Mas sin el Peludo dentro; y sí con la Mulita, la cual, de pie en aquella zona que parecía presa de urgida necesidad de ser, empezaba a mirar a los lados, aterrándose.

— ... Cuando le pase algo, cuentemelo; cuenteselo a su amigo, pero para aliviarse las penas, no para que la venga. Bueno, no sea así, no llore más. Usted tiene siempre que aliviarse conmigo... Yo tengo que ser el descanso suyo...

Y todos aquellos rostros malvados que desde los más remotos días habían pasado por la azarosa vida de Don Juan, y todos los duros golpes sufridos y las tragedias que contemplara o por las que fue mordido, y todas las gotas de lágrimas que vio salpicar momentos ya irreconocibles; el conjunto entero de desolaciones se había corrido hacia el presente, llegaba a aquel momento en que rodeados por el campo se hallaban, y saltando hacia adelante sobre la crecida del amanecer y por sobre los dos, por sobre él y la Mulita mismos, de súbito se disponía en una perspectiva empotrada en el porvenir. Y Don Juan la veía a ella, la Mulita, bien paradita a pies firmes en sus alpargatas blancas, permanecer todavía un instante rígida, con la cabeza sobre el pecho, en el centro de este día, y girar luego y mostrarle ahora la puntita del pañuelo en forma de pico, y ponerse en sonámbulo movimiento, sola, absolutamente sola, avanzando hacia los té-

tricos que le esperaban con toda su perdición afuera para seguir, luego, tras ella, y rodearla y recibir incorporaciones apresuradas entre cuya confusión remolineaban quepis y entorchados militares, golillas rojas como de sangre sin cuajar, y sobresalían, junto con brazos airados, el hierro de grillos y de cepos y la acerada refulgencia de los sables...

— ¡Tío no me contesta nada, Don Juan! —temblaba la voz de ella como una varita cogida de abajo y cimbrada—. Yo me le asomo bien y le hablo. Pero él ni abre los ojos ni se queja. Cuando le viene el temblor, parece que se quejara. ¡Pero yo no sé...!

La voz parecía surgir sin hablante atrás cuando Don Juan oía esto y cuando, a su vez, respondía:

— Bueno, no llore así. El no se va a morir... Usté va a ver que no...

Las palabras le eran ahora como los arreboles cuando se deslizan flotantes en una madrugada de las de intensa cerrazón que también se desplaza en masa movida por el viento. Todo en Don Juan se estaba haciendo difuso y sin asidero ante la creciente nitidez de lo que todavía no existía.

— Y vayasé a cuidar a su ...

... ¿Qué es eso? ¿Por qué pegan así? ¿Por qué silban y gritan, por qué, en ese día que se ha aparecido ahora, entre el cielo y la tierra oscura desde el pique como si no tuviera ni principio ni fin? ¿Por qué se le amontonan a la Mulita así? Paso, den paso en este día que ha borrado a los otros para quedar cortado del tiempo, solo, frente a Don Juan entre la tierra y el cielo. ¿Por qué la asustan a ella, por qué le silban tan hirientemente a la Mulita, por qué le pegan tanto? ¿No ven que ha caído, que está entregada? ¡Dejen que se levante, déjenla! No hundirla, ¡no!, bajo esas ramazones y esos troncos y esas piedras grandes como ranchos y esas aguas, ahora, sin olas, espesas, calientes, con tufo... como de sebo derretido, que se están ofreciendo, que voluntariamente se están poniendo a mano. ¡No! ¡No...!

— ... Y vayasé a cuidar a su tío que la estará precisando.

Giró ella en silencio. Giró ella, entonces, y Don Juan la vio quedar aun un momento rígida, firme sobre sus alpargatitas blancas, y alejarse hacia el chilcal mostrando ahora el ángulo gracioso de su blanco pañuelo, como un pico inclinado hacia arriba, porque la Mulita llevaba la cabeza hundidísima en el pecho. La inmensidad del campo, a medida que la recibía, la iba haciendo más sola.

Casi junto con el blancor del calzado se perdió la pollera azul marino entre los pastos que separan el llano de las chilcas. Permaneció bogando en aquel mar verde —ahora bien verde— la blanca bata que ya iba a un lado ya a otro, y bajaba y subía otra vez por las sinuosidades del escueto sendero entre los primeros arbustos. Después, sólo el pañuelo que envolvía la cabeza y que, ahora invisiblemente anudado al cuello, mostraba sí el ángulo gracioso. Y, casi en seguida, sólo quedó el chilcal bajo la diáfana luminosidad que el sol (despegado por fin del nuberrío que le había querido sofocar su fuego) difundía radiante.

*

— ¡Pucha, somos una manga de bárbaros, todos, sobre el suelo! ¡Y tener que andar entre nosotros un ser como ese!

Giraba Don Juan, a su vez, para tornar al rancho, cuando, a pesar de sus congojas, sonrió. Bajo el ombú, exactamente en el mismo sitio en que él estuviera sentado momentos antes, ahora había alguien, también sentado, también mateando: el Zorrino, su primo. Allí, las riendas volcadas en una rama, estaba, asimismo, el apreciado cebruno.

Aproximándose, Don Juan iba advirtiéndole que el caballo tenía los ijares como fuelles; que se hallaba tapado en sudor. Por lo cual, de esa observación, preocupados sus ojos pasaron a clavarse en los ojos del llegado.

— ¿Qué anda haciendo tan temprano?

— A prevenirte, Juan. Las cosas se están medio como queriéndose ladear.

— ¿Qué hay?

Y Don Juan miró hacia atrás, como con el temor absurdo de que la Mulita, ahora apenas un punto blanco, el de su pañuelo entre el chilcal, pudiera llegar a oír.

Sin abandonar su asiento ni interrumpir el mate enteró el Zorrino de su encuentro con un chasque. Iba éste a dar contraorden a la partida procurante de una lavandera que hizo un desmán a su propia patrona...

El comisario mandaba abandonar esa búsqueda y empeñarse en prender a Don Juan, pues por el resto de lazo que le quedó al Peludo en la cintura había identificado al autor del atentado.

Agregó el Zorrino que, siguiendo con precauciones al "parte", lo vio alcanzar a la partida y cómo el grupo se dirigía a las poblaciones viejas de Don Juan. Topados con que se habían pelado la frente, salieron como sin rumbo. Siempre sobre sus huellas, el primo de Don Juan observó que hablaba con un Terutero...

— Ese, Juan, que anda de flor porque heredó al finado su hermano, muerto de un pasmo siendo tan gente como era, para que su plata la disfrutara el perdulario que quién sabe hasta cuándo queda vivo.

Advirtió el Zorrino lo ligero que por curiosear salió el Terutero al encuentro de la partida. Y estaba firmemente convencido de que los haría dirigirse hacia la nueva vivienda de Don Juan, siendo, como era, sabedor de ella, el repelente.

En la mano el mate que el otro, siempre sentado a pesar de su agitación rabiosa, le alcanzara, Don Juan había quedado meditabundo, cada vez más pronunciado el entrecejo.

Y, precisamente en el momento en que su primo iba a incorporarse para disponerse a la acción, Don Juan, de pronto, con imponente calma,

— ¿Cuántos eran? —preguntó tomando asiento sobre un cráneo vacuno, frente a su interlocutor.

— Siete —respondió el Zorrino arrellanándose otra vez, aunque un poco desacomodado por la tamaña calma que se

le puso delante. — Al principio, Juan, eran cinco milicos y el Sargento Cimarrón. Pero a estas horas hay que contar la incorporación del chasque.

Con el mismo acento helado, aunque como brasas los ojos, Don Juan contuvo la bombilla que se llevaba a la boca, para decir:

— Está bien. Los voy a esperar, y los voy a pelear a los siete. Yo ni les huyo ni me entrego.

El Zorrino aparentó calma, por más que, presa de brusco júbilo, la mente se le pobló de belicosas imágenes. Y empezó a aplacar:

— Pelear —le decía— es lindo cuando hay necesidad; pues no es cosa de que, a la primera ocasión, ya nos estemos haciendo el gusto. Eso se deja para la juventú.

— Aquí hay que pelear o irse del pago. Y yo me les hago estaca.

— ¿Pero hasta cuando creés que vas a poder seguir peleando? Yo sé que a esta partida la exterminamos. (Y recalcó el plural nuestro amigo). ¿Pero, y después? ¿No hay más que siete milicos en el mundo? Después, a la más o menos larga, hay que apretar el gorro o morir. Y para morir, Juancito, siempre hay tiempo.

— Eso dicen —sonrió Don Juan al recibir el mate. Fue como un encogimiento momentáneo. En seguida volvió a hundirse en tenebrosas conjeturas. Y su silencio hizo cancha al discurrir de su interlocutor.

— ¡Claro! Mal que bien, a esto ya uno lo conoce. Pero a la muerte, ¡que querés!, toditos le desconfían. En ella —y el Zorrino se fue reconcentrando— en ella los vivientes entran muy allá a las obligadas, como ganado chúcaro al río: bufando, olfateando fuerte, sentándose en los garrones, mientras la vida, con paciencia, viene haciendo costado.

Había recibido el mate. Mientras se inclinaba a cearlo, pretendió concretar su argumentación. Pero como desde el principio se debatían en él dos poderes opuestos, el que le hacía brotar la belicosidad de Don Juan, por él, en el fondo,

compartida, y aquella fuerza contraria, la de su posición de cuidador de una existencia preciosa; como sufría ese tira y afloja, al Zorrino le empezó a aparecer en el meollo una oleada que le empujó el pensamiento por cuesta abajo sin obstáculos. Presintiendo tanto inminente peligro, mientras argumentaba a Don Juan, había sido llevado a la idea de la muerte. Engolfado en ella, se fue olvidando de los riesgos que intuía y que en su propia muerte podían desembocar. Grave, circunspecto ahora, con un dejo si es no es altanero, se elevó de la muerte de un ser en particular para seguir los efectos de la Flaca Vieja sobre el conjunto entero de vivientes:

— Sí, Juan, la vida nos va arriando como por campos ajenos. Y sin que nos dé alce, atravesamos los esteros, los montes, las cerrilladas, que nos desflecan el cuero —esos son los dolores...— y las lluvias y las heladas son las penas menos duras— y después cruzamos unos trebolares y cañaditas como pintadas —esas son las alegrías—. Pero allí no puede parar. La vida viene bien montada, y no calla el ¡Hopa! ¡Hopa! que llega más fuerte cuando el aporreado quisiera echarse sobre la frescura y, a la vez, asujetar las cosas de alrededor de él, para elegir compañía en quietud... ¡Hopa! ¡Hopa!... y siga, no más, y siga, topándonos entre nosotros como si los porrazos ya llevados en el mundo fueran pocos. Y al que caiga, se le pasa por arriba, y que se levante, si puede, cuando hayan pasado los últimos... ¡Hopa!, no más; ¡Hopa! ¡Hopa! (Don Juan sorbía el mate que le correspondía, lo devolvía... La Mulita estaba presente ahora en su mente y se la ocupaba toda. Por eso no escuchaba). La vida va unas veces como distraída, como en otra cosa y, otras veces, como airada; parece que como diciendo: “¡Putá que los parió! ¡Cuándo se van a morir todos, y me dejan tranquila!” Sube el sol, se baja el sol para hacerle lado a la luna y sus estrellas... Y chirlazo aquí, pechada allá con el encuentro, todito el mundo va siendo arriado al final de su destino. “¡Linda altura para establecerse con pulpería!”

“ ¡Como para aguantar a un ejército esas sierras y quebradas, hermanito!” “ ¡Y aquel rancho allí, al lado del arroyo, que si usted lo completa con caña y con guitarra...!” Y cuando uno medio quisiera sofrenar y echar un pial o un tiro de bola a alguno de aquellos lindos porvenires para todos los gustos que está viendo, ya lo llevan entrando a una picada barrosa y, en seguida, ya ése está otra vez dejando lonjas de su cuero entre las cinacinas y los talas... (—Si uno se queda, hay que pelear —pensaba Don Juan—. Y si pelea, entonces menos es posible quedarse. ¿Y la Mulita, entonces, sola?). Era en vano, pues, que el Zorrino le siguiera explayando: —Usted se queja, protesta, mira para atrás, revolviendo los ojos... Y en un derrepente usted advierte que vienen apurando... Y ahí, sí, se da cuenta usted mismísimo de todo. De buena gana, entonces, usted cambiaría por lo peor de lo que le ha pasado esto que se le apareció tendido en un bajo y en noche de cerrazón, para peor o ya medio como para helar. Y usted siente como el borbollón, no más, de unas aguas negras, y no divisa barrancas. Y a usted ya le viene el sudor frío. Porque sabe que la vida va a pegar la vuelta, y que usted, entonces, solito se tiene que internar entre balidos. Y que el sol y que la luna y que las bandadas de estrellas también van a pegar la vuelta todas juntas, porque de allí no pasan. Y en otro derrepente comprende usted que ya no es de atrás que empujan; que es de adelante que lo han como enlazado a usted del cogote y como que se lo llevan de la cincha, inutilmente arando usted el suelo con las patas. ¡No, compañero! Para morir siempre hay tiempo... Nosotros, aquí, lo que tenemos que hacer...

Don Juan, que había escuchado a medias las últimas palabras, lo interrumpió, llevándose con brusco ademán la mano al ala del sombrero y hundiéndoselo sobre la frente.

— ¡Usted se va! —exclamó—. ¡Usted no tiene que comprometerse!

— ¡No se me pare de manos, compañero, que mi medio bozal es casi un tiento, y de nadita se me rompe! El macho nunca debe comprometerse al santo botón... Haciendo es-

fuerzos por decir lo contrario de lo que volvió a sentir —ganas de llevarse todo por delante— consiguió aconsejar: —El macho piensa bien y, después, recién después, procede. Ahora creyendo que era más que fiel a su intención aplacadora, continuó: —Después, sí, procede y le mete para adelante, no más, caiga quien caiga... Pero lo primero es lo primero, Juan. Yo te he venido a buscar para llevarte a casa. Allí, con tranquilidad, planearemos las cosas. Y, después...

Don Juan se había echado el sombrero a la nuca. Estirado el pie derecho, rascaba el suelo con la espuela. Sin saber todavía qué hacer, pero sereno, sonrió ante las palabras de su primo y le vino el capricho de contrariarlas con ambigüedad, a fin de mantener su libertad de pensamiento.

— ¡No haga corral, que no entro! ¡Ya van a saber quién es Don Juan!

— ¿Pero, y qué culpa tiene el milicaje? Con el Peludo todo está bien. Con el Comisario Tigre, todo más que bien. ¡Pero matar y hacerte matar en esta forma...!

A Don Juan lo volvieron a anegar las sombras.

— ¡Todos ellos son una misma cosa! —resonó como rebencazo—. Todos ellos son como un viento malo que arrasa, ciego. ¿Qué es un viento malo de esos? Es el mismo aire que respiramos. Pero de golpe empujado quién sabe por qué y por quién... Y te martiriza la hacienda, te hace volar el techo del rancho, te traba hasta el respiro mismo, ¡él que es el aire!

¡Demasiado compartía el Zorrino aquellas palabras! También él las hubiera dicho todas, sin faltar una sola, de estar en la situación de Don Juan. Y habría agregado otras aún más duras. Pero su posición era muy distinta. El tenía que evitar peligros a su primo, por lo menos hasta que se despejara el horizonte. A todo lo que él decía, pues, le daba como ganas de patearlo en cuanto se le aparecía en el marote, pero lo decía. Hasta que se dispuso a poner sobre el tapete una carta que se le apareció sin saber cómo, y a la que juzgó un “triumfo”:

— ¿Y la Mulita?

En ella había vuelto a dar el pensamiento de Don Juan. Se sonrió, afectuosamente, pues, al advertir la ocurrencia del Zorrino.

— Sí, mi primo —exclamó—. Por cuidarla es que tendremos que andar midiendo los pasos... Solito por ella es que...

Su cabeza se irguió con fiereza. Después... volvió a bajar la envuelta en sombras.

¿Qué pie, por arrogante que vaya, no afloja y se encoge al pisar una espina? ¿Qué brazo, el más nervudo, no se estremece si es tocado en su herida? O, mejor todavía, ¿qué mano, entre todas enérgica, revolviendo cenizas apagadas no se crispa si da con un ascua que despierta?

— Ahora, primo, me va a llevar para su casa. Usted siempre, siempre con que yo lo visitara. No sé para qué, me decía yo. ¡Si él me visita siempre! ¡Si nos encontramos en todos lados...! ¡Pues, ya ve, ahora usted mismito me lleva a su rancho!

Entró al rancho y retornó con el apero entre los brazos. A un costado pendían las boleadoras. Dejando el recado bajo el ombú, agarró el cabestro, y desapareció detrás de las casas. Volvió trayendo al tostado de tiro. Lo situó a conveniente distancia del cebruno. Con serena rapidez puso el freno y ensilló. No escapó al Zorrino que Don Juan ajustaba la cincha más de lo habitual. Entonces,

— ¡Previsor! —se dijo—. Entre tantos peligros que se nos vienen encima, hay que ser advertido. Lo vio regresar, siempre silencioso, al rancho, para aparecer emponchado.

Don Juan se quitó el sombrero, le hizo pender el barbijo replegado en su interior y, al encasquetárselo de nuevo, pasó la cinta bajo el mentón. Después, recogió el poncho sobre los hombros. El brusco movimiento dejó ver tamaño pistola de dos caños.

Casi al mismo tiempo los primos estuvieron a caballo.

—¿Linda la mañanita, no?

Estupefacto, el Zorrino no pudo contestar. Hacía ratos

que aguardaba a que Don Juan hablara, pero confiando en que saldría con algo que cayera más cerca del montón de respuestas y argumentos que él tenía preparadas. Habiendo ido su primo a parar tan lejos de sus previsiones, el Zorrino se quedó como horno: con la boca abierta y mudo.

Callados, pues, iniciaron el trote. Fulguraba el sol. El montecito que acompañaba a una cañada a todo su largo, era la meta. Sin meterse en él, marcharían un trecho ocultos, costeándolo. El Zorrino, de reajo, miraba con ternura a su primo. Empezó a sentirse feliz al comprobarse necesario en la vida de quien le era lo más sagrado del mundo. Y en ese anhelo de ser dichoso que, quién más quién menos, tenemos todos —o tuvimos antes, cuando no estábamos tan viejos—, él iba imaginando en el inminente futuro una acción personal de mayor preponderancia, al punto de que, en seguida, ya soñaba ser báculo de Don Juan, y libro abierto y lanza de media luna y trabuco, todo junto.

— Si quieren tocarlo a él —decíase entre el apagado redoblar de los cascos —van a tener que pasar por arriba mío. Y para pasar por arriba mío... va a haber que pelear un ratito medio largo. ¡Digo yo!

Inundado por un delirio de felicidad, mientras el cebruno pedía riendas hollando un manso gramillal moteado de chillas, él se veía, en entrevero furibundo, raje y raje milicos a punta de cuchillo. Y, como siempre en circunstancias parecidas, acarició el mango de plata y oro, el Zorrino. Y habló a su daga:

— ¡Compañera —susurró— la convido para la defensa de Don Juan!

Pocas cuadras distaban del monte, cuando, tiasas las orejas, los brutos alzaron la cabeza. Y fue instintivo el tirón que de las riendas recibieron. Para mayor alarma de los parientes, de inmediato una bandada de pequeños pájaros revoloteó entre las ramas de los primeros árboles y se lanzó a campo traviesa, pasándoles a los chistidos, por encima. Capaces de salir hechos luz a la menor insinuación de sus

dueños, el cebruno y el tostado ahora aguardaban inmóviles, tensos.

— ¡Pucha, te estoy comprometiendo!

Era rabioso el acento de Don Juan; pero el Zorrino, por entre la fiereza con que había vuelto a fijar su mirada en el monte, dejó escurrir una sonrisa. Y la apagó sin que por ello se atenuase la satisfacción que la animara cuando, en bayo de gran alzada, surgió entre el ceibal un “clase” —el Sargento Cimarrón—, seguido por un milico —el Soldado Cuzco Overo—, y, luego, por otro —el Soldado Flamen-co—, y luego por otro y por otro y por otro más: los Soldados Mao Pelada, Avestruz, el cabizbajo entrerriano Vizcacha, y por otro, aún, ¡el joven Asistente Macá! Todos de carabina en bandolera.

El jefe de la partida debió de haber dado la voz de ¡Alto! al tornar con viveza la cabeza hacia sus subordinados, porque estos, echando como él el cuerpo atrás, detuvieron en seco sus cabalgaduras. Simultáneamente, las chatas, corvas, alguna herrumbrienta, hojas de los machetes abandonaban sus vainas.

Don Juan, que los contó, y que haciendo en el aire su plan observaba con muy especial atención el estado de las cabalgaduras policiales, cruzó ante su primo para ir a situarse a pocos pasos, en un espacio libre de chilcas.

Pensando que el desplazamiento de Don Juan tenía por objeto elegirse para sí el mejor lugar,

— ¡Previsor! —se dijo, como ratos antes, el Zorrino, satisfecho.

En su generosidad y en su cariño por Don Juan no midió que, de ser cierto lo que pensó, ello implicaba un egoísmo de su primo. Por suerte, los hechos demostraron muy pronto que se equivocaba el Zorrino.

El plan de Don Juan era el siguiente: Al iniciarse el ataque, el Zorrino y él huirían en direcciones divergentes, a fin de que en su persecución el enemigo se abriera en dos grupos cada vez más separados entre sí, lo que impediría

después prestarse recíproca ayuda. Los primos, con caballos de sobra para “dejarlos chairando”, les permitirían, sin embargo, acortar la distancia; pero de modo que tuviesen que esforzar los fletes en ello. Así, las diferencias de velocidad y de resistencia harían fatalmente un reguero de milicos tras los mucho mejor montados prófugos.

Y entonces, entonces, en un momento oportuno, cada primo aminoraría la carrera para, de golpe, dar frente al perseguidor más próximo y llevarle la carga sorpresiva... Después, después a tiros, a bolazos; después, y por fin, a cuchillo todo quedaría librado a la improvisación y a la suerte...

— No tenga apuro en darles cara —recomendó Don Juan, quitándose el poncho y siempre con los encapotados ojos en el piquete. —Déjelos, no más, que se vayan dispersando bien atrás de usted. A usted le va a tocar el Cuzco Barcino y el Flamenco. Los demás, atrás del Jefe, me van a seguir a mí. El Avestruz, calculo que quedará rezagado en su matalote. Tenga cuidado con la fuerza del Mao Pelada, si me equivoco y le toca a usted. En ese caso, él le va a llegar primero que los otros porque está muy bien montado. Tengalé ojo al sable, que si le acierta, lo parte hasta el recado.

Enterneciéndose, el Zorrino miró a su primo al reaparecerle la cabeza bajo el poncho que quedó sobre la cabezada trasera. Las palabras de Don Juan le hicieron advertir un error en su reciente apreciación. Don Juan era previsor, sí; pero magnánimo. Cuando le cruzó por delante y fue a situarse en el lugar desde donde ahora lo aleccionaba, no fue para buscar una personal ventaja en los inminentes acontecimientos. Por el contrario, lo hizo para quedar del lado del Sargento Cimarrón, presumiendo que trás éste —es instintivo seguir al jefe en el peligro— se lanzaría el grueso de sus subordinados. Se eligió, así, el peligro mayor.

— ¡Pucha, te estoy comprometiendo!

— ¡Dejate de partes! Para eso está la familia... ¡y la amistad que, esa sí, es la que vale!

Mientras esto decía, el Zorrino ya estaba envolviéndose el poncho en el brazo izquierdo. Calmoso, Don Juan lo imitó. En seguida, las diestras, buscando la cintura, comprobaron la presencia fiel de las pistolas.

Fue al ver esto que, en la lejana loma, una liebre lavandera, detenida en la contemplación del cuadro, soltó el atado de ropa que traía del arroyo y, en su horror, agarró, volteando cardos, cuesta abajo, como loca y como luz.

— ¡Ah! si te fuera posible, desmayate de un planchazo al Asistente Macá, pero no me lo mates. Ese a todos cae en gracia y con razón.

— ¿Pero crearás hermanito que estaba pensando en eso? ¡Lástima que ha buscado ese empleo!

— La miseria.

— ¡Pero hay que ser fuerte, amigo! ¡Es un deber!

Las miradas atravesaban la distancia y se buscaban. Verdaderamente, daba frío el silencio que se había hecho. Y que, del lado de los primos, turbó un: — ¡Uta!, ¡mi lanza! — musitado por el Zorrino.

Semejante al toro enfurecido cuando amaga su embestir, retrocedió un paso el caballo del Sargento Cimarrón. Y como, al colocarse justo en el centro del grupo de subordinados, fue contenido, quedó así él, claro que casualmente, bajo el resguardo de los caballos del Soldado Avestruz y del Soldado Mao Pelada.

En medio del montón, pues, habló el jefe.

— Entregarse, no se entregan. Y esto va a ser una mortandá. ¿Vamos a llevarles el encule?

— ¡Seguro que sí! — surgieron la voz del Cuzco Barcino, ya echado el quepis a la nuca, y la voz del Flamenco, ya empeñado en enardecer a espuela y dura sujeción de las riendas al tordillo como de palo que montaba.

— ¡Pero miren que va a haber que pelear fuerte! — previno el superior. Y de lo que en él quiso ser sonrisa sólo hubo el relumbrar de un colmillo. — Esos — siguió — esos son muy de vergüenza.

Empezó un caracoleo entre los fletes policiales. El nervioso oprimir de las piernas de sus jinetes, u otro signo tal vez, inadvertido para cualquiera, estaba haciendo sentir a la caballada la presencia del peligro.

— ¡Lo que es esos...!

— ¡Mejor, así nos lucimos!

— ¡Lucirnos, decís! ¿Y si después no pueden contar el cuento ustedes seis?

— ¡Que no! A esos, en la primera embestida los llevamos por delante. Maneamos aquí no más, y los avanzamos de punta y hacha... ¡Mirelós ya buscando terreno...! ¡Mirelós ya pistolas en mano, uno; el otro como con su facón caronero!

Aplacador miró el jefe al que hablaba, el Cuzco Overo. Como quien se interpone palmeando el pecho a un iracundo. Y no hallando las palabras que su propósito requería, salió por otro lado, con tal de evitar la reaparición del silencio, que en circunstancias semejantes parece que muere:

— Me les voy a presentar apoyado en dos alas. Soldado Cuzco Overo, corrasemé a la derecha. Soldado Flamenco, pasesemé a ocupar mi izquierda. Cada uno de ustedes es un ala, ya saben...

Era todo oídos la soldadesca. El Asistente Macá se había puesto al lado de su superior y lo contemplaba pasmado de admiración sin acordarse de que él también iría a intervenir en el zañudo combate.

— ...Yo, con éste y con éste, soy el centro. Usté, compañero Avestruz, es mi reserva. Clarín, no tengo. Pero el Asistente Macá...

— ¡Qué cabeza! —pensó el Asistente Macá. En su movimiento admirativo, el demasiado grande quepis lo cegó. Se lo echó a la nuca, en seguida. Y evolucionó, retrocediendo apenas dos varas, tan sólo, porque lo quería ver mejor de conjunto y, asimismo, no se resignaba a perder palabra.

— Cuando el centro eche pie a tierra y empiece con fue-

go graneado, las alas de a caballo buscan el flaqueo en un movimiento envolvente y cargan a sable. Nosotros, entonces, suspendemos el fuego para no arrasarlos también a ustedes. Y montamos y se sigue el combate a arma blanca. ¡Uta mi lanza vieja, ahora! ¡Mi lanza! ¡Quién te tuviera ahora!

Los soldados ya estaban situados según las órdenes.

— ¡Bueno, cuando guste, Sargento!

Era el Cuzco Overo, desde la extrema derecha, blandiendo un fulgor en su mano.

— ¡Cuando guste! — fue repetido desde el ala izquierda, donde el jamelgo tordillo del Flamenco se presentaba “armado” como un parejero a fuerza de espuela y tirones de rienda.

— ¡Pie a tierra! — pensó el Cimarrón que tenía el deber de ordenar a su centro; pero la frase le quedó gorgoritando en la garganta. Y sus tres palabras volvieron a caer al fondo para dar paso a un:

— ¡Pucha, quién lo iba a decir! —,

que se le escurrió al Sargento Primero sin él advertirlo hasta que le llegó al oído desde afuera. Ya surgida la manifestación, y luego de un instante de no saber qué hacer con ella ante el asombro del grupo marcial, el Cimarrón le enderezó la intención hacia aquel insurrecto que, daga en mano, a las dos cuadras, con su primo Don Juan esperaba el encuentro. Así, apoyó bien la frase en el Zorrino y no hizo más que seguir las imágenes que se le despertaron y salían como en cuesta abajo.

— ¡Pucha, quién iba a decir! Yo estoy aquí, vivo, mandándolos a ustedes, gracias al que ustedes ven clarito allí, al lado de Don Juan. Sí, señores, gracias al aparcerero Zorrino. Será ideoso, será lunático y todo lo que ustedes quieran.

— ¡Y por qué, pobre! — saltó sin saber por qué, el Asistente Macá.

— Callate, carajo. Ahora vas a saber. Yo mismo, ahora, no me doy con él. Pero cuando él, de un golpe, levantó el trabuco

del que me había apuntado para arrasarme; cuando reventó el estampido y por abajo de él yo me le fui al malevo, como a las tortas...

...“¡Pucha!” —le dije después que con el lazo hice un verdadero matambre arrollado con el malhechor—. “¡Pucha, yo no voy a tener descanso hasta que no le pague esta deuda, amigo Zorrino!” ¡Y aquí lo tienen ustedes, que parece que con la mirada me está pasando aquella cuenta!

Como para escuchar su consejo hizo retroceder el Sargento su bayo hacia su reserva, hacia el Veterano Avestruz, que había inclinado el pescuezo sobre el flete bajo el abrumamiento de tamaña confianza. Mas, en coro, se escuchó al resto del piquete:

— ¡Pero la orden es orden, Sargento!

— Sí, razón tienen los que hablan, porque son jóvenes... pero... pero... es que... con decir que no les hemos dado con el rastro.

Esto balbuceó, igual que para su caballo, el anciano Soldado Avestruz, a quien la revelación de la antigua gauchada del Zorrino le abrió un lóbrego abismo moral a sus pies.

— ¡Pero van a creer que les hemos tenido miedo! —insistió, pundonoroso, el Cuzco Barcino.

En el Sargento, que estaba guardando atentísimo oído, fue todo uno el escuchar esto y el montar en cólera convulsa. Su caballo dio de costado un bote y quedó sentado en los garrones al sentir, a la vez, tirón de riendas e hincadura de espuelas; en el retroceso de sus ancas empujaba a dos milicos, mientras su jinete vociferaba, ronco que casi no se le entendía:

— ¡Eso sí que no, señores! ¡Eso sí que no! ¡Aquí está el Sargento Cimarrón, carajo!

Hubo un brusco remolinear de cabalgaduras. Boca desmesuradamente abierta, ojos como brasas, se paró de manos el bayo del jefe, quien, a su vez, echaba fuego por los suyos y, de tanta ira, abría la boca, asimismo desmesurada.

Al perder el equilibrio, el bayo fue a aplicar los cascos en

el lomo del Soldado Vizcacha y lo hizo arco sobre el pescuezo de su rocín, el cual se quiso ir dentro del monte. Este movimiento resultó malamente interpretado como incitación a correr por el resto de la caballería. Entre “¡Bah!” “¡Caballo!” y palabras gruesas y un entrecruzarse de ramas agitadas todo el mundo se echaba hacia atrás en las riendas, cuanto podía. Y así contenidos, esos pingos manoteaban al aire al clavarse en dos patas, espumarajeando. Hasta el lánguido tordillo del Soldado Flamenco en la extrema retaguardia se estaba encrespando a ojos vistas.

Quienes a pie firme esperaban en el llano ya no vieron más que árboles. Como si la partida estuviera empeñando rudo combate entre la fronda, les llegó sólo un revolar de exclamaciones y ruidos metálicos.

— ¿Y esto?

— ¿Y esto?

se preguntaban los primos.

Cuando bajo el follaje umbrío ya no quedó más que un caracoleo naturalmente tendiendo a aplacarse, más que algún húmedo resoplido, pudo, a pesar de su furia, volver a proferirse el Sargento:

— ¡Aquí está el Sargento Cimarrón, y nadie puede hablar de miedos estando él presente! Tanto Don Juan como el Zorrino saben quién es el que lleva estas jinetas, granputa!

Sin querer, casi se las arranca de un manotón, ya que, en intermitencia, las tenía cerca de la diestra al darse con ella sesgados puñetazos en el pecho.

Los soldados se inquietaban, ahora sí.

Con esfuerzo supremo —y aunque por un tal vez breve tiempo— el jefe de la partida consiguió dominarse.

— Miren, muchachos —volvió a hablar, con brusca calma que, por lo tensa, tendría que ser de escasa duración— al fin y al cabo el Peludo no vale el estrago que va a haber aquí si nos topamos. Así que...

Se paró en los estribos, entonces, ante las cabezas tendi-

das hacia él de soldados y caballos. Y ordenó, la voz estentórea:

— Media vuelta... ¡dre! Marchen... ¡mar!

Por un senderillo del monte, con una calentura negra, orientó el regreso.

Sus soldados no se animaban a hablar. Se agachaban hasta casi la cabezada ante las ramas demasiado bajas; volvían a atiesarse, mudos. El Sargento, de no tratarse de ramas muy gruesas, ni siquiera se dignaba inclinarse. Llevábaselas por delante, no más. El Macacito, cuando el monte lo permitía, marchaba a medio cuerpo de su superior. —Acercate —díjole éste, en una. Y siempre en voz baja continuó: —No digas nada. Pero estoy pensando que había planeado mal la pelea: Vos sí, estabas bien. Pero el Cuzco Overo no lo debí separar del Flamenco. Más bien cambiar al soldado. ¡Sí, sí, la chambonié feo, te lo confieso!

— ¿Y esto? —repitió Don Juan, ya con el monte de biombo.

Como en realidad no cabía decir otra cosa, el Zorrino, a su vez, exclamó:

— ¿Y esto?

— ¿No será una estratagema para hacernos llevarles la carga? ¿No nos tendrán escondido el resto de las fuerzas?

— Creo que has dado justo en el mismo medio. A la fija que aquí se está tratando de una emboscada. Por las dudas, si te parece, Juan, vamos a seguir costeano el monte sin internarnos.

Enfundaron las pistolas. Salieron al trote. Las cabalgaduras pedían rienda. Pero, calmosamente, los primos les iban haciendo sentir el rigor del freno. Mantenían siempre la distancia entre ellos y el monte. La vista en la ahora intrigante franja verde, esperaban a cada momento una sorpresa. Y se la llevaron, no más, pero desde muy lejos, al poco rato. Pues la partida, de dos en fondo, el jefe delante, apareció subiendo una cuesta, a trote chasquero, monte por medio.

— ¿Y esto?

— ¡Miedo! —respondió el Zorrino, que a tiempo que marchaba escudriñador se había ido sumiendo en graves pensamientos. — ¡Mirá qué cuerpo para ponerle leyes a los gauchos!

El primo de Don Juan tornó a ponerse serio, en seguida. Carraspeó sin saber cómo empezar a decir lo que necesitaba, y salió con:

— Bueno, ahora vamos derecho a casa. Y allí resolveremos qué va a ser de tu vida. Yo creo que lo mejor... que lo mejor es que dejés el pago...

El tostado de Don Juan se sentó en los garrones, tan ruda fue la detención impuesta.

— ¡Eso nunca! De aquí no me saca nadie. Yo no abandono mi pago porque haya peligros en él. Es como una traición que se le hace. Y yo, al pago, lo quiero, lo quiero mucho.

Los ojos le brillaban al decir esto. Pero no de la rabia sino de las lágrimas; que también suelen ellas, furtivas, asomar en los valientes cuando alguna congoja se les va hasta el fondo y husmea entre las telas del corazón y les rasguña las cosas que allí, quietas y queridas, más celosamente guardan.

— ¡Bueno, a ver si se me para también usted de manos como su tostado! Después, hablaremos de esto. Ahora, tranquilidad, reflexión, mucha reflexión. El gaucho que no reflexiona, Juan... ¡es una cosa perdida!

Esto decía el Zorrino a Don Juan. Sin embargo, para sus adentros, otra cosa se decía: ¡Y claro que él tiene razón! Pero uno, como consejero que es de él, también tiene razón. La razón no es una cosa tan sencillita como a primera vista hace suponer. Yo estoy muy obligado a decirle a Don Juan lo que le digo, aunque no me guste decírselo. ¡Pero que él tiene razón, también... ! Si él estuviera en mi lugar y yo en el lugar de él, él mismísimo tendría que decir no lo que dice sino lo que digo yo; y, yo, en la puta vida diría lo que hace rato le estoy diciendo. No hay nada que hacerle, la razón es más embarullada de lo que parece. Cuesta un triunfo para hallarla. Y después que uno la consigue manotear, se topa

con que es lo que se dice un laberinto con muchas entradas y recovecos, y que aquella puerta que le viene bien a uno, a otro no lo deja pasar ni poniéndose de costado y, a otro, ni echándose de barriga.

Los caballos avanzaban ahora por un lindo trebolar sin una chilca. El sol rutilaba. Breve isla de ceibos apareció al frente, centrando un grupo de colinas. En las desazones del Zorrino se empezó a entretejer ahora, semejante a en tela tirando a negra un hilo dorado, algo así como una alegría, como un creciente goce, el cual goce hacía que, para continuar exacta la semejanza esa cosa debería ser comparada en seguida no ya a un hilo sino a un tiento, vuelto lonja, de ancha, por el cuerpo que iba tomando. Lo oscuro (oscuro y que, en lo íntimo, lo contrariaba) era para el Zorrino su papel de verdadera encarnación de la parsimonia que debía representar; papel en el que, por inusitado, de ningún modo se hallaba cómodo. Y aquello tan fulgurantemente de oro, resultaba la para él radiante sensación de los peligros presentados por el futuro inmediato. Zocarrón diríase, iba atendiendo a un como trotecito que le avanzaba incontenible por sobre el meditar juicioso y hasta por sobre sabias máximas de la experiencia secular.

Capítulo V

Muerte y velorio del Peludo

Cuando la Mulita se acercó a la cama, el viejo Peludo estaba boqueando. Salió a los gritos en busca de la curandera que, en cuanto miró al enfermo, ya se puso a menear la cabeza.

— M'hijita —dijo la Lechuza— tené paciencia. Esto no tiene vuelta. Caso perdido. Por lo que colijo, los golpazos del potro se han complicado con mal de ojo...

Tocó la frente al Peludo y volvió a decir bajo la aterrada mirada de la Mulita:

— Sí, es complicación... y de la brava. Hasta ha perdido el habla. Se muere.

En un rincón, la Mulita se puso a llorar a lágrima viva. La Lechuza le hizo beber un poco de agua de ruda y, cuando vio que el Peludo había estirado la pata, salió. Al poco rato cayeron con ella, sombreros en mano, el Ñacurutú y dos Aperiases.

— ¡Está igualito! —exclamó por decir algo el Ñacurutú, mirando al difunto.

— ¡A la verdá! —agregaron los Aperiases, que eran hermanos.

— ¿Vamos a pitar de este tabaco que hay en este cartucho? —propuso el Ñacurutú con tristísimo acento. Y dirigiéndose a la pobre Mulita que seguía llorando: — ¿Usté no pita, noverdá? —preguntó.

— No, señor.

— ¿No ven? De todas maneras... pa que se pierda como yo digo... El papel debe andar por aquí... o por aquí...

— Deje, yo tengo —intervino uno de los hermanos, el menor, buscando en un bolsillo del raído cinto que sujetaba su chiripá de merino.

— No le hace. Si lo encontramos, mejor. De todas maneras... ¿No te dije? Aquí está. ¡Y hasta chala!

— Haceme uno fino pa mí —solicitó la Lechuza.

Empezaron a fumar todos. Y mientras la Mulita, más sola que nunca entre tales acompañantes, seguía llorando, ellos revolvían la casa.

— ¡Mirá qué daga! ¡Igualita a la que se me quebró, ¿Te acordás, eh? —se dirigió el Ñacurutú a su sobrina, pensando infructuosamente en toditas las dagas que había tenido, por ver si topaba en su memoria con alguna parecida y justificarse ante sí mismo.

— ¡Talmente! —asintió la Lechuza sin levantar los ojos del cigarro, empeñada en liarlo mejor.

— ¡Pucha, mire que yo tenía locura con aquella daga! ¡Si me la regalara...! Esté... ¿no me la regala? De todas maneras... ¿eh? Como yo digo...

— Sí, lleveselá, lleveselá.

— ¿Y este cinto también?

— ¡Síii! ¡Síii!

Los dos hermanos no eran tan cumplidos. Estaban parando rodeo de prendas arriba de un poncho.

La Lechuza había ido a la cocina a aprontar un mate. Ahora cerrando un ojo por el humo del pucho, lo cebaba.

— ¡Yerbita flor! Como el finado era pulpero la traía antes de misturarla.

— ¡Riquísima! —aseguró el Ñacurutú, a pesar de que todavía no la había probado. —Esa barriquita que hay en la cocina la podemos llevar, ¿eh? ¿Qué le parece, m'hijita? ¿Usté es matera?

— No, señor —respondió la Mulita pues, aunque le gustaba con pasión el mate, lo que quería era que se fueran pronto, todos.

— ¡Claro! La gente delicada no toma. Nosotros los anti-guas sí porque... somos una manga de brutos, como yo digo. El mate y la bombilla, entonces, también los podemos lle-var. De todas maneras, pa que se pierdan... Y ahí arriba de la rinconera, entre los tarritos, me parece que vi... Y yo qué quieren —siguió, dirigiéndose a los atareados hermanos, a quienes no sacaba la vista de encima— yo siempre he creído que no se deben tener cosas de los difuntos; porque uno se acuerda y, claro, es una fija que... ¡Esto es pa mí! —in-terruptió colérico, pero en voz muy baja, al ver que uno de los hermanos iba a guardarse una esterlina que halló muy cándidamente oculta debajo de un chifle de guampa.

En seguida, con voz más baja, todavía, corrigió:

— Lleven lo que quieran menos plata, porque eso es para ella, la pobre. Ustedes ven, muchachos, que eso tiene que ser así.

El Peludo, con los ojos apretados por la muerte, parecía que lo estaba haciendo adrede para no ver aquellas cosas.

— Bueno, che —dijo a su tío, en una, la Lechuza —de-jensén de eso ahora y saquen el cuerpo; que va a empezar a despedir mucho.

— ¿Vamos? —propuso el Ñacurutú.

— Meta —respondieron los otros.

— Una, dos y... ¡tres! ¡Arriba!

Salieron con él entre la tarde que también se iba, y lo ba-jaron a la orilla de una barranca.

— ¡Qué pesado! —musitó para sí, secándose el sudor, uno de los Aperiases.

— Y... con la muerte —comentó su hermano.

En silencio el Ñacurutú volvió a hãcer otro cigarro. Echó unas humadas, retrocedió para tomar impulso y, corriendo, dio un empujón al difunto, que cayó en el medio de la corriente.

Se quedaron mirando el agua.

El Peludo se hundió, primeramente; asomó un poquito su lomo, se volvió a hundir más lejos y, así, subiendo y bajando

y dando vueltas, se fue perdiendo de vista.

— ¡Lo que es el mundo! —susurró el menor de los hermanos mirando el agua que seguía corriendo.

— ¿Vamonós, a ver si llevamos los regalos? De todas maneras... ¿Quieren pitar, muchachos?

Uno aceptó: el mayor. El otro se había quedado meditabundo. Y, de pronto, dijo, receloso, como quien entreabre una puerta misteriosa:

— De nosotros tres... ¿quién se morirá primero?

— ¡Eso no se pregunta ni se piensa, bruto! —atajó el Ñacurutú, escalofriándose.

Al ratito, el Aperiá volvió a decir:

— ¡Vaya uno a saber a quién le tocará ese turno!

— ¡Callate esa boca o te reviento, he dicho!

El Ñacurutú rugió así, haciendo gestos horribles. Y revolviéndose, al punto de que el sombrero no se le fue al agua porque un manotazo arriba de la copa se lo alcanzó a abollar en la cabeza. Es que pensaba en algo parecido. Y a la muerte, a su muerte, claro, no a la de los demás, a su muerte él le tenía un miedo bárbaro.

Cuando entraron, la Mulita y la Lechuza habían pasado a la cocina. Al sentirlos, lloró la Mulita más fuerte.

— Hay que resinarse, como yo digo. La vida es así —habló el Ñacurutú mirando hacia los rincones ya desmantelados, también esos.

— Es lo que yo le digo —exclamó la Lechuza.

— ¡Pobre mi tío! ¡Tan bueno, tan trabajador!

El Ñacurutú, que había descolgado de un clavo unas boleadoras, la conformó con ellas en la mano, primero, y, luego, agregó, aunque no venía muy bien:

— Si me da estas boleadoras... Usté no las precisa. Y como yo apreciaba tanto al finado... ¡Qué finado! ¡Mire que tenía cosas...! Pa' recuerdo, sabe... Siempre es lindo tener... Sobre todo cuando hay... aprecio...

La Lechuza se hallaba sentada al lado del fuego, frente a la llorosa. Al salir el Ñacurutú con las boleadoras para depo-

sitarlas en el dormitorio del finado Peludo junto a los otros regalos, ella se incorporó con tan ostensible tranquilidad que más que tranquilidad parecía desgano y siguió al Nacurutú. Cerró tras ella la puerta. Fue tan por lo bajo, que nadie la oyó cuando dijo a su tío: —¿Vos te creés que todo es tuyo? De todo eso, la mitá es mío sepaló; que últimamente yo fui quién le advertí que el finado no llegaba a la noche y le dije que viniera.

El mayor de los hermanos estaba haciendo un bulto, al que dejó una boca para meter algo más, si era posible. El otro Aperiá, en el asiento junto al fuego que abandonara la Lechuza para conferenciar con su tío, fumaba en silencio. Por primera vez en su vida estaba caladamente triste. Nunca había pensado en nada y, ahora, para estrenar la mente, se le habían metido en ella las ideas más sobrecogedoras; las ideas de la Vida y de la Muerte. Parecía que le entraba hasta el fondo como una lucesita; temblorosa pero acariciadora, eso sí. Era una cosa callada... que se le venía y se le retiraba y, de pronto, se le quedaba quietita, delante. El que ha encontrado luces malas en el campo —y no les tiene miedo— podría muy bien suponer cómo era aquéllo. Sí, uno va en la noche cerrada, trotando, trotando; y, cuando quiere acordar, allí mismo, por entre las orejas del caballo... La luz medio verdosa y azulada tiembla, parece que lo mira a uno, parece que le quisiera decir algo y que no puede o que se lo está diciendo, así no más, tan sólo con mostrarse. Nace entonces, cuando no se tiene miedo, cuando uno no se asusta de nada, nace una tristeza, una tristeza que lo envuelve todo; que lo envuelve a uno, primero, y que después se extiende y agarra todo el vuelo del horizonte invisible... En ocasiones hasta se sonrío uno, de triste. La sonrisa tiende sus alitas y se lanza del filo de los labios y pasa por encima de la llama fría y se pierde en la noche... lejos. Y uno trotando, trotando... El Aperiá pensaba, pensaba; y, de pronto, agarró el mate que había abandonado la Lechuza por irse con su tío, lo ensilló y, aunque sólo de vista conocía a la Mulita, fue en puntas de pie a donde ella lloraba, con

cuidado de no derramar.

— ¿Gusta servirse de un mate? —le preguntó, solícito.

— Bueno.

Ella se enjugó los ojos con el dorso de las manos.

— ¡Está bien calentito!

— Sí, señor.

— ¡Ah, bueno!

El Aperiá sentía adentro recorrerle una reconfortante dicha jamás experimentada. Y le sorprendió muy lindamente su voz suave y dulce; voz que él podía tener y que, sin embargo, recién usaba.

Al rato, volvieron los parientes a entrar en la cocina. La Lechuza dio unas vueltas sin ton ni son y dijo:

— Bueno, vamonós, que ésta ha de querer descansar. Mañana daré una vuelta. Que pasés buena noche. Hasta mañana.

— Que pase buena noche. Hasta mañana.

— Que pase buena noche. Hasta mañana.

Y salió la Lechuza seguida de su tío hecho un carro de mudanza, del mayor de los Aperiases con un atado al hombro; y del menor, detenido un momento para volver atrás y decir, por lo bajo, a la Mulita, que alzó por primera vez los ojos, escuchándolo:

— Si precisa algo ¡ya sabe!

La infortunada se quedó solita, acompañada por las primeras sombras llegadas empujándose desde quién sabe qué abismos donde la noche despierta. La cama revuelta, vacía y ancha evidenciada desde la otra puerta; las brasas del fogón, en lucha con las cenizas aun brillando, todo llenábala de angustia. Además, la tormenta se echaba sobre la tierra. Y empezó a caer el agua y, para peor, a retumbar el trueno.

Arrinconada, hecha un ovillo, conteniendo el llanto porque la sobresaltaban sus propios sollozos, pensaba la Mulita. Y algo entre el torbellino de sus ideas llegaba a sostenerla. La imagen de unos ojos, el recuerdo de la mirada, a la vez melancólica y firme, de Don Juan, el Zorro.

Capítulo VI

En la casa del Zorrino

Iban cerca ya de la casa del Zorrino, cuando este se sujetó y dijo: — ¡Caracho! ¡Mirá al Terutero cerca de mi casa!

En efecto. Allí estaba, con el sombrero más a la nuca y, aun así, rebasándole el ala su copetito de atrás, por lo que le quedaba como coleta.

— ¿Estará de espía? —desconfió Don Juan.

— ¡Alcahüete! Claro que es una fija que está espiondo. Pero dejame acomodarlo por mi cuenta y ya vas a ver en qué le quedan hoy las ganas de propalación. Vos escondete por aquí y cuando veas que ha llegado el momento te metés adentro y me esperarás.

Se guareció Don Juan tras un espinillo. Y el Zorrino salió como que iba derecho a su casa, con la cabeza muy agachada, mirando afanosamente el suelo. De pronto se paraba, miraba a su alrededor, registraba alguna mata de pasto, y seguía, y más allá volvía a hacer lo mismo... Cuando estuvo a poca distancia del Terutero hizo como que recién reparaba en él y lo saludó muy atento.

— Buen día, aparcerero —contestó el otro —¿en qué anda tan empeñado?

— Dejemé, aparcerero —dijo el Zorrino retribuyendo el tratamiento y parándosele de frente. —¿No sabe lo que me ha pasado?

— No tengo noticia. Cuente pues el sucedido.

Y avanzó con sigilo y un pasito que denunciaba de lejos su egoísmo y la doblez de su carácter.

— Que perdí el cinto con veinte amarillas y plata en papel, además.

El Zorrino no se movió y el Terutero se detuvo. Y siguieron hablándose como a través de un cerco.

— ¡No me diga! ¿Y dónde pudo haber sido eso?

— ¡Pero amigo, si yo lo supiera! Lo ando campiendo desde anoche.

— Usted sabe que yo soy pobre; pobre pero honrado —dijo adelantándose seis o siete pasos más el Terutero y volviendo a detenerse.

— ¡Cómo no lo viá saber! Pero no colijo a qué viene eso— respondió el otro dando con suavidad dos pasos tan grandes que le valieron por cinco y poniéndose de nuevo firme.

—Viene por esta cuestión. Yo no tengo nada que hacer, ando al cuete, y si usted me promete darme la mitá de la plata, puedo dar unos vuelos —de arriba se ve mejor— a ver si le agencio el cinto.

Dieron varios pasos más cada uno y ahora sí que se detuvieron porque estaban ya pecho con pecho.

— Trato hecho —dijo el Zorrino. —La mitá de la plata puede contarla ya como suya.

— Bueno; usted indique el camino.

Y, como rastreadores de oficio, se pusieron en movimiento.

— Por aquí anduve... Después de una vuelta por aquí... Estuve parado solo un ratito, ¿sabe? ¡esas cosas...! en una de esas chilcas... Desvié este matorral...

El Terutero, por el aire, lo seguía haciendo círculos, con los ojos clavados en tierra. Como se había recogido el poncho sobre los hombros para aligerarse, era grande la sombra que hacía mover en el suelo. El barbijo le sostuvo firme el sombrero. Y con toda intención el Zorrino lo iba alejando de su vivienda; profundizándolo cada vez más en el chilcal. Hasta que calculó que el Zorro estaría mateando lo más tranquilo. Entonces se detuvo y dijo:

— Mire, compañero, de aquí me acuerdo como si fuera ahora que me fui derecho a la pulpería. Yo de tanto campiar estoy que no valgo un cobre, de cansado. Siga usted solito, nomás, y si tiene alguna novedá se viene y me noticea. ¿Usted sabe mi casa, no? —agregó con aire de inocencia.

— Sí; ¡como no lo viá saber! —exclamó el Terutero sin advertir que su socio lo estaba sobrando.

— No, ¡como usted siempre es tan distraído...!

— ¡La mitá, ya sabe!

— Pierda cuidado, socio. Mi palabra es una firma. La mitá de la plata y todo mi agradecimiento.

El Terutero siguió dando vueltas rumbo a la pulpería. Y al galope, el Zorrino llegó a su casa.

Como supusiera, Don Juan había calentado el agua y estaba tomando mate, con la pava entre las piernas, sombrío.

— ¿Qué diablos le dijiste al Terutero que salieron los dos como si fueran rastriadores de oficio?

El Zorrino agarró un cráneo vacuno, lo acercó junto al de Don Juan, tomó asiento y le contó lo sucedido.

La tristeza de Don Juan se entreabrió para dejar pasar una sonrisa que revoloteaba.

— ¿Sabés que la hiciste lindo? —dijo.

— ¡Y, se hace lo que se puede! —contestó el otro sin disimular su orgullo por aquel aprecio.

Pero observó que la sonrisa de Don Juan iba bajando, huyendo casi invisiblemente y que desapareció en su interior.

*

Entonces él, que iba a seguir, guardó silencio poniéndose tristísimo bajo la creciente acentuación del entrecejo de quien tenía delante. Sintién dose como sudoroso sacó el pañuelo el Zorrino y se lo pasó primero por la seca frente y, después, también por el seco pescuezo. Al introducirlo en el bolsillo, al tocar su chuspa le asomó una ráfaga de ganas de fumar que resultó contenida por la dureza de una moneda

con la que empezó a jugar entre los dedos siempre ocultos. Hasta que su imaginación resbaló para dar de manos a boca con el Teruterero de ratos antes. Mientras tanto,

— ¡Pucha! ¿qué digo?; ¿qué no digo? —se decía el primo de Don Juan. Y por fin se decidió a decir abriendo adentro del bolsico la mano que ya había vuelto a agarrar la tabaquera, pues otra vez había sentido ganitas de fumar.

— A ver sus avíos, primo... ¿No tiene naco?

Dispersados sus pensamientos, Don Juan ocultó la mano bajo el poncho y retiró su chuspa.

— No, aunque éste, sin ser una especialidad...

Aguardó un momento el Zorrino la terminación de la frase. Pero como ella quedó en eso, no más, empezó él:

— Yo, pa mí, como la "cuerda"... Esté... —Y miró insistentemente aquella cabeza abatida.

El cigarro ya en la boca, se inclinó hacia el fogón, tomó una delgada astilla, encendió.

— ¡No, Juan, dejate de partes! ¡Este tabaco es algo superior! ¡Esto satisface, amigo! Esto... ¡pucha, qué aroma, qué aroma!

Se puso bizco del ufano mirarse salirle el humo de las narices. Para seguir más lejos las evasivas volutas echóse después un poco hacia atrás buscando respaldo, y se apoyó en el travesaño de la mesa. Pero tuvo mala suerte. Renga ella de ese lado, se le vino abajo con todito.

Rodaron, pues, dos bolas de marfil, roja la una, la otra blanca; tarros y un labradísimo gran chifle de guampa. Enderezó el trasto el Zorrino y comenzó a juntar las cosas, rezongando por dentro, mientras Don Juan lo contemplaba ahora aunque sin salir de su abstracción.

La bola roja había rodado hasta que la detuvo un desparejo del piso. La otra no aparecía. Levantó el apero que se estaba desparramado como de bruces por efecto de la carona. Afanóse en su búsqueda, fue hacia dos chuecas botas que parecían estar de guardia paradas al lado de una damajuana de caña...

— ¡Pero amigo! ¡Pero amigo!

Sonreía con esfuerzo para no empezar a las palabrotas.

Al poner a tuestas las manos entre guascas, tientos y lonjas amontonadas en un rincón y levantar polvareda, brusco movimiento de oro tomó la dirección del techo por la senda que desde el techo abría una veta de sol.

— ¡Pero esto sí que es cosa grande!

Finalmente se puso de rodillas, fundó las manos en el suelo y escudriñó abajo de la cama.

— ¡Mirá vos!

Allí, allí, entre un montón de cosas, estaba la blanquita. A lo oscuro, junto a medio cojinillo y un freno roto. El Zorrino se echó completamente de bruces y apartando prendas y conmoviendo telarañas la alcanzó. Un arma larga de fuego, fue corrida un poco hacia adelante, en el revoltijo. De modo que, cuando manchado de tierra, telas, hilachas, el Zorrino se incorporó en triunfo, el ojo sombrío e irritado por el herrumbre de un caño de carabina quedó vichándolo insistente desde abajo de la cama.

Sentado en su cabeza de vaca, las manos en las tan separadas rodillas, el mentón sobre el pecho, Don Juan, dispersado también por aquellas maniobras, se mordió para contener el deseo de interrumpirlo con un grito.

— Las compré una vez —enteró el otro depositando la bola sobre la mesa. —¿Sabés?, con la idea de mandarme hacer unas boleadoras. Después vi que era mejor dejarlas así. Así, usté ve, no sirven pa nada. Pero quedan más lindas...

Permaneció un momento como una zozobra.

— Pero, ¿te das cuenta, Juan, que las cosas lindas no sirven pa nada, y que si las querés hacer servir pa algo ya parece como que se desmejoran?

Hubo un largo, largo silencio, a cabeza abatida.

— ¿Y que me dice de este chifle? —preguntó de pronto, el Zorrino. —¡Esto es trabajo de preso, compañero! Me lo cedió como amigo, porque era un recuerdo de él mismo un Cuatí, brasilero. De cuando estuvo tres años

en la capital por la alegación con un Sargento en “La Blanqueada”. Se probó que el finao Sargento —vos andabas por la frontera— tenía la culpa. Pero si se demoran más en probar... Llegó al pago, contó cosas que es como pa querer estar preso... Y cuando yo creo que le faltaba la mitá, fue una cosa que no tiene nombre. Abrió los ojos, medio le quiso asomar una espuma en la boca y nos declaró:

— Muchachos, mucho siento... tener que decirles... una gran novedá. Si esto que me viene no es la muerte... no sé que les digo.

Y era, Juan. El boqueó un momento y nosotros cabeceamos. No había nada que hacerle.

El finao Cuatí tenía razón.

Hizo una pausa.

— Te voy a decir. El era medio idioso. Pero un caballero. Y al pan, pan y al vino, vino.

Ya lo iba a ofrecer al pariente para hacerlo observar los grabados de que estaba cubierto el desafortado cuerno, cuando se contuvo y lo volvió a dejar sobre la mesa, al parecer con cuidadoso tino, pero, en realidad, porque ya no lo tenía presente al estarse quedando otra vez absorto ante el muro que alzaba el sombrío aspecto de Don Juan. La satisfacción que lo iluminara mientras se refería al recipiente, ya se había desvanecido. Entonces, abrumado se fue a su banco de cadera vacuna. Y exclamó sin pensar en lo que decía y sin saber que era para turbar el silencio:

— ¡Aquí estamos hechos unos reyes!

Pero como si a un agua de golpe le cayeran piedras, el silencio volvió a cerrarse sin huellas. Con el Peludo en la mente donde también se hacían presente la Mulita y el Comisario Tigre y su hueste marcial, Don Juan se movió en su asiento, tratando de hacer luz en el espeso embrollo de tener que habérselas con enemigos desmesuradamente aplastantes ahora por la razón de que él se hallaba con una mano atada a la necesidad de no crear a la Mulita situaciones de inmediato indefendibles.

Entonces al Zorrino le vino una viaraza. Se sintió de pronto como con ganas de llevarse todo por delante; de estremecer en alguna forma algo de lo que había bajo aquel poncho que ahora cubría casi hasta el extremo de las botas de Don Juan.

— Ultimamente, el que ahora tendría que ser distraído por el otro soy yo mismo —decíase el primo de Don Juan. —¿O también uno no tiene sus preocupaciones, vamos a ver?

Se levantó, llenó de caña un jarro, de parado tomó dos tragos y tornó y lo puso entre los dos.

Era en marejadas que ya se le venía la tristeza; era una de olas, pasando como hacia el fin del mundo, muy apuradas. Y él en medio de ellas, justo...

Hasta que luego de beber un trago interminable, cual frente que se inclina sobre un pecho buscando recostarse, empezó, despacito:

— ¿Y qué será de la Mulita, Juan?

El Zorro se revolvió en su asiento. Sin mirar a su primo para sacárselo más pronto de su atención, y descubriendo hasta las rodillas en un manotazo al poncho, respondió sorridamente:

— Eso es lo que hay que pensar. Eso es lo único que hay que pensar. Si usted me deja que...

— Yo, que querés, también lo siento por ella —siguió como por una cuesta abajo el Zorrino inadvertido de todo, reconfortándose ante la posibilidad de un desahogo. —A quién sabe cuántas leguas a la redonda, no hay corazón como el suyo. ¡No, qué...! ¡Es el único corazón en estos pagos! Toditos son indinos, falsos, o malos derecho, no más. Pero ella tiene una cosa... Lo encanta a uno con su pasito menudo, con su dulzura y sus buenos modales...

Don Juan interrumpió sin pesar bajo el deseo colérico de parar en seco, con un sosegate como lonjazo al que sin tregua seguirá:

— Te dice un “¡Buen día, don!” y vos ves que lo menos

que con eso te dice es “ ¡Buen día!” Te ha de estar diciendo: “Yo soy íntima amiga suya, don”; puede que te diga: “Pero mire, usted está que no da más de cansado; sientesé y después , si quiere, siga su camino por el mundo... ”; te dirá, a lo mejor: “Venga, no sea así, dejesé de andar peleando con los otros y quedese aquí en paz, pa siempre...” Lo que te aseguro, Juan, es que no te dice, sólo: “ ¡Buen día!”, cuando te lo dice.

Don Juan se había erguido a medias entre los cuernos del asiento y atendía con sorpresa.

— Vos venís —intentaba aclararse el Zorrino también sorprendido de sus propias palabras, como si otro y no él, de sopetón las pronunciara —vos venís y juntás el cariño de un padre y una madre, una suposición. Está bien. Bueno, después vas y agarrás más cariños, todavía. De abuelos viejos, de hijos, de entenados... ¡de entenados, no! de sobriños quiero decir. Ahora, traés al montón el cariño de nietos, Juan, traés el de tíos, de primos, de compadres, de padrinos... y de amigos, también; sí, hay que poner también al de los amigos. Aunque escaseen tanto, hay que ponerlos porque los que hay no tienen culpa de los que no hay. Está bien. Después redondeás bien el montón y sentirás que te viene como una claridá bien desde el fondo. ¿Y qué es eso, compañero, eh, digamé?

Se había puesto radiante el Zorrino porque su disquisición por entre sombras lo había llevado, en efecto, a una gran claridad de su pensamiento. Y, sobre todo, porque advirtió la atención de Don Juan.

— Eso es lo que te das cuenta que te brota cuando la Mulita viene acercandose por tu camino. Y eso es lo que sentís que se te pierde sin remedio cuando ella pasa al lado tuyo y sigue, no más, su tranquito...

Aunque empezó a advertir que tanta luz le había deslumbrado para ponerlo otra vez a oscuras, fue ufano a echarse atrás buscando apoyo en el travesaño de la coja mesa, el Zorrino. Y sin tocarla se empinó más pronto que ligero ha-

cia adelante. Pero la diligente imagen del reciente desparra-
mo, una vez cumplida su misión de prevenir sobre la catás-
trofe que podría repetirse, se retiró y volvió a su sitio tras el
horizonte de la conciencia en que estaba de facción. Por lo
cual, algo en el interior del Zorrino púsose confiadamente en
movimiento en busca del hilo del discurso zafado en la in-
terrupción. Y mientras la voluntad del Zorrino trotaba em-
peñosa por su propia mente de nuevo en cerrazón, buscando
hallar el claro que le permitiera abrirse paso, Don Juan, otra
vez desatento, se comenzaba con lenta cautela el planteo de
la manera de escurrir por ahora el bulto a la autoridad sin
agravar más las cosas, a fin de no dejar en tan tremendo de-
samparo a la joven Mulita.

Don Juan era más que inteligente. Y le sobraban recursos
para despejar sus propios problemas. Si su plan se tejía y
destejía, era porque la suerte de la Mulita se le había ceñido
a su destino como boleadoras diestramente dirigidas. Y esto
lo trababa en su deseo y en su hábito de hacer frente a la ad-
versidad y abrirse a punta de daga.

Había que luchar contra enemigos poderosos pero no pa-
ra salvar el cuerpo sino para resistir en el pago.

Para peor, por su parte, en sus meditaciones, el Zorrino
no se estaba quieto con esa su maldita insistencia en tocarlo
por todos lados buscando abrir conversación...

— No, llevar a la Mulita con nosotros es una locura —rec-
tificaba Don Juan. — Aquella no es vida pa ella ni nosotros
podríamos...

Sereno estaba como siempre que la circunstancia era difí-
cil. Firme y fino como hilo de acero tendido entre dos ñan-
dubays. Pero no hallaba asidero. Es que, todavía más, la
Mulita y su destino iban como soliviantándose. Y, al alzarse,
centraban más tiempo y ensanchaban los límites del pago
hasta exponer, como atadas a éste, cosas que jamás había
visto.

Mientras, igual a quien talarea para hacerse presente a sí
mismo, como quien silba en la noche, a campo traviesa, ro-

zando chilcas y cardales, como quien se compone el pecho impulsado a cantar pero sin saber qué, el Zorrino decía, nostálgico:

— ¡Pero mire que es lindo conversar! Y pensar que casi nunca se conversa... Porque cuando uno se junta con otro y conversa casi nunca conversa; lo que hace es conversar, no más. Y pa eso no vale la pena juntarse, ¿noverdá?; si no es pa conversar...

Y se encogió de hombros, súbitamente despectivo al beber otro trago de caña. Pero aflojó los brazos, en seguida, y se entregó otra vez al insistente ansiar de sus tan indefinibles sueños. Sin embargo, en la mente no le había ya nada más que el suelo pelado. Todo el tiempo en que sorbió tres mates, el Zorrino campeó en sus adentros. Se transparentaba que el resultado era nulo. La atmósfera aquella de hacía un momento, tan reconfortante, habíase hecho nubes y estaba ahora por allá arriba, distantísima, en copos y manchas grandes.

Ya empezaba a irritarse otra vez cuando se contuvo porque la desazón dio sobre una picadita, al fin, que era la que buscaba; aunque, a decir verdad, a donde ella frentaba ya no quería ir a dar del todo, en ese instante, el Zorrino.

Sin embargo, dejó hacer a su destino y entró a conversar; entró a conversar como taloneando sin brío.

— A vos ella te admira, Juan. Se ve que vos sos muy mucho pa ella. Pero a mí... a mí ni caso me hace.

— Dé vuelta ese mate. Y no diga eso, compañero. ¿Cómo no lo va a querer a usté?

— No, si yo sé. Es que, por más que quiero, no soy simpático. Vos sí encantás a todos, como ella, y por eso te odian, por eso, porque los encantás y sienten que su fea maldá les choca adentro. ¿No ves yo? ¡Ni enemigos tengo! ¡Ah la vida, la vida!

— La vida es fiera —musitó Don Juan como quien, saliendo de un sueño fuera sumergido lentamente y de pie en una laguna helada.

El mate se le derramó al alargarlo a su primo.

— ¡Y tan buena que podría ser la vida si no fuésemos tan malos! —suspiró el Zorrino. Pero nadie quiere aflojar. Todos quieren que empiecen los otros, primero. Y, claro, en ese tirar y tirar no se consigue nada. Lo que es por mi parte, no les doy el brazo a torcer. Malo soy, vos lo sabés perfectamente (Don Juan lo miró como si se le hubiesen aparecido visiones del otro mundo) y malo seguiré siendo hasta que muera... Pero comprendo que lo lindo es lo otro, Juan: la tranquilidad, la amistad, el respeto, un solo cariño a toda la redonda... Total, vos ves, aquí lo que cuesta menos resulta que es lo que cuesta más. ¡Pero Juan, si este mundo, a veces, parece que lo han hecho, vaya a saberse por qué apuro, con los desperdicios derramados cuando hicieron algún otro mundo que yo le calculo que hay, no más. Porque haber hecho nada más que éste... vos ves que no puede ser. Acomodarse pa una cosa tan bárbara, empezar y, después, contentarse con esto vos ves que no lo cree nadie.

Furioso, pasó el mate y tomó otro trago de caña. Desde el fogón, entre las cenizas, una pandilla de ojillos rojos lo miraban muy vivarachos.

— Mirá, creélo, nos han tirado a todos pa abajo y después nos pusieron el cielo de tapa... y que cada cual haga su juego: “¿Qué ustedé, señor, quiere armar pleitos o andar levantando falsos o carnear en lo ajeno o cargar la taba o jugar con naipes marcados? ¡Muy, pero muy bien! Ahí tiene bastante anchura pa hacer su gusto. ¿Y a ustedé, don, le gusta más ser bueno? Está bien. Dejesé aporrear, no más; llore, deje que le haga marcar el paso el hambre; siga llorando... Y recuestesé a un consuelo pa darse de lomo en seguida porque él mismo le ha sacado el cuerpo. Y alargue la mano en amistad para que por abajo del poncho lo abran de una puñalada... Ahí tienen lo que no tiene fin pa moverse a sus anchas. Pero abajo, siempre, ¿eh? Con ustedes no queremos saber nada. Ahí tienen luz pa el día. Y, pa que de noche no se anden matando a porrazos, ahí tienen una luna que los va a

remediar bastante bien. Tomen trigo, tomen araos y bueyes, tomen yeguas pa la trilla. Hagansé bancos y camas, que lo que es por falta de madera no se van a andar quejando, me palpita. Y si quieren quebrar el agua, metanlé a la caña o a la ginebra. Ustedes ya saben cómo se hacen las guitarras. Y en cuanto a los cantos, eso, m'hijitos, eso corre por cuenta de ustedes. Acuestensén, levantensén, pongansén en tranca o salgan a tomar el fresco. Ahí tienen tierra de sobra. Y si se pechan es porque les gusta. Vivan como a ustedes se les acomode. Y pa estirar la pata elijan hacerlo bajo techo o en descampado; rodeados de sus dolientes o solos como ombligos. Pero eso sí, no empiecen después con ruegos de que no se quieren morir. ¡Ustedes ven que demasiada pacencia hemos tenido con ustedes!" Y enseguida, Juan, ¡zás!, ¡tras!, nos encajaron el cielo..., y se fueron.

Un poco fatigado por el énfasis, tomó aliento. Y cuando advirtió que había estado haciendo ademanes amenazadores hacia Don Juan cual si éste fuera el que tuviera las culpas del mundo, bajó el brazo alzado en el acaloramiento. Con la impresión de tamaña injusticia involuntaria que el otro pudo pensar que cometía, el Zorrino agarró apasionado el jarro de caña y se lo ofreció a su primo, quien lo miraba todavía estupefacto.

Luego bebió también él. Y, ya vacío el recipiente, se incorporó para llenarlo.

Uno de los rayos de sol que los agujeros de la vieja quincha dejaba deslizar, se había ido acercando cauteloso al ojo avizor de la carabina. Ahora, saltando confianzudo hasta pararse justo sobre el borde del orificio, lo hacía mirar casi con complacencia al brillito que le puso.

Algo de esto advirtió y no le fue satisfactorio al Zorrino. Porque, cuando haciéndole bastante peso en la mano el jarro, volvió a su asiento, dio de costado con la bota al caño del arma y lo ocultó por completo bajo el camastro.

Falto de apoyo, el rayo de sol cayó fijado en el suelo. Mas, enseguida, allá arriba, en la quincha, el viento debió de

haber movido algunas pajas y tapado el agujero; o algo se asentó en él (paloma; cuervo, acaso) porque lo cierto es que, en una, desapareció el rayito.

Frente a Don Juan otra vez, al Zorrino se le impuso aquel aire sombrío de su primo, y decidió no hablarle. Al silencio solo lo turbaban sus "Tome", sus "Sírvase", alargando el mate, o el chirriar de la pava cuando, ya hirviendo su agua, con el barbotar advertía al dueño de casa que la retirara de entre el brasero ya ahogándose en cenizas, y le diera un alce a su negra panza recalentada.

El reciente desahogo había permitido el avance de una ternura que ahora empezaba a tomar cuerpo en el primo de Don Juan. Y ella traía de la cincha a una confianza en sí mismo que lo estaba poniendo casi arrogante. Se iba a jugar por su primo; por lo mejor que para él pisaba la tierra. Las horas que llegarían inatajables encontrarían a Don Juan con un compañero de ley. Era valiente, se sabía. Era campero como pocos. Acostumbrado a pasar trabajos, la vida a monte, de matrero, para él no le levantaba inquietudes. Al contrario, aquello iba a ser una diversión. Como casi nunca, en este momento el Zorrino aceptaba contento el ser como era. Y a eso se debió que de pronto exclamara, sin que el otro estuviera en condiciones de advertirle la huella por donde su pensamiento, ya bastante tambaleante, venía.

— Yo soy jinete como el que más. A mi, en mis años, todavía no he encontrado el potro que me despida. Y he rodado muchas veces, sí; pero siempre he salido paradito, usted lo sabe.

Antes de mirarlo, Don Juan miró el jarro de la caña. A pesar de sus graves meditaciones, el cariño por su primo lo asomó hacia él desde sus sombríos pensamientos. Entonces, como el deseado efecto de quien le pasa la mano a la cabeza de un gurí, exclamó:

— ¡Ah, mozo!

Y retrocedió Don Juan para bajar de nuevo a sus abismos. Sentía adentro como llamas oscuras que lamían y lamían ar-

dorosas bajo la frente. Y aquel fuego negro no era soplado por el temor a los peligros que revoloteaban ya sobre él como los buitres alrededor de la carniza; jamás un desfallecimiento de esos había posado en sus nervios y nunca una debilidad anidó en su fuerte corazón de macho. Lo que lo estremecía hasta la congoja eran pensamientos que nada tenían que ver con el miedo. Pensaba en lo que sería de la Mulita si él tuviera que matreriar. Sola para hacer frente con su debilidad al pago entero que, lo colegía, sería capaz de ensañarse con ella... Y él lejos, en el monte, sin poderle prestar protección... Pensaba también que si la policía se encarnizaba mucho, ni en el monte podría sostenerse. Y tendría que irse, no más de su pago, de ese pago suyo, tan querido, por donde marchaba seguro hasta en la noche más negra.

Además, por culpa suya, el Zorrino se había puesto en igual situación. Y quien siempre estuvo solo, ahora le iba a tocar bailar con la más fea.

Mientras tanto, ¡qué lejos de todo eso estaba ahora el Zorrino! O, mejor dicho, ¡qué de lejos venía! Andaba con un reloj en la mente. Un reloj de bolsillo, pero que, habiendo desalojado toda otra imagen en su torno, lucía enorme como ese que, cuando la noche se posa sobre los pueblos, desde la torre de la iglesia domina las casas. Entibiado por el calor de su cuerpo, en un antiguo tiempo, el Zorrino bien sabía que a una mirada concedora las agujas y los números de aquel reloj estaban siempre prontos a revelar el secreto de las horas. Y él se aprestaba a aprenderles el yeito a las inquietas, cuando en un baile se lo robaron, al reloj. Y ya no hubo forma de dar con él, aunque el dueño de casa registró a todo el mundo, y hasta agarró y sacudió boca abajo cada guitarra. Perdiósele, pues, de su vida, como tanta cosa, ¡tanta! Pero más fiel que otras, el reloj de cuando en cuando, como ahora, se le aparecía. En realidad, el Zorrino no hubiera llegado a aprender a utilizarlo. No era curioso. ¿Y para qué iba a querer él conocer la hora, no me dice? No era por eso que amaba a aquel preciso objeto. Lo que le gustó siempre

al Zorrino era el misterio. Pero no para descubrirlo, no. Entonces ¿qué gracia tiene? Le gustaba el reloj para ponérsele enfrente, arriba de una mesa o en las acampadas, sobre el recado, y mirarlo sin que el misterio se diera por aludido, como si el Zorrino fuese quién para reparar en él llamándole ni siquiera la atención. Misterio que se desnuda ya no es misterio, sabía, eso sí, el Zorrino. Entonces se pone como cuero seco y ¿en qué quedaría el mar, o el cielo; el horizonte y hasta la misma noche, por ejemplo, sin él? Hay que dejarse de partes. Lo lindo es cuando el misterio está vivito y sin mácula, delante de uno, uno lo mira como sacándose el sombrero, de respetuoso. Y así como cuando en el estero uno se va acercando despacito a la garza solito con la esperanza de que ella le vaya agarrando confianza y se deje, al fin, acariciar, así juntos, cada cual en su cada cual; sin embargo, se puede uno pasar un lindo rato con el misterio. ¡Los ratos que se pasaba el Zorrino observando aquellas agujas! Eran tres. La chiquita daba vueltas a saltito menudo, con una rapidez graciosa. La más grande iba muy jarifa rozando el pie de sus números. La otra... la tercera, la mediana, se movía, también. Pero para sorprenderle el andar había que pasarse los ratos perdidos mirando fijo. Mientras tuvo el reloj, si la vio moverse en cuatro ocasiones, en cuatro a lo más, cinco fue mucho.

Al entregar el mate a Don Juan, lo miró el Zorrino y se le fue sobre él y le posó toda su ternura. El reloj iba en el medio, boyando rutilante; pero, extrañamente, se le empezó a rezagar, como indeciso, como sin ganas de seguirlo en ese juego. Es que nunca supo el Zorrino que la prenda no había sido de oro macizo, como el dependiente y el mismo dueño de la platería le hicieron creer, sino con un simple baño, no más, de los que ni siquiera aguantan los previos manoseos; a los meses, no más, se le puso negro en el bolsillo, al codicioso ladrón. De ahí que, aunque él sintiera ahora estarle esplendiendo a su lado, lo cierto es que el reloj se le echaba atrás, para que no se ostentara su mengua.

— ¡Pucha, Juan! ¡Supe tener un reló cuando muchachón!
¡Qué reló, hermanito! Me lo refalaron en un baile. Pero si lo tuviera ahora, Juan... ¡te lo regalaba!

Y el reloj, bruscamente, se hizo humo. Y el Zorrino vio asomarse en el rostro de Don Juan una expresión altanera y feroz al ponerse de pie y decirle, sin escucharlo, erguido cuan largo era:

— ¡Quiero ir a la pulpería! Del peligro hay que estar o muy lejos o muy cerca.

Por desgracia, no era el Zorrino quien debió escuchar estas palabras. Debió ser alguien con sensatez y con autoridad, capaz de hacer comprender al enceguecido que aquello era una locura. Con las partidas rastreando ya, meterse en una pulpería era casi como ir a atar el caballo justo en el palenque de la comisaría. Ratón campeando una ratonera ¿hábrase visto? Carne ofreciéndose al gancho, patas saliendo al cruce de las boleadoras, cornamenta enderezando hacia la armada del lazo, ¿quién lo diría?

Pero el destino hace su juego; y allí, ante Don Juan enardecido por una loca temeridad, su mano irresistible situó al Zorrino, a quien había cansado bien hasta no dar más su misión de recomendar calma y prudencia.

— ¡Meta! Vamos, no más, a “La Flor del Día”. Y si topamos a la autoridad, la llevamos, no más, por delante hasta la misma comisaría.

Ensillaron, pues. Y montaron.

De la tranca, el Zorrino iba hecho un ovillo sobre el recaudo; Don Juan, casi parado en los estribos, erguido y duramente cejijunto.

Capítulo VII

La pulpería

Recostados en un extremo del mostrador, el Carancho y el Chimango; el otro, el otro compadre, don Lechuzón, haciéndoles frente, estaban llegando a ese momento tan penoso de la pulpería en que las ganas siguen firmes y la plata se va acabando. Tenían los tres viejos la mente concentrada en el bolsico de los cintos respectivos y sacaban cuentas. De ahí que ya no era con la arrogancia inicial que decían:

— ¡Eche otra vuelta, que es mía!

La frase se repetía, sí, pero cada vez más espaciada e ininteligible por su falta de rotundidad; descolorida como trapito que quedó toda la santa noche a la intemperie. Para lograr distinguir a sus compañas el Chimango alzaba la cabeza, por ofrecerle esto más comodidad que el requintarse el sombrero. Pero lo caído de los párpados dificultaba mucho. En el Lechuzón, el efecto de la caña era contrario. Y sus ojos, palpitante la pupila, se abrían más y más, a medida que le crecía la borrachera. Tanto, que ya estaba resultando como si se tapase la cara con el Dos de Oros. En cuanto al Carancho, él en nada dejaba traslucir su abatimiento. Lo único que había hecho fue, con la cadera, buscar apoyo en el mostrador, dispuesto a esperar, hasta que prendieran los faroles, la aparición de algún parroquiano dadivoso. A veces dejaba el sitio para dar, pisando con cautela, un pa-seíto hasta la puerta en busca de una bocanada de aire fresco, porque le venían amagos de asma. Bajo el largo poncho, que tocaba casi el suelo con sus flecos, salían las botas de potro, entonces, y se le cruzaban; peligrando, de tan chueco

que los años lo habían puesto, dirigirlo al revés de donde quería.

En ocasiones su compadre Chimango tenía ganas de seguirlo. Pero no se resolvía porque como hacia atrás le era imposible echar más la cabeza, ya no le quedaba bajo la visual más que su propia figura, y eso sólo de cintura para abajo, con medio paso de suelo.

Al Lechuzón parecía que los ojos le iban chupando la cara y creciendo a sus costillas.

Repleto estaba el bien quinchado salón, amplio y con piso de buena baldosa colorada. Acodados en el dilatado mostrador que lo dividía casi al medio, sentados en taburetes o bolsas de azúcar o tercios de yerba, y en torno a alguna de las mesas y en un gran banco y en envases de mercaderías, se distribuían a su gusto los parroquianos. Con empaque autoritario, sobre el cual, cuando lo consideraba útil, hacía tremolar cierta dulzura hacia algún cliente de los formales, el dueño de casa atendía de un extremo a otro del bien guarnecido mostrador (botellas, vasos, la balanza, infinidad de cosas) y hecho otra vez poste volvía a situarse justo al medio, allí donde don Vizcacha tenía el cajón de la plata, puesta en su cerradura la más fornida de las llaves, a la cual, siempre él en guardia, retiraba para hundirla en el fondo de su bolsico si debía distanciarse un trecho. Dos Charabones lo ayudaban y atendían también el salón, deslizándose a gambetas entre cosas y concurrentes.

La estantería estaba poblada como para aguantar un sitio hasta que el enemigo se cansara o todos se murieran de viejos. Sí, sí, a "La Flor del Día" se podía ir tranquilo en busca de todo lo que se precisa en un rancho. Con plata, se sobreentiende, pues habrá de saberse ahora que la casa no tenía costumbre de dar libreta. "Al contado —nos decía siempre el patrón— es como se conserva la armonía". "Y si no hay amistad —agregábanos— ya resulta un fracaso todo, porque la pulpería es, más que nada, para pasar un lindo rato, como hermanos". Cajas, colgados manojos de velas estrechadas por los pabilos, allí se veían; se veían sartas de butifarras

y de chorizos secos, pilas de quesos frescos, con algunos para rayar; se veían botellas y más cajas y cajones y latas hasta el techo, y ropa hecha: bombachas, sacos, camisas, calzoncillos, pañuelos de mano y de golilla, estos últimos de color blanco y ¡los menos!, pero también allí, de color colorado para algún partidario del Gobierno. Para la ropa de la hembra que, claro, es más fácil de hacer y en los ranchos se las arreglan a la perfección, piezas de género, desde el percal a la zaraza. Como para casamiento no faltaban varas y varas de seda y de terciopelo en el establecimiento. Pero esto no estaba a la vista. Se guardaba en un cuarto, por la tierra. Tras el mostrador, retiradas de miedo a las topadas de los en tranca, sobresalían sendas pilas de alpargatas y de zapatillas. Por arriba, y pendientes de una cuerda horizontal, estaban botas acollaradas, cada cual sujeta por las orejas a su compañera. De una piola más resistente colgaban caronas, frenos, cinchas, cinchones, pretales, rebenques. Sobre el mostrador, aún, a mano derecha, encimados, mostrábanse varios bastos con cabezadas de madera, no más, forradas en baqueta; pero, al lado, había dos de plata y oro que eran un sueño.

Justo en ese lado formaban grupo un Hurón, un Gavilán y un Biguá. Muy quietos, muy callados estaban los tres, mas los ojitos les bailaban. Algo separado de ellos, también silencioso, pero cabizbajo y como cavilando, se hallaba el encargado del juego en "La Flor del Día", cierto joven Apería de alpargatas nuevas y negro pañuelito al pescuezo y un sombrerito con flamante cinta de luto. En lo que iba de la mañana no había conseguido armar rueda. Sentado con los otros tres en el cuarto contiguo al despacho, la "sala de juego", habían estado rumoreando un rato con las barajas; y de mucha vela prendida, pues debe decirse que si bien para ver de interesar a la concurrencia dejaron la puerta entreabierta, el Hurón había cerrado de firme los postigos de la ventana que daba al camino real, por cuidado de que no se metiera nadie en lo que no se le importa.

— ¡Momento! Esto va al Rey... —simulaba uno.

— Me doy vuelta... ¡La Sota! Doy en tres, caballeros...

Pero como no hubo caso, el Aperiá sopló la vela y, seguido por los tres compinches, volvió al salón para entregar su candelero al propietario Vizcacha. Al rato, tornaron todos a la pieza de juego para hacerle, con la puerta ahora de par en par, bien animado ruido a un forastero. Mas éste, o era tapia, de sordo, o no era afecto al juego.

— Y debe de tener plata hasta para tirar para arriba —decía el Hurón mirando con despecho hacia el defraudador de tantas esperanzas.

Aludía a un Loro Brasileiro, ya de edad, pero bien conservado, que andaba hacía días en el pago en procura de negocios de campo, y que en la breve salutación con el pulpero dijo llamarse don Pedro. Calzaba botas de charol, se cubría con un poncho de todos colores. Su esmerada golilla tendida, era verde, y su sombrero, puro copa, escarlata. Cada vez que iba a beber su ginebra, un anillo mostraba su piedra grande, de diamante, lo menos, por el brillo, y se hacía más ostensible la plata y el oro del rebenque que llevaba a la muñeca. A veces dejaba su copa, caminaba a pasitos cortos hasta llegar casi, sin querer haciéndoles desear, hasta los tres secuales, y volvía a aquélla y le sorbía parsimonioso otro traguito. En la pulpería no se había dado con nadie aquel don Pedro; pero mantenía una sonrisa complacida, que parecía hallar justificación en todo lo que se posaban sus ojos.

— ¡Mais que terra tao boa, ísta! —se decía. Y ratificaba: — ¡Muito, mais muito boa!

Cuando sorprendía a alguno mirándolo, él le inclinaba la cabeza, a la vez cortés y distante, igual que si lo hiciera desde pedestal de estatua o parado arriba de una volante.

Desde lejos, hecho una lástima, con poncho astroso y botas que, sin ser de potro, lo mismo le dejaban asomar las uñas, un mucho más viejo Loro Barranquero, muy sentado arriba de una gran pipa de Carlón como sobre una barranca, lo miraba, también. Y cada vez que su vista le daba en el anillo del forastero, el roto cerraba los ojos, encandilado

de admiración. Cuando en sus paseítos y entre aquellos vivos colores dom Pedro pasaba junto al bocoy, el Barranquero esperaba a que quedara de espaldas. Entonces, medio recogíendose el poncho, asomaba la cabeza para contemplarlo a sus anchas. A cada — ¡Muito boa is ista terra! — del forastero deslumbrante, él respondía para sus adentros:

— ¡Sí, cómo se ve que éste no es nativo de aquí! Muy linda... ¡pa joderla!

Y se inclinaba todo hacia abajo y, con disimulo, miraba hacia la entrada a ver si, al fin, llegaba alguno de aquellos que suelen invitar a tomar una copa y ofrecen, de paso, algún cigarro.

— ¡Es en balde! —volvía a entregarse a una reflexión que lo asediaba a lo mosquito—. Si en vez de darme por enderezar para aquí, yo agarro para la pulpería de don Peludo, emboco. Por lo menos tomo algunas por cuenta mía; porque allí, cuando los topo de buena vuelta, a mí me apuntan.

Dominando el salón desde su alto asiento, estaba hecho faro el viejo Barranquero.

— ¡Sí, tenemos una patria que es como para aponderarla!

Una risotada lo hizo girar en su observatorio y, bien estirado el pescuezo, sacar toda la cabeza en dirección a la puerta. Vio, entonces, que atrás de la carcajada y casi a los talones de ella, hacía su entrada tamaño Chanco, la rosada cara hecha unas Pascuas; y de poncho a listas blancas y celestes como si viniera envuelto en la Bandera.

Avanzó sin saludar a nadie, a grandes zancadas, el llegado. Y trepidando. Porque venía con los movimientos del cuerpo cambiados. Así, al revés justito de todo el mundo, se inclinaba sobre el lado que recogía la pierna. Traía “panamá” de precio, sujetado con barbijo. Los tacos de las botas de charol, por lo altos, se veía que eran mandados poner a propósito. Porque andar casi en puntas de pie todo el tiempo ¿a quién se le ocurre?

— ¡Mais qué terra! ¡Mais esto sí is terra!

Fue don Pedro, en cabeceos complacidos ante la aparición.

La mayoría de los presentes no veía a don Chanchó desde hacía meses. Pero no era secreto para nadie que le había dado una viaraza. Y viaraza fue que, cuando a las dos semanas se repuso, hizo poner bandera de remate a la quesería y al vacaje, y eso que estaba trabajando lo más bien. No dejó nada sin hacer pasar bajo el martillo. Instalaciones, tarros, hormas, mercadería ya pronta. Hasta cosas particulares, como ser cuatro espejos de los grandes, del tiempo en que le empezó a gustar mirarse de cuerpo entero y de todos lados a la vez... Y cantidad de ramos de flores artificiales, de cuando él empezó a decir aquello de que era un atraso hacer jardines, plantar semillas, regar, perseguir caracoles, matar hormigas; y que si uno también era afecto al perfume, porque sin él la flor es poca cosa, con rociarse con un frasco de agua de olor, asunto concluido.

Ahora, sin parar un rato en su casa, andaba tirando la plata como si fuera a venirse el terremoto del fin del mundo.

Al plantarse ante el mostrador pidió una ginebra, la bebió de un trago y, radiante, se comenzó a pasear de un extremo a otro del vasto recinto como si no hubiere nadie más que él en la tierra, haciendo dar en los brincos tales sacudidas al poncho, que parecía no haberle a éste tampoco nadie adentro; y con su atención fija más bien en el techo; solo, solo él, igual a cuando el fantasma se pone en movimiento a la media noche sin que siquiera mueva los yuyos.

Aquella llegada, sin embargo, había puesto muy en jaque a los tahúres. Apenas si una vez, y ni una más, se miraron. Pero bastó para, los tres, ponerse a mirar fijo, delante, haciendo creer que cada cual estaba hundido en lo suyo, pero deliberando por lo bajo.

El Hurón susurraba:

— Si le conseguimos armar juego, estamos hechos. Porque ha de estar de oro que es un botijo enterrado. Le encajamos el mazo de cincha...

— ¡El que te dije! — musitó el Biguá palmeándose cerciorante el abultado bolsillo del lado del corazón.

Con apagados soplos terció el Gavilán:

— ¿Pero y la banca? ¿Con qué plata le hacemos frente? Dicen que anda con toda la plata encima.

— ¡...! ¡.....!

— ¿Nnnn? ¿Nnnn?

— ¿Nnnn? ¡Hable un poquito fuerte, caray!

— Dije que hacemos entrar al patrón. Que él nos dé para presentar la banca.

El Chanco cruzó tentador al lado de ellos, a los botes y a las risas, por lo que, comunicándose en seco, miraron para el piso como que no estaban en nada o como que en lo que menos pensaban era en lo que estaban pensando. El atrayente venía mascando una butifarra, en salpicaduras los extremos del poncho por los sacudones que les provocaban los hombros. El Hurón, aguantándose inmóvil, los ojos bajos, los brazos caídos, en la actitud de la inocencia, esperó a que pasara. Y en cuanto medio le quiso ver las espaldas salió hacia donde estaba el patrón, quien le tenía clavados los ojos haciéndose cargo de todo. Para no tener que alzar la voz y, sin embargo, escucharse bien lo mismo, ambos se pusieron un poco separados y de bruces a ambos lados del mostrador; el patrón, cual si le hubiera dado por mirarles las caras a todos y a cada uno en particular, de los parroquianos; el fullero cual si estuviera eligiendo por las etiquetas alguna botella de la estantería. Y todito fue cuestión de un momento. Cada cual se incorporó sin mirar al otro. Y el Hurón enderezó hacia el fin del despacho. Por detrás del mostrador lo seguía el dueño de casa igual que, alambrado por medio, es llevada una res de tiro. Claro que antes, para su tranquilidad, el Vizcacha cerró con dos vueltas el cajón de la plata y retiró y hasta el fondo se metió la llave en el bolsillo. Eso siempre lo hacía si tenía que abandonar el sitio. Desde la tardecita aquella del desastre. Pasó que, casi hasta el palenque, hasta que con cierto recelo, él se les empacó, no más, y dijo:

— Bueno, ¿y adónde puta quieren ir a hablar?

Lo llevaron con misterio a conversar tres Patos que se dijeron forasteros de lejos y, arriba, hermanos. Le querían exhibir una pistola que deseaban empeñar, y les daba un no sé qué hacerlo adelante de todo el mundo.

— ¡Producto de robo! —intuyó en el aire el pulpero—. Hay que ofertar bajo porque eso les está quemando las manos. Eso es peor que un testigo, si los agarran.

Pero resultó que los hermanos no eran tres sino cinco; y, para peor, que los otros dos estaban adentro, y tal como si en la vida se hubieran visto ni entre ellos dos ni ellos dos con los otros tres. Mientras los de afuera regateaban demorándolo, uno de los interiores, con un tropezón de persona en tranca, derramó tamaña pila de mercaderías y, al acudir los dependientes y armarse la alegación, escurriose el otro, nunca se supo cómo, y dejó el cajón igual a cuando su terminación en la carpintería. Por eso fue que, bien soterrada la llave en el bolsillo —siempre así desde aquella funesta hora— el Vizcacha llegó adonde ya lo esperaban el Hurón y sus dos asociados.

La musitada deliberación apenas duró segundos. Al retirarse el patrón recomendó a su coimero:

— Usted, Aperiá, me lleva la vela, la prende, cierra bien la ventanita para que alguno que llegue de afuera no curioseee, y espera, no más, allí. Y cuando le golpeen la puerta, no me deje introducir más que a estos tres señores y a don Quesero. A los otros clientes usted me les dice derecho que es una jugada particular, una jugada entre amigos.

Momentos después, la llave del cajón del mostrador estaba otra vez puesta en su cerradura; y el patrón, detrás, recordaba su austeridad, lo dominaba todo con la vista.

— ¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujuí!

Era el Chanco, radiante bajo las franjas porque se había dado contra un cajón y, para mejor, casi rueda por el suelo.

Al verlo acercar a su rincón, donde hacían guardia a sus copas ya apenas con un trago, los tres viejos admitieron la posibilidad de que les hiciera echar una vuelta. Pero al ad-

vertir que nadie cobraba existencia para el ricacho, el Carancho afrontó la situación:

— Bueno, vamos a ver si tomamos... y cada cual paga lo suyo; porque total... ¡si seguimos esperando a éste! —para señalar hacia la pequeña mesa donde, muerto de risa, y mirando a la techumbre el mencionado había tomado asiento:

— ¡Barbaridá! ¡Qué alegría! —agregó. Este va como tiro al manicomio.

El Chimango le siguió la corriente:

— ¡Sí, no lo ataja ni un cerro! ¿Adónde se habrá visto ese contento?

Pronto, uno de los Charabones depositaba delante del Chanchito todo lo que, de una sentada, pidiera. Y erguido él, y jubiloso en su taburete, inclinaba la ensombrerada cabeza sobre los platos. Queso, butifarras, aceitunas, dulce de membrillo, algarrobas, en ellos había. Los acompañaban, a la izquierda, tamaña taza con pasas de uva hasta el derrame y, a la derecha, un jarrazo de oloroso Carlón. Y no se le sirvió galleta sino pan fresco.

Contemplando la apetitosa variedad, el cliente no pudo aguantar más; lanzó la risa y se echó atrás como para vérsela en el aire.

— ¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujuí!

Igual que a escurridizos conejos por las patas, así apretaba las carcajadas el ex-quesero desde su nacimiento en la barriga, pareciendo querer jarana con ellas y hacerles creer que no era gustoso de que salieran.

— ¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujuí!

Quien también se manifestaba complacido de la vida era don Pedro. Casi sin mover el escarlata de su sombrero, en revoloteos todos sus otros colores, cogía su vaso y bebía a pequeños sorbos, exclamando con frecuencia:

— ¡Mais qué terra tan boa is ísta! ¡Bem dicem qu'ísta Banda...!

Ahora él no estaba solo. Entre sus remiendos, el Loro Ba-

rranquero se había dejado resbalar de la pipa y se le puso al lado, mirando hacia el suelo por no mirarlo a él, en su disimulo. Después, siempre con los ojos bajos y medio al sesgo, empezó con taimonía:

— Voy a ser curioso, don, y disculpe. Eso es un bruto diamante, ¿noverdá?

Fue acertada la estratagema. A dom Pedro le agradaron la pregunta y aquella modestia del roto, quien ahora alzaba de a poco la vista.

— ¡Mais qué terra, qué terra ísta!... ¡Efetivamente, diamante! ¡Y muito obrigado si você me aceita una ginebra!

De todos los platos a la vez se hallaba comiendo don Choncho. Como, además, no permanecía quieto, daba idea de que el taburete se lo quería sacar de encima. Quien le mirara los hombros, no más, sería capaz de jurar que el quesero estaba sobre un redomón. Tal vez lo hubiera asegurado también él, asimismo, pues de repente se afirmaba el sombrero, alzaba los talones, amagaba una embestida.

— ¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujujuí!

Y apretaba los dientes para que con la risa no se le fuera el bocado.

En los revoloteos las franjas del poncho se superponían. Parecía que seguían la chacota, ellas, también, y que se estuviesen pisando unas a las otras.

— ¡Barbaridá! —se repetía como en hipos el viejo Carancho al pasarle al lado una ráfaga de risotadas—. ¡Barbaridá! ¡Mire dónde se habrá visto tamaño contento!

Por su parte, el dueño de casa recibía el asalto de creciente zozobra.

— ¡Capaz que de alegría le viene, ahí no más, el ataque y se muere con su plata!

Con fastidio miraba hacia los tahúres, que no empezaban de una vez.

Cuando en el otro extremo dom Pedro daba su paseíto, ahora el Barranquero lo acompañaba solícito, mirando al suelo para ajustarle bien el paso. El que iba solo era el fino

rechinar de las botas del riograndense. Porque el compaña, de raídas que estaban las suyas, daba ilusión de andar con los pies envueltos en trapos.

Uno de los Charabones salía del mostrador ufanamente en alto su bandeja cargada de copas. Para resguardar el servicio:

— ¡Guarda! —previno al pasar, por no pecharse con el Loro Barranquero—. ¡Cuidado, don Pedro!

— ¿Cómo ha dicho vocé? —exclamó el Loro Brasileiro hincado por la sorpresa—. ¿Cómo é voso nomen?

— ¡Don Pedro, a sus órdenes! —respondió el astroso, en parpadeos al amagar como a “cuadrarse”.

Entre una garúa de tiras se levantó el halda del poncho y se sacó la descolorida gorra.

Lo mismo hizo el otro con su capelo. Y como para dejarse sostener de atrás por una ancha complacencia, se echó sobre los tacones.

— ¡Mais qué casualidade extremosa! ¡Si eu también me chamo dom Pedro, dom Pedro!

— ¡Pero don Pedro! ¿Entonces usted se llama don Pedro? —barbotaba como en un hipo el Barranquero, empezando a apasionarse con total desinterés, ahora sí.

— ¡Mais claro!

El nuevo agitarse de colorinches descubrió una pistola de dos caños, cabo de nácar y tamaña P de oro, incrustada.

Cuando, en una, el loco reparó que también le pusieron servilleta, se la anudó en seguidita al pescuezo. Pero ya había dejado la mesa limpia. Con ganas de soltar la risa, se la atajó, sin embargo. Y se le produjo como una cicatriz entre las cejas al caer en la cuenta de que, quedarse así, de servilleta, era un papel. Y por no sacársela hizo con el brazo un círculo abarcador de toda la vajilla.

Entretanto, los tocayos se entusiasmaban cada vez más.

— ¿Pero entonces...?

— ¡Mais claro que dom Pedro!

¡Mentira parece! Después de tanto esperar alguna copa

sentado arriba de la pipa, el viejo Barranquero, ahora embelesado, no respondía al escuchar:

— Vocé ten que aceitarme una ginebriña. ¡No me salga con que no! E un gosto. Vocé ten que aceitarme.

Al fin, el invitado tomó conciencia de lo que le entraba por un oído y le salía de largo por el otro.

— Bueno, está bien don... don...

— ¡Mais claro que sí; dom Pedro! —ayudó el otro, lleno de bondad, animándolo con sostenida sonrisa—. ¡Dom Pedro, claro! ¡Mais qué casualidade extremosa!

Bien frente a frente contemplábase los dos viejos Loros, sacando algún mirón al alborozado contertulio de la comilona. El Loro rico, paternalmente, aunque era bastante menor que su tocayo. El Loro pobre, con una floja sonrisa, larga de dos dedos, la misma de cuando, hacía años, allá por el Guaycurú, lo lavaban bien, lo peinaban y lo mandaban por entre el chilcal a saludar al bisabuelo, el día del Santo.

— ¡Pero lo veo a usted, mire, y me parece mentira!

— ¿Mais por qué no? —convencía el otro, sintiéndose protector—. ¡Avisé!

— ¡Jui! ¡Jui! ¡Jujujuí!

El Chancho se inclinaba sobre la mesa. Pero ya no por glotonería engullendo apurado, sino a fin de prestar atención a un flamante amigo. Era que, después de haberlo simpatizado un rato con los ojos, el Hurón lo roncoó de cerca y, en una, se le quedó sentado delante, como si el tirón de un resorte lo hubiera atraído a la mesa. Lo que decía el Hurón no era posible percibirlo ni aunque se pusiera la cara al lado de los platos. Lo que se oían de lejos eran unos:

— ¡Sí! ¡Sí! —con cabeceos que le salían a don Chancho como sopesados por las risas mientras, alzando los tacos, hacía agarrar un trote chasquero a su taburete.

El Hurón aguardaba paciente para no interrumpir aquellos promisorios ¡Sí! Y, cuando se calmaba el interlocutor, volvía a cuchichear con aire tan, tan inocente, que de lejos hacía ver al público que aquello no era nada para bien, aun-

que en el solicitado las palabras del Hurón surtían un efecto que lo encantaba. El Chanco se hacía un arco; sin contener el trote del banco se sacaba y se ponía de cualquier modo el “panamá” peligrando reventar el elástico del barbijo; escurríansele las risas por entre los dedos cuando se frotaba a dos manos la cara...

Ya ni los platos hubieran podido oír el:

— Bueno... cuando usted guste...— del Hurón, tan por lo bajo fue pronunciado con melosidad.

El Chanco se paró, radiante. Y el Hurón debió apresurarse para adelantársele y guiarlo.

Como otro sombrero, el ex-quesero llevaba encima la casi con peso mirada del dueño de casa.

Al extremo del salón, casi junto a la puertita, el Biguá y el Gavilán esperaban para incorporárseles, gachas las cabezas, sus reojos barriendo el piso.

Con la gravedad de si lo estuviesen viendo desfilar en su propio entierro, al paso de don Chanco la concurrencia se amontonó. Entre dos de vinchas blancas recién llegados, musitó el del culero:

— ¡Se aprovechan con el quesero porque está falto!

Y, quedados aislados ahora del grupo:

— ¡Mais isto es muito feo! —dijo don Pedro a don Pedro.

Una especie de rumor de papeles arrugados le hizo oír:

— ¡Puede, don, que sea para su bien! ¿Quién le dice a usted que con el bárbaro disgusto que se va a agarrar, el contento no se le corte? Porque eso es lo que lo pierde: ¡el contento!

Se refregó los ojos el Barranquero. Es que los había posado sobre una piedra de anillo.

— ¡Ah, no! ¡Isto is muito, muito feo! ¡En minha terra, don Pedro, a isto se le chama roubar!

Don Pedro I estaba ahora como si un aguacero lo hubiera agarrado el raso y con todito puesto.

— ¡Con permiso, caballeros! ¡Hagan el favor de dar paso, caballeros! —iba exigiendo con deliberada, altanera gravedad el Hurón—. ¡Con permiso! ¡Con permiso!

Marchaban ya en fila india todos los jugadores. El Biguá, a quien al iniciar la marcha le había salido desde lo más adentro cierta sonrisa, ahora no sabía si seguir sosteniéndola o mandarla para atrás, pues advirtió el arder de algunas miradas de las por entre las cejas.

Cuando llegados al cuarto de la timba, donde aguardaba el coimero Aperiá, dio tres golpes el Hurón, la puertita, sigilosa, como enseñada, abrió apenas una rendija y, escurrido el Hurón sólo, volvió a cerrarse. Ya iba a llamar a su vez el de la quesería, cuando con cortés diligencia la puerta se le abrió de par en par. Y tras él se clausuró de nuevo. Quienes tuvieron que golpear con insistencia, y debieron esperar un rato, fueron el Gavilán y el Biguá, porque el coimero, sin duda, estaría ocupado en atender al rosado de cara. Al fin, también aquéllos quedaron introducidos. Y la puerta, trancada con pasadores, se ofreció entonces a la general contemplación de los del salón tal como cuando se le pone la tapa al horno y adentro queda depositado el amasijo.

Al verse tan bien encerrado, el Chancho, en cabeceos y sacudidas de hombros, soltó una nueva risotada que, esta vez, fue un ¡Viva la patria!

— ¡Juijujujujujuuuuu!

Sacudiéndose del pecho ciertas rezagadas migajas, se sentó hecho un jefe en el primer taburete que encontró a mano, y medio quiso manotear el muy hinchado cinto. Pero el Hurón, el Gavilán y el Biguá lo hicieron incorporar enseguida, dando tiempo a que el Aperiá, agarrando de atrás una vieja poltrona con posa-brazos, la allegara a su huésped.

— ¡No faltaba más! ¡Usté tie...ne que est....ar cómodo...!

De la fuerza que hacía al afirmarse, se estiraba el coimerito cuan largo era hasta doblar las puntas de las flamantes alpargatas.

Allá por el salón, era de velorio, mismo, aquel silencio cruzado de continuos revolares de cuchicheos que se estableció. Con acento fiero, pero también por lo bajo, el dueño de casa hizo retirar a los agolpados a la puerta.

— ¡Pero es cosa grande! ¿Ahora resulta que ustedes nunca han visto jugar, me van a decir?

Errando la recta, y recobrándola con el cuidado de quien va por un andamio, el Carancho y el Chimango ya se venían acercando. Al ver la desolación del grupo ambos retrocedieron hacia sus copas y hacia su compañero Lechuzón, que había permanecido como un pegapega en el mostrador y que, ahora, los ojos ya agarrándole toda la cara, no podía salir de su pasmo; porque, medio borrosos, como absorbidos por empalidezadora cerrazón, estaba viendo venir de lejos a sus dos amigos, y él no los había visto ir. Fríos cuentos de aparecidos le oscilaron, también neblinosos. Y desde mucho más lejos, desde el horizonte de la mente, entonando sus fantasmas como un coro sin abrir la boca, lo que lo hacía más desabrido y lúgubre, dando hasta a sospechar al Lechuzón que aquellos remotos espectros talareaban con la ropa. Para peor, su aparcerero Carancho le era y no le era. Alguna cosa en él le presentaba como un desconocimiento. Por suerte recuperó de lleno a su compadre cuando, al llegarle y empinarse éste el resto de su copa, lo oyó exclamar:

— ¡Barbaridá! —entre unos “juí juí jujujuí” a los que pretendía en vano sofocar la puerta del misterio.

Sin embargo, algo de razón hubo en la extrañeza del Lechuzón. Es que el Carancho, recogidas sobre los hombros las haldas del poncho, ya no estaba de facón atravesado. Ahora remedaba andar de mucha espada a la cintura porque, asaltado por un amago de asma, se le hundía el vientre a cada aspiración anhelosa y el arma aprovechaba la consiguiente aflojadura del cinto para deslizarse hacia abajo. Así, de a poquito y como con paciencia, el arma iba subiendo de categoría.

— ¡Barbaridá!

Mientras tanto, un reproche de dulce acento, que por lo quedamente musitado no llegaba a nadie como a ninguno llega el tímido perfume de una flor del pasto, se entreabría en el expectante silencio del recinto.

— ¡Ah, no! ¡En minha terra, a isto se le chama roubar!

— ¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujuí! ¡Juajuájuajuá!

Ahora parecía que alguien iba a reventar de risa detrás de la puerta. Pero como todos sabían que acercarse a ella estaba prohibido, las miradas que cada carcajada hacía posar allí daban vuelta irresolutas y, de retroceso, mariposeaban sin qué saber hacer, ya encima de las acres bordalesas de vino, ya de los tufientos barriles de caña, ya de los perfumados aperos, de las pilas de zapatillas y alpargatas también con su olorcillo, como se hincaban, un momento insistentes, en la profusión de botellas del mostrador. O, si tomaban altura, surcaban las zonas del aire en que pendían botas, rebenques, cinchones, pretales, riendas, bozales, frenos, bornales, para permanecer, meciéndose, entre ellos y, al escucharse de nuevo aquellas risas de latón golpeado y blandido, en relámpago volver a encontrarse todas juntas sobre la puerta inexorable.

Aunque al revés hubiera sido lo lógico, nadie se movió de su sitio, sin embargo, cuando se produjo la intempestiva aparición con cara de muerto del Hurón. Y la mirada en flecha que intentó llegar hasta donde estaría el ex-quesero fue parada en seco, pues la puerta había dado paso entreabriendo una rendija y, enseguida, se cerró. El del desconuelo no tomó hacia el salón; se metió tras el mostrador, no más, por donde el dueño de casa le salía al encuentro llave en mano y el aire de quien estuviera viendo, en lugar del Hurón, a la misma pandilla de fantasmas que acababa de retirarse de la mente del parroquiano don Lechuzón. Todas las dispersas miradas de los concurrentes juntáronse en bandada y emprendieron vuelo para, con el insistente ardor del tábano, ponerse a las ancas del patrón y cuando éste se paró frente al socio, quedar como trasmutadas en estacas. Mas sin ellas obtener nada de lo que ambos se decían, ¡claro!, porque eran de ojos.

— ¿Usté me quiere creer que nos ha dejado limpios? La estupefacción del Vizcacha no fue menor que la que el Hurón había traído de la “sala de juego” y tenía, todavía, como grabada a fuego en las facciones.

— ¡Limpios, me estás vos diciendo! —exclamó con la cara bruscamente iluminada por sus propios ojos.

En seguida, entornó con pesadumbre los párpados el pulpero. Luego, echó la cabeza hacia atrás como si, justo en el medio, se le hubieran afirmado a martillo.

Sin lugar a dudas iba a repetir la exclamación, pues le volvieron a fulgurar las pupilas y pudo apreciarse que trataba de hablar (y es difícil que en el estado en que se había quedado le pudiera salir otra cosa) cuando la puerta tornó a abrir una rendija. Y por allí salieron el Biguá y el Gavilán, uno detrás del otro, como para el matadero. Rodeando, ahora los tres, al comerciante, lo acompañaron cuchicheándole en su retroceso hasta que se detuvo, hasta que metió la llave en la cerradura del cajón y, apoyándose con vigor en el mueble, se dio vuelta, ofreciéndoles el frente.

—¿Más plata? ¡Y tenés cara! ¡Deseando estoy que él se mande mudar; que ya me tiene enfermo con su tanta alegría!

El Hurón insistía, sudando:

— ¡Si eso fue una fatalidad! ¿Cómo va a dejar así las cosas? ¿Cómo se va a ir él, no sólo con su tanta plata, sino también, con la de nosotros?

— ¿Cómo? — resolló él en ascuas. Y se agarró la cabeza—. ¿Con la de qué nosotros, hacé el bien? ¡Con la muy mía, manga de perdularios!

El Gavilán y el Biguá intervinieron, cada cual por cuenta propia:

— Mire, yo le garanto a usted...

— Mire, yo le garanto a usted...

— ¡Sí, como me garantieron hoy! ¡Y ya ven en lo que hemos ido a parar! ¡Lo que ha pasado, miren, es una vergüenza para todos ustedes!

En la "sala", a solas con el abrumado Aperiá, aquel que hasta entonces parecía la cosa más feliz del mundo ahora hallábase sin consuelo por causa del ingrato demorar de sus amigos. Un rato tan lindo como el que estaban pasando y,

de repente, dijeron los tres contertulios: “Compermiso” “Compermiso” “Compermiso”...

— Alguno los ha de haber engatusado con alguna caña... o con alguna butifarra o con pasas de uva... —presentía, triste, tristemente el ex-quesero, cuando le cayó a la mente una idea que no era mala:

— Bueno, coimero, ¿vamos a jugar nosotros dos solos, mientras? Yo le pongo una banquita chica, no más... Cosa de hacer tiempo, ¿no?

El Aperiá sufrió un frío que lo sobresaltó y que le hizo llevar la mano al bolsillito donde guardaba dos pesos solitos. Fue a la manera de quien, en medio de un gran gentío, sintiese de golpe que la ropa se le está corriendo hacia los pies y que, por más que haga, va a quedar en cueros de cintura para abajo. Así que, en vez de contestar, agarró para la puerta, más que ligero. Pero sin librarse del compañero, puesto que, cuando agarró el pestillo y abrió y se asomó, por encima de él y como a babuchas, la cabeza de don Choncho se hizo también presente al público y, para mejor, imploró desde lejos:

— ¡Pero vengan, muchachos! Vamos a pasar otro lindo rato ¡Vengan los tres! ¡Vamos a farrear lindo otro poco!

El Aperiá consiguió darse vuelta. Y se le puso de frente con resolución. Tal como momentos antes había empujado la pesada poltrona, la de los dos amplios posa-brazos, así se le doblaban las puntas de las alpargatas en su estirarse todo contra el vientre del otro para obligarlo a retroceder hasta que se le hiciera posible cerrar la puerta.

Un lastimero:

— ¡Vengan, pues! —fue escuchado junto con el triunfal portazo.

— ¡Bueno, esto ya no tiene nombre! —repetíase para sí el pulpero—. En jamás de los jamases hay aquí más jugarretas. Dígase lo que se diga, por algo están fuera de la Ley. ¿Quiere coimear el Comisario? Pues que ponga banca con su plata... ¡y en su Comisaría!

Así se decía en silencio. Y como quien, en medio de sus desoladas ideas, larga de golpe, y ya deja librada a su propio peso la recién levantada tapa del panteón, agregó, pero ahora con la voz, perfectamente oída por el Hurón y por el Biguá y por el Gavilán:

— ¡Nunca más!

Justo ahí, el de poncho hecho como con una bandera nuestra, desde la "sala" hizo su entrada en el recinto. Pudo distinguirse en seguida al Aperiá. Venía de escolta. Meneando la cabeza, que había puesto casi a la altura de la hebilla del cinto.

Preso de una corazonada, el pulpero salió corriendo y se perdió en el cuarto de sus preocupaciones. Al punto volvió a aparecer con la vela apagada, el brazo extendido para defenderse la respiración de la humaza tufienta.

Orientábase hacia sus recientes camaradas don Chanco, cuando divisó la pálida ristra de butifarras del mostrador. Y se le fue derecho...

— ¡Muito bounito! —había recobrado dom Pedro—.

¡Ah, Banda Oriental ista!

Palmeó en el hombro al Barranquero y, haciendo cantar los grillos del chirriar de sus botas de charol, salió solo por el salón, en un paseíto. Desde sus harapos, el otro don Pedro estaba hacía ratos deseoso de hacerle una pregunta. Como vaciló tanto y, mientras, había seguido observando, ya tenía resueltas las dudas. Por eso, al regreso de dom Pedro, no en tono interrogante sino con admiración, le dijo, lo mismo:

— ¡Eso es seda!

Y, sin quitársela, señalaba con la gorra, estirando el pescezo, el intenso amarillo de las bombachas que en sus repliegues libraba el poncho de dom Pedro.

Muy airoso en sus arrobos, el Chanco engullía una butifarra, reclamaba otra a alguno de los Charabones y, hecho unas pascuas, entre esquivas a la mesa donde antes se sirviera, paseábase del mostrador a una pila de cajones, entre el revolotear de sus listas blancas y celestes.

Pero en uno de sus regresos a la estiba, le dio por seguir de largo... Y de largo fue que llegó talareando hasta la puerta. Ya allí, cierta perplejidad comenzaba a embarullarle un poco la cabeza cuando le llegaron como unas ganitas de irse. Sin esperar a que ellas tomaran su fundamento, ahí, no más, tornó la cara y dijo a los de adentro:

— ¡Bueno, muchachos, hasta más ver!

Le respondió un silencio como de mar. Porque conservaba los murmullos.

El Biguá, el Gavilán y el Hurón, decididos a no perder de vista al loco, tras él alcanzaban ya la salida cuando he aquí que el personaje volvió a aparecer, cruzó entre ellos sin repararlos y, llegado al mostrador, se plantó frente al pulpero, pero sin dejar de mirar al techo, y le dijo con imperio:

— ¡Deme en seguidita unos reales de confites!

No quedándoles otro remedio que el de seguir viaje, los tres fulleros habían traspuesto el umbral. Ya a la intemperie, quedáronse un momento mirándose las caras y, después, instintivamente, se recostaron a la pared.

— ¡Ahora resulta que el que iba a irse está adentro y los que nos tenemos que quedar, estamos afuera! ¡Pucha, qué bonito!

Cuando con su alegría recobrada el Chancho salió en definitiva, el Hurón, el Biguá y el Gavilán permanecieron inmóviles, siempre la mirada fija en la verde quietud del campo, a la espera de que, por sí mismo, el consternante, que iba a pie, se les pusiera en la visual.

Como durante el combate, en ataque de firme, el abanderao avanza también él, dando el ejemplo, así el poncho a listas blancas y celestes, sobre las zancadas, se hundía a veces y reaparecía entre las chilcas. Es que quién sabe por qué razones, desdeñando la enramada, el Chancho había manea-do su tordillo en una islilla de ceibos, lejos, a las cuadras...

El símil acabado de hacer con motivo del poncho también se hizo propicio en el marote del Gavilán al él mantenerse apreciando los puntos rojos de aquellos árboles tan en

flor. Se acordó del finado su padre, infaltable servidor en las patriadas contra el Superior Gobierno. Y del finado su abuelo, ídem. Firme una pierna en el suelo, la otra replegada y con la alpargata como plancha en la pared, igual a sus dos socios, de repente recobró la posición natural y, alarmado, se puso en puntas de pie. ¡Pero no! Las franjas azules y blancas, que habían desaparecido, volvieron a surgir agitadas en el chilcal. Y ahora, ya, en el centro mismo del rojerío, como si aquello fuese un “Paso del Parque” o un “Tupam-bay”.

Entonces se volvió a recostar en la pared, volvió a alzar la pierna y a aplicar a ella la alpargata. Y minutos después, lo sacó de persistente ensimismamiento la comprobación del Biguá:

— ¡Bueno, esto se acabó!

Era que una loma le había salido por las espaldas a don Chanchó ya en su tordillo, y lo tapó.

Abandonando el apoyo, cada cual bajó su alpargata. Y todos juntos entraron otra vez en la pulpería.

Tal era el abatimiento, que al tornarse no les llegó de la izquierda y por detrás de la casa un ludimiento de sables; ni advirtieron, tampoco, al grupo de uniformados jinetes, de carabina a la espalda en su mayoría, que se allegaban a la enramada.

Más que sobresalto, pues, cuando, casi en seguida, irrum-pió, desmontando de un salto el Sargento Segundo Cuervo, grave de empaque, con largo rodar de lloronas a cada paso resuelto.

En el medio del salón hizo una seña al dueño de casa. Y, como del lazo, volvió a salir con éste a la zaga y sin hacerle el menor ruido a la autoridad, porque los pulperos, los pulperos no usan espuelas. Cada cual está en sus cosas. El pulpero compra, vende... Está bien. Pero hay otros que no.

La concurrencia no les sacaba los ojos. Aun los más apasionados temas habíanse interrumpido en seco, labio adentro. Como si de golpe, faltara puente.

— Entonces, usted me garante... —decía en voz baja el Sargento, situándose del lado de afuera de la puerta.

— ¡Como que hay luz, Sargento! Porque aquí no se ha aportado desde hace meses —sostenía el pulpero todavía presa de inquietud. Y reventando de curiosidad, se arrimó y dijo como sin el menor interés:

— ¿Y cómo fue la cosa?

— ¡Un desmán que no tiene nombre! ¡Con un potro lo ha hecho arrastrar al pulpero de “La Blanqueada”!

— ¡No me diga! —se iluminó de contento súbito este otro pulpero—. ¿Y resistió don Peludo?

Un mundo de reminiscencias empezó a levantársele en el magín.

— Resistir, resistió. Ahora, que siga resistiendo, eso es otra cuestión. Si le voy a ser franco, para mí, no sigue.

Ahora fue hacia el futuro que se proyectó optimista la imaginación de este otro pulpero.

— ¡No me lo diga! Y esa casa, ahora, va a marchar como el demontre... ¿Y quién va a quedar al frente de ella?

— ¿Pero usted qué se ha pensado de mí? ¡Vaya y averigüelo usted, si quiere!

Se le apartó dos pasos el Sargento, y arrancaba chispas la mirada que hacía fluir, sostenida, sobre el encogido Vizcachón, cada vez más enojado porque se estaba dando cuenta de que él, desde hacía horas, también tenía esa intriga impropia de su jerarquía.

— ¡Pero amigo! ¿Sabe que usted tiene cosas? Me parece que es con la autoridá con la que usted está hablando, ¿no? ¡Mire que voy a tener que saber yo quién se va a quedar a cargo de la casa! La policía, lo que tiene que hacer, es desenredar una bruta madeja. Porque, como dijo el Comisario, esta muerte, que ya casi hay que dar por hecha, no es una cosa tan inocente como de entrada pareció. A lo mejor la sobrina de él, la Mulita, que es la heredera... ¡Bueno! pero éstas sí que no son cosas de usted...

Paró y echó mano a la pistola. Descubría por la puerta

el asomo de unas cuantas cabezas:

— ¡Para adentro, caracho!

Quedó un momento cabeceando. Y continuó:

— Bueno, pongamé atención: la orden es que usted haga entrar, sin que nadie, entiendámé, ni los dependientes, paren la oreja, a un soldado que voy a dejarle de Imaginaria. Y que lo esconda como si fuera enchapado en oro y plata. Y, así, novedá que usted pesque, me le pasa el dato, y él procederá según las órdenes que tiene. Ya sabe que usted es responsable. Y debe saber, también, que el Comisario anda con una calentura como para que se haga pororó el que lo toque; y que jura y perjura que no está dispuesto a permitir que pase lo de otras veces, que el vecindario y los pulperos agarran la tutoría del malevaje.

El pulpero se puso colorado y, en seguida, con la palidez del muerto. Pero de falso que hasta con él mismo era, pues nunca, nunca fue capaz de hacer ni una sola vez lo de todito el mundo, siempre...

— Esté... —tartamudeó— esté...

Ni el fugaz albor ni la demudación tan intensa que lo siguió fueron advertidos. El Sargento Cuervo no estaba para eso. Llegado a la parte de las instrucciones que el Comisario le impartió para el propietario de “La Flor del Día”, se le despertó la vanidad. Ratos antes, en la Comisaría, se había quedado pasmado al apreciar hasta dónde puede llegar una inteligencia. Y, ahora, deseó hacer pasar aquellas sagacidades como recién nacidas en su cabeza.

— Usted me retira de los estantes las cajas de munición. Hasta las de cartuchos de chumbo, ¡jojo!, porque, aunque no son material de guerra, viene un bruto que no entiende nada de nada y, de bagual, chapa una escopeta y, si lo agarra de cerca a un militar como nosotros, le hace un boquete que... ¡bueno! Y si le tira de lejos, con lezna tienen que pasarse las horas en la Comisaría sacándose los perdigones. Ya sabe, esconda todo como abajo de tierra; y sea quien sea el comprador, usted le contesta derecho que no le quedan ni las cásulas. ¿Estamos? Ahora, atiéndame bien, y haga de cuenta

que lo que le digo se lo entrego escrito en una piedra.

El pulpero adelantó un paso para escuchar mejor. El Sargento continuó:

— Si usted observa que le llega alguno muy mansito y hace su pedido con exageración, pásale el dato al Imaginaria. ¿Nunca lleva más que un quilo o quilo y medio de yerba y ahora se le descuelga con una arroba? Al Imaginaria. ¿Nunca pide más que dos o tres paquetes de tabaco o una miseria de peluquilla y ahora le sale comprando como para ponerle a usted una sucursal...? Al Imaginaria. Y la sal, sobre todo ¿eh? Vigíleme el despacho de sal. Que ahora, hasta a los que andan a monte ya se les hace cuesta arriba revolver el asado en las cenizas.

— ¡Tiene razón! No había caído en la cuenta... ¡pero es claro!

— Al que le pida un despropósito de sal, fileemelo bien, si no es cliente; sonsaquelé el nombre, que es fácil... Y al Imaginaria, en seguida. Esto ya no es sospecha, es una claridá que esa sal va a parar a yo sé cuáles maletas que deben de estar rondando cerca.

La imaginación del pulpero, ajetreada en idas y venidas, ahora estaba clavada en el centro de tremendo estupor. Y de allí, los ojos dilatados de admiración, él consiguió salir, diciendo:

— ¡Pucha que hay que tener marote! ¡Sargento, lo que usted dice es soberbio!

El Sargento Segundo retrocedió dos pasos a fin de facilitar la contemplación, feliz de sentirse como estatua de plaza, de mirado de arriba a abajo.

— Y... sin eso... ¡no hay Autoridá!

— ¡La fresca! ¡Qué cabeza! —le daba hasta por el cuello, en gratas ráfagas—. Y eso de la sal... ¡Pero es claro! Después que a uno se lo dicen. ¡Seguro! Eso de tener todavía en esta época que revolcar el asado en las cenizas... ¡Pero, pero eso es divino!

El Sargento Segundo Cuervo esperó, siempre callado, ha-

ciendo así comodidad para que el pulpero siguiera hasta que se cansara. Y cuando éste calló, él, sin ganas ningunas, recorrió los dos pasos y le dijo:

— Bueno, don, esto está muy lindo; pero usted se hará cargo, yo tengo que cumplir con mi deber. Cualquier cosa de las que le expliqué se produce, y ya usted me le está pasando el dato al Imaginaria, que es ése sin carabina, el de la panza salida, al que todavía, como usted ve, no se le ha podido agenciar un uniforme completo.

Seguido por el pulpero, que recién se había dado cuenta de la presencia del piquete marcial, se adelantó hacia la enramada. Casi al lado de un grupo de cabalgaduras, y al cobijo del solazo, los cinco milicos —cuatro de ellos en bandolera la carabina— permanecían montados. Uno era el Recluta Carpincho.

— ¡A ver, vos; echá pie a tierra, maneá ese malacara, que es nervioso, y te me ponés a las órdenes del señor!

El que con algún desacomodo descabalgó al punto, tenía hasta los ojos el quepis, al cual no seguía la correspondiente chaquetilla sino un saco de particular tan rabón que dejaba ver en todo su contorno al cinturón, del cual pendían una canana vacía y el sable de vaina abollada y ferrugienta. De reglamento, sí, eran las bombachas y las botas.

— ¡Maneá de una vez, te digo!

Estaba siendo bastante estorbado por su arreo militar, el Recluta. Su total falta de costumbre hacía que el sable se le metiera por delante al agacharse y pretender ceñir la manea a su malacara. Se incorporó, al fin, soplándose las cejas, y se cuadró, bien atrás la cabeza.

— Obedecelo al señor como a un jefe. Y si él te da algún aviso para la Comisaría, te vas, pero muy derecho, sin contestarle a nadie ni a su “Buen día”.

Prominente el vientre por el rígido erguimiento, el Recluta era todo oídos.

— No te preocupés si deshacés el malacara. Tené entendido que nadie te lo va a echar en cara. Ahora no es cuestión de eso sino de llegar como luz. Cuanto más ligero estés, más

te vas a lucir, tenelo presente.

El Sargento Segundo Cuervo estribó y quedó en seguida hecho monumento. Y adrede permaneció un momento así.

— ¡Hasta más ver! —se despidió cuando decidió encabezar la marcha. Y tomó al trote y, en seguida, al galope.

Los Soldados Comadreja, Cigüeña, Guazubirá, Cuzco Bayo, recién se movieron cuando el superior iba ya a media cuadra. Es que la idea de lo lindo que ante sus copas estarían los del mostrador los había absorbido completamente.

También quedó un momento inmóvil el pulpero. Luego, le hizo señal al Recluta de que se dirigiera hacia atrás de la casa y allí lo esperara. Y entró a su comercio.

Un silencio tan tenso, tan tenso lo recibió, que hasta bien pudo escucharse el rumor de sus zapatillas.

— ¡Con permiso! ¡Con permiso! ¡Con permiso!

Mientras se abría paso, al Vizcacha lo embargaba una sensación que no sabía de dónde le venía, pero que obligaba a perder terreno a la imagen del Sargento para dejarle reinando nada más que una de las cosas que éste le revelara.

De pronto, riéndose solo, se dijo en lo íntimo.

— ¡Sí, esa casa, sin don Peludo al frente, se va barranca abajo!

No advirtió en ese placentero ensimismamiento que todas las miradas se le afirmaban e iban acercándole los respectivos cuerpos. De rodeado con ansias, era ahora él como carozo en sendero de hormigas.

— ¡Qué esperanza, caballeros! —marchaba respondiendo a diestra y siniestra y hacia su retaguardia, también—. Completamente nada ha pasado, que yo sepa. El Segundo Cuervo anda de recorrida, no más. Y como somos como hermanos... ¡No, qué esperanza! Demoramos hablando de cosas, solito...

Pero ni por los más en tranca fueron aceptadas estas palabras.

Y sucedió lo de siempre en casos semejantes desde que el mundo es mundo. Tal como en la noche van y vienen y se borran y vuelven a presentarse los bichos de luz, así los

nombres del Peludo, de Don Juan y hasta el de la Mulita en seguida estuvieron en el aire.

¿Quién fue el primero que sospechó la verdad? ¿Cómo demonios comprobó después su certeza? ¿Y a quién se la confió primero? ¡Vaya uno a saberlo! Y, por otra parte, no tiene importancia eso. Lo cierto es que hasta los

— ¡Barbaridá! —

del anciano Carancho eran pulsados, desde ese momento, por la circulación de la noticia. Concentrado previamente en torno al Vizcacha, el gran borbollón se transformaba en pequeños remolinos que ésos era la dispersión de los ponchos del público al volver a sus respectivos apoyos y a sus asientos a poco abandonados.

Quien de nada se enteró fue el Loro Brasileiro don Pedro. Pagado su gasto, entre un revolotear de colores, sin ver y sin ser visto por el civil y por el militar de la conjura, hacía ratos había montado a caballo para enderezar sin apuros hacia la Estancia donde aquel día tenía resuelto almorzar y hacer siesta. Mirando y mirando las pasturas, las aguadas, los montes, el estado del ganado, trotaba... Contento, él. Haciendo algún cálculo, de cuando en cuando. Su sombrero escarlata iba bien a la nuca. Su parejero, tapado de plata y oro, llevaba montura con baticola.

En el salón, el Barranquero don Pedro, de tanto apretar un recién regalado billete de un peso, lo tenía hecho trapi-to. A su lado, sin salir del sopor que le estancaba las vistas, estaba don Lechuzón, extraviado de sus compañeros en aquel mundo, a su regreso de una urgente salida que tuvo que hacer a cambiar las aguas. Al Barranquero le inquietó la accidental compañía. Y se le empezó a zafar con sigilo; que las horas del día son largas y un peso es mucha plata, sí, pero siempre que no haya que compartirlo. Y más con un barril sin fondo.

Como el patrón todavía no había dado autorización para empezar la taba, consciente de que el público se encandila en la cancha y nadie, mientras le quede un cobre, vuelve a

dejarse ver en el mostrador, el embretamiento hizo necesario que uno de los Charabones llevara dos mesas más, con sus sillas, al salón. Y que de la cocina se trajera el banco largo.

De nuevo quedó el Vizcacha tras el mostrador. Agarró el lápiz y se lo puso en la oreja. Agarró el Libro Diario, lo abrió a dos manos y le asomó toda la cara arriba... Retiraba su lápiz, hacía como que hacía un apunte, lo tornaba a la oreja... Algunas veces levantaba la vista hacia el techo, la suspendía allí y, ligero, como para no volver a olvidarse, se ponía otra vez a escribir... Después, sin cerrar el libro, sin guardar el lápiz, se puso a tararear, a tararear... despacito fue quedando de espaldas, de espaldas... y se hizo humo.

Al patio, en partes, le formaba toldo un alto parral de racimos maduros. Al cruzar ante la puerta de la cocina se detuvo el patrón. Dentro de una bata abollonada y de una pollera como de miriñaque, con pañuelo blanco a la cabeza, una chancha negra se inclinaba sobre la enorme olla del fogón en el suelo, revolviendo su potaje. Y una nutria vieja y otra muchachona, las dos de luto, también tocadas con pañuelos, se empeñaban ante la mesa poblada de fuentes. Sobre un asiento de masa de pastel ya posada en los inmensos recipientes, la primera nutria depositaba cucharonadas de brillante picadillo y, después, lo extendía. De inmediato la nutria joven, que trataba de madrina a la mayor, cubría el relleno con nuevas capas de masa, y a filo de cuchillo les emparejaba los salientes con el contorno del plato, para disponer al punto en el borde del conjunto un labrado ribete. Al más mínimo descuido, la ahijada levantaba el hojaldre y, furtiva, se engullía pasitas de uva o la aceituna, no más, que quedara en descubierto...

De pronto, a esta última se le fue la gula. Porque, aunque fingió no haber visto al patrón, tenía presente de cuerpo entero, recortado en el marco de la puerta como pintado adentro de un cuadro. Y lo oyó exigir con severidad:

— ¡No se me demoren!

Había quedado don Vizcacha muy satisfecho de la rápida observación; mas él consideraba siempre que es bueno no

dar demasiada tranquilidad a nadie; que ésa ha sido la causa de echarse a perder mucha gente cumplidora.

— Aunque la aglomeración va a ser mañana —agregó, pero, eso sí, ahora como un padre— ya esta tardecita la gente que queda lejos empieza a caer a hacer reunión y distraerse hasta la madrugada, cosa de ser de los primeros en refistolear la llegada de los parejeros. Esos pasteles ya tendrían que estar en el horno. Se sirven calientes, y ya la gente se me llena con nada.

— Pero mire que en su cuarto ya usted tiene la primera hornada, don Vizcacha —aclaró la negra al sacar su pala de la olla y secándose el sudor con el dorso de la manga—. Hicimos primero los rellenos de natilla y de dulce de zapallo, que cuestan un triunfo enfriarse. Principalmente los de zapallo, que es un fuego.

— ¡Ya sé! ¡Estaría bueno que recién empezaran! Mañana habrá un mundo para la comida... No me mezquinen el huevo batido. Bien enchumbado ese hisopo, ¿eh?, así nos quedan lindos de vista...

Iba a seguir hablando mientras abandonaba la cocina, cuando se interrumpió. Era que, más allá del jardín del patio, al lado de la batea de abajo del tala, descubrió al ventrudo Recluta en irreprochable posición militar parado en medio de un charco de blancuzca agua de jabón.

— ¡Mire usted si ese mozo no podría haber elegido otro sitio para cuadrarse a esperarme! —dijose para sí. Y retomó el hilo de la conversación de adentro, con las peonas:

— ¿Y sacaron los matambres?

— También ya los tiene prontos. —Y al tiempo que la negra volvía a hundir la pala en el potaie—: ¡Han dado un poder al caldo! —agregó— ¡Está, de fuerte, que va a hacer sudar al que lo tome!

No la oyó don Vizcacha. Y no sólo porque ya estaba en el patio sino porque la cocinera y él hablaron a la vez.

— ¡Mire dónde, dónde se ha parado esta autoridad! ¡Si me quedo un rato más, brota!

Pero el paso que avanzaba hacia el Recluta volvió atrás: y

el pulpero, fruncido el entrecejo, se asomó por segunda vez a la cocina.

— ¡Ah! ¡Ojo! Les prevengo que en las idas a la despensa no tienen nada que procurarse en el dormitorio —dijo extendiendo los brazos y afirmándose a dos manos en el marco de la puerta—. Miren que a esa puerta la voy a cerrar de firme. Yo quiero echar una siesta —confió con intención— y ahora voy a dejar la pieza a oscuras. Que esté fresquita y que no invada el mosquerío. ¡No me vayan a andar forcejeando la puerta, les digo!

Fuera ya de la visual de la cocina, se detuvo. Y por no delatarse a algún mirón si se internaba demasiado en el patio, hizo señas al Recluta de que se aproximara. Pero éste, en posición de firme, permaneció hecho piedra, rutilantes al sol los trechos no herrumbrientos del latón del sable, el saco de particular como esponjado por lo cortón y por lo abultado del vientre y de los bolsillos, el quepis encasquetado hasta los ojos y hasta la nuca.

En vista del fracaso, el Vizcacha lo llamó con la mano.

Más que inútil.

— ¿Es que me han dejado un soldado o un ciego?

Ante tamaña intriga, el Vizcacha se olvidó de que alguien podía verlos y salir propalando en el salón que la pulpería estaba con imaginaria. Se rascó la cabeza. Pensó un poco. Alzó despacio todo el brazo y, de golpe, lo bajó hasta las rodillas llevándole todo el cuerpo. Para un ojo observante, tal pronunciada advertencia equivaldría a lo que un grito para un oído.

Esperó el efecto.

Más que infructuosa la maniobra, otra vez. Como si el mismísimo Coronel Puma con su Plana Mayor le estuviera pasando revista, el del sable siguió de estatua. Entonces, con vivacidad, el Vizcacha tornó la cabeza en la dirección que parecía mirar el Recluta. Y al ver lo que vio, a todo lo que daba corrió hacia el horno.

En torno del borde de la tapa con firmeza sostenida por

el puntal de la pala de hornear, fugaba en procura del cielo un humo negro.

Pisando el desparramo de cenizas y brasas apagadas, el dueño de casa retiró el sostén, sacó, dificultado por el calor, la tapadera, y a sacudidas desprendió de su reverso las ahora llameantes arpilleras de atascar las rendijas del aco-ple... Por suerte estaba mediado el balde. Entre toses y estornudos, a toda velocidad, metió los trapos en el agua, los sacó y, sin escurrirlos, volvió a aplicarlos a la parte de atrás de la tabla... Y con ésta, recelando que la elevada temperatura le hiciera aflojar las manos y largarla con el consiguiente desastre, obtuvo que la tórrida boca quedase otra vez cerrada.

Permaneció mirando si no habría novedad. Después, también se miró las manos, y las llevó a frotarlas bien hundidas dentro del balde. Mientras para secarse se acariciaba con ellas a lo largo de los pantalones, e iba, asimismo, recobran- do la calma, de súbito se acordó del Imaginaria. Y dio vuel- ta y enderezó al charco donde, siempre tieso, permanecía el funcionario policial. Contenido el aliento, éste ya rompía a paso militar para salirle al encuentro, cuando se paró porque antes se paró el otro muy alarmado por el ruido de las naza- renas. Bastó un momento de concentración para que el Re- cluta interpretara las imperiosas señas que se le ostentaban: Orden de sacarse las espuelas despacito, sin alborotarlas más... Orden de “ ¡Mucho ojo con el sable!”...

Y se llevó la mano a la visera del quepis, haciendo la ve- nia.

En ascuas bajo la zozobra de que tantas dilaciones permie- tieran descubrir al vecindario su impuesta solidaridad con el Gobierno —aunque, si no, ¡mirá qué lindo!; lo menos, cepo con él, o estaqueada— el Vizcacha, medio encorvado ahora entre un macizo de achiras por no hacerse tan presente, es- peraba el cumplimiento de la operación. Vio que, siempre perturbado por el entrometerse del sable, quedaron al fin en el suelo las espuelas del Recluta. Observó cómo éste las reco-

gía y las sostenía en vilo; y vio que, con la mano libre siempre tranquilizando al sable contra el cuerpo, quedó como haciéndose retratar.

Entonces el pulpero se dio vuelta, levantó el brazo, lo bajó horizontalizándolo con el suelo para señalar la meta, y se puso en movimiento.

Llegado al umbral de su dormitorio, el Vizcacha dio media vuelta cerrada y, sin sacar los ojos del Recluta, se introdujo de espaldas, muy despacio, cerciorándose a cada paso con el talón de no topar con algún obstáculo. La maniobra se hizo necesaria a fin de que el conducido no le perdiera de vista a su índice hecho palito sobre la boca.

En efecto: fue entonces que el Carpincho ya avanzó en puntas de pie. Pero, entonces, le chirriaban las botas...

Sin dejar su retroceso, el pulpero tuvo que estirarle el brazo y bajarle y subirle a compás la mano bien abierta, para aconsejar que bien, pero bien de plano asentase al marchar toda la planta.

Ya dentro de la habitación también él, el Recluta empezó a aspirar hondo. Y cual al sonámbulo se le cerraron los ojos.

Era que, a pesar de su puerta trancada, un penetrante olor a manjares fluía del otro cuarto.

A corta distancia, el patrón esperó un momento. Mas en vista de que los párpados del miliciano no se levantaban, tomó la decisión de acercarse, tocarlo y hacerlo recuperar. Le era preciso que el Imaginaria abriera los ojos, ya que él tenía muchas señas que hacerle respecto de cuando se quedara solo. Pero todavía sin establecerse el contacto, el otro ya se puso en condiciones de verlo. Pues había disipado a su arrobo el hacerse presente en sus dos manos el peso de las espuelas y del sable, al que había retirado de su cadenilla cuando no consiguió que se quedara quieto. Buscaba con la vista un sitio donde posarlas de una vez. Antes de llegar al dilatado lecho —ése fue el lugar elegido— casi rueda al trábárselle las piernas en una damajuana llenita de vino hasta el tapón, a juzgar por la resistencia que ella le opuso.

Callado, es decir: de manos y brazos quietos, el patrón

aguardaba, paciente. Hasta que recibió una dócil mirada. Y él pudo, así, iniciar sus recomendaciones. Con el pulgar de su derecha por encima del hombro, empezó refiriéndose a la presencia peligrosamente cercana de las de la cocina, para lo cual hizo, al respectivo costado de la cara, unos avances y retrocesos con aquel dedo. El Recruta tomó la cosa como que el patrón le decía que podía servirse, no más, cuando quisiera, de los manjares que se seguían denunciando a su olfato desde la pieza de al lado. Y pensando que para el pulpero no sería gravoso que de aperitivo, él se bebiera antes alguna cañita, presa de creciente entusiasmo sonrió agradecido y se animó a destacar también bien su pulgar para en seguida volcárselo sobre la boca. Con cabeceos repetidos aprobó, gratamente sorprendido, el propietario. Interpretó que su interlocutor le aseguraba que estuviera tranquilo respecto de las de la cocina; pero que, por su parte, él temía a la posibilidad de la llegada, por el lado del patio, de algún borracho capaz de meterse en el cuarto como la cosa más natural del mundo. Bajo el asombro de advertir tanta previsión en aquel tan joven militar, el pulpero sonrió con tranquilizadora suficiencia, retrocedió sigiloso hacia la puerta por donde llegaran, y le mostró, fundando en ella el dedo, la gruesa aldaba capaz de aguantar los empujes de un ariete.

No pudo menos el Recluta de hacer una reverencia, creyendo que don Vizcacha le comunicaba que quedaba de dueño de casa. Y como el pulpero estaba hallando bien desinteresada satisfacción al comprobar la penetración del Imaginaria, le empezó a nacer cierta afectuosidad. Midiendo que el sagaz Recluta tal vez debiera permanecer horas y horas encerrado, al mismo tiempo que se prometió llevarle de vez en cuando alguna cañita se puso como cataplasma la mano extendida toda sobre la mejilla, la mantuvo un ratito así y, después, acostó cara y mano hacia el hombro, emparejando afectuosamente los ojos. Significaba así, sin ambages, que le ofrecía su vasta cama para reposar los huesos.

Al punto, y con violencia, el Carpincho sacudió negativamente la cabeza. Pensaba ofrecer absoluta seguridad de que

— ¡no faltaba más!— de ninguna manera él se daría allí al beberaje hasta el punto de quedar durmiendo la mona.

Después de esto, ambos interlocutores, cada cual mediante una larga sonrisa bien doblada en las puntas, expresaron su perfecto acuerdo y que ya estaba todo dicho. Y mientras de agradecido el Recluta se “cuadraba” haciendo la venia, el propietario abandonó, contento, el recinto y atravesó el patio. Tarareando bajito se aproximó a la cocina. Pero cuando iba a pisar el umbral lo incitaron a seguir de largo los rasgueos de una guitarra desconocida, que desde el salón surgían más que armoniosos. Y el optimismo que ellos acentuaron le atrajo una rememoración.

— Sin el Peludo —se dijo entonces— y en manos de la sobrina, la pulpería se va al suelo. Lo que es esa Blanqueada se va a quedar... ¡negrita!

Al entrar halló que en ángulo de la pulpería, de espaldas a los bocoyes, y con un taburete por asiento, se exponía a la contemplación cierto Venado cubierto por un poncho negro del que surgían, negras, las bocamangas de la chaqueta, como eran negras sus bombachas de merino, por lo cual resaltaban el blanco pañuelo al modo porteño, “serenero”; el “panza de burro” gris clarito, y las espuelas y las alzaprimas de plata. Y no había duda de que no era por duelo sino por preferencia que así vestía; porque además del pañuelo blanco no ostentaba “luto” en el sombrero. Ni tampoco tenía bordes negros el pañuelo de bolsillo que, en una ocasión, apareció entre los pliegues del poncho y acarició la frente alta.

Fundada en el suelo, la guitarra se le recostaba dulcemente a la pierna.

— ¡Pucha! ¡Me aparezco justo en el descanso! —exclamó para sí el Vizcacha.

En efecto: el cantor bebía a pequeños sorbos su caña, posaba el vaso en el taburete que adrede tenía al lado, se inclinaba después a su izquierda para atender con afectuosa cortesía al coimero de la casa, el joven Aperiá de la golillita

negra. Que éste, cuando se inició el canto, en puntas de pie y con un banquito de ceibo en la mano lo había llegado para sentarse a su vera todo oídos y todo ojos. En ese momento, después de remolinear un poco en su intimidad, el mozo se animó y le había dicho:

— Si no tiene inconveniente, y disculpe, ¿después no haría el bien de cantar otra vez la décima de “La blanca luna”?

— Es que es linda, ¿noverdá?

— Sí, señor. Y era la preferida de la finada mama.

— ¡Ah, usted es huérfano!

— Es verdá. Y de un pasmo acabo de perder a un hermano.

— ¡Anda en la mala, compañero!

— Es verdá; sí señor.

— Bueno, le haré el gusto. Pero al final. Y diré que es a su pedido. Si no, quién sabe lo que cree la gente. Capaz de pensar que soy como los pájaros, que siempre cantan lo mismo.

El diálogo fue cortado, sin querer, por el Barranquero, por don Pedro. Como los años lo habían puesto curioso además de cegatón, meciendo sus colgajos se fue hasta los barriles, el pescuezo estirado a fin de llevar bien adelantados los ojos. Y se les hizo estaca enfrente al Venado y a su admirador. Observó la guitarra; como si el guitarrero fuese otro objeto inerte, lo observó, también... Y cuando empezó a darse cuenta de que con aquel figonear estaba haciendo un papel:

— Con el permiso de usted —le dijo en menudos parpadeos. Y se sacó la gorra.

Aquellas sus botas ya no le servían más que para resguardarse las canillas; por esto se retiró con marcha apagada, de descalzo. Y tornó al rincón donde el viejo Chimango, que no advirtió su ausencia, contemplaba con un poco de preocupación al aun más viejo Carancho. Es que a éste, la música, como siempre, le había producido una exacerbante susceptibilidad. Se le antojó, igual que en otras oportunidades artísticas, que la gente de la pulpería se le había puesto en contra. Y que esa hostilidad de hijos de puta estaba mereciendo que él empezara a puñalada limpia.

— ¡Bueno, compadre! —intentaba calmar el Chimango, intuyéndolo todo—. Si acaso, si acaso... ¡no escuchamos más y nos retiramos!... ¿Bueno, compadre?

— ¡No, señor! —roncó el otro viejo—. ¡Faltaba más!

— Porque si nosotros nos retiramos...

— ¡No, señor! Dejeme no más a mí. La música está linda. Y no me voy a privar de una cosa que me gusta tanto a mí por esta manga de perdularios, ¡sepa usted!

Pretendía lanzar a todo el mundo miradas provocativas; pero para escurrirlas por entre sus párpados cada vez más caídos tenía que echar la cabeza tan atrás, que quedaba como haciendo gárgaras.

— ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, compadres?

Era el Lechuzón quien, al llegar, ya apreció la preocupación de su compadre Chimango.

— ¿Qué pasa? —repitió.

— No... La música... —musitó éste con riesgo de ser oído por el hecho furia.

— ¡Ah! ¡Pero se le pasa! Cuando él se pone así, le viene asma. Y entonces ya busca para afuera, y entonces se le pasan las dos cosas.

— Pero es que reciencito medio quiso hacer de armas.

— ¡No me lo diga!

Alarmado, el Lechuzón se abocó al Carancho.

— ¡Compadre, usted se me está atacando del asma!

— ¡No, señor! —aspiró hasta las verijas el Carancho, casi reventando el cinto. Y ya buscó la puerta, a los rebufes.

— ¿No se lo dije? ¿No se lo dije a usted, compadre Chimango? No hay que perder la tranquilidad. Después vuelve hecho una seda.

La mayoría de los parroquianos aprovechaba el intervalo. Algunos movilizándose hacia el mostrador, otros haciéndose llevar los vasos con alguno de los dos Charabones, bebían de apuro, cosa de no incomodar o de no tener que estar aguantando las ganas cuando se reiniciara el canto.

Y se trababan diálogos que, algunos, habiendo partido casi de al lado mismo de la guitarra o del corazón del cantor,

ahora orientaban lejos del instante y de la misma pulpería. Es que aflojando la atención momentos antes tan bien regida por el arte del Venado, el pensamiento de la revolcada del Peludo intentaba ejercer otra vez de lleno su intensa seducción. Pero, por otro lado, aquella clara voz tan emotiva, aquellas escalas que ha poco revolotearan frente a las imaginaciones y, juntándose en acordes como ramas, buscaban descanso y tornaban a mecerse entre las nubecillas del humo de cigarros y charutos; sí, aquellas escalas seguían incitando ansias de trepar por sus tramos tras el canto hasta ir a asomarse a apreciar algo que no se ha visto nunca, pero a cuya tibieza bienhechora se sabe que en alguna ocasión todos le hemos quedado muy cerca. Se había creado en todos los corazones, pues, la atracción de dos polos antagónicos...

Aunque se nos acuse de redundantes, digamos en el afán de decirlo mejor: La acción funesta, aunque justiciera, de Don Juan tenía la virtud de proyectar la fantasía hacia un inmediato futuro de sablazos, de tiros, de sangre, con algún paisano en el cepo o mandado a las estacas, aunque, eso sí, con el tendal de milicos para siempre privados de poder contar el cuento. Pero desde el principio de su voz la guitarra obró al revés justo. Como siempre, aunque la estrechen con torpeza, por más que los dedos de la derecha arañen en demasía y los de la izquierda trasteen, ella, como toda guitarra, impulsaba hacia atrás, hacia lo que fue, en quienes la escuchaban desde las rodillas del de negro. De este modo, con baquía singular, ella hacía esquivar a cada parroquiano todo lo que de rísipido y de malo, de hosco y de cruel le supo la memoria, para intentar que él mismísimo siguiese, siguiese más atrás y más en pos de sus ecos. Y a unos y a otros internaba, así, en la dirección de los tristemente perdido; en la de aquellas cosas que alguna vez nos despertaron el deseo imposible de atajarlas y, con ellas, atajar la hora en que fueron; razón por la cual la pena de saber que no lo lograríamos nos hizo, a cada oportunidad, sentir como a injusto enemigo el amanecer de un nuevo día.

En aquel preludiar que, ahora, reinició el trovero, la casi totalidad de las mentes, a la aparición, dijimos, del pulpero, se hallaba como a horcajadas en el instante. Por un lado, ganosas ellas de continuar, derecho no más, con el imaginar de inminentes vicisitudes: sacando y volviendo a meter en su lecho de dolor a don Peludo, situándolo otra vuelta tras el mostrador de "La Blanqueada" o, las más de las veces, acomodándolo entre cuatro tamañas velas con crespón, para seguir la fantasía, en la agorera oscuridad de la noche, por sobre un tropel de caballos y un chispear de facones contra machetes, a la súbita iluminación de los pistoletazos. Pero no era muy lejos en el porvenir lo que podía irse el deseo por ese declive. Un nuevo reclamo de los rasgueos en este silencio ahora tan dócil de "La Flor del Día" y, ya otra vez, ese atrayente calor de rescoldo, de vagos e insistentes prometerse el regusto de cosas buenas, embelesadoras y queridas que en alguna ocasión cruzaron sin parar por la existencia, incontenibles, reiteramos, cual si un gran viento apurado y sin fatiga e indiferente las arreara y las arreara con destino muy remoto.

Aparecido el dueño de casa precisamente cuando cantor y guitarra callaron juntos, los postreros ecos que alcanzaron a llegarle al patio no pudieron disiparle lo más mínimo del mundo bizarro que le venía pronunciando sus relieves en el caletre. El remate, ya, de "La Blanqueada", en la que él, el pulpero de "La Flor del Día" hacía ratos que se hallaba metido, y no de mirón sino interesándose activamente por mostradores, por estanterías, por muebles, por servicios de loza y de vidrio, y por la balanza, pues estaba decidiendo dejar la casa como sucursal de la suya, ya que el punto era espléndido; aquellos "¿Quién da más?", "¿Quién da más, caballeros?", y aquellas terminantes bajadas de martillo; ese trajar en el presumible remate con los bienes de la herencia del Peludo, si se moría, presentábansele al Vizcacha al lado de estos sus presentes parroquianos ansiosos por volver a escuchar al Venado, y de quienes se le anticipaba al meditabundo comerciante la imagen de su reclamarle potajes, loco,

matambre, pasteles, empanadas, dulce de toda clase, envuelta tal visión en el barullo del mascar y del sorber...

— Trabajo unos añitos más... vendo todo o, si no, pongo un habilitado, que a lo mejor es mucho mejor, y me radico en el pueblo. Compró casa, compró muebles, compró coche y dos caballos de tiro que sean un jaspe, me hago ropa de medida... ¡y soy un pachá!

Pero ya la guitarra estaba otra vez entre los brazos del cantor.

— ¡Pucha, qué lindo está hoy todo! —se dijo don Vizcacha irreflexivamente, pues se le fueron, de golpe, de la memoria tanto el Sargento Segundo Cuervo como el Imaginaria Carpincho. Y no sólo estos. A los primeros acordes, que apenas eran un indeciso preludio, todito lo bastante feúcho que, muy campante, estaba alentando en la imaginación del pulpero, se puso como arriba de un terremoto. Porque a él el canto y, sobre todo, la música, le desmoronaban y le barrían de la memoria tanto lo que a flor de ella, no más retiene, como los viejos fantasmas de la conducta personal que con el tiempo uno consigue hundir casi como lejos de sí mismo, al parecer; pero que, por la más, la más estrecha rendijita que se abra, se vienen y se nos plantan ante los ojos y empiezan a acusar y a sacarle a uno todos los trapos al sol. Tal como quien, por más que haya sido un desacomodo vivo, viene de esos pagos al pueblo sintiendo con todo motivo que ya está bastante cargadito de años y, de pronto, ladea la cabeza en dirección de la Iglesia al escuchar el buenamente llamar de las campanas, y aunque siga, no más, por esas calles y se aleje, el magín agarra por su cuenta para el lado de las torres, así, de esta manera, una guitarra bien pulsada lo ponía al Vizcacha hecho seda.

A medida, pues, que la guitarra insistía en sus escarceos, el pulpero iba distinguiendo, cada vez mejor, apariciones dulces y de las cargadas de melodiosas reminiscencias que ninguna relación tuvieron jamás con aquellas que en el desparramo se le desaparecieron más allá del horizonte de su conciencia. A la candidez de una media luz de aurora o,

más bien, de atardecer, surgíanle muy gratos panoramas llegados bien de arriba, tal cual si, hasta entonces, por tanto, por tanto tiempo hubieran estado tímidamente guarecidos adentro de nubes o, mucho más alto, aún, atrás, atrás de ellas, en el cielo puro, mismo, a espera de alguna hora mansa para descender hasta nosotros sin riesgo de nosotros; sin temor, pues, a una mancha, sin inquietud por un desgarrón, sin temor a una herida.

Casi con la levedad del peine cuando se rasca la cabeza; pasivo adentro y dispuesto, fuera lo que fuera, a dejarse hacer, el Vizcacha pulpero no sacaba los ojos de quien, en el taburete, de pierna cruzada, retiradas ahora las espaldas de su apoyo en los bocoyes, con la diestra remolineaba acordes justo en la boca del instrumento, mientras su izquierda resbalaba por el mástil para temblar hecha alita al detenerse, igual que, cuando se hinca en lo firme, desvanece su fuerza la flecha.

Tal como en el húmedo calor del hormiguero brotan las ninfas y, tímidamente, ponen su rutilación de alas recientes junto al negro orificio del conducto sin resolverse a volver adentro y sin tenderse tampoco hacia el claro acogimiento del aire de la mañana, así, de esta manera, sin saber qué rumbo tomar, rumoreaban, rumoreaban aquellos apagados sonos estriados por las lascas metálicas que la prima semejaba producir. Y cuando ya parecía que entreabriendo la urdimbre confusa iba a aparecer un estilo ensimismado, un federal ceremonioso o la desaprensiva arrogancia de una milonga, el trovero interrumpía, ponía más tensa, entonces, una cuerda o, si no, con levísimo giro, a una clavija bajaba de tono, mientras como pensativo llevaba de un lado a otro la mirada. Pero no era, por cierto, vaguedad de la atención lo del Venado. ¡Al contrario! El quería lanzar su canto cuando aquella abigarrada concurrencia quedara hecha un solo, oscuro corazón. Así, como haciéndose rogar, sus ojos recorrían en apreciación bien ostensible la pulpería entera: sus piezas de tela, sus cajones de mercaderías,

aquel desfile de gauchos mirados de abajo de las botas pendientes del cordel, para hacerse más minucioso —porque allí, sí, se distrajo un poco, ¡claro!— sobre el colgar de frenos, pretales, fiadores, cinchas, rebenques y, aún, sobre aquellos dos recados de cabezada de plata y oro que, recuerden los lectores, eran un sueño. Esto no significaba, de ninguna manera, repito, dispersión, inconducente devaneo en el desconocido. Quien allí estaba era un payador muy dueño de su oficio, alguien sabedor de que no se disipa de golpe el mundo que puebla la mente del auditorio si se pretende con eficiencia poner otro en su lugar. Hay que ir entrando sin apuro, como quien no quiere la cosa, en el ánimo del que pretendemos que se nos entregue. Del mundo a que se intenta sustraerlo, siempre, hasta en el mejor de los casos, quedan cosas rezagadas, sobre todo aquellas que, por su peso precisamente, son lerdas, tardas en incorporarse a sus compañeras ya en salida, las cuales, a lo peor, se arremolinean a su vez, vuelven atrás, esperándolas, si es su destino estar todas juntas. En ocasiones, debe aguardarse a que se arranquen estacas muy enterradas en la mente, o a que a las tales insistencias se les revienten como cabrestos. Así que es una necesidad dar tiempo al tiempo. Se rasguea, pues, se interrumpe uno como para esto o para lo otro...

Cuando otra mirada por el recinto permitió al cantor advertir que ya tenía a todo el público a su merced, se acomodó con parsimonia en el asiento, se compuso el pecho... y su cabeza casi posó sobre la guitarra.

Acordes insinuantes brotaron en sucesión. Aparecía una melodía y, antes de tomar cuerpo, ya llegaba otra muy diferente y le hacía pantalla. Y a su vez ésta ya se iba a cortar sola cuando tenía que pagar caro las que recién hizo, pues era tapada por rasgueos arrolladores...

Y ahora sí se inició desahogadamente un estilo. Y llegado el momento de aparecerle la voz, el payador tuvo la sensación de que algo acababa de ocurrir.

Como los demás, miró también hacia la puerta, el argentino.

— ¡Buen día para todo el mundo!

Muy a la nuca el sombrero, alguien transponía con lenta arrogancia el umbral. Detrás, apareció otro. Era más bajo, llevaba el viejo chambergo a los ojos y su paso, a la primera mirada, apareció inseguro.

Tal como cuando el sol empieza a calentar se ponen a la vez todos los girasoles a mirar hacia abajo y al este, y, luego, van tornando desde sus tallos, e irguiéndolos, para no perderse nada de la gran rutilación, así las caras de los concurrentes se habían dirigido hacia la puerta, y, ahora, iniciaban el movimiento contrario, a medida que los recién llegados se internaban en el establecimiento.

— ¡Don Juan! —exclamó el patrón cual si de súbito lo estuviesen alzando del techo.

En todos los rostros, inestable por la gama de sus matices, flameaba una expresión de asombro.

Por las imaginaciones, dominadoramente, el Peludo de “La Blanqueada” volvió a irrumpir y a cruzar a gritos de susto, en vano queriéndosele sentar al potro, a su vez aterrizado, que lo arrastraba del lazo. Y en todas las mentes se agolpó un chasquear de machetes contra facones, un volar de quepis bajo enceguecedores ponchazos, el salpicar de cuajarones de sangre sobre la resignada quietud del pasto.

Seguido siempre por el Zorrino, Don Juan se aproximó al mostrador, apoyó el codo con deliberada indolencia, aunque atento el oído al más leve rumor, pidió dos cañas al patrón todavía como agarrotado, y se situó de espaldas y tendió con firmeza la mirada por la concurrencia, al tiempo que el Zorrino, vaciando su copa de un trago, se dirigió al encuentro de su aparcerero Carancho. Al enfrentarse, alzáronse los ponchos para darse la mano muy serios y, sin haberse dicho palabra, ya salieron con trabajosa lentitud, como la de carretas cargadas hasta el techo, adonde estaba esperándolos otro gran camarada, don Chimango.

Pareció que dos de los viejos agarraban a los besos al recién llegado. Era que, cada cual en un oído, le empezaron a cuchichear. El Zorrino estaba bastante en tranca; pero, aunque hubiese llegado a la pulpería hecho un rocío, tampoco habría atado cabos por más buena cabeza que tuviera.

Así que retrocedió un paso y dijo:

— ¡Parensén, señores; que cuando una cosa entra por un oído va a dar justito al mismo punto que la que llega por el otro... ¡y se estorban! Empiece primero uno.

Y el uno fue su compadre Chimango. Embarullándose, reveló que a “La Flor del Día” llegó con una partida el Sargento Segundo Cuervo; que supo decir que al Peludo de “La Blanqueada” lo habían dejado en las últimas; que la Autoridad estaba segura de que el causante era Don Juan; y que para éste escaparse iba a tener que ser brujo; y que otros destacamentos se empeñaban en refistolear todo el pago.

— Comuniquesele a Don Juan —terminó— y digalé que tanto yo como mi compadre Carancho y como mi compadre Lechuzón, al que no hemos consultado pero que no precisa consultas de éstas, estamos a las órdenes.

— ¿Y qué es de la vida de ese aparcerero?

— Allá, arriba de los tercios de yerba, está el amigo Lechuzón. Descansa un rato.

— Sí, él estaba con nosotros, y dijo: Voy a descansar un rato.

Presas de muy grande intriga, el payador se mantenía inclinado sobre la guitarra. Así, le fue dado apreciar que al mostrador parecía que le habían colocado un poste atrás, como arbotante, tal la rigidez del pulpero. Vio a algunos parroquianos acercarse con afectada gravedad al recién llegado; vio que eran recibidos con gentileza pero sin dar lugar a otra cosa, aunque una vez sonrió; vio que al retirarse cada cual mantenía —y más acentuado— el aire que había traído. Y al cabo de un momento, el cantor vio también que las miradas del conjunto, tan orientadas hacia aquel que estaba ordenan-

do le llenaran otra vez el vaso, ahora volvían de a una a posarse sobre él y su instrumento. Entonces, con un dejo de fastidio, no contra alguien en particular, hay que decirlo, sino fastidio, no más, se compuso el pecho, y ladeó la cara a fin, sin embargo, de proyectar el resplandor de una sonrisa sobre el joven Aperiá, quien retiró sobresaltado la mano del nudo de su negra golilla y le sonrió, a su vez, conmovido por aquel inesperado testimonio de aprecio. Luego, el trovero empezó con resolución. La metálica vocecilla de la prima estriaba en plateado vivo el fondo como de color gris pizarra que tendían los bordoneos... Y entraron a tallar la segunda y la tercera; éstas, sí, como nervios que cantarían... cuando un grave acorde les pasó por encima y les impuso silencio. Y se cortó la voz del payador, sola, igualita a esa forma ajustada y ciega para todo lo que se ve, y riesgosa y siempre anhelada, que sobre el alambre cruza el aire del circo, entre la tierra y el cielo.

Ya ven que soy forastero;
sé que entre extraños estoy;
y lo más triste es que soy
hasta en mi tierra extranjero.

Pero hoy de esta "Flor" quiero...

— ¡Soberbio! —estalló la exclamación del dueño de la aludida "La Flor del Día", bruscamente reanimado.

... Pero hoy de esta "Flor" quiero
los perfumes soberanos;
y por eso, parroquianos,
siendo de firme y de fuerte
el amor como la muerte,
vamos a estar como hermanos.

Todo oídos Don Juan, se impacientó al ver acercarse al Zorrino entre el ruido de sus espuelas. Traía el aspecto muy grave.

— Juan, me acaban de noticiar mis compadres que la partida del Sargento Cuervo...

Cual a una mosca que se espanta con la mano, así lo interrumpieron un gesto de Don Juan y la voz del payador. La guitarra ya estaba cumpliendo con la imposición de llenar ella sola la pausa entre décima y décima. Después, siguió en pianísimo para no turbar ni el menor matiz expresivo de las palabras que descendían a posarse sobre sus sonos.

No importa que sea un momento,
y, después, nos separemos,
ustedes, entre serenos
goces, yo con mi tormento;
alumbra en el firmamento
sólo un instante la estrella,
y aunque se apague, ya ella
nos ha denunciado el rumbo,
y la oscuridá del mundo
no puede borrar la huella.

Volvió la guitarra a asumir la responsabilidad de mantener suspensa la atención del público mientras el payador organizaba su pensamiento para labrar los diez versos de la estrofa siguiente:

— ¡Gran verdá! —se dijo el más flaco de los Charabones dependientes de la casa quien, a medio camino del mostrador, en alto su bandeja vacía, tornada la cabeza, se había detenido y escuchaba con la tranquilidad de un cliente—: Se ve que él ha sufrido mucho...

Al lado suyo, una voz aguardentosa y al parecer con muchos años de uso se le dirigió, aunque como hablando consigo mismo:

— ¿Te das cuenta que éste nos está diciendo todito lo que no nos dábamos cuenta? ¿Te estás dando cuenta de que nosotros no nos damos cuenta de nada y de que, en un redente, oímos un canto que parece que no tiene nada que ver con nada de nosotros y resulta que es la explicación justita de la otra que nada de nosotros todos?

— ¡Pare don! ¡Y repita, que me lo perdí! Uste dice que...

— ¡Callate, caray! ¡Escuchá! ¿O te crés que estoy de maistro tuyo?

El Zorrino, por su parte, insistía:

— Mirá, Juan, que la cosa se va a poner que arde...

— ¡Escuche, amigo! — cortó enérgico Don Juan.

Es que el Venado retomaba el canto. Narró sus desgracias: la muerte que hizo en buena ley, en unas carreras, para castigar al gracioso que adrede derramó la canasta de pasteles de una pobre vieja que con ellos se estaba rebuscando un poco; la persecución de la policía, su matreada, su encuentro con una partida —y otra muerte más, un Cabo; y un milico mal herido— defendiendo su libertad...

Era tan sincero el acento, tan semejante resultaba el motivo del “compuesto” con lo que Don Juan sabía ya escrito para él, que éste se sintió como replegándose en su corazón presa de un ansioso, diríase asimismo altanero impulso de abrazar al desconocido y, estrechamente juntos, mirar con desdén al mundo de los mezquinos y los débiles, en el orgullo de comprenderse diferentes.

La clientela, el patrón, su personal escuchaban recogidamente. Con ese estirarse de los pastos cuando, después de días y días, vuelve otra vez el sol, ciertas sonrisas a ojos emparejados empezaron a dilatarse en la pulpería; pero esto no rezaba por cierto para don Chimango, muy inquieto con la creciente iracundia contra el mundo que la emoción del canto ya estaba provocando en don Carancho. En cuanto al Zorrino, éste había obedecido a Don Juan y atendía y no entendía nada, porque a cada estrofa intentaba infructuosamente hallarle un sentido aclaratorio, ya que no se explicaba cómo, por el goce de escuchar aquel canto, su primo iba a despreciar la revelación de que en su búsqueda acababa de abandonar el establecimiento la “partida” del Sargento Segundo Cuervo.

El payador había advertido el efecto que estaba produciendo en el parroquiano atrayente. Intrigado, ahora lo observaba con disimulo y franca satisfacción al pasar los ojos del techo al encordado.

Entre los murmullos admirativos, rebotó un:

— ¡Barbaridad! —

salido de donde estaba acantonado el Carancho con sus aparceros. Era que el Zorrino había al fin conseguido decidirse y, dejándose de músicas, tornó para anunciar el desairado fracaso de su misión.

El viejo Lechuzón no se conmovió. Hacía ratos permanecía ajeno a todo. Como si él no fuera ya sino algo con dos vidrios redondos y medio doraditos por ojos y, más abajo, nada más que un poncho de botas. Pero el Chimango y el Carancho mantuvieron unos gestos con el Zorrino. Y todos quedaron graves, mudos, tal como si en un oscurecer, de sopetón, cuatro iglesias se sintieran enfrentadas.

Un entrevero al cruzar cierto paso, narraba el cantor... Fogonazos en la noche... Y otra vez el errante buscando los pajonales para echarse a dormir con la cabeza para el lado de la entrada del sol y el cabresto del caballo anudado a una masiega... Y los montes, al fin, inmensos del Río Negro... Y el descenso hacia el sur, siempre alerta, a los meses, para seguir su destino de cantar, de cantar hasta la muerte...

— ¿Quién será? —se preguntaba el trovero, mientras tanto. ¿Quién será?

Por eso, con los ojos fijos en Don Juan, casi recitando, terminó:

Agradezco la atención
que todos me han dispensado.
Y quedo reconfortado,
si no hay... equivocación;
porque al oír mi canción—
por ella oyéndose hablar—
un corazón singular
se aproxima, me parece...
y para siempre me ofrece
confiado su palpitar!

Siguió un acorde enérgico. Y como quien, con palabra

decisiva apacigua un corazón a rebato, así se apoyó en el en-cordado la palma bien abierta del payador, quien debió abandonar la guitarra y ponerse de pie, ceremonioso, porque Don Juan acudía hacia él de brazos abiertos.

— ¡Mucho gusto, caballero!

— ¡Mucho gusto, caballero!

Un momento estuvieron bien estrechados aquellos gau-chos lanceados por la adversidad. Los parroquianos, que ha-bían estado atendiendo de párpados entornados, ahora que-daron todo ojos. Pero pronto una de aquellas miradas se fue separando del punto de general confluencia como si se hu-biera sentido intrusa y no quisiera que las otras miradas la estuvieran viendo: la del pulpero don Vizcacha, quien se de-cía con amargura al retirar su llave del cajón de la plata y metérsela en el bolsillo, resuelto a abandonar el despacho:

— ¡Esto va a ser un desbarajuste! Pero, ¿y qué otro reme-dio tengo yo, sabiendo que me encajan una estaquiada, si no, o capaz que les da por afusilarme, derecho?... ¡Pucha, yo no me conformo!... ¡Qué música, amigo, y qué canto! Y nombrando a “La Flor del Día” y todo, ¡parece mentira!

Delante hacía ratos que tenía servida una gran copa de caña para llevarla al Recluta conjuntamente con la noticia de que debía marchar a dar parte a sus superiores de la pre-sencia de Don Juan. En la inclusión de la copa él no advirtió que, sin duda, obró el deseo de retrasar un poco su propia salida del recinto prestigiado; porque esto de que un pulpero sirva sin que se le pida —y hasta derramar, y gratis— no se ha visto. Y tuvo la satisfacción de demorar otro poco, no más, aún, porque el Avestruz recién aparecido le golpeó en el mostrador con una moneda de plata. Y allí no había más que él para atender, pues los dos Charabones dependientes se habían quedado junto a la guitarra como si fueran otros tantos privilegiados: otros clientes. Era tuerto de un tajo que se perdía bajo la gorra de vasco, el llegado. Venía de rebenque a la muñeca, chiripá y poncho color canela.

Lo que nunca, el pulpero esta vez sonrió al tuerto mien-

tras cumplía la retrasante maniobra de frotar el vaso con el repasador antes de ponérselo delante y junto a la botella de medio litro de vino seco. Y luego de abrir el cajón, hacer el cambio, volver a cerrar y a quitar y guardarse la llave, nuestro abrumado don Vizcacha asomó la mirada para apreciar si alguien no estaría también por pedir algo. Pero lo único que vio fue brillar los ojos del Hurón y del Biguá y del Gavilán, las miradas hechas tensas líneas de anzuelo en el del vino.

En el rincón de la guitarra recién aflojaban los brazos Don Juan y el Venado, palmeándose las espaldas. El Aperiacito, la mano sin advertirlo en el nudo de la negra golillita, por educación había retrocedido dos pasos.

El Venado se sacó el sombrero. Y manteniéndolo a la altura del hombro, se encaró con la concurrencia.

— Con el permiso de ustedes, caballeros, voy a atender un momento a este amigo. Y después, si tienen gusto, les voy a hacer lo que puedo. O un compañero mejor que yo, y que está afuera, les hará escuchar lo suyo.

En su embeleso, el Loro Barranquero se pasó con premura a la diestra su billete de un peso, y él también se quitó la descolorida gorra y la puso en alto. Los asistentes cabecearon aprobatorios. Nadie se sentía con palabras para terciar en la ocasión. Y si alguno las tuviese, ¿quién sería capaz de acordarlas con fundamento bajo aquel turbión en que llegaban del fondo del ser, como tropillas de un regreso lejano, recuerdos ya casi perdidos, vagos clamores trayentes de la cincha imágenes de quién, sabe qué dulzuras tristes, al tiempo mismo que el Biguá, el Gavilán y el Hurón aprovechaban las circunstancias para irse acercando como distraídos al tuerto Avestruz recién llegado?

— Bueno, vamos a tomar asiento — invitaba Don Juan.

— Si me permite, antes voy a darle a conocer al que viene conmigo.

— ¿...?

— Con permiso... Con permiso, caballeros...

Salió el Venado hasta la puerta y desde allí hizo una seña

hacia afuera. En cuanto se dio vuelta y volvió a Don Juan, ya era seguido por un Gato Montés de chaquetilla amarilla a manchas negras, chiripá y botas claras, daga a la cintura y dos pistolas atravesadas adelante. Su aire de pocos amigos, su andar resuelto le abrieron paso con facilidad a través del público.

— Le presento a este compañero —dijo el Venado a Don Juan. Y luego—: Y usted, Montés, aquí tiene un amigo nuevo que es ya muy mucho para mí.

— ¡Caramba! ¡Tanto gusto en conocerlo! —dijo Don Juan.

— Para lo que guste mandar. Y con su permiso, señor, me retiro a la enramada.

Sin esperar el “ ¡Es suyo!”, el Montés ya salió entre el ruido de sus nazarenas para ganar, callado, la puerta. Su larga mirada iba inquiriendo adelante y a su diestra y a su siniestra, sin el menor disimulo.

El Venado percibió la curiosidad pintada en Don Juan y, entonces, aclaró:

— Sí, tenemos que andar siempre alerta. La policía se pasa la palabra de un pago a otro. Para el que está fuera de la ley no hay nunca descanso... Canta, también, y bonito. Cuando uno se presenta al público, el otro vigila, afuera.

Don Juan pensó en su primo. Y una por presentárselo al payador y otra por alejarlo del beberaje, diciendo:

— Con permiso, un momento —salió hacia el ángulo de los cuatro viejos. Pero antes de llegar se arrepintió. Y regresó meneando la cabeza. Había escuchado desde el grupo una voz aguardentosa y provocativa, que barbotaba:

— ¡Nosotros los antiguas como usted y usted y usted, nos hacemos respetar aquí y en cualquier terreno!

Le bastó con esto. Sin embargo, más se hubiera alarmado de haber podido oír lo que siguió:

— Está bien. A Don Juan tenemos que dejarlo tranquilo, que se distraiga; que bastante calentaderos de cabeza tiene, el pobre. El plan corre por cuenta nuestra. Y desde ya les

digo a ustedes que soy del parecer de hacer trinchera en el mostrador, en caso de ataque.

— ¡Buen plan!

— Y cuando avancen a pecho descubierto...

— Y nosotros haciéndoles una descarga, que es útil para raliarlos antes del cuerpo a cuerpo...

— Y uno parapetado atrás de los bocoyes, con fuego cruzado...

El Venado estaba esperando a Don Juan, ansioso por recibir sus cuitas y, a su vez, por abrirle su propio corazón. Bien juntos los taburetes, con otro al frente en el que uno de los Charabones posó dos vasos de ginebra, tomaron asiento, se arreglaron los ponchos sobre las rodillas... Y aquellas dos vidas en infortunio se pusieron a prosear.

Nada hay que ate más que un dolor semejante. Hasta parece que, de lejos, ya aquellos corazones sometidos al mismo peso cruel se hacen señas, para los demás invisibles. Y ahí tienen ustedes cómo, en una gran reunión, en una pulpería, en un baile, en un velorio, de repente uno siente que lo están mirando... Y mira también él... y se topa con un desconocido del que descubre como atrayente misterio en la frente. Y ya miles de pensamientos brotan, se disipan... Y ya les viene a los dos ganas de hablarse... No sabe cada cuál ni de dónde es nativo el otro. Y sienten ambos, sin embargo, que les está naciendo un vínculo de los que no corta sino el filo de la guadaña de la Flaca Vieja. Empieza, entonces, la voluntad de acercarse y de tomar asiento juntos, a fin de darle largo y tendido a la sin hueso. Ocasiones ha habido en que un criollo más "derecho" que hilo de plomada, sin embargo ha soltado "guayabas" como cerros, en una pulpería. Es que no hallando por dónde entrarle a un forastero dueño de ese distintivo que no se sabe en qué consiste ni en dónde lo luce, se le ha aproximado lo más caballero para decirle: "Voy a ser curioso, y disculpe: ¿Usted, por la cara, no es de los tales de tal parte?" Claro que el otro responde que no. Pero ya se ha pasado la picada, y la conversación se

trenza, aparte de los demás, como cuando dos hermanos se encuentran después de años de andar en pagos diferentes: hasta en las risas un salobrecito de lágrima. Allí en aquel rincón de "La Flor del Día", Don Juan y el Venado estaban al modo de quien va sacando de un arcón cosas que, por queridas, tuviera guardadas allí mucho tiempo, y a las cuales, de repente, le ha dado por ponerse delante; y se enternece al volverlas a mirar, y viaja con ellas por la memoria... como llevándose a sí mismo a cuestras, triste; triste sí, y de él mismo, como se retira entre las balas a un compañero herido que ya ni se queja.

Un poco más lejos, de allá, de atrás del mostrador, aprovechando que el Avestruz gorra de vasco le daba la espalda, alguien, ensombrecido, se alejaba hecho carro entre piedras, de vacilante, para transponer la puerta que comunicaba al salón con el interior de la casa. La copa de caña en la mano tal cual al aire libre tenemos que llevar una vela prendida, el pulpero pasó el parral, cruzó hecho sonámbulo por frente a la cocina, y fue a detenerse, al fin, ante la fielmente cerrada puerta de su dormitorio. Allí titubeó, todavía.

— ¡Es que si no hago la denuncia me ligo una estaqueadura... que no me va a dejar un güeso en su puesto!

Ladeando cauteloso la copa y casi pegando el cuerpo, llamó. Pero con el resultado de quien, en el cementerio, se golpease las manos ante un panteón.

Con un poco más de energía, repitió.

— ¡Se ha dormido de rendido, el pobre!

A la tercer tentativa, ahora violenta, el pulpero oyó el conocido crujir de su lecho.

— ¡Sí, ha estado rendido!

Lo que nunca, sentíase tierno el patrón. Porque había traído hasta la puerta como una pena por sí mismo nacida momentos antes, en el mostrador, cuando la imaginación se le iba, se le iba llevándolo por entero y lindamente hasta lejísimos en el espacio y en el tiempo, y tuvo que hacerla retroceder a su presente tan de golpe.

— Ahora se toma su cañita el pobre Recluta... y sale a cumplir con su deber.

Cuando, detrás de la copa y de una sonrisa, ya iba a introducirse por la rendija que la puerta le abrió talmente como si ella, de costado, también sonriera, don Vizcacha retiró su mano a modo de quien la metió en el fuego. Lo que le había llegado no fue olor a vino, fue como si con un buche de vino le hubiesen soplado a la cara. Y ante él apareció el Recluta, “cuadrado”, haciendo la venia y con cada ojo como vidrio al que le han echado el aliento.

— ¡Ah, pero usted me ha andado con la damajuana! ¡Ah, pero y qué grasa es ésa y qué güevo con azúcar que tenés hasta en las niñas! ¡Ah, pero vos has andado también con los matambres y con los pasteles y con...! ¡Ah, pero yo no he visto jamás una cosa de éstas!

Ladeada la mano que portaba la copa, se había cruzado todo lo que pudo, de brazos, el pulpero. Por su parte, como escupida tenía ahora de chata su vista en el piso, el Carpincho. Ante el estupor furibundo presentado delante, de golpe comprendió que aquello de la autorización para servirse de lo que gustase había sido una errada tamaña. Y su mente trepidaba. Para peor, encontrábase atendiendo en su interior a algo así como si las gruesas rodajas de matambre, como si el meloso relleno de los pasteles le retrocedieran a la garganta y, de allí, luego de permanecer un momento bullendo en el vino, juntos se dejaran caer a plomo otra vez al fondo del estómago. De tanta, la saliva se le estaba esponjando en espuma fría.

El pulpero se le empinó como para hundírsele adentro, de cabeza. Pero la brusca aparición en su mente, primero, de cuatro buenas estacas, y, al punto, de tamaño cepo situado en el patio de la Comisaría y, todavía, de unos machetes que se le venían de plancha buscándole el lomo, le hizo decir, a la fuerza:

— ¡Bueno, montá a caballo y marchá a decir a tu jefe que ya está la novedá! Y, oíme bien... ¡ni “de servicio” te me

aparezcas más por aquí! ¡Y ya mismo me voy, por no verte más! —luego de lo cual, en un chicotazo del cuerpo y pensando si podría ser justo que el destino, así, sin darle alce, le estuviera encajando con tanta cosa a la vez, se dio vuelta. Y se encaminó al salón de despacho.

Así como uno no se explica esa marcha del sonámbulo, que va de ojos cerrados y con nada tropieza, así, tan asombrado hubiera quedado el Vizcacha al llegar a la puerta interior de su pulpería, de haberse dado cuenta que en el sinuoso trayecto no vio la porterita del guardapatio, no vio el naranjo, no vio la batea de lavar, no vio el charco, no vio el parral ni la puerta de la cocina; nada vio.

— ¡Qué cosa! ¡Esto es demás!

Y abrió, y entró, y cerró de un portazo.

Una vez que retiró de la silla el sable, y que se lo colgó, el Recluta tomó asiento al borde de la cama. Cual la cabeza de quien se pone a pensar en cómo fue que empezó el mundo, así estaba la suya de hecha un barullo al colocarse las espuelas.

— ¿Pero qué me quiso decir él cuando me hizo las tan patentes señas para el otro cuarto? ¿Pero y él no me aprobó que le hiciera un dentre a la damajuana? Y cuando... acostó... la mano... en la cara...

Se enderezó con alarma. Y atendió a que volviera a caer al estómago lo que de nuevo quería ventanear por el gañote. Con la boca como con llave abandonó el cuarto haciendo eses, sin cuidarse ya más del ruido del sable y de las espuelas.

En la enramada, la vista dominando los cuatro puntos cardinales, el Gato Montés quedó de pronto con el yesquero en la mano y sin chocar la piedra, todo oídos, al escuchar una sonoridad marcial que llegaba como por detrás de la pulpería. En seguida, manteniendo sin encender el cigarro en la boca, llevó la mano a una de sus pistolas, la al-

zó delante de él, y salió al encuentro del rechoncho Recluta, quien aparecía por el fondo de la edificación dándole a la gruesa pared de piedra unas pechadas que sonaban. Como traía tan gacha la floja cabeza, recién se detuvo el miliciano cuando, ya a unas varas, el matrero, en voz más que baja, pero terminante, le dio el ¡Alto!

A modo de quien con delicadeza va soplando, soplando en la punta de dos pajitas sendas pompas de jabón, así se le fueron poniendo los ojos al Recluta... hasta que, de golpe, se le bajaron los párpados e hipó duramente. Entonces el Gato Montés, que lo observaba impasible, enfundó presuroso su pistola y, retirándole, por las dudas, el cuerpo al accidentado, con diligencia se dispuso a atenderlo, empezando por sostenerle la frente.

— ¡Pero usted ha comido y ha chupao, que tiene una fonda adentro!

— Es que... facilité mucho la cosa... ¡y apuré!

El Carpincho no atendía más que a desagotarse. Pero el Montés vigilaba el efecto de los espasmos. De manera que, cuando lo consideró oportuno, soltó la helada frente del Recluta, retrocedió un paso, hizo chispear su yesquero, encendió el cigarro y, al guardar rolo y pedernal, otra vez le volvió a aparecer en la mano la pistola para, otra vez, aboársela al Recluta.

— Bueno, amigo —le dijo como si hablase el mismo hielo— ahora ya usted está que es otro, y me va a explicar el motivo de su presencia y qué órdenes son las que tiene.

En el fondo, debemos decirlo, el Carpincho no era de arrear con el poncho. Mas, en el fondo, también, había quedado del estómago que ya no se le importaba ni del propio Coronel Jefe Político. Asimismo, para acentuar el extravío, se sentía agradecido a la eficiente solicitud del que empuñaba la pistola. Así que, entre escupidas, en cada vez más familiar tono de confianza, le contó todo con pelos y señales. Cuando terminó:

— Está bien, amigo —dijo el matrero—. Entreguemé sus

armas y desemé por prisionero.

Aquí sí que se pasmó el Recluta. Ahora, por fin, se estaba haciendo cargo de su situación. Y advirtió en la dura mirada del Montés, y en los ojos fijos de los caños de la pistola, que no podía hacer otra cosa que obedecer a lo ciego.

Se quitó el correaje con el sable y la vacía canana, se quitó la daga...

— ¡Pucha! —exclamaba meneando la cabezota hasta la mitad tapada por su quepis— ¡esto que me pasa a mí es una vergüenza!

— ¡No, compañero! —respondió como hincado por una espina el matrero mientras, sin dejar de apuntarle, retrocedía un paso para, agachándose y alzándose con rapidez, dejar en el suelo las enemigas armas—. No, señor, esto hoy le toca a usted, y mañana es a mí al que le toca. Pero, creameló, aquí el que va ganando holgao es usted. De su vida, yo respondo; y por la mía... nadie será capaz porque estoy fuera de la ley.

— ¿Cómo? ¿No me diga?

— ¿Y usted cree por un casual que voy a andar haciendo por gusto cosas como las que hago con usted?

Al mismo tiempo que se cercioraba si el prisionero ocultaría armas debajo de la ropa, su destelleante mirada registraba el horizonte. Y, a un tiempo mismo, dudaba entre atar allí no más al Recluta o, previamente, acercarlo a la enramada. El ojo del lado del cigarro estaba cerrado, tanto por el humo como por el esfuerzo de su pensar.

Mientras, una nueva preocupación había asaltado al prisionero.

— Bueno, mire, le voy a ser franco —se resolvió a decir—; por mí, ya lo está usted viendo, no va a llegar nadie de la Comisaría. Pero ahí anda, con su partida como maleta de loco, el Sargento Cimarrón. Y capaz que cae aquí a hacer mediodía, porque es muy comodón; y no es lo mismo que a uno lo conviden a comer en un rancho que en una pulpería como ésta, que es un lujo.

— Se agradece la prevención. Sí, aquí no nos vamos a poder sostener mucho rato, le calculo. Marche adelante, hasta su caballo. ¡No trompiece!... ¡Guarda la bosta! ¡Haga alto...! ¡Dese vuelta! ¡Pero mire qué casualidad! ¡Habían estado juntitos mi gateo y su malacara! Porque en ese malacara lo filié a usted cuando llegaron, ¿no?

Aunque el prisionero no miraba al suelo, había ido avanzando con la cabeza, cada vez más abatida. Al detenerse en el cobertizo, y mientras el Montés, siempre apuntando a su presa, con el brazo libre hacía retirar un poco los caballos para no quedarles peligrosamente entre las patas, el Recluta, sin ver a su custodia porque se hallaba a su retaguardia, reconfió animando la vista y como hablándole al campo, pues era lo único que tenía enfrente.

— Mire, don, le voy a ser franco, ¿sabe lo que estoy pensando?

— Si no lo dice, difícil —le resonó a las espaldas.

El Gato Montés había enfundado su pistola y, por detrás del Recluta, ya estaba ligándole los brazos con un sobeo.

— Mire, usted quién sabe lo que se va a pensar... pero ¿quiere creer que estoy con ganas de decirle si no me lleva?

— ¿Pa dónde?

— Con usted y los de su pandilla.

Como mordido se estremeció de enojo el Montés al oír el calificativo.

— ¡Usted confunde, caray! ¡Yo no soy de andar en pandilla! Yo me he juntao con un buen amigo que se ha desgraciao como yo y como tantos, y que es una seda de persona. ¿Muy fuerte está la ligadura?

— ¡No, señor, valiente!... Y entonces es una lástima. Porque, le voy a ser franco... estar de milico ¡es lo último!

— Eso lo sabrá usted... ¡Mire! ¡Mire! ¿Y qué es esa polvadera?

Miró el Recluta para donde el otro le señalaba. Y de los pies le brotó un trinar estrepitoso porque empezó a patear el suelo con peligro de despuntar las nazarenas.

— ¡La partida, en fija! ¿No se lo dije? ¿Metalé, don! ¡Aviselé a su compañero... y a Don Juan... y a todo el mundo, si quiere! Y, antes, maneemé, no más, señor, para que esté tranquilo de que no juya.

— ¡Me basta su palabra!

Entre el chasquido de sus espuelas, el Gato Montés corrió hacia la pulpería, la cabeza ladeada por no sacar los penetrantes ojos de la nubecilla ya en descenso por una apacible loma, y dentro de la cual tres jinetes se hacían cada vez más ostensibles. Sostenía el matrero la pistola en una mano; pero en la otra, que con premura había metido el ya casi pucho en la boca, alargaba ahora tamaño facón de S en el gavilán.

Cuando iba a llegar al portal, el Montés se paró en seco, permaneció un instante indeciso, envainó, volvió la pistola a la canana... y regresó a toda prisa a donde estaba su prisionero, que se había escondido atrás de los caballos como si también él se hallase con delito y peligrara. Y el matrero quedó con la mirada hecha lezna sobre los que se aproximaban.

— ¿Reparó? — musitó al guarecerse a su vez junto a una sudada anca que, por el decaído aspecto de la cabalgadura, no le iba a andar con quisquillas. No es con nosotros la cosa. Son dos milicos con un preso, no más. Los milicos traen los caballos aplastados. ¿No ve cómo talonean para mantenerles el trote? Y el particular que va como de Jefe, adelante, no es Jefe, es el preso. ¿No ve que los estribos le van sueltos? ¿No ve que no le aparecen los pies? Es que tiene las piernas atadas por la barriga del caballo. Se las han sujetado como para toda la vida. ¿No ve que las lleva hechas arco?

— ¡Ahá, viene preso!... Y están bajando la cuchilla para bien de agarrar el camino de la Comisaría ¡claro!

— Se distingue que es algún ricacho, ¿no?

— ¡Dese cuenta! ¡Mire usted cómo relumbra ese pretal! ¡Y hasta fiador tiene ese tordillo media sangre! ¿Y vio qué poncho más soberbio? ¡Parece que se ha tapado con una bandera! ¡Mire! ¡Mire!. ¿Y no se le hace a usted que viene herido en la cara?

— ¡Y también en el brazo! ¿No ve que lo trae parálítico? ¿No ve que es con la misma mano de las riendas que en el restaño él se pasa el pañuelo?... Bueno, don, venga. Vamos a acogerlos atrás de esos envases. Y si usted saca la cabeza para que lo vean sus compinches, y perdone, tenga la seguridad de que se la parto de un balazo.

— ¡Esté tranquilo, señor! ¡Le soy franco, usted ni se imagina las cosas que están pasando abajo de esta frente!

Arrojó el apagado resto del pucho el Montés, recogió del suelo el sable y la daga del Recluta y, ocultado por los caballos, marchó tras su prisionero.

Igual a dueño de casa que, por el patio o la huerta, anda refistoleando en lo suyo, así el Carpincho tuvo que salir de la enramada: las manos a la espalda, muy inclinado hacia adelante.

Haciendo ambos trinchera en los cajones vacíos, se arrodillaron. Las imágenes de los caballeros evidenciaban ya hasta la broncínea botonadura.

— Sí, don, el de la izquierda es el Soldado Yacú, y el otro, el Distinguido Carao. Mire, le soy franco, a esos los hace apretar el gorro una brisa.

— ¿Y el preso?

— Es el dueño de una quesería que se cerró la vez pasada. Dicen que anda ido de la cabeza... ¡Pero fijesé; no es que lo traigan herido; es que viene secándose y sonándose, a los llantos!

— ¡Loco de atar! ¿Es por eso que en vez de tener el pañuelo con la mano libre lo lleva empuñado con las riendas?

En efecto, trotando delante de su impasible cortejo, muy abatido de cabeza, el ex-quesero, en la forma que acaba de revelarnos el Montés, no se sacaba el pañuelo de los ojos y de las narices, llorando a mares.

— ¡Juí! ¡Juijuí! ¡J...!

Hacía ratos que lo llevaban así, era evidente, porque ya venía muy ronco. Y su tordillo, aunque vivaz todavía, denunciaba por el brillo que estaba tapado en sudor.

— ¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujuí! —volvió a llegarles ya debilitado por la ronquera y el cansancio.

Desde su escondite, oyéndose recíprocamente la respiración, el matrero y su reciente aliado observaban. No los inquietó, por lo habitual, la paradita de orejas de las cabalgaduras cuando el grupo cruzó frente a la tan poblada enramada, desde donde también atiesó toditas las suyas la caballada civil. Menos los alarmó el que hacia ellos se desviarán las miradas de los dos enhiestos patibularios, pues pasaban indiferentes por encima de los cajones del refugio para dar en el ancho portal de la entrada, sobre cuyo dintel no era un misterio que enérgicas letras de imprenta decían: La Flor del Día; y que, más abajo, otras letras, más chicas, seguían con: Almacén de ramos generales. Fonda.

— ¡Juí! ¡Jujuy!

Y pudo apreciarse cómo, vencido aquel momento de melancólico desfallecimiento, volvieron las miradas marciales a recobrar su impassibilidad y a fijarse otra vez en el horizonte, el cual retrocedía a cada avanzante brazada de los equinos, y así iba cediendo a la visual una población, nuevos ombúes, una manguera de piedra, otros montecitos...

— ¡Flor de poncho!

— ¡Sí, señor! Usted se lo saca al preso, lo pone en un asta... y queda usted de abanderao.

— Y el pobre les ha juido por entre algún talar...

— Sí, se lo ha hecho tiras que es un crimen.

— ¡Y vea al tordillo; vea esas peladuras en los garrones! A ese infeliz no son ellos, no, los que lo agarran, de no estar de la mente como usted dijo. ¡Caballo, le sobra!

Meneó tristemente la cabeza el Recluta. Y los ojos fijos, no en el preso sino en el Soldado y el Distinguido —que ahora, y ya borradas por la distancia las carabinas, parecían trotar en el cortejo de un entierro— musitó:

— ¡Pero no le digo que ser soldao es lo último!

— ¡Sí, comprendo! ¡Sí, comprendo! Desemé vuelta, que le voy a desatar los brazos. ¡Sí, usted tiene más que razón!

— ¿No le decía yo a usted... no se lo decía?

— Bueno, ahora desentumezcasé y vamos a seguir juntos la guardia.

Un rumor distrajo la atención ya dispuesta, tal vez, a gratas expansiones. Y al mirar, como mordido, hacia atrás, el Montés se echó al suelo y ordenó simultáneamente:

— ¡A tierra, compañero! ¡La partida se nos viene! ¡Nos ha ganao la retaguardia!

— ¡Pah! —exclamó para sí, aunque fue oído, el ya ex-Recluta.

— ¡Y con ese Comisario Tigre al frente!... ¡Ni la mismísima casualidad me salva de ésta! ¡Y, bueno! ¡Ahora hay que meter para adelante!

Hecho saguaypé contra el suelo, el Montés se hacía cargo de la situación; pero con una calentura negra.

— Agarre sus armas, don. Arrastresé y gáneles de atrás a los envases. Ahora justito al revés hay que esconderse... ¡Es cosa grande, gran siete! ¡Ahora, es al revés!

Todas las orejitas de la enramada se habían orientado hacia el metálico chapotear de tanto sable. Delante del marcial grupo, que no llegaba por el camino sino a campo traviesa, el Comisario Tigre, de tan inclinado, venía a medias oculto por el pescuezo de su estrellero lobuno. Era ésa su manera habitual de sentarse en el recado. Pero aun para el conocedor de la costumbre, verlo a caballo, y sobre todo de repente, daba impresión.

Ya hemos dicho que mientras no fuera al pueblo a tomarse la medida para un nuevo uniforme de servicio, tenía que andar siempre de gala. Por eso, por eso a la viva luz de aquel sol parecía que al lobuno se le había enhorquetado una llamarada. En pos, las carabinas en bandolera, llegaban el Cabo Pato, airoso en un overo rosado y, como palos de indiferentes, los Soldados Comadreja, en un gateado, Gato Pajero, en un picazo, Flamenco, en un tordillo, Aguila, en un rosillo y el otro Cabo, el Cuzco Overo, en su rabicanito.

Igual que si una idea sobrevenida le hubiese hecho percu-

sión y sacado chispas, la mirada del Montés brilló de pronto entre los párpados encapotados.

— Vamos a dejarlos hacer. Y usted verá que se van a ensartar solitos. Dejelós que maneen y que entren, no más. ¿Y cómo se halla ese ánimo?

Pareció que era la voz de la tierra misma la que respondió, porque el ex-Recluta no levantó la cabeza:

— Como para que usted lo aprecie, don, y, después, diga.

—Amigo Carpincho, a hombres como usted no se le ponen dudas.

Y sin mirar a fin de no despegar la cara del suelo, la diestra del matrero, entreabriendo la gramilla al adelantarse, fue a estrechar la del nuevo fuera de la ley.

La intensidad de la voz del Montés se había mantenido apenas audible, como hasta ese instante; pero el tono tuvo un leve trastorno. Aunque recobró su habitual firmeza al agregar:

— En trances peores me he visto, crealó. Y colijo que usted también.

— ¡Si me habré!

Al ex-Recluta se le descolgó a la mente el recuerdo de cuando el finado su bisabuelo —él nunca pudo saber cómo, pues hacía años que estaba ciego— lo pilló al ladito de la cama de matrimonio que después de enviudar el viejo siguió usando, lo mismo, y en la que en aquella ocasión estaba durmiendo la siesta. “¡Yo te voy a dar revolverme en los bolsillos!” “¡Soltá esa chuspa; largá ese yesquero y ese librillo de papel, que te estoy filiando clarito!” “¡Pero qué soba te vas a ligar! ¡Mandésé mudar ligerito p’ajuera!” “¿Trompezastes con las botas? ¡Bien hecho, caracho!” Y ya más reminiscencias escalofrantes empezábanle a tomar cuerpo al Carpincho, cuando se hicieron humo. Fue que, llegada la partida a la enramada, el Comisario Tigre ordenó:

— ¡Alto! ¡Al!... Pie a tierra, ¡hop!

En cucullas, la soldadesca empezó a manear.

— ¡No, caray, Cabo Pato! ¡Nadie afloje las cinchas, por las dudas!

Y el Comisario, que había descendido el último y esperaba que algún milico le maneara el lobuno, se puso a armar un cigarro cuando agregó:

— Cabo Cuzco Overo, agenceemé una hoja de abrojo, que este tabaco es una yesca.

Refistoleando entre los yuyos el aludido se separó.

Pareció que de golpe le soplaron con un fuerte viento al Comisario. Porque se le apagaron los brillos. Fue cuando se acogió a la sombra de la enramada bajo la cual había conducido a su caballo.

— Lo que es aquí —se decía en silencio pero gravemente, observando la caballada— Don Juan no se halla. El que está, y segurito que hecho esponja, es el primo de él. Pero hacerle un interrogatorio a ese manojito de camándulas es tiempo perdido. Será el Zorrino lo que será... ¡y más! Pero, hay que reconocerlo, usted lo...

El Comisario paró en seco al sorprenderse tratándose de mucho “usté”. Entonces, ya se manifestó en alta voz. Pero comprendiendo que de lo que se había dicho a sí mismo no estaban enterados sus subordinados, recapituló un poco:

— Aquí el único que está es el primo de Don Juan. Y dígame de él lo que se diga, hay que reconocer con lealtá que es inútil quererle sacar algo. Ustedes lo estaquean, miren, y no le hacen decir esta boca es mía si no es su deber. Y deberes hay muchos. De este lao de la Justicia, como estoy yo y, sepanló, también toditos ustedes, es una cosa; y es otra cosa, al revés justito, de su otro lao, donde están los particulares. Así que uno hace una cosa bien, y está mal; y otro hace una cosa mal, y está bien. Y hay jueces que han dicho, después de quemarse las pestañas: “¡Que se vaya a la puta el Código!” Y agarran los papeles de la Sentencia y escriben: “Asuelto”. Y ponen su firma abajo... y ¡abur, Perico! Ustedes son jóvenes. ¡Hay que tener mundo! No es que uno apruebe que pueda dar en cara la milicia. Uno lo que quiere decir...

Y fijó la vista, con aire extraviado, en la pulpería. Es que,

de origen desconocido, le sobrevino como un dominador optimismo que puso a su carácter en la obligación de un cambio de frente; de ejercerse, lo que nunca, dentro de los límites de una gran ternura que abarcaba a toditos sus subordinados presentes y ausentes, al colonial edificio de “La Flor del Día”, al apacible paisaje circundante... Y, lo que nunca, él mismo también se estaba agarrando cariño.

—He dispuesto, muchachos —continuó siempre con la mirada buscando mayores lejanías— que el mediodía lo vamos a hacer aquí.

Ante lo persistente de tamaña dulzura en el tono, los milicos se iban quedando cada vez más helados. Y tal como la víbora apelando a sus ondeos va lo más campante entre los pastos y, de pronto, siente que algo le tocó la cola, así la desconfianza se enderezó inquisidora en cada magín, mientras el Tigre continuaba:

— Como mañana el pago está de carreras, hoy han de estar aprontando un servicio, claro que completamente gratis para la autoridad, que ni en la Presidencia de la República. Tanto asado y tanto puchero ya le dan a uno en cara. Este mediodía, yo... pero también toditos ustedes, entiendanmén...

Iba a decir “como siete hermanos” cuando paró, alarmado. Tiró lejos el pucho. Es que se le aparecieron en la imaginación unos lindos panoramas de nuestra frontera con el Brasil; ciertos contrabandistas y, entre ellos, él, él mismísimo cuando joven; y pulperías en donde, contento y lleno de oro, entraba bullicioso el díscolo conjunto; y también le aparecieron los jueces que había mencionado recién: y el gran volumen del Código, caído avajo de un pupitre... Y le vino tan terrible ira con sus subordinados, que lo hizo trepidar; pero que, por suerte, halló desviador cauce en seguida, para su desahogo, al advertir, precisamente, la ausencia de uno de ellos.

— ¡Y dónde, caray, se ha metido el de la Comisión? ¡Ah, al fin aparecés! ¡Qué bonito!

Al “cuadrarse” y mirarlo, el Cuzco Overo disminuyó de estatura. Tomole el Comisario entre el pulgar y el índice la fresca hoja de abrojo... con los otros dedos sacó tabaco de la chuspa... luego puso adentro de ésta la hoja bien abierta... le depositó arriba el tabaco recién retirado... y arrolló bien el todo y se lo guardó en el bolsillo.

Mientras hacía, aquella conmoción furiosa quedó en tormenta de verano.

— Yo les decía a ustedes que aquí vamos a hacer medio día. Y les decía también, me parece, que a la mano de la cocinera de la casa hay que sacarle el sombrero...

Se llevó la diestra al firme quepis como si éste se le hubiera querido venir al suelo. Y vaciló un poco al decir:

— ¡Qué humitas! ¡Qué matambres rellenos o, si no, al horno!...

Vaciló porque la toma de conciencia de estar, ¡ahora él!, de quepis, le atrajo otra vez visiones de su juventud en la frontera. Se vio junto con tres compañeros de cuadrilla, haciendo invadir, no más, el Brasil, y bien conscientes de la barbaridad en que incurrían, a lo menos siete milicos nuestros en fuga.

— ¡Qué car...bonadas! —siguió, haciendo esfuerzos para recuperarse. Y después, con pleno dominio de sí, pero con persistente dejo afectuoso, lo que nunca—: ¡Y esos pasteles, esos pasteles de picadillo! —exclamó ya completamente eufórico—. De otro postre más, muchachos, duraznos en almíbar, que son un bálsamo para la digestión. ¡Ah, les prevengo que no se me enllenén con las butifarras! Para comerlas solas, son un Perú; pero cuando hay otra cosa, ¡ojo! Porque enllenan y, después, ya hay que seguir comiendo a la fuerza...

Armó otro cigarro perdido el hilo del discurso. Su habitual rabia a los milicos tornábale otra vez, oscura pero irresistible ahora. Y se entregó a muy duro malhumor al hacer saltar chispas al yesquero.

— ¡Bueno, vamos al grano! Usté Soldado Comadreja, se

queda al cargo de la caballada, carabina en mano. Cualquier cosa no le gusta y, lo primero, oigamé bien, desmanea y, en seguida, desengatilla.

Atrás de los envases de mercadería, mientras recibía los ecos de la mención de tantos manjares, al ex-Recluta Carpincho se le estremecía el estómago, y una salivita fría humedecía la gramilla que tenía pegada a la boca. Pero al enterarse de que un Soldado quedaría de guardia en la enramada,

— ¡Pah! —exclamó como si no hubiera probado bocado en un mes. Y sin alzarla desplazó la cabeza hacia el oído del matrero Montés.

Al cabo de un momento, le situó su oreja para, a su vez, escuchar, completamente confortado:

— A esta contrariedad del Soldado le daremos su solución.

Retiró la oreja el Carpincho y puso la boca.

— ¡No me lo diga!

Y la sacó y ya estuvo en el mismo sitio y en la misma altura otra vez su oreja.

— Cuando los otros entren a la pulpería, yo atropello, lo calzo a ése, y usted, oigamé bien, agarra el sobeo y me lo amarra. ¿Lo ve allí al sobeo?

— Lo veo, sí señor. ¡Como adrede ha quedado al lao del candidato, parece mentira!

Y el ir y venir de la oreja y de la boca fue interrumpido desde la distancia por el Comisario:

— ¡Bueno! ¡Atención!... Vamos a hacer la entrada con táctica. Total, nunca está de más... ¡Caray, están en la luna! ¡Lindo sería que atrás de esos envases... es un decir...

Al ex-Recluta le vino un frío a la sangre.

—... o de la misma pulpería se les apareciera el que te dije y les meniara bala! ¡Pucha, digo! ¡Tener que estar siempre lidiando con ustedes!

Así, dejando solo al confiado Soldado Comadreja, se separaba de la enramada el grupo marcial: empuñando sus carabinas, los policianos; el Jefe, desenvainado el sable, y, por

darle otra vez el sol, como si le hubieran prendido fuego. El uno como los otros, alzando y bajando con cuidado las botas para acallar a las espuelas. La actitud era más que recelosa. Pero como la idea de la inminente comilona seguía dilatando sonrisas a pesar del ostensible encono del Superior, aquello pareció la entrada a una fiesta de Carnaval.

En el otro sector, ya el Montés, siempre de bruces, empuñaba en la diestra una de sus dos pistolas. Y sus ojos, vueltos hacia el Soldado Comadreja en su guardia, fueron dos piedras de anillo al recomendar al oído de quien, a su lado, aplastaba los pastos en todo su largo.

— Pero mire, ¿eh?, que todito tiene que salir en menos de un parpadeo.

— Esté tranquilo.

— Y cuando me vea mandarme para adentro, usté apura más. Y ya monta su malacara. Que la enramada quede como plancha, de limpia.

— ¡Y no se me vaya a bajar del caballo! Aunque se descuelgue el cielo, usté regresa y espera firme arriba de su malacara.

— Esté tranquilo.

El ex-Recluta había levantado un poco la cabeza. Era una aguja su mirada clavada en el medio del Soldado Comadreja quien, por su parte en el mejor de los mundos, depositaba en tierra su carabina, comenzaba a liar un cigarro entre tenue tarareo, pensando que en jamás de los jamases él cambiaría una butifarra por el más hondo plato de carbonada o por una fuente entera de pastel.

El matrero no respiraba aguardando el instante preciso en que el Comisario y su destacamento desaparecieran en la pulpería.

Entre tanto:

— Cuando yo me enderece —volvía a recomendar todavía a su aliado— y me le voy arriba al milico, usté agarra el sobe y... ¡Ya!

Y saltó el Montés de entre los cajones hacia el guardia.

Cuando éste oyó el ruido y en el aire ya quedó dado vuelta, apretó bien los párpados para no ver tamaña pistola que se le venía adelante de unos dientes descubiertos por la severidad. Entonces, sin intentar ver ya más de lo que había visto, pensó cuál sería un proceder útil, vaciló en la opción de varios... y se decidió por gimotear:

— ¡No maten a un padre! —que era mentira.

Pero, de entrada, no más, ya vio que se le enchastraba el plan.

— ¡Epe! ¡Epe, compañero!

Con cada ojo hecho esfera de reloj de pared, escocido de pudor, él dio vuelta la cara para averiguar las intenciones del que lo estaba toqueteando atrás. Y una instantánea tranquilidad casi le imponía ya una sonrisa, cuando volvió a desolarse al comprender que tenía que empezar de nuevo a urdir planes.

Fue que, y demasiado tarde, advirtió que un sobeo lo iba envolviendo como a matambre; y que, para mayor estupefacción, el de la maniobra era un Soldado, como él. Recluta, todavía, es cierto; pero conmilitón sin ambages.

— ¡Habrase visto cosa tamaña!

Mas la preocupación por su destino personal fue barrida lejos al brotarle un tropel de ardorosas interrogantes que le despertó el griterío producido en “La Flor del Día”....

En su recoger hasta el eco de las voces, era pozo profundo el matrero Montés tratando en vano de identificar la del Venado... Pero no esperó más y se precipitó de la enramada hacia la esquina del local. Desde allí, pistola en mano, bien recostado a la pared, con sigilo fue allegándose a la entrada. Ante cada ferrada ventana se ~~ponía~~ en cuclillas, pasaba, volvía a erguirse, cuidando que no lo fueran a ver de adentro... Y se detuvo, pegándose sobre el punto mismo en que la pared se junta con el marco de la puerta, para aprestar por última vez atención a su colaborador, lo que le trajo la satisfacción de comprobar su diligencia. En efecto: el Carpincho había conducido al prisionero hasta los envases. Ahora, sin

duda por no hacerle dar un golpazo pues los brazos los tenía ligados al cuerpo, primero lo ayudó a sentarse y, después, lo ladeó con la bota, no más, y lo dejó extendido a todo su largo. Una vez perdido el Soldado para toda visual, volvió como luz el Carpincho a la enramada, se puso en cucullas y, sin alzarse, a saltitos, empezó a desplazarse de una a otra cabalgadura, desmaneando... Ahí fue que en su apostadero del portal el Montés sufrió un aletazo de angustia.

— ¡Capaz que ése me desmanea a todos!

Pero; ¡oh! ¡no! un gateado, un malacara: los de él y del Carpincho; un tordillo, un tostado, un cebruno: los del Venado, de Don Juan y del Zorrino permanecieron con las patas delanteras como atornilladas.

— ¡No tiene precio este Recluta! ¿Y ahora?... ¡Pero es soberbio!

Causó este elogio el apreciar que, en un santiamén, el Carpincho puso de frente al campo la caballada desmaneada. Y manoteó del hueco de uno de los recados tamaño arreador, y se enhorquetó en su malacara... y quedó hecho monumento.

Se embebecía el Montés en la contemplación, cuando su atención fue llevada con rudeza al interior de la pulpería.

— ¡Al que me abaje los brazos, le meto plomo! Vayanmé desarmando a toditos. Y ustedé, Soldao Flamenco, corrasé para el flanco y protejamé bien, no sea cosa que alguno agarre a otro de trinchera y por abajo del poncho me quiera hacer una gracia.

Y no perdía de vista a la pareja de Don Juan y el Payador, con el Aperiacito de un lado y el viejo Barranquero del otro. El puño derecho de este último, allá arriba, entre como un hojerío de manos, era muñón, de apretado.

— Si me lo quieren hacer abajar y abrir, al pasar por la boca me meto el peso adentro y me lo trago.

A la orilla de la isla de brazos, otra congoja se había posesionado del Hurón.

— En cuantito me toquen el bolsillo izquierdo —pensaba— me encuentran el “mazo de cincha” y al rato estoy de

cepo en la Comisaría. Y lo de salir de allí descoyuntao no sería tanto. ¡Después, después va a ser la cosa! Se propala la noticia de la encontrada, que se va a propalar, y a mí me toca una paliza o dos por cada encuentro con cada cuál de los que han jugao conmigo a los naipes desde que yo era un gurí.

Iracundos los ojos entre el nacimiento de sus brazos, el Zorrino, el Carancho y el Chimango tenían toda la atención puesta en Don Juan, a fin de subordinarse a su proceder. Y se asombraban de que ninguna mirada él les hiciera llegar con sus instrucciones.

— Ha de estar todavía urdiendo la trama, compadre Zorrino —comentó don Chimango—. ¡Pero yo no aguanto más los brazos!

— ¡Dejemé! ¡Y yo!...

— ¡Qué trama ni qué trama! —roncó el viejo Carancho—. ¿Nos vamos a pasar la vida como queriendo alcanzar quesos de un zarzo? Yo, sin orden de él, no más, abajo los brazos y pelo el cuchillo.

— ¡Cuidao que lo van a oír, canejo!

— ¡Por más compadre que usted sea, a mí usted no me...!

— ¡Pero compadre! ¿En éstas, nosotros vamos a estar en éstas?

El Zorrino, a pesar de su calentura, ayudó a aplacar mirándose la punta de los dedos.

— ¡Sí, compadre Carancho! ¡En éstas, no vamos a estar en éstas!

— Ni tiempo ni balas hay que desperdiciar— susurraba Don Juan al Venado, juntos pero sin mirarse, las altas manos rozando en ocasiones el penduleo de las también altas botas que exponía la pulpería.

— Usted dirige; usted es el conocedor.

— Ya sabe, usted tirelé a aquel altote, que es el de más mal arrear...

— ¿Cuál, y disculpe?

— Aquél, el del quepis a la nuca.

— ¡Ahá!

— El Comisario corre por cuenta mía. En cuanto me abaje al que le dije, usted gana la puerta y me arrastra con usted a mi primo, no sea cosa que se nos quede. Está muy cargado, y capaz que se nos distrae y nos retrasa. En la puerta yo me contengo a los Soldados hasta que, cuando ustedes hayan montado, me peguen el grito...

— Descuide... ¿Pero qué habrá pasado afuera?... ¿Pero cómo me han agarrado dormido a esa avispa?

Desarmaban los Soldados Gato Pajero, Carao, Flamenco. Y con cara hecha unas pascuas, el Cabo Cuzco Overo recibía en un bolsón pistolas, cuchillos, dagas, facones todavía tibios, que sus compañeros retiraban de entre cinto y carne, ceñudos.

— ¿Y esto? A ver, no abaje las manos, ¡caray!

— ¡Es un recuerdo, don, un recuerdo de familia! —sonrió con más que fingido candor el Lechuzón, mezquinando mediante una torsión del cuerpo, la levantada del poncho—. Siempre toditos nosotros defensores de la patria... Revolución sin estar presente el... machaje de la familia entera, ni un caso.

Sufrió una viaraza de indignación el Comisario, que era todo ojos y todo oídos.

— ¡Patria, estás diciendo! ¡Te voy a mandar al cepo, así aprendés de una vez lo que es patria! ¡Patria es el orden, canejo! ¡Un siglo casi, retobándose vuelta a vuelta y dando trabajo al Poder y teniendo como maleta de loco al ejército y a la milicia y a los voluntarios de nuestro pelo!

De las conmociones, pareció que debajo del poncho hacía cosquillas al viejo Lechuzón la mano de un brazo unificado, la cual al punto volvió a la luz del día empuñando esta vez un trabuco con la boca tapada por un taco de fierro.

— ¡Fijate! —indicó de costado el Biguá a su compinche—. ¡Es un cañón de sitio!

El Soldado iba a depositar el arma en la bolsa del Cabo,

cuando casi la deja caer al piso, de impresión de oír gritar:
 — ¡Ponelo despacito, caray! ¡Eso escupe... y a la puta pulpería y toditos nosotros!

— Amigo Venado — musitaba Don Juan — mientras no nos paren vamos a irnos corriendo de a poquito a la derecha. Así nos salvamos de ese desportillado que nos viene derecho y queriendo salirse de la vaina.

— ¿Para que le toque revisarnos a aquél con cara como torta, de mansa?

— Mismo. La segunda bala encajeselá al del portillo. La merece. Siendo cuestión de estaquear a un preso, él siempre se ofrece de voluntario. Para él, el quejarse de otro es una música, crea.

— Esté tranquilo.

— Bajado él, le pela la pistola, agarra a alguno de trinche-ra, y yo me volteo al Cabo, cosa que las armas se le desparra-men...

— ¡Claro! Siendo contra la autoridá, voluntarios siempre sobran en cualquier punto de la tierra.

— ¡Claro! Y sin ir más lejos, ¡mire aquél! el de al lao de la barrica.

— ¿Cuál? ¡Ah, sí! Ese no se va a poder dominar. Ese se desacata.

—Lo que temo es que estalle antes de tiempo... y nos enchastre la cosa.

En efecto: tal como cada uno de los bueyes sumidos con carreta y todo en el pantano sienten al mismo tiempo los aguijonazos de la picana y lo inclemente de su impotencia, y forcejean y siguen quietos, así el Avestruz gorra de vasco se presentó a la mirada de los dos amigos, que ese dulce nombre podría ya darse a la pareja de Don Juan y el Venado. El ojo ciego era la boca del horno ya con el amasijo adentro; pero el bueno se presentaba como cuando aquél todavía tiene la leña prendida y ni miras de llegar el momento de barrerle el piso.

Y afuera, mientras tanto... La enramada entera estaba

convertida en enorme aparato de relojería, con su centro de control remoto, el Montés, pistola en mano, apoyado en el punto mismo donde la pared se junta con el marco del portal de la pulpería.

Hecho un Jefe en su malacara, muy cortas las riendas, el mango del arreador junto al hombro derecho, delante de él muy quietos y agrupados los caballos militares y los civiles, el ex-Recluta tenía la cabeza hacia atrás, fijos los ojos en el distante Montés.

Quien pudo presenciar alguna vez el caracolear del picazo del Gato Pajero y el encabritarse echando espuma del lobuno media sangre del Comisario Tigre; aquel que en el potrero de la Comisaría, presenciando de lejos algunos de los frecuentes simulacros de cargas a sable, apreció los ímpetus del overo rosado del Cabo Pato, del gateado del Soldado Comadreja, del tordillo del Flamenco y del rosillo del Aguila y del rabicano del Cabo Cuzco Overo, tendría que agarrarse la cabeza al imaginar el potencial de energías que allí estaba contenido... y que ahora, ya, a la convenida señal del Montés, fue liberado por el cierre de piernas del Carpincho al rebenquear el mar de ancas y salir, la boca hecha pororó, en pos del alud de cascos, de patadas, de riendas que al ser pisadas se partían como hilos, de brillante reblanqueo de deformes dientes, de ojazos en brasa, de llamaradas de crines, de estribos remedando enloquecidas péndulas... entre un sordo tambor redoblado, al tiempo que el Montés se mandaba para adentro con la siniestra también de pistola, a los gritos de:

— ¡Arriba las manos, lá policía! ¡Y el público que las abaje, no más! ¡Queda libre!

— ¿Vio, amigo Don Juan, lo que le decía? Este Montés no tiene precio. Y esa disparada de caballos que se siente, por algo será.

Aquello fue que ni ensayado con batuta. Y los dos Soldados que ya levantaban inquisidores los ricos ponchos de Don Juan y del Venado, con energía fueron obligados a virar hasta quedar de espaldas y ya estuvieron desarmados y ya sin-

tieron clarito en el espinazo la boca de sus mismísimas pistolas, mientras descendía un bosque de brazos entumecidos y, al mismo tiempo, los enmangados de militar, sin equivocarse uno, se elevaban. El único retrasado fue el Cabo Cuzco Overo. Porque, previamente, él debió depositar la bolsa de la requisa con mucha precaución en el suelo, no fuera cosa que, con el choque, las armas de fuego empezaran por su cuenta los tiros. Además, en dos tiempos debió realizar la deposición pues, la bolsa aún en el aire, lo paró el derramarse en añicos de los vasos y las botellas de una mesa, al impacto de grasiento mazo de naipes que, a su vez, rodó en profusión de cartas.

Apenas posado en el suelo el bolso, hasta él brincó el tuerto Avestruz gorra de vasco, lo agarró de abajo; volcó su arsenal, se apoderó de una alarmante pistola y, pechando Soldados y civiles, enderezó hacia Don Juan y el Venado, quienes también empuñaban ahora sendas pistolas de caballería.

— ¡Siempre persiguiendo! —vociferaba en su marcha—; ¡siempre de jueces... que es lo cómodo!

El Comisario Tigre se hizo arco.

— ¡Que soba, pero qué soba la que te voy a dar cuando te pesque! —se prometió estrechando allá arriba sus manos. Y pasó a contraer consigo mismo otro compromiso espeluznante, pues presenciando cómo por dificultades con el sable despojaban de todo el correaje al Cabo Cuzco Overo, vio, estupefacto, lo que vio—. ¿Pero cómo? ¡Si éste no está que es unas pascuas, no sé qué te diga!

¡ Oh, sí!, en aquel rostro nacía, se desvanecía de súbito como con arrepentimiento, y volvía a aparecer una sonrisa encantada.

— ¡Qué escándalo! ¡Por las cosas que uno tiene que pasar en la vida! —se dijo— ¡Ya vas a ver la... las, las que te esperan, milico de porquería! ¡Son todos iguales, bien digo yo!

— Bueno, pase ahora para atrás, con los otros... Ahora, venga usted.

Era el Venado desarmando milicos mientras Don Juan y el Voluntario Avestruz mantenían a raya, alargadas las pistolas.

— ¿Y usted que está haciendo así?

— ¿Y... yo qué sé?

Así respondió desde el mostrador el pulpero. Era que, por congraciarse con sus parroquianos, él había alzado al tiempo que ellos los brazos, y al ellos bajarlos él dejó los suyos siempre arriba, a la espera de los policiales, pues tuvo la coazonada de que el natural desafecto de sus clientes lo hubiese ubicado entre la gente del Gobierno y podría recibir algún tiro por desacato a los desacatados si no presentaba sus manos a la altura de las del milicaje.

— ¡Baje eso, caray!

Don Juan resolvió apurar.

— Acerquesé —ordenó al Hurón, quien tiró el pucho para cuadrarse militarmente— y haga el favor. Entre los cojinillos de mi tostado hay una maleta plegadita. Traigamelá. Y ajuste bien otra vez la sobrecincha; no se me vaya a olvidar.

— ¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo!

Así se decía para sí el Comisario cuando el Venado le quitó de la cintura el “cabo de nácar” y debió marchar también él al rincón policial.

— Si es que salgo de éstas y llegás a caer en mis manos, para bien de volverte a colocar tus güesos van a tener que sacar cuentas. ¡Te lo garanto!

— ¡Esto si que está bonito, amigo Carancho! ¡Ahora recuperaremos nuestras armas!

— Y Don Juan ordenará el jusilamiento —se alzó entre un ansioso jaderar.

— ¿Aquél abajo de la mesa, diga, no es mi trabuquito, amigo Chimango?

— ¿Quién va a ver tan lejos? Será o no será, compadre Lechuzón.

Regresó el Hurón con la maleta. Y con ella Don Juan se dirigió al mostrador, haciendo un previo desvío para llegar al

Zorrino que con el Carancho, el Chimango y el Lechuzón, avanzaba hacia el arsenal.

— Recoja su daga, primo, y se me aposta en la enramada.

— ¿Y nosotros tres?

Sin saber qué decir a aquellos estorbos, Don Juan vaciló un momento. Y contestó:

— ¿Ustedes? Como estacas, aquí. Cuidandomé las espaldas.

Al recoger su arma, el Zorrino fue vencido por una tentación. Al lado estaba el correaje del Cabo Cuzco Overo con su sable. Contempló el conjunto, lo agarró por una de sus guascas y, sin vacilar más debido al apuro, salió con él medio a rastras, tratando de desasirle el espadón. Al llegar a la puerta, ya bajo el poncho bien sujeta a su cinto llevaba su nueva arma. Y de inmediato fue abocado a una apasionante situación. Veía venir, a galope tendido en un malacarita, a uno de machete que, de las caderas para abajo, era milico y, de ellas para arriba, sin contar la cabeza, que estaba de quepis, era particular.

— ¡Con razón me destacó Don Juan! —se dijo el Zorrino al apreciar la parte policial de la vestimenta que se le venía arriba—. ¡A ése me lo dejo seco de una estocada!

En el salón sus tres amigos trabajosamente habían emprendido de nuevo la marcha hacia el tendal de armas, cuando se echaron atrás, como a palos. Y debieron escuchar entre el mecimiento de sus ponchos:

— ¡Que nadie toque un arma!

Era Don Juan, quien siguió:

— Si no, caballeros, la autoridá se las incauta en cuanto pisemos la puerta y las pone contra nosotros. A ver, pulpero, muevasé y agenceemé dos bolsas para ponerlas adentro. Y usted, Montés, sin perder de vista a los prisioneros vayasé corriendo despacio a la salida.

Más muerto que vivo, uno de los Charabones apareció con las bolsas.

— A ver usted y usted. Ayuden al mozo.

Se adelantaron el Biguá y el Gavilán. Su compiche Hurón recogía del suelo baraja por baraja.

— Y mientras tanto, pulpero, y por favor apuresé, en mi maleta me va poniendo unos quilos de yerba, un quilo de tabaco suelto, no en paquetes... una cuerda de naco y chala y papel... ¡Caray, y sal! ¡Qué cabeza! ¡Me olvidaba de la sal!... ¡Qué es lo que está diciendo usted?

— ¡No señor, yo no dije nada!

Pero había dicho, sí, sin querer en voz alta, el pulpero:

— Ya está. Apareció la sal. ¡Pucha, qué cabeza la del Sargento Segundo!

— Las carabinas... a las carabinas me las ponen en bolsa aparte, con las culatas para adentro. Y no se preocupen porque los caños sobresalgan por afuera. Y ponen allí los sables y las pistolas y las cartucheras de la policía. Todo lo de los particulares va en la otra bolsa. No hagan entreveros. Y consigan piolas y me las atan bien, que no zafen, ¡ojo!

Ahora se dirigió Don Juan hacia los uniformados. El Cabo Pato, los Soldados Gato Pajero, Flamenco, Aguila, etc., estaban tiesos, esforzándose en el estiramiento de los brazos, todos mirándose las puntas de las botas. Para verles las caras primero había que ganarles por abajo del quepis. La cara del Cabo Cuzco Overo, no. Que él, evidentemente entusiasmado, no perdía un detalle del desarrollo de los acontecimientos.

— ¡Qué lo tironeó a Don Juan! ¡Qué cabeza!

— Y ahora, señores —explicó Don Juan— todos ustedes me van a ir pasando por aquella puertita.

Don Juan se introdujo el primero en la pieza de juego. Estaba a oscuras, porque su única ventana, que presentaba al campo gruesa reja, tenía cerrados los postigos. En tinieblas, pues, Don Juan tanteó la puerta hasta dar con la cerradura, y retiró la llave.

— Pasen, adelante.

Bajo las pistolas del Venado, del Montés y del tuerto Avestruz de la gorra de vasco, los Soldados se amontonaron

para entrar. El que atropelló primero fue el Cabo Cuzco Overo, desesperado por curiosear qué pucha había adentro.

— ¡No rempujés vos, caray! —le roncó en voz baja el Comisario—. ¿O te creés que ya no soy tu Superior? Después... tenemos que hablar, ya sabés.

Don Juan ya había retrocedido al salón y debió urgir con su pistola al retrasado Comisario quien, cuando traspasó a ciegas el lóbrego umbral, cerró los ojos como si se deslumbrara, pero por causa de haber advertido clarito que del lado de afuera Don Juan daba dos vueltas a la llave.

— ¡Mal rayo te parta!

— ¿Qué me habló, mi Comisario?

— No, decía, no más... ¿Pero es que ahora no puedo hablar solo, si se me antoja? Bueno, a ver si tantean alguna silla o banco o lo que haya. Estoy envarao... ¿Quién se mató del porrazo?

— ¡Yo, yo mi Comisario!

— ¡Ahá, tenías que ser vos! ¿Y con qué te pechastes?

— Con una cosa que no es ni silla ni banco, pero que estoy palpando que sirve lo más bien de asiento, mi Comisario. Pase usté y esté cómodo.

— ¿A ver? ¿A ver? ¡Pucha, no veo nada! ¡Hablá para orientarme, caray!

— Pase... pase... pase para acá, don... Y paresé, que ya llegó. Toque despacito.

— ¡Pero animal! ¿Vos no sabés lo que es una poltrona?

— ¡Jamás vide! ¡Jamás vide!

— ¡Pero callate, caray! ¿No estás viendo que me vas a hacer sentar afuera y deslomarme? ¿Qué ruido fue ése?

— Uno me pisó y yo refregué algún mueble o eso con la bota y tenía vidrios arriba y se han venido abajo, se ve.

— ¡Ah, bueno! ¡Me alarmó!

— Mi Comisario, y disculpemé la pregunta, y le doy palabra de que no es por curiosidá, no más, mi Comisario, que yo le pregunto...

— Preguntá de una vez, ¡caray!

— Mi Comisario, y disculpe, ¿está cómodo?

Casi se desvanece el Jefe por el pasaje brusco de la cólera a la gratitud.

— ¡Hecho un Presidente, muchacho, estaría yo ahora si no fuese por hallarme en esta situación, preso y a oscuras! ¡Y muchas gracias, m'hijo!

Pero empezó a ser punzado por una sospecha. Y alboreó, otra vez, y fue tomando cuerpo, la ira.

— ¡Miren, miren; si ustedes se creen que se van a distraer a mis costillas en conversación conmigo, están arreglados! Aquí me vuelve a hablar uno, y aunque me mate a los porrazos lo ubico y queda callado para siempre. ¡Como para tertulias tengo la cabeza! Y hay que hacer luz de una vez. ¡Cabo Cuzco Overo!

— ¡Presente, mi Jefe!

Y se sintió una caída. La de la silla que tanteó sin querer hacía un ratito el Cabo, y en la que recién estaba arrellanado.

— ¿Te caíste? ¡Bien hecho! —. Terminó el Comisario de secarse el copioso sudor del pescuezo con su pañuelo y continuó: —Hoy te estuve filiando. Estabas encantado, ¡parece mentira!, de verme como me veías, mostrando los sobacos de la chaquetilla como para que me les vinieran a coser algún trabón. No sabés lo que te espera. Ahora andá hasta tocar la paré. Y, después, palmeandolá, buscale la ventanita que tiene. Y después, abríle de par en par los postigos.

Cuando Don Juan dio las dos vueltas a la llave la retiró, se la guardó en el bolsillo volviendo a su mano derecha la hermosa pistola que había entregado a su izquierda, colocó ésta bajo el cinto y se dirigió al mostrador donde lo esperaban el Montés, el Venado y el tuerto Avestruz, quienes seguían empuñando las suyas pero ya las tenían bajas.

— ¡Apure con los envoltorios, pulpero!

Y aguardó satisfecho del resultado de sus planes.

Naturalmente, ignoraba lo que estaba pasando afuera. Só-

lo al día siguiente, en lo profundo del monte, entre mate y mate, en torno al fogón con su primo, con el Venado, con el Montés, con el Avestruz, con el Carpincho, pudo enterarse de que, al desenvainar el Zorrino el sable del Comisario para hacer frente al supuesto ataque del ex-Recluta, éste, que se le acercaba contento después de haber alejado, sin ninguna equivocación, los caballos señalados por el Montés, clavó en las patas a su malacara, estupefacto, puso los ojos como soles y pegó el grito al hostil:

— ¡Paresé, caray! ¿Pero usted no es el primo de Don Juan?

— ¡Y a mucha honra, trompeta! ¡Bajate y venite, no más!

— ¡Pero entonces cómo! ¿Pero no ve que me les he incorporado a ustedes?

— ¿Pero usted...? No se me acerque, ¡canejo! ¿Pero usted no es Soldado, me va a decir?

— ¡Por favor! ¡No me hable de eso! Sepa que ahora soy tan particular como usted.

De golpe, el sable quedó de punta al suelo. Mas volvió a ser blandido, aunque dubitativamente.

— ¿Pero y qué garantía... me da usted de sus dichos?

Para llegar a destino, las palabras tenían, lo menos, que recorrer cuarenta metros en aquella radiante mañana. Los interlocutores las recibían, las meditaban, las contestaban, pero uno mantenía el sable alejado de su vaina y el otro ni por broma hacía adelantar un paso al malacara.

— ¿Garantía? ¿Pero y no ve que he dejado a pie a la autoridad? ¿Quiere más prueba que ésa?

El Zorrino fijó por primera vez los ojos en la raleada enramada, los desvió después sobre la llanura... y se anonadó.

— ¿Y, qué me dice ahora? —urgió impaciente el Carpincho.

Al fin, el otro pudo exclamar:

— ¡Y qué le voy a decir! ¡Que esto es glorioso! Alleguése, no más. Desde esta mañana, usted siempre tendrá vara alta conmigo.

Se adelantó para apresurar el encuentro con el jinete. Pero tropezó, trastrabilló, se trabó en la vaina del sable al forcejear por sacar la mano izquierda de entre el poncho para atenuar el golpazo... y clavó la cabeza en el pasto. Con el poncho lleno de tierra y de pajitas se paró, con dificultades corrió más atrás el sable todavía de ojos entrecerrados por el atontamiento. Y creyendo que el Carpincho permanecía tal como en su última visión, firme en el malacarita, a cuarenta metros, alzó la voz hasta el grito:

— Pero digamé, ¿y cómo pueden ustedes andar todo el santo día con esto?

Ya llegándole al lado, el Carpincho suspiró penosamente:

— ¡Me lo va a decir a mí!

La imagen de su costalada durante la persecución de la Comadreja ladrona, que todavía lo tenía de cadera pelada, cruzó por la mente del ex-Recluta. Pero se le cortaron los hilos de la evocación al tomar conciencia de sus deberes de urbanidad.

— ¡Buen día, don! ¿Cómo le va a usted?

— Buen día, ¿bien y usted? Abajesé, no más.

— Mire, don, yo soy del parecer que yo no debo desmontar y que usted debe montar... ¿Y adentro cómo van saliendo nuestras cosas?

— ¿Adentro? Mire, como para pagar entrada por verlas.

— ¡No me lo diga!

Se echó atrás el Carpincho y se le estiró la sonrisa. Y, de perenne, con ella como pintada, repuso:

— Bueno, venga. Antes de que usted monte hay que desmanear los caballos y tenerlos de los cabrestos para cuando aparezcan nuestros compañeros.

Se dirigió a la enramada seguido por el Zorrino. Entre una inquietud de orejitas, echó pie a tierra. Se inclinaba ya para desabotonar la manea del tostado de Don Juan, cuando un quejido brotado a los metros, a su izquierda, lo enderezó con alarma. Pero se tranquilizó al advertir que el doliente era el prisionero Comadreja.

En dos zancadas estuvo entre los cajones.

— ¿Qué te pasa ahora, vamos a ver?

— ¡Que usté me depositó las costillas arriba de un ladrillo o cosa así, de duro, parece mentira!

Se agachó el Carpincho, empujó, haciéndolo rodar, aquel liado cilindro uniformado... y dejó evidenciado tamaño cas-cote. Lo tiró lejos. Volvió a rotar al revés al Soldado.

— Bueno, ahora vas a estar con comodidá. Y no me pongás esa cara de dolor de muelas, pedazo de grandote, que yo no soy de piedra viendoté; y que bastantes barullos tengo en la cabeza para que les agregués otro dijusto. No tratés de gritar buscando que te oigan de la pulpería. Portate bien, como hasta ahora. Pensá que no todas van a ser flores en la vida. —Y agregó, vuelta a despertársele una intriga que hacía un rato lo había punzado—. Pero... decime la verdá, vos...

Iba a preguntarle de dónde sacó los hijos por los que le implorara el Montés cuando entre los caballos de la enramada éste le abocó la pistola; mas lo contuvo la llegada del Zorrino.

— ¿Y esto?

— Esto, don, es un prisionero.

— ¡Pero no me diga! Y ahora lo va a degollar, ¿no?

Inútilmente por lo bien que lo ligaba el sobeo, trató de hacerse ovillo el Soldado Comadreja; y boca abajo como estaba, trazó con el mentón un surco en la gramilla, mezquinando su gañote.

— ¡Qué esperanza! ¡Ni que estuviéramos en tiempo de guerra, compañero!

— Yo preguntaba, no más. Aunque no me va a negar que esto es como si fuera revolución. Pero, ¡bueno!; aquí no tenemos nada que hacer. Su conversación estará muy linda, pero vamos de una vez a tener pronta la caballada, como usté mismito dijo.

Mientras avanzaban hacia las cabalgaduras, el Carpincho justificaba su dilación.

— Es que uno tiene lástima, don. Prisionero... y en el sue-

lo atao de pies y manos... ¡y milico, para peor! ¡Parte el alma!

— ¡Dejeló que se joda él... y todita la Autoridá!

— Sí, está bien, don; pero... Usté vaya agarrando los cabrestos. Yo desmaneo.

— ¡No me toque, no me toque a mi moro, compañero! A ése lo desmaneo yo. A usté lo va a desconocer y capaz que lo levanta de un mordiscón... ¿Pero cuándo caray van a salir ésos? ¿También se han puesto a consolar a sus presos?

Mas las cosas no podían urgirse tanto en la pulpería. Demasiado diligentemente se andaba. Pues ya estaban bien amarradas a sus respectivas bolsas las pertenencias civiles y militares; ya el payador tenía su guitarra a la espalda y al brazo el livianito poncho de vicuña; ya entre los Charabones llevaron al lado de las demás bolsas la que, junto con tantas cosas, contenía el gran paquete de sal...

— ¡Al fin, al fin se mandan mudar! —exclamó para sí el pulpero desde su mostrador, al oír que Don Juan decía:

— ¡A ver, pronto; algún candidato que lleve esos bultos a la enramada!

Se echó una bolsa al hombro el Biguá. Y, con tanto peso, ahí no más hubiera quedado hecho bosta de no acudir en ayuda el tuerto Avestruz gorra de vasco, cuyo ojo sano estaba en todo.

— ¿No ve que son fierros?

— Usté agarre una punta y yo agarro la otra punta... ¡Arriba!

Sí, todo se realizaba con premura y, además, con inteligencia. Al punto de que Don Juan se dirigió a la puerta de los presos y, pensando que podrían estar en algún intento de liberación, por las dudas, para mantener la intranquilidad, golpeó con el mango de la pistola y tronó:

— ¿Qué es eso? ¿Quieren bala?

Fue como si en un patio, a la siesta, y de golpe, el gallinero quedara hundido muchos metros bajo tierra. Tal la brusquedad del silencio... salvo el rumor de alguna espuela al

cauteloso cambiar su pie de posición, y un levísimo, prolongado chistido que permitió ser ayudado, gracias al ya haberse habituado todos a la oscuridad, por el tieso dedo que el Comisario Tigre —aunque tenía la boca crispada por la ira— situó entre sus colmillos inferiores.

Esto de la dentadura, digamos al paso, era lo que acentuaba su eterno mal humor cuando se miraba al espejo. El que cierta vez hiciera añicos a uno de éstos con lindo marco dorado, pisoteándolo arriba, no es de extrañar mucho. Que se levante uno alunado, se lave la cara, agarre la toalla y se seque con ganas de morderla, y manotee la peinilla, y se mire y se vea riendo, ¡la fresca! Y no podía enfurecerse más el Tigre porque, entonces, ya le aparecían también los colmillos de arriba, y era peor.

Cuando tornaba Don Juan hacia la concurrencia, los ancianos Carancho y Chimango le salieron al cruce.

— Cuento de firme con nosotros dos —prometió ásperamente, como a serruchadas, el primero.

— Nos incorporamos a usted, igual que ha cumplido el compadre Zorrino —ratificó el Chimango.

Por no negarse de plano, saltó Don Juan con simulada alarma:

— ¿Y me abandonan la retaguardia? ¿Pero quién me pasa el parte de lo que suceda aquí y del movimiento de las partidas que va a movilizar el Comisario?

— ¿Es orden?

— No, es un pedido de amigo.

— Más que orden, entonces. Esté tranquilo. Sus espaldas van a quedar más protegidas que si las tuviese recostadas a la paré.

— ¿Y dónde lo buscamos a usted para pasarle cualquier novedá?

— Hagansé ver por la Picada de las Tunas. Allí habrá guardia.

— Está.

Hechos de nuevo dos palos emponchados los dejó Don Juan. Y se dirigió al público.

— Bueno, caballeros, nosotros vamos a seguir nuestra fatidá, como tantos, y espero que la Justicia no se desquite con ustedes. Comprenderán que si les dejamos sus armas la policía se las incauta en seguida. Y entonces, antes de nosotros sacar distancia, ya los tendremos encima. Pero esta tardecita ya pueden salir por su recuperación. En la tapera de las Garzas, allí las van a encontrar. Y ustedé... —agregaba dirigiéndose de lejos al pulpero cuando se interrumpió un instante, sorprendido, pues el mencionado estaba ahora semejante a quien trata de disimular que confundió las botellas y se ha tomado un trago de vinagre— ... ustedé cobresé el gasto. Y con el bastantito que va a sobrar, eche una vuelta general... ¡Ahí va esto!

En el amplio movimiento del brazo se le estiró de la mano una raya dorada que surcó el espacio y ya fue libra esterlina al picar en el mostrador.

Se acomodó el sombrero Don Juan. Se llevó la mano al nudo de la golilla. Y adelantándose hacia la puerta, tornó la cabeza.

— ¡Hasta más ver, caballeros!

— ¡Buena suerte, Don Juan! —gritó el viejo Chimango a la vez triste y contento.

Y nadie oyó que el Carancho roncó:

— ¡Buena suerte, Don Juan, tenga ustedé... —Y al pensar en quienes con él irían, enmendó—: tenga ustedé, y toditos ustedes!

Impacientes por la demora el Venado y el tuerto Aveztruz volvían al salón, cuando ya en el umbral se toparon con Don Juan quien, sin detenerse, pasó el brazo por sobre el hombro al gorra de vasco.

— Siento, amigo, que se haya comprometido por nosotros.

— ¡No le dé mérito, señor! ¡Fue un impulso! Cuando quise acordar ya estaba metido en el baile. Pero, total, no tengo a nadie en el mundo; soy solo. Y al final, la cosa no es para tanto.

La enramada se conmovió a la llegada de Don Juan.
— ¡Pero, caray! —exclamó éste al advertir que su reciente amigo se había quedado sin caballo—. Me lo han dejao de a pie, compañero. Va a tener que salir como moza, ¡en ancas!

Rió el Avestruz. Y respondió:

— ¡O como combatiente en algún entrevero feo, Don Juan!

La puerta de “La Flor del Día” se había poblado de curiosos, que eran absolutamente todos los parroquianos y hasta el Vizcacha pulpero y los dos Charabones dependientes, a quienes se agregó un viejo Dormilón a pie recién salido de entre el chilcal, quien se apresuró a plegarse a la contemplación tan, tan asombrado, que no sabía por dónde empezar a preguntar.

— ¡Mal rayo te parta!

— ¿Me habló, patrón?

— ¡Salime de adelante! No es con vos... ¡Don Juan, Don Juan, te me vas con la llave, parece mentira!

Don Juan se enhorquetó de un salto en su tostado, provocando los remolineos del malacara, del gateado, del tordillo, del moro ya con sus jinetes arriba. El tuerto Avestruz gorra de vasco alzó del suelo la tercera bolsa —las otras ya las tenían por delante el Venado y el Montés— y con recelo de tanta pata, de tanto cogote, impaciente, la puso sobre la cabzada del tostado de Don Juan, quien le plantó una mano para sujetarla y, después, alargó el pie izquierdo sin desestibar. También el izquierdo apoyó en éste el Avestruz, y ya quedó sentado en las ancas.

Los ojos hechos dos soles, el pasito de quien anda entre espinas, el viejo don Lechuzón se adelantó del grupo de contemplantes a los desabridos gritos de:

-- ¡Adiós, Don Juan! ¡Le recomiendo el trabuquito!— que se confundió con el:

— ¡Vamos, compañeros! —de Don Juan cerrando piernas.

Y se desató de la enramada la poderosa energía de las cinco cabalgaduras.

Parecían éstas llevar de la cincha las miradas de los de la pulpería, cuando un grito hizo volver a éstos la cabeza. Es que desde los ahora abiertos postigos de la ventana con rejas de la pieza llamada "sala de juego", la cabeza hundida entre dos barrotes y sacudiendo en vano los que ceñía en cada mano, habiendo sorprendido entre los que huían a su Recluta, el Comisario Tigre había proferido un:

— ¡Traidor! —

que pasó rebotando como bola perdida y que, al llegar al grupo en alejamiento, provocó en el aludido:

— ¡Que te recontra!

A las cuadras de los galopantes se produjo, ahora, una agitación de caballos. Ramoneando ya tranquilos hacía ratos, alzaron de súbito las cabezas al sentir el tropel que se abría hacia ellos en abanico y, luego, se cerraba aminorando la carrera hasta reducirla a corto trote.

— ¡Al lobuno! ¡Al lobuno del Comisario! —recomendó Don Juan, sofrenando al sonreír en medio de sus crecientes preocupaciones.

Cuando el aludido media sangre quiso encabritarse, ya el tuerto Avestruz, que se había dejado caer de las ancas del tostado de Don Juan, ya le agarraba las riendas. Y de un salto estuvo arriba, para dejarlo poner al galope entre el que iniciaban los otros...

Era oro sobre esmeralda la colina por la cual ascendían. Era vidrio azul el cielo. Pero no era viento lo que tendía los ponchos como bandera; era el galope, de raudo.

Detrás del edificio de "La Flor del Día", ocultas tras la pila de leña, las tres peonas de la cocina, la Chancha Negra y las Nutrias, manchadas de harina caras y ropas, vichaban desde hacía ratos. Si hasta entonces se agarraban la cabeza con frecuencia, ahora estaban contentísimas; en la ignorancia de que, a sus espaldas, por la tronera del horno ya subía

hacia la serenidad celeste un fosco humo cada vez más negro, denuncia infructuosa de que ciertas tortas se estaban transmutando en carbón. A la izquierda de ellas, en la ventana, el Comisario Tigre, prendido de los incommovibles barrotes, se sacudía, cuando a sus espuelas les vino un frenesí. Fue por estar viendo allá lejos, en el declive de la ladera, que maniobraban en su caballo, que lo montaban y que se lo perdían, no más, entre el grupo de los alzados contra la Ley.

— ¡Se cuenta y no se cree!

Aunque ya había concebido la idea de ordenar al dueño de casa que si los matreros se le fueron con la llave derribara, no más, la puerta, él no podía dejar la ventana, como si lo ligaran cadenas a aquellas frías rejas que dos surcos le marcaban en la cara. En una, de potente sacudón, salió dando vueltas y se clavó junto a la clausurada salida.

— ¡Pulpero! ¡Traiga esa llave! ¡Y si se la llevaron los perdularios, eche abajo, no más, la puerta, a la Autoridad! —gritó a voz en cuello, calculando que el pulpero estaría por la enramada, de mucha contemplación del espectáculo.

Entre los mirones, en efecto, don Vizcacha se sobresaltó al ser sacado con tal rudeza de su pesadilla para sumergirse en una angustia aún mayor. Y llevándose por delante al Biguá y al Hurón; diciendo:

— ¡Con permiso, caballeros!—

a los dos Patos de las golillas blancas y siempre como para retratarse de echados para atrás y de quietos, tropezando con don Lechuzón, quien sin querer se le atravesó en el cruce, el pulpero entró en el salón, sus dos dependientes en pos, mientras los del público, que habían tornado la cabeza hacia los gritos del Comisario, volvían a recobrar su estupefacción al tender otra vez la vista hacia los seis rítmicos galopes cada vez más distantes.

Avanzados pocos pasos en el recinto don Vizcacha se detuvo. Era que cierta idea le hizo un cambiazó en la mente, por completo retiró el desaliento, y le llenó el sitio con una calma como de fierro, de pesada.

— ¡Momento, Comisario! Usté... tenga pacencia. En seguidita estamos —tranquilizó.

Y sabiendo muy bien que la llave se alojaba en el bolsillo del alejante Don Juan, se dirigió en busca de una barreta, porque no era cosa de deshacer la puerta sin antes, con cautela, probar de abrirla a las buenas.

— Este se cree que no es más que romper —se decía el dueño de casa—. Rompa, rompa, no más, y, después, él sale lo más campante del cuarto, y el que paga los platos rotos soy yo. ¡Mirá qué lindo! ¡Y no sé para qué tanto apuro! De a pie él y su gente, y desarmados... ¡Pero mire que se las han hecho bonito! Hay cosas que uno las cuenta y no se las creen ni los gurises. ¡Por un lado, no; pero por otro, me alegro!

Mientras seguía divagando y seguía revolviendo en el cajón de las herramientas, algo de su pensar se había quedado como con cabresto en la imagen de la puerta trancada. Tal vez por lo que ello significaba de desastre, tal vez porque ya se había visto sacando dinero del cajón para pagar la compostura, posiblemente por ambas cosas, un fantaseo compensador vino de lejos hacia él y se deslizó taimado, por otro cauce, hasta conseguir que fueran dos las exclamaciones jubilosas en que prorrumpió:

— ¡Desaparecido el Peludo, se acabó “La Blanqueada”...! ¡Mirá la barreta! — a las que siguieron, tras la sólida puerta:

— ¡Pero se han muerto todos o han juido a matreriariar, también? ¡Pucha que se precisa pacencia!

Se interrumpió y se puso a escupir rabioso el Comisario porque el cigarro, al ser mascado en la gran nerviosidad, se le deshizo, acre, en la boca.

Justo en el mismo instante, allá lejos, Don Juan, con el Venado a la cabeza de sus esforzados compañeros, aminoraba el galope al coronar la alta cuchilla, ponía al trote su caballo y, luego, lo sujetaba con tal expresión sombría, que los demás contuvieron los suyos.

Testereando, giró a la insinuación de la rienda el noble

tostado, y se adelantó entre los pingos. Estos, por cortés discreción de sus jinetes, fueron obligados a permanecer inmóviles cuando pretendieron seguir en su vuelta al que montaba Don Juan. Y quedaron de orejita parada, chicoteando las colas, impacientes, sin que sus gauchos miraran hacia atrás.

Así, pues, de frente a la mansa inmensidad que estaban dejando a las espaldas, se mantuvo Don Juan; un poco inclinado sobre el flete, las puntas de la golilla desviadas sobre los hombros por el reciente impulso de la carrera, pareciendo más abatido aún para la, en algún momento, furtiva contemplación de sus amigos debido a los pendientes pliegues del poncho de vicuña. No como en su alocada inconstancia vuela la mariposa, que llega, pisa una flor y ni siquiera la ha mecido y ya anda por encima de otras flores y nos hace advertir que no se le importa mucho de ninguna; no como la abeja, que con ansia se empecina en una sola corola, y ya cuando ella no le puede dar más es que la deja; no como el picaflor, el cual parece siempre andar con delito y como que ha salido por gran necesidad y que está deseando ganar la espesura; ni menos como la paloma, que sale y, al corto trecho, ya se echa a plomo; no, así no se comportaba la mirada de Don Juan por el mundo callado que debía abandonar. De total, de amplia y de suspensa, era más bien como la contemplación que hace la nube cuando el viento le da tregua y, así, desde la altura del cielo puede, a la vez, ver y meditar, salir y estar en sí al mismo tiempo, hasta que vuelve el viento a aparecerse y a dar la orden de marcha, sin saber nadie a punto fijo ni la ruta ni el punto de destino: nada, nada más que la oscura imposición de seguir; y de seguir a prisa. Así era aquello.

El puño de Don Juan ascendió con las riendas y se contrajo contra el pecho reteniendo a su tostado, al que un encontronazo con el anca en caracoleos del tordillo del Venado había impulsado hacia adelante. Pero esto no alcanzó a perturbar la penosa contemplación de aquella manchá, verde

hasta muy lejos, a la que el sol, ahora en toda su altura, casi arrancaba como un brillo. Por el medio del inmenso esmeralda surgía una franja oscura y larga, encajonada entre dos cuchillas. Y un poco a la izquierda, el montecito aquel donde horas antes con su primo esperaran y esperaran inútilmente el ataque de la partida del Sargento Primero Cimarrón. Eran la pradera, el chilcal, el monte del pago que, a pesar del poco tiempo de vivir allí, había llegado a querer como suyo, y que, por defender a la inocente Mulita, ya era sólo el del peligro, el de las celadas, el de la muerte, ahora con sus reales sentados en él.

— ¡Pobre Mulita! ¡Qué va a ser de ella, tan sola!... ¡Yo sin haberla podido conocer personalmente, todavía!

Volvió a contener a su tostado, que se revolvió al sentir el brusco pararse de su jinete en los estribos.

El Venado había tornado hacia él su tordillo. Respetuoso y sin adelantarse, tenía los ojos fijos en su reciente y ya entrañado amigo. El Zorrino y el Montés, el Recluta y el tuer-to Avestruz, comprendiendo la tristeza del momento, permanecían mudos, gachas las cabezas, envueltos en el vaho de calor que la tierra desprendía dulzón y lleno de los olores de la grama...

Con tal violencia se le hincaron al tostado las espuelas que, ante la simultánea y dura contención de la rienda, se vio obligado a girar en dos patas, abierta la boca.

— ¡Adelante, caballeros! Tenemos que estar en la Picada de las Tunas antes de caer la noche.

Don Juan alzó los hombros y picó espuelas seguido por los cinco.

INDICE

<i>"Historia de una novela excepcional"</i>	7
Cap. I. La mala acción del Peludo	45
Cap. II. La Comisaría	67
Cap. III. Agonía del Peludo	83
Cap. IV. La partida del Sargento Cimarrón	93
Cap. V. Muerte y velorio del Peludo	117
Cap. VI. En la casa del Zorrino	123
Cap. VII. La pulpería	139

**Impreso en Arca Editorial S. R. L., Andes 1118,
Montevideo, en el mes de enero de 1984.**

Depósito Legal N.º 190.416

**Comisión del Papel — Edición amparada al
Art. 79, Ley 13.349**

cuanto objeto encuentran a su paso. Sólo un Aperiá se compadece de la desgraciada joven. Cuando todos se retiran, ella queda sola, hecha una ovillo, pensando en su amigo, el Zorro.

VI. Instalados el Zorro y su primo en la casa del último, se inicia un diálogo que es en realidad un largo monólogo del Zorrino, tan largo como el silencio de Don Juan, ensimismado y triste, que de pronto se interrumpe cuando comunica su decisión de ir hasta la pulpería "La Flor del Día", en desafío a la Autoridad.

VII. Todo un mundo -pintoresco, sabroso- se concentra en la pulpería de don Vizcacha: allí concurren los frenéticos jugadores de baraja, los parroquianos que se eternizan apoyados en el mostrador, otros que cantan nostálgicos, aquellos que cambian sus monedas por un vaso de caña. A pesar de las medidas de vigilancia dispuestas por el Sargento Segundo Cuervo, el Comisario Tigre y su milicia, que han llegado a la pulpería, son rodeados y reducidos por Don Juan y sus compañeros. Provisto de alimentos y municiones, el perseguido y quienes con él se solidarizan parten hacia el monte.

(Así termina la primera parte de esta historia, que continúa en el Tomo 2, donde se produce el desenlace)



Don Juan, el Zorro es la gran novela que Francisco Espínola comenzó a escribir hacia fines de la década del 20 y sobre la que trabajó incansablemente durante varios tramos de su vida, en medio de una labor creadora que registra algunas de las mejores páginas de la literatura uruguaya. Sobre la base de la leyenda popular y traspasando su fábula originaria, el autor de *Raza ciega* y *Sombras sobre la tierra* construye, con excepcional lucidez estética, un mundo novelesco donde se entrecruzan el humor y la tragedia y queda desplegada una variadísima gama de sentimientos y actitudes vitales que encarnan sus memorables personajes, desde el mítico Juan, el Zorro, y sus compañeros de aventura -el Zorrino, el Venado, el Carpincho, el Montés, etc.- hasta la Mulita, el Peludo, el Comisario Tigre y sus heterodoxas huestes de Sargentos, Cabos, Soldados y Voluntarios.

A la muerte de Espínola, en junio de 1973, la obra quedó inconclusa. Pero después de varios años de trabajo e investigación en torno a sus manuscritos inéditos y a otros fragmentos publicados, *Don Juan, el Zorro* -tal vez la novela más esperada y comentada de toda nuestra historia literaria- ha podido ser reconstruida y aparece en la forma más completa, dando testimonio de su sabiduría narrativa, del más acabado arte de narrar.

